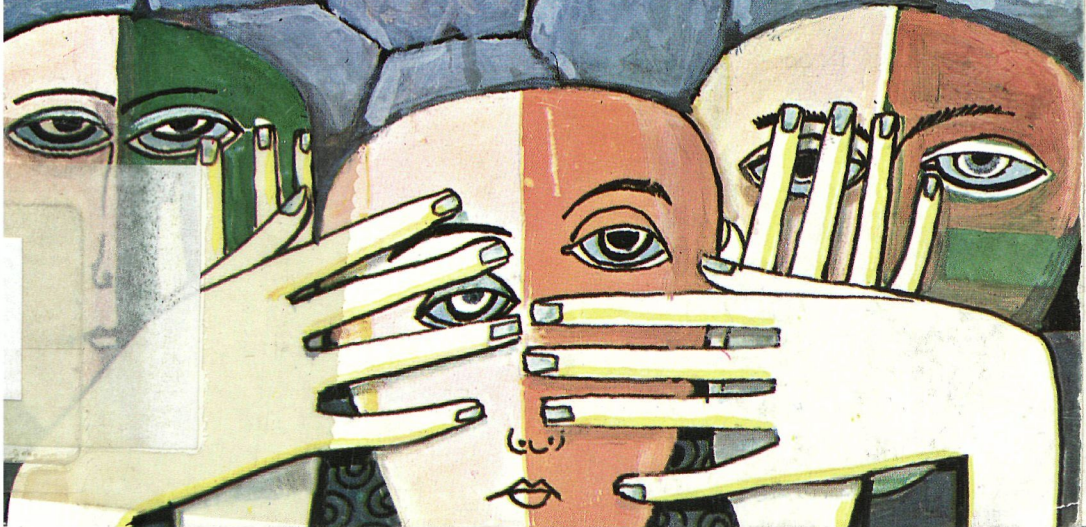
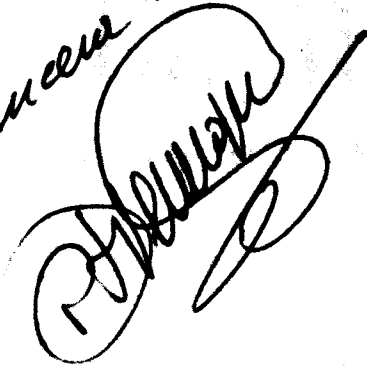


EL MURO

R. DARIO VELÁZQUEZ



A Jose Luis Gallardo
con sincera amistad.

A handwritten signature in black ink, consisting of several overlapping loops and a long horizontal stroke extending to the right.

SLG 7988

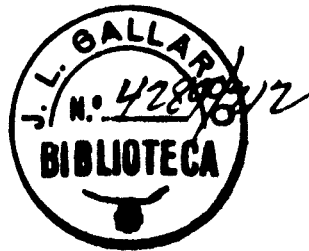
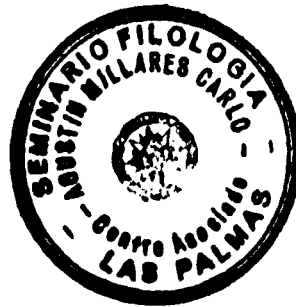
Camaguey P.R



BIBLIOTECA
LAS
Nº 224468
Nº Copia 633328

EL MURO

R. DARIO VELAZQUEZ



LAS PALMAS

1977

***Imprenta Pérez Galdós
Buenos Aires, 38
Las Palmas de Gran Canaria
Depósito Legal G. C. 302 - 1977***

Después de mucho meditar, rebuscando en mi interior las causas que me impulsaron a escribir EL MURO, aún no he llegado a ninguna conclusión definitiva. Creo que no ha sido el deseo de hacer denuncia alguna, por muy dramáticos y lamentables que fueran los hechos, ya irremediables y perdidos en el tiempo. Tampoco un insensato afán de notoriedad (me bastaría leer unos párrafos de Cela, Delibes u otros muchos, para desistir de tal empeño). Sinceramente, creo —y que cada cual piense lo que más le plazca— que el impulso motivador de este trabajo ha sido sólo un sentimiento puramente masoquista, una perentoria necesidad de volver el tiempo al revés, agarrando por los cuernos al terrible pasado de mi vida trayéndolo al presente. Podría ser también un deseo de hacer precaria justicia, recordando a mis compañeros de la Residencia Provincial de Oviedo, víctimas inocentes de una situación represiva y de unos conceptos monstruosos. En fin, podrían ser muchos y diversos los motivos que justificaran este esfuerzo mío de meterme en camisa de once varas. Pero quizá lo de menos sean las causas y EL MURO se justifique por sí mismo.

Por otra parte, he de manifestar que todo cuanto acontece en esta obra ha sido verídico. Por lo menos yo lo he visto y lo he oído así, y así lo recuerdo.

Finalmente, declaro que no es mi intención ofender ni denigrar a ninguno de los personajes que aparecen en la obra.

EL AUTOR

A mis compañeros de la Residencia Provincial de Oviedo, con el entrañable recuerdo de aquella niñez y adolescencia dolida.

A mi buen amigo Domingo Velázquez, poeta de las Islas Canarias.

I

Ramiro y César sentían terror cuando su madre era maltratada por aquel militar de mirada acerada y groseros modales. Era el capitán Azcona, que mandaba la compañía destacada en las montañas, por encima de Sobre-riba.

En la comarca donde se hallaba la pequeña aldea, al amparo de la guerra civil, que asolaba la nación, cometíanse impunemente toda clase de atropellos. Las gentes, en medio de la anarquía reinante, presas del odio y esgrimiendo ideas y principios antagónicos, se buscaban para aniquilarse. La vida, por tanto, no valía nada; se podía perder por cualquier futilidad, por cualquier malquerencia, por cualquier bastardo interés.

Desde el maizal que la abuelita Generosa y el abuelo Ramón cuidaban con esmero en la altiplanicie, por encima del apretado castañar, veíanse pasar largas filas de soldados, allá abajo, por la estrecha carretera que cruzaba la angosta vega del río Nonalla. Avanzaban lentamente, decrecidas por la distancia, e iban a perderse en la lejanía entre las brumas y las sombras azuladas de las montañas.

De cuando en cuando, soplaban ráfagas de aire que traían ecos de dolor y de cantos guerreros. Ajenas a este drama de los hombres, las criaturas del bosque vivían igual que siempre; sólo enmudecían cuando llegaba el eco de los cantos, pero pronto las tórtolas iniciaban su extrañu uu...uu... y el bosque adquiría su característico rumor.

El abuelo Ramón colocaba estratégicamente espan-tapájaros entre el maizal, pero las urracas se posaban encima de ellos como burlándose y hacían de las suyas. An-

te semejante desfachatez, enfurecíase él y les arrojaba piedras, gritando y maldiciendo. Las irrespetuosas aves levantaban el vuelo tartajeando escandalosamente e iban a posarse sobre las cañas de los árboles del cercano bosque, dispuestas a volver al menor descuido del furibundo guardián.

La abuelita Generosa subía a menudo por el empinado y pedregoso camino portando alimentos para su hija y sus nietos, pese al peligro que representaba cruzar por la batida zona. Estaba preocupada porque Cándida, desde lo del capitán Azcona, no levantaba cabeza y pasaba el tiempo llorando, metida en sí, olvidándose con frecuencia de sus pequeños hijos Ramiro y César.

Al abuelo Ramón no lo habían movilizado ni tampoco, extrañamente, se habían metido con él. Quizá se debía a que se le consideraba demasiado viejo, inútil e insignificante. Sea como fuere, gracias a él y a la abuelita Generosa, las tierras seguían dando alguna cosecha, único medio de subsistir en tan precarios momentos. Ellos trabajaban de sol a sol y nunca se les oía quejarse de su áspera y dura vida.

Cándida gritaba y gemía desesperadamente. La abuelita Generosa y otras tres mujeres la atendían con afañes perentorios. Una de ellas alumbraba con un candil de carburo, elevándolo por encima de las cabezas. Ramiro despertó sobresaltado y la insólita escena de pesadilla le produjo espanto. La abuelita Generosa se acercó y, acariciando su carita asustada, le dijo que mamá tenía un cólico, pero que ya se le estaba pasando. Continuas ráfagas de lluvia chocaban extruendosamente en el balcón. El decrepito naranjo sonaba en el huerto con mortales avisos de venirse abajo toda su venerable corpulencia, impelido y zarandeado por el vendaval. Fueron disminuyendo paulatinamente los agudos lamentos de Cándida y al fin cesaron para convertirse en leves suspiros. Una de las miste-

riosas mujeres introdujo bajo la cama el orinal repleto de una masa sanguinolenta.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la abuelita Generosa, borrando de su rostro la angustia.

Marcharon pronto las enlutadas mujeres, lanzando exclamaciones en la desapacible noche de noviembre. Poco después, en la obscuridad de la alcoba, se oyeron débiles vagidos. La abuelita Generosa se acostó con sus dos nietos. En aquel momento cantaban los gallos la media noche. Lejos, aulló un can, con lastimera voz de lúgubres presagios. Cándida se quejó y la abuelita Generosa quiso saber la causa.

—No es nada, tranquilízate —le dijo Cándida con voz apagada y fatigosa.

Ramiro se durmió al fin, muy junto su frágil cuerpecito al enjuto y duro de su abuela.

Amaneció con frío y lloviendo. El paisaje aparecía avasallado por un cielo plomizo, pesado y blando, fundido en un todo gris y entristecedor. El ancho y poderoso viento de la noche, amainado en su dislocado furor, se había transformado en incordioso vientecillo helado que, montaña arriba, se colaba silbando en la espesura del apretado bosque, contiguo a la desguarnecida casa de Cándida, produciendo agitados temblores en las desnudas cañas.

La abuelita Generosa dejó el lecho en cuanto la pálida luz del amanecer asomó por encima de las montañas y salió de casa sigilosamente; regresó en poco más de una hora, portando alimentos y una pesada carga de cañas secas. Cándida permanecía acostada en la misma postura de la noche última, panza arriba, y tenía los ojos hundidos y fijos en las vigas del techo. A su lado yacía, envuelta en trapos blancos, una diminuta y palidísima recién nacida.

—Es una hermanita que la cigüeña os trajo de París. Tenéis que quererla mucho —apresurose a decir Cándida, ante la sorpresa que mostraban sus dos hijos.

A primeras horas de la tarde llegó la tía Paz, her-

manastra de Cándida. Venía con sus hijas, Mari y Dori, niñas de corta edad. La tía Paz miró con displicencia a la recién nacida y dijo que era el vivo retrato del capitán Azcona; que como era sietemesina, lo más probable sería que muriera o que se criara raquítica. Cándida lloró indignada y no contestó nada a las crueles aseveraciones. La tía Paz la miró con desprecio y salió de la alcoba.

El marido de la tía Paz, como la mayoría de los hombres de la comarca, también había huido. Quedó ella entonces en la más triste soledad y expuesta a bulos y represalias. Un día llegaron dos individuos esgrimiendo órdenes, intemperancia y odio y se la llevaron por la fuerza. Apareció días después con gesto dolido y un temible fulgor en la mirada. Se comentaba por la zona que habían intentado abusar de ella, pero que supo defender fieramente su integridad. La tía Paz era digna heredera del arrojo de la abuelita Generosa. Quizá por eso aquel desprecio suyo hacia la debilidad de carácter de su hermanastra Cándida y aquella excesiva dureza y falta de comprensión.

Cándida era viuda. Hacía ya tiempo que habían apresado a su marido en Láneo, pueblo alejado varios kilómetros río arriba. Lo llevaron después a la cárcel de Cornellana. Allí lo tuvieron siete u ocho días incomunicado y, luego, lo trasladaron a algún lugar desconocido, y ya de él solamente se supo que lo habían matado. Se daban múltiples versiones sobre el caso; unos decían que había muerto ahorcado, otros que fusilado. Se decía que había varios familiares implicados, y lo cierto era que ya engrosaba las filas de los muertos; de los hombres inocentes que morían sin saber cuál era el delito o la razón por la que les quitaban la vida; de los que no eran ni de unos ni de otros, sino de los que no pertenecían a ningún bando.

Cándida ya era viuda. Por mucho que le doliera — que vaya si le dolía—, era viuda con todas las consecuencias.

“¡Oh Dios! ¿Qué razón divina o humana, religiosa o

política da derecho a matar a un inocente? —se lamentaba sin cesar.

La abuelita Generosa era el sostén moral de la familia, el pañuelo de lágrimas, el recipiente hondo que nunca rebosaba. Paliaba el dolor de todos y escondía el suyo, suma de los sufrimientos de la familia entera. Insuflaba ánimos a los demás cuando era ella la más necesitada.

“Se dice que el tiempo todas las penas cura; se dice simplemente, pues el tiempo no cura gran cosa, a lo sumo lima asperezas, lo suficiente nada más para seguir adelante”. Por lo menos eso se le oía decir a la abuelita Generosa, que de esas cosas sabía ella mucho. Tuvo Cándida que aguantar la pena y la indignación y hacer planes de cara al futuro. Cuando terminó la guerra se carteo con un antiguo pretendiente al que nunca había hecho demasiado caso. Ahora la cosa era distinta: “La vida impone sus exigencias y vivir en el pasado no conduce a ninguna parte”. Claro que Cándida decía estas cosas sin sentirlas, además no poseía el acerado temple de la abuelita Generosa y se achantaba ante las adversidades; le faltaba coraje.

Una espléndida mañana de julio partió Cándida en dirección a la villa de Salas. Habíase citado allí con el pretendiente. Llevaba con ella a Ramiro, tal vez para no estar tan sola en la entrevista. Iba ensimismada, fruncido el ceño, como si los pensamientos le atormentaran. Hacía mucho calor dentro de la camioneta. Viajaban en ella doce personas sentadas en bancos de madera. Iban comprimidos bajo el sucio y viejo toldo, mezclados con toda clase de objetos y mercancías.

Salas distaba solamente dos leguas de Cornellana, más de media hora de viaje en aquel fotingo movido por gasógeno. A medio trecho, a la salida de Villazón, le dio el alto la policía de carreteras. El conductor y propietario de la camioneta no tenía licencia para llevar viajeros y por ello fue multado. Los ocupantes de la camioneta tuvieron que apearse, tendrían que esperar varias horas la llegada de un autobús de las líneas A.L.S.A.S. o continuar el viaje

a pie. Cándida y su hijo echaron a andar dispuestos a cubrir los cinco kilómetros que los separaba de la villa de Salas. El día estaba lleno de sol. En la carretera, bordeada de altos álamos, sucedíanse las curvas cerradas y las rectas interminables. A la izquierda murmuraba el río Nonalla, escondido entre la verde fronda. Más allá, continuaban los prados hasta ir a parar al pie de montañas gigantescas, cubiertas apretadamente de pinos, castaños, encinas y robles, que hacían noche del día. A la derecha, según caminaban, se veían casas de campo, desperdigadas, medio escondidas entre árboles frutales. Brillaban al sol las peras, las manzanas, los melocotones, los membrillos y las ciruelas, que pintaban el paisaje de amarillos, rojos y sienas tostados.

Habían caminado ya un considerable trecho cuando Ramiro notó que su madre parecía sentirse mal.

—Descansemos un rato —dijo fatigosamente Cándida, corroborando su malestar.

Tomaron asiento sobre la hierba, en la margen derecha de la carretera. Cándida padecía del corazón y de la matriz (eso decía ella). Se acostó medio desfallecida. Una gran palidez cubría su cara. Y con la mirada perdida en el azul purísimo del cielo, con el cabello de rubias gudejas desparramado sobre el verde césped y respirando con dificultad, parecía un efebo agonizante.

—Tranquilízate; esto me pasará pronto —dijo a su hijo, acariciando su carita angustiada.

La villa de Salas estaba allá, a lo lejos, al final de la recta inacabable; reluciente y blanca, del tamaño de un botón, incrustada entre el verde intenso y oscuro de los prados, a la vera de las imponentes montañas en cuyas altas cumbres se hallaba el gélido puerto de la Espina.

Cándida en el transcurso de unos minutos pareció recobrarle. Enjugó el sudor que humedecía su frente, se peinó y se extendió polvos por la cara.

Ramiro tuvo la triste impresión de que su madre había envejecido varios años.

Llegaron a la villa cuando daban las doce en el reloj de la iglesia parroquial. Deambularon por la calle principal en busca del pretendiente, que no aparecía por parte alguna.

—No sé... no sé —murmuraba Cándida con preocupación.

Llevaba a su hijo cogido de la mano y de vez en cuando se la apretaba fuertemente. Pasaron por tiempo indefinido, confundidos entre la multitud que abarrotaba la villa (hoy martes era día de mercado), mirando aquí y allá, en todas direcciones. Ramiro, en su infantil inconsciencia, se divertía sin intuir la angustia que sentía su madre.

—¡Las cosas que una tiene que hacer en esta vida, Señor! —musitó ella, hablando consigo misma.

Al cabo de una hora de patear sin rumbo fijo, Cándida volvía a sentirse desfallecida. Dio la una; fue una campanada solemne y sonora que sobresalió por encima del griterío.

—Ojalá que no venga —dijo angustiada, refiriéndose al pretendiente.

En contra de sus deseos, éste apareció pronto, sobresaliendo de entre la multitud su destacada corpulencia de rústico labrador.

—¡Hola!... —saludó el hombre con evidente corteidad.

Se disculpó por el retraso, que dijo ser motivado por avería en el autobús en que había venido.

—¿Este es el mayor? —preguntó acariciando a Ramiro con sus manos grandes y callosas.

Se interesaron por sus respectivas familias y a continuación cambiaron de tema para abordar el motivo por el que se habían citado. Mientras tanto, el niño fue a extasiarse con los juguetes expuestos en un escaparate cercano. Aquel reducido, pero fantástico mundo de fabulosos personajes y aparatos inverosímiles, le hacía sentir una emoción indescriptible. Pegaba la carita menuda y pecosa al vidrio, frontera y valladar de la ilusión, mirándolo todo

con ojos ávidos, despiertos los sueños, sintiendo inaguantables y dolorosas ansias de posesión. Pasaba los minutos en hechizada ausencia del mundo físico, vagando por el reino de la fantasía, hasta que su madre lo despertó.

—¡Vamos! —le dijo con apremio.

A las tres de la tarde partieron de regreso en un autobús de las líneas de A.L.S.A.S.

Cuando la abuelita Generosa supo que de la entrevista no había salido nada positivo, se indignó y reprochó a Cándida su falta de sensatez.

—¡Pero mujer!, ¿qué va a ser de ti y de estos pobrecitos?

—Mamá, tú no sabes lo feo y viejo que está, si no me crees preguntale al niño y verás.

—¡Sí, abuelita, era muy feo y viejo! —afirmó apasionadamente Ramiro.

—¡Vamos... vamos, a callar mocoso! ¡Qué sabrás tú de estas cosas! —le reprendió enfadada. Y añadió, mirando severamente a Cándida: —Ya no estás para elegir ni para andar con ñoñerías de colegiala. En fin... ¡Qué se va a hacer! —finalizó, moviendo la cabeza significativamente de un lado a otro, en claro gesto de impotencia y resignación.

La tía Paz y sus dos hijas, se marchaban de la región. Iban a reunirse con su marido y su padre, respectivamente, que había estado exiliado en Gibraltar. Ahora ejercía la medicina en la Línea de la Concepción.

Mari y Dori, asomadas a una de las ventanillas del autobús, reían llenas de gozo, en especial la primera, que estaba orgullosa sintiendo infantil conmiseración por los que se quedaban.

—¡Pobres...! ¡Qué aburrimiento! —decía, arrugando el hociquito.

El autobús permanecía con el motor en marcha, só-

lo paraba unos minutos aquí en Cornellana, lo estrictamente necesario para que subieran los viajeros y para cargar el correo. Se hablaba alto y nerviosamente. Se gritaba.

La abuelita Generosa hacía reiteradas recomendaciones a la tía Paz, comiéndose con los ojos a las dos nietas, como si temiera no volver a verlas.

—Bueno hija, no dejes de ponernos unas letras en cuanto llegues. Ten mucho cuidado con las niñas —le decía, tratando de sonreír para disimular la emoción.

—¡Claro, mamá, qué cosas tienes! —le contestaba la tía Paz, con cierta condescendencia.

La abuelita Generosa había sufrido muchas contrariedades en la vida y, sin embargo, nunca se quejaba. Era como esas rocas que incrustadas en medio de los rabiones de los ríos, resisten impertérritas los embates de la corriente. Y no es que fuese dura o insensible, nada de eso, tenía su propia filosofía: “cada cual debe apechar con sus penas sin fastidiar a los demás”. Desde toda una encumbrada dama, había ido declinando hasta llegar al pobre estado de ahora. Se casó a los quince años con un prestigioso joven abogado de Madrid y de este feliz matrimonio tuvo cuatro hijos: Gertrudis, Victoriano, Camilo y Cándida. Enviudó y vino a vivir a esta zona del norte, de donde procedían sus antepasados. Poco después murió el pequeño Camilo, como consecuencia de una meningitis. Quizá esta dolorosa pérdida influyó para que cediera a casarse por segunda vez. Era el pretendiente, hojalatero de oficio y borracho de profesión. No existían elementos de juicio para asegurar que la abuelita Generosa se había equivocado al contraer matrimonio con el abuelo Ramón, tal como era ella, se puede suponer que le sobrarían razones para adoptar tan criticada decisión. A partir de esta boda, los bienes fueron mermando y como la cosa llegaba ya a extremos alarmantes, decidieron irse a vivir a Sobrerriba, apartada aldea en la que residían en la actualidad. Compraron algunas tierras, arrendaron otras y se dedicaron a

la agricultura. Debíó serle difícil y penoso a la abuelita Generosa adaptarse a su nueva vida de gañana, pero como era ella todo valor nunca dejaba traslucir sus penas. Nació la tía Paz y durante algún tiempo todo discurrió dentro de un regular pasar, sin embargo, la suerte le tenía reservada la más grave prueba por la que puede atravesar una madre: Victoriano, un hombre ya hecho y derecho, mantenía relaciones amorosas con “la Miruxio”, la joven más encantadora que existía en varias leguas a la redonda. A Victoriano le llegó la hora de ir a cumplir con la patria, siendo destinado a Melilla. Es un hecho corroborado que las mujeres bellas, quizá por asediadas, suelen ser volubles en esto del amor. “Ojos que no ven corazón que no siente”. “La Miruxio”, la hermosa “Miruxio”, empezó a tontear con Antón, vecino y apuesto joven, al que le tenía absorbido el seso. Se calentaron las cosas de tal modo que en un año, mes arriba mes abajo, se casaron contra viento y marea, sin tener para nada en cuenta las promesas y las encendidas cartas escritas por el enamorado ausente.

La abuelita Generosa conocía bien el apasionado y sensible carácter de su hijo, por eso prefirió no comunicarle nada respecto al desagradable asunto y puso todos los medios a su alcance para tenerle ignorante, pero como el hombre propone y la suerte dispone, de la boda en quince días, regresó el enamorado, con permiso. Acababa de llegar y luego de las primeras efusiones fue la abuelita Generosa, del mejor modo posible, cautamente, poniéndole al corriente de lo sucedido. Victoriano quedó pálido y desenchajado, desorbitados los ojos, temblorosos los labios.

—¡No es posible! ¡Ahora mismo voy a verla! —exclamó, enajenado.

Al día siguiente, en las primeras horas de la tarde, se oyó una horrisona detonación entre el maizal contiguo a la casa. La abuelita Generosa tuvo un sobresalto y, presintiendo lo peor, corrió en la dirección en que había sonado el disparo, y allí yacía Victoriano, caído de bruces sobre tronchadas matas de maíz, con la pistola al lado.



Por un negro orificio en la sién manaba la sangre, regando la tierra.

—¡Dios santo...! ¡Auxilio... por favor! —gritó la abuelita Generosa en el paroxismo de la terrible sorpresa y dolor.

Acudieron a la angustiada llamada varias personas, recibiendo todas fuerte impresión ante la magnitud de la trágica escena.

Aún vivió el suicida algunos días, pero sin conocimiento y murió en los brazos de la abuelita Generosa, murmurando el nombre de “la Miruxio”. Tenía veinticuatro años solamente.

Pasaron varios años marcados por el duro trabajo y el doloroso recuerdo. No acabarían aún las penas: estalló la guerra fratricida del treinta y seis y llegaron las persecuciones. Gertrudis, la hija mayor, y su marido, tuvieron que escapar para Francia con sus cinco hijos. Más tarde ocurrió lo de la tía Paz y lo de Cándida, y todo venía a recaer sobre la pobre abuelita Generosa, corazón y columna vertebral de la familia.

Subió el conductor al autobús, cerró con violencia la portezuela, tomó asiento al volante y dio varios acelerones. Mari y Dori gritaron y palmotearon gozosas.

—¡Adiós abuelita! ¡Adiós a todos!

Partió el autobús retumbando estruendosamente y expulsando una densa nube de humo, perdióse al poco tras de unas edificaciones en construcción. Las dos niñas flameaban blancos pañuelos, diciendo adiós. Atravesó el puente sobre el caudaloso Narcea; subió, envuelto en abundante humareda, la cuesta que nacía junto al cuartel de la guardia civil y, finalmente, se perdió entre altas montañas.

—Bueno... esto se acabó —murmuró el abuelo Ramón, sacando a todos de la ensimismada pena.

La abuelita Generosa estaba como clavada al suelo, muy seria, tragándose la emoción.

Cuando Ramiro cumplió seis años, la abuelita Generosa y el abuelo Ramón estaban ya demasiado viejos y no tenían energías suficientes para trabajar con el ardor que requieren las faenas del campo. Poco a poco, viéronse obligados a ir dejando las tierras que, arrendadas, venían trabajando desde hacía tanto tiempo. Solamente se quedaron con el terreno de su propiedad situado en la altiplanicie. Era pedregoso y en tiempo de sequía todo en él se agostaba. También los cuervos y las urracas hacían estragos a pesar de que el abuelo Ramón seguía emperrado en colocar espantapájaros. Antes, cuando las cosas iban bien, los sábados de madrugada encendían el horno y hacían unas enormes hogazas de borona que duraban una eternidad. Ahora, rara vez lo encendían. Ya no tenían ganado, solamente les quedaba un burro sarnoso y viejo que no servía para nada, pero que la abuelita Generosa le tenía cariño y le daba pena, por lo que seguía conservándolo. “Ha trabajado tanto el pobre animal” —decía emocionada cada vez que alguien le aconsejaba deshacerse del mísero asno.

Detrás de la casa tenían un gallinero hecho de estacas y alambres, donde las alimañas habían penetrado en varias ocasiones. Las gallinas estaban viejas ya, desplumadas, descoloridas y no ponían casi nunca. Entraba la abuelita Generosa a darles de comer y rodeábanla cacareando desesperadamente, con hambre desaforada.

“Bueno . . . bueno, un poco de calma queridas” —les decía y daba la impresión que la entendían.

El abuelo Ramón, era hojalatero de oficio sin beneficio. Y si de vez en cuando le encargaban alguna chupuza, el poco dinero que percibía lo gastaba en emborracharse. Cándida y él no se podían ver; si se dirigían la palabra, era para enzarzarse en desagradables discusiones. Poníase furioso en cuanto la veía aparecer, pues sabía que sus visitas eran una mengua para la exprimida despensa de la abuelita Generosa.

El abuelo Ramón olía mal, apestaba, al contrario que

su hijastra Cándida, que era maniática de la higiene y limpieza. Este, posiblemente, debía ser uno de los motivos de su incompatibilidad.

“Hueles a señora de postín” —decíale el padrastro sarcásticamente.

“¡Y tú a cerdo!” —le replicaba Cándida con gesto de infinito asco y desprecio.

Enfurecíase el viejo, y a buen seguro la hubiese agredido de no mediar el respeto que le infundía la abuelita Generosa. Se dominaba a duras penas, castañeteando las pocas muelas que aún le quedaban y apretando los puños a punto de reventar.

La tía Paz escribía de vez en cuando; por lo visto le iba bien por allá. Había tenido otra niña. Cuando la abuelita Generosa contestaba a sus cartas no le decía nada de su precaria situación, por no entristecerla. Era ella así tan despreñada y sacrificada que se olvidaba de sí misma. Pese a irle tan mal en lo relacionado con la hacienda, continuaba ayudando a su otra hija y a los hijos de ésta, ingeniándose las de mil maneras para sacar de donde no había. Cándida permanecía entristecida, ensimismada, sin ánimos para nada. No acababa de superar el dolor por la pérdida de su marido. A veces daba la impresión de haberlo logrado, pero recaía lamentablemente. No se hacía a la idea de ser viuda y lloriqueaba continuamente, compadeciéndose de sí misma.

La casa de Cándida distaba de la de su madre, dos kilómetros cuesta abajo y estaba situada en una bifurcación de camino que formaba una perfecta Y griega. Un ramal subía por la izquierda serpenteando hasta Santa Eufemia, extraña aldea, metida entre espesos bosques, arriba en las montañas. Iba el otro ramal por la derecha, raspando el muro del huerto y atravesaba entre prados, tierras de labor y solitarios caseríos, internándose, finalmente, por tupidos montes. El rabo de la Y bajaba entre huertos y pasaba por la zona de la aldea donde se apiñaban más profusamente las edificaciones.

Era la casa, una rústica construcción de piedra seca; es decir, desnudos los muros por dentro y por fuera. La fachada que daba al huerto, estaba cubierta de tupida hiedra. Componíase el interior sólo de cocina y dormitorio.

La alcoba tenía un balcón orientado hacia la bifurcación del camino, que era atalaya, palco o mirador desde donde veían pasar vida y muerte. Desde allí se enteraban de lo bueno y de lo malo que sucedía en la comarca. Cuando el médico pasaba, sabían que alguien en Santa Eufemia estaba grave, y si el que subía era el cura, estaban seguros de que la muerte rondaba con su afilada guadaña.

Frente al balcón pasaban tratantes de ganado, labradores, leñadores, carreteros y cortejos fúnebres. En la bifurcación hacían alto los dolidos acompañamientos para rezar responsos. Posaban la negra caja que portaban cuatro hombres sobre andas y procedíase a los monótonos rezos y tristes cantos que en el amedrentador silencio de la apartada aldea, sonaban lúgubrementemente. Allí, la muerte era más muerte que en otras partes; se hacía sentir con terrible y pavorosa fuerza.

Detrás de la casa había un pequeño huerto con varios árboles frutales, entre los que destacaba el añoso naranjo. En este huerto, Cándida recogía hortalizas, patatas, cebollas, etc., pero debido a las plagas y heladas, quedaban las cosechas tan exiguas que sólo alcanzaban para unos pocos días.

A medida que la hacienda de la abuelita Generosa menguaba, la necesidad comenzó a hacer estragos. El hambre se adueñó del precario vivir de toda la familia y la zozobra tomó posesión. En el otoño pasaban menos apuros debido al acopio de castañas que hacían en los bosques cercanos. Salían a recogerlas cuando la plateada luz del amanecer comenzaba a vislumbrarse por encima de las montañas. Los días más favorables eran los que soplaba fuerte viento. Caían entonces los herizos por todas partes, abiertos generosamente como cuerno de la abundancia.

Regresaban a casa cargados hasta reventar. Las extendían por el suelo del desván para que curaran. Ante la vista de tantas, sentían un gozo retozón, pensando que nunca se acabarían; luego, poco a poco, casi sin darse cuenta, iba menguando la obscura mancha y por mucho que la estimaban, al mes escaso ya no quedaba nada. Entraban entonces en apurada situación, precisamente en lo peor del mal tiempo, cuando el frío apretaba de firme. En aquella castigada zona soplaban el viento con inaudita tristeza, llovía torrencialmente casi a diario y ya metido el invierno caían copiosas nevadas. Había noches en que se oía claramente el aullido lastimero de los lobos que bajaban hambrientos en busca de comida. En estas heladas épocas del año, César y la pequeña Amna pasaban las horas llorando llenos de hambre y de frío, y Cándida sentíase incapaz de buscar remedio.

—Mira, vete a casa de Pepe “el de Anastasia” y le pides un trozo de borona —díjole a Ramiro un día que la situación se hacía insostenible.

Encaminose el niño lentamente, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas y a medida que se acercaba apoderábase de él una gran incertidumbre y vergüenza. Pepe “el de Anastasia” era hombre raro, nada comunicativo, solterón y solitario, entregado a las faenas del campo de sol a sol.

Ramiro permaneció quieto en la nieve, indeciso, sin atreverse a picar a la puerta. De pronto, en el embarazoso estado de ánimo, oyó una voz que desde lo alto del granero le gritaba ásperamente:

—¡Eh... tú! ¿Qué demonios buscas aquí?

Miró el chico hacia lo alto, hacia el lugar de donde partía la iracunda voz y vio que era Pepe “el de Anastasia”.

—Vengo de parte de mi madre a ver si puede darme un poco de borona —le dijo azorado y tartamudeando.

—¿Quién es? —oyó que preguntaban con voz chillona desde el interior del granero.

—El hijo mayor de ésa. Viene a por borona —contestó Pepe “el de Anastasia”, riendo irónicamente y señalando hacia la casa de Cándida.

Salió Anastasia, madre de Pepe, que era quien había preguntado; tenía el rostro crispado por la ira.

—Le dices a tu madre, monín, que trabaje, así tendrá cuanta borona quiera. ¡Habrase visto! —gritó la furibunda mujer.

Emprendió Ramiro el regreso, notoriamente avergonzado, repicándole en sus oídos los comentarios y risas burlonas de los crueles labriegos. Mientras se iba acercando a su casa, y luchaba su depauperado cuerpecito con la helada ventisca, nacía en él un profundo resquemor contra su madre.

Sería la media noche. Unos sutiles ruidos provenientes de la cocina despertaron a Ramiro. Amedrentado, aguzó el oído presintiendo algo tenebroso. De pronto, como fulminante rayo, vínole a la mente una terrible sospecha. Hubo un momento en que se hicieron más perceptibles los sonidos y se le incrustó en el alma la cruel certeza. Sí, estaba claro, era Pepe “el de Anastasia” quien estaba con su madre a aquellas altas horas. Sintió entonces un malestar inaguantable. Ahora cada vez se hacía más claro el fru... fru de la ropa producido por el roce brutal de los dos cuerpos tendidos sobre el banco de madera que servía para sentarse a la mesa. Tornáronse fatigosas las respiraciones; se oyó luego un ahogado suspiro y, después, todo quedó en silencio, apenas interrumpido por el sosegado respirar de los pequeños César y Anna, que dormían placidamente ajenos al suceso. A los pocos minutos sonaron leves cuchicheos y, enseguida, alguien saltó por la ventana hacia el huerto. Poco después entró Cándida de puntillas en la alcoba, procurando no hacer ruido; se metió en la cama y no tardó en quedarse dormida.

Ulularon tristemente los buhos en el bosque, luego crujieron las paredes de la casa. Solía ocurrir con frecuencia por las noches produciendo en Ramiro un miedo atroz y un profundo sentimiento de inseguridad. Escondió, como de costumbre, la cabeza entre las sábanas y lloró sin consuelo. Cuando las aves comenzaban a despertarse quedó profundamente dormido.

Aquel día hubo comida abundante en la casa.

Sobrerriba, la aldea donde vivía la abuelita Generosa, debía contar, más o menos, con una treintena de casas. Estaba situada en una altiplanicie y rodeada por tierras de labranza. No había carretera, sólo senderos, siendo el más ancho y principal el que desde Santa Eufemia bajaba hasta Cornellana. No había tampoco escuelas, ni templo, ni comercio; no había nada de estos lujos. Era simplemente una aldea perdida entre las montañas; un grupo de casas desperdigadas, sin orden, bloqueadas en la época invernal por el lodo y la nieve, y en la de buen tiempo por el polvo que el viento levantaba en las tierras y en los caminos.

No hay sociedad o grupo humano, por reducido que sea, en el cual no haya enconos y malos deseos. Allí, en aquella pequeña aldea, se odiaba y se amaba y daba la impresión que abultaba más lo primero que lo segundo. Precisamente por ser aldea pequeña todos se conocían, y por eso mismo, todos estaban en boca de todos. ¡Pobre de quien osara cometer un simple desliz!, pasaba inmediatamente a la historia local de los estigmatizados. Esa historia triste, rastrera y mostrenca que, de boca en boca, de generación en generación, se va transmitiendo inexorablemente. A esa historia de lodazal —filtro venenoso que penetra en el alma y en el convencimiento— no hay manera de pararla, sigue y aumenta como la peste y donde

más estragos hace es, precisamente, entre las gentes que viven y se nutren de ella.

Hacía tiempo que Cándida figuraba en la historia o leyenda negra del pueblo, de tal modo, que el pequeño y precoz Ramiro, a medida que iba despertando a la vida, pasaba de sorpresa en sorpresa, de humillación en humillación. Un día mendigó en la casa más extrema de la aldea, propiedad de unas viejas solteronas que le recibieron con zalemas y le ofrecieron un buen condimentado potaje.

El placer de saciar el hambre tiene algo de grosero y bestial; no importaba, eso es fácil y cómodo decirlo. Lo dicen con desprecio quienes jamás han sentido tal necesidad, quienes solamente han sentido apetito, que poco o nada tiene que ver con el hambre. Ramiro devoraba olvidando todo recato y prejuicio mientras hablaban maliciosamente mirándole de hito en hito. No le habría importado ni lo más mínimo que las risas y palabras hubiesen sido motivadas por su desusada manera de comer, pero lo que hablaban le dejó tan dolorosamente sorprendido que, de inmediato, se olvidó de su acuciante necesidad.

—Sí, mujer, es hijo del "Farruco". ¿No ves que tiene la misma cara? —decían las viejas, entre risas sardónicas.

¿Quién era "el Farruco"? Nunca había oído tal nombre o apodo; pero a juzgar por el tono de voz y por las maliciosas sonrisas de las viejas solteronas, se referían a otro hombre distinto al que él creía que había sido su padre.

Cesó de comer y quedó como aterrado, mirando cara a cara a las solteronas.

—Come hombre, come. No tengas vergüenza —le dijo una de ellas.

Por lo visto, ignoraban el dolor que le inferían. Quizás pensaban que, dada su corta edad, no comprendía el alcance de lo que estaban diciendo. Tal vez les importaba un comino que descubriera tan cruel realidad. Ramiro no

dijo nada, terminó de comer y se despidió educadamente. Pasó el resto del día vagando por las soledades de los bosques, rumiando la terrible revelación. No quería ver ni hablar con su madre. Además, podían ser habladurías, meras conjeturas de las pérfidas solteronas. Sea como fuere, desde aquel día, se le clavó en el alma la duda.

Quería Cándida que su hijo Ramiro estudiara para cura. Tal deseo no era motivado por sentimientos puramente religiosos, ¡quía!, nada de eso; en tales cuestiones, era ella de una tibieza desconsoladora. “No seas tonto, mira que los curas viven como reyes” —le decía constantemente, con ánimo de incrustarle la idea entre ceja y ceja. Raro era el día en que no sacaba a colación el dichoso tema y movida por su afán, sin tener en cuenta para nada las aficiones del chico, le presentaba a todo el mundo como aspirante a futuro seminarista. Lejos estaba él aún de sentir inclinación por determinada profesión y bien lo sabía ella, pero se hallaba o parecía dispuesta a ignorarlo todo con tal de salirse con la suya.

Es improbable que don José, el cura párroco, se hubiese creído la patraña, es posible que se lo tomara a broma; de todos modos, los domingos después de la misa de nueve invitaba al chico a desayunar y luego, al mediodía, a almorzar. No le impelía la firme creencia en su vocación que, por otro lado, al fin y a la postre, podía ser cierto —cosas más raras se habían visto—, sino el santo deseo de hacer una buena obra de caridad, paliando en el día del Señor el hambre que asomaba con desvergüenza a sus ojos.

Vivía don José en compañía de su hermana, doña Manuela, caritativa mujer que se desvivía por el prójimo. Para ella hacer el bien no era sólo un lema, le nacía espontáneamente; no sabía hacer el mal ni dejar de hacer el bien.

Residían cura y hermana en el antiguo convento de Cornellana. Convento que fue, años ha, morada de frailes y ahora de ecos extraños, de gatos sarnosos y vagabundos y de grandes y famélicas ratas. Era un edificio tristón, construído a base de sillares grises oscuros. Miraba la desnuda fachada principal a la plaza o campillo, como se le denominaba, en cuyo centro se elevaba una gran cruz de piedra sobre un basamento en forma de pirámide truncada, escalonada, motivo muy corriente en otros lugares de la geografía española, pero quizá el único en esta región.

No se sabía si era el convento prolongación de la iglesia o esta del convento; en fin, basta saber que estaban unidos entrambos formando un sólo cuerpo, viejo y glorioso cuerpo, declarado monumento nacional por méritos propios. Y tan glorioso edificio producía tristeza a quien lo contemplaba, y cuando sonaban las horas de la tarde en el reloj de la torre de la iglesia, sí que era difícil sustraerse a la emoción. Sonaban de un modo tan enigmático y solemne en el silencio del valle que el alma quedaba en suspenso, muda y conmovida.

El reloj de la torre de la iglesia era redondo y grande; ojo implacable de mirada atenta; medidor de vidas y contador de muertes; juez inexorable de las horas, ni antes ni después, justamente en su punto; siempre en punto.

No había en muchas leguas a la redonda campanas de sonoridad tan musical y manifiesta como las de la iglesia de Cornellana. Se oían los ecos de sus repiques desde distancias increíbles; expandíanse en todas direcciones subiendo por las montañas hasta remotas aldeas. Los días festivos por la mañana cuando llamaban a misa sonaban alegres como ráudo volar de palomas, y tristes, muy tristes, de una tristeza inconmensurable, al doblar a difuntos.

Los festivos, después de la misa de nueve, esperaba Ramiro sentado en los escalones a la sombra de la cruz de piedra del campillo a que doña Manuela le llamara. Algunas veces tardaba más de lo habitual en asomarse al

balcón y entonces sufría él lo indecible. Sentíase observado por todo el que pasaba, y si alguien le preguntaba qué hacía allí tan solo, azorábase y contestaba balbuciendo. Pese a la vergüenza, seguía esperando porque sabía que siempre, tarde o temprano, le había de llamar aquella buena mujer.

Don José estaba inscrito, igual que Cándida, en la historia lamentable y rastrera de la parroquia. Le endilgabán amoríos sin fin e incontables descendientes. Tenía que andar con pies de plomo para evitar habladurías. Si por motivos de su misión evangélica se reunía con alguna mujer joven o mayor, casada o soltera, había comentario para rato. Bautizó a Ramiro ya con dos años cumplidos y como en la ceremonia le dijo papá, hubo algazara durante mucho tiempo.

“Cuando el río suena es que agua lleva”, ¡qué duda cabe!; pero también la fe mueve montañas, y la mala fe no sólo las mueve, sino que es capaz de inventarlas”. — afirmaba Cándida con evidente enojo.

Aquel cuarto domingo de junio don José estaba entristecido y contrariado. Era el último día festivo que pasaba en la parroquia. Había recibido comunicación del obispado para su traslado a otro lugar. A los pocos días abandonó la parroquia en compañía de su hermana. Se marcharon sin alharacas, con humildad, tanto o más pobres que habían llegado; un poco tristes y un bastante olvidados ya de las gentes que él bautizó y absolvió tantos pecados.

Así, ni más ni menos, de improviso, casi sin dar tiempo a creerlo acabó para Ramiro la dicha de los días festivos y así mismo perdió su madre una importante influencia para sus aspiraciones de convertirlo en obispo.

Llegó pronto un nuevo párroco a Cornellana, alto y fuerte, de andares enérgicos y apresurados. Poseía bella y

sonora voz de bajo. Las beatas sintiéronse, en poco tiempo, atraídas poderosamente por la manifiesta virilidad de aquel hombre vestido con sotana. Ahora se apreciaba a simple vista en el templo, durante los cultos, considerable aumento de mujeres que, con devoción, escuchaban embelesadas las pláticas del fornido sacerdote recién llegado.

Aún seguía Cándida dispuesta y empeñada en conseguir una futura canonjía para su hijo, y con su fija idea se fue de cabeza al presbítero, pero éste, que era de armas tomar, excastrense por más señas, no le importó que el chico fuese para cura, para marinero de agua dulce o para bandidero de Sierra Morena. No hizo puñetero caso de la “santa progenitora” y por eso mismo no encontraba ella suficientes palabras verdes para vituperarle.

Pues señor, a pesar del fracaso y de todo lo habido y por haber, seguía la mujer abrigando esperanzas y para camelar al prohombre no se le ocurrió mejor idea que adelantar la Primera Comunión del chico. Le obligaría, si fuere necesario a comulgar diariamente para hacer notoria su irrevocable vocación sacerdotal. Le enseñó, durante dos meses largos, la doctrina católica, y a fuerza de darle a la noria, de mucho bregar y machacar en su infantil inteligencia, poco a poco, fue metiéndole entre ceja y ceja aquellas cuestiones tan claras para ella y tan oscuras para él. Cuando creyó que el fruto estaba bien maduro lo llevó a la parroquia para que se autorizase la Primera Comunión. Lo llevaba casi en volandas, como se llevaría un trofeo ganado en buena lid. Encontraron al párroco en la sacristía acompañado de varias beatas. Díjole Cándida a lo que iba y el excastrense miró al chicuelo como se mira a un gusano.

—Pero... mujer, esto es todavía muy niño para cosa tan seria como la comunión.

Quedó Cándida desconcertada.

—¡Niño sí, pero también consciente de la seriedad del sacramento!

—¿Sabe el catecismo?

—¡Claro que sí! ¡Pregúntele, pregúntele!

Posar el cura excastrense aquellos ojos suyos de tan fiero mirar en el niño y ponerse este a temblar de pies a cabeza, todo fue uno.

—Vamos a ver, hombrecito —le dijo, con voz potente y amedrentadora—. ¿Quién es Dios?

—¿Dios?, pues... Dios... —balbuceó sin poder recordar absolutamente nada de todo aquel galimatías que había aprendido de memoria.

Celebraron el fracaso las beatas y se rió divertido el cura párroco, conscientes todos del ridículo en que quedaba Cándida.

Pareció ablandarse en su dureza el prohombre, y quizá para no airarla más en presencia de las beatas, que disfrutaban de lo lindo con el suceso, desistió de seguir preguntando al asustado niño.

—Me consta que el niño sabe el catecismo. Lo que pasa es que está nervioso. No veo inconveniente para que reciba la Primera Comunión —dijo, comprensivamente.

Y llegó la amanecida de aquel día tan esperado en que recibiría al Señor. Corría ya el mes de las flores. Días largos y calurosos, buenos para la hierba de siega y malos para el maíz; pésimos para aguantar el estrecho traje de marinera y los recios zapatos de charol. Recibió, al fin, la ansiada Primera Comunión sin comprender ni captar su grandiosidad. Para Ramiro no fue, ni por asomo, el día más puro y grande de su vida; sí, ciertamente, uno de los más pesados e insoportables.

A Cándida con el tiempo se le fue entibiando el entusiasmo por hacer clérigo a su hijo y ya nunca volvió a mencionar el asunto. Empezaban a cruzar por su mente otras ideas y otros proyectos.

Salieron de madrugada camino de Cordovero. Hacía años que la abuelita Generosa no veía a su hermano Juan y por fin, aprovechando que en aquel pueblo se celebraban

las fiestas patronales del Carmen, decidió ir a visitarlo. Intuía Ramiro que no era sólo por el deseo de verlo por lo que ahora estaban en camino, ni tan siquiera por lo de las fiestas. Existía alguna otra razón que no le querían decir.

La abuelita Generosa conocía el camino, no así Cándida y su hijo, que nunca habían pasado por estos andurriales. Primero bajaron a Cornellana y enfilaron carretera adelante, siempre a la vera del río Narcea, en dirección a la villa de Pravia. Anduvieron uno o dos kilómetros y después abandonaron la carretera y se metieron por un empinado y polvoriento camino. Subieron un buen trecho y, ya en lo alto, tomaron por un atajo pisando entre la alta y amarilla hierba de unos prados. A su paso cesaba el festivo cri...cri... de los grillos, e infinidad de saltamontes salían disparados hacia lo alto. Unos eran verdes, otros grises o pardos o azulados. También revoloteaban en la hierba mariposas de fastuosos colores. En estos prados llenos de vida joven y de inusitados aromas, lucía en todo su esplendor, generoso y exuberante, el verano.

En la espesura de un bosque de castaños, hayas, robles, encinas y laureles, dieron otra vez con el camino que habían dejado. Ahora bajaba medio perdido entre la hojarasca. No se movía nada; todo parecía dormido en el silencio.

Llevarían media hora de camino cuando, de pronto, en un claro del bosque, apareció ante su vista una insólita casa.

—Es la casa de Lina —dijo la abuelita Generosa— y añadió, infundiendo a las palabras cierto énfasis misterioso: —fue aquí donde estuvo escondido don Nicanor.

Al llegar la comitiva, salió a la puerta de la casa una mujer increíblemente pálida y flaca, en compañía de dos niños de corta edad. Reconoció al momento a la abuelita Generosa y casi gritando le dió la bienvenida.

Durante el poco tiempo que la abuelita Generosa y sus acompañantes permanecieron en la solitaria casa, giró la conversación casi enteramente sobre el tal don Nica-

nor. Se trataba de un cura ciego que vivía en Cornellana. En la actualidad se le podía ver a diario paseando por el huerto de su casa, asido siempre de una mano a un alambre tendido de extremo a extremo del huerto. Iba y venía pausadamente, pasito a paso, tanteando el suelo, como si nunca fuese capaz de aprender el camino. Durante la guerra había permanecido en aquella apartada casa de Lina. A pesar de lo remoto del lugar, en cierta ocasión aparecieron por allí unos milicianos en su busca. Metiose aterrado, don Nicanor en la perrera, lo primero que se le ocurrió, viendo la muerte rondarle. Lina —que ahora relataba el suceso— se había negado, entonces, a decir dónde estaba escondido. Azotáronla, pues, brutalmente los sabuesos y, a pesar de todo, tuvo valor para no descubrirle. Buscaron entonces los individuos por su cuenta, pero por más que revolvieron no dieron con el fugado. Defraudados, optaron por alejarse, sin sospechar ni remotamente que estuviese oculto en el improvisado escondrijo, tan cerca de ellos.

Permaneció don Nicanor varias horas sin atreverse a salir, enrollado materialmente y confundido entre los excrementos del perro, resistiendo las picaduras de millares de feroces pulgas. Y no habría salido si Lina, recobrado el conocimiento, a pesar de las magulladuras y del susto, no lo hubiera sacado.

Decía Lina que, del pánico de aquel día, encaneció rápidamente el infeliz clérigo; que a partir de aquella fecha empezó a quedarse ciego, y que al terminar la guerra y dejar el solitario paraje ya no era ni su propia sombra.

Lina estaba viuda; le habían matado al marido en circunstancias extrañas; algo parecido a como habían matado al marido de Cándida.

La abuelita Generosa, su hija y su nieto, emprendieron el camino cuesta abajo, por un sendero de tierra rojiza, a través de un bosque de altísimos pinos. Cubría el suelo una gruesa alfombra de pinochas y olía a resina. Filtrábase afilados los rayos del sol entre los intersticios de las ramas. Hacía calor, pero allí, al frescor de la sombra, no se

notaba. A Ramiro le hubiese gustado quedarse más tiempo acariciado por la brisa, respirando el aroma del bosque, pero su madre y la abuelita Generosa tenían prisa. Aún estaban lejos de su destino y debía ser casi mediodía. Caminaban a buen paso y pronto quedó el bosque de pinos atrás y entraron en otro y en otro más. Parecía que la arboleda no tenía fin. A la hora y media de marcha, aproximadamente, hizose la espesura menos tupida y, al poco, entraron en un lugar donde se veían unas extrañas casuchas alejadas bastante entre sí; rústicas construcciones de piedra color ocre. Diríase que nadie vivía allí; sin embargo, humeaban las chimeneas, indicio claro de moradores. Extraños moradores en verdad debían ser para vivir en aquella impresionante soledad.

Llegaron a una estrecha carretera que cruzaba entre fecundos prados.

—Ya estamos cerca —dijo la abuelita Generosa.

Ramiro estaba cansado y también su madre daba muestras de estarlo, no así la abuelita Generosa, que parecía tan fresca como si la dura caminata fuese para ella un simple paseo. Era admirable su tenacidad y fortaleza de espíritu. Poseía temple espartano.

—Por aquí se va. Arriba en la montaña está Cordovero —dijo señalando un camino pedregoso a la izquierda, después de haber avanzado un considerable trecho por la carretera.

Empezaron a subir fatigosamente. Hacía mucho calor y sentían apremiante sed. En una revuelta del camino hizose visible el pueblo. No eran más de una veintena de casas, todas con su correspondiente hórreo y rodeadas de tierras de labrantío. Así, a simple vista, no tenía nada de particular, era por el estilo a otras aldeas de las muchas que había por las montañas de la región. Se le hizo constar a la abuelita Generosa y esta dijo sonriendo:

—Que no os oigan aquí decir eso, puede que el pueblo no tenga nada de particular, pero el cementerio es hermoso y, por supuesto, el orgullo de la gente de la zona. Ahora al pasar lo veremos.

En efecto, tenía razón la abuelita Generosa: el cementerio era extrañamente bello y blanco: blancos los mármoles de las tumbas, blancas las cruces, los muros blancos, y hasta los troncos de los solemnes cipreses, de blanco estaban pintados. Y todo brillaba cegadoramente bajo los rayos del sol. Daba la impresión allí que la muerte era menos trágica. No había, como en otros cementerios, esa notoria diferencia entre lo ostentoso y lo mísero. Allí no se veía ese ridículo y ofensivo afán por hacer patente más allá de la vida la casta social.

Hacia rato que se oía el retumbar de los voladores que, subiendo como una exhalación, estallaban en lo alto. Expandíase la onda sonora por las montañas y devolvíanla éstas convertida en apagado eco.

Llegaron a una pequeña ermita situada a la vera del camino y sombreada por dos hayas centenarias. Coincidió su llegada con la gente que salía de misa. En seguida hubo personas que reconocieron a la abuelita Generosa y la saludaron efusivamente.

—¡Amanda... Amanda, corre que está aquí tu tía! — gritaron varias personas y entonces salió corriendo de entre la gente una joven que se fundió con la abuelita Generosa en un apretado abrazo. Besó después a Cándida y, finalmente, mirando a Ramiro, se agachó y le dio un beso.

—Es tu ahijado —le dijo Cándida.

—¿Ahijado?

—¿No lo sabías? Si, mujer, te escribimos diciéndote que, por lo lejos que estabas, te representaríamos en el bautizo.

—¡Anda la osa!, pues yo no recibí ninguna carta — exclamó la joven, dando a entender que no le agradaba la noticia.

Debía tener Amanda alrededor de los veinticinco años. Ni alta ni baja, un poco gruesa; el pelo negrísimo y ondulado. No era guapa ni fea; más bien destacaba por esa lozanía exultante y apetecible, natural en las jóvenes campesinas de la comarca.

Llegaron a casa del tío Juan y quedó éste notablemente sorprendido. Luego de abrazar a la abuelita Generosa y a Cándida dio una cariñosa cachetadita a Ramiro.

Era el tío Juan un vejete de cara rojiza y arrugada, bajito y con aspecto de cascarrabias. Conocíanle en toda la comarca por su habilidad en confeccionar goxias (seras) y le llamaban "Juan el goxiero".

Llegó, poco después, María la esposa del tío Juan, limpiándose las manos con el delantal. Mujer insignificante, enjuta, desdentada, vestida de negro y cubierta la cabeza con una pañoleta del mismo color. Saludó sin mucho entusiasmo; parecía que no le era grata la visita.

Pepín, el hijo, que se parecía prodigiosamente al tío Juan, acudió algo más tarde y saludó tímidamente sin mirar de frente. Daba muestras de ser bastante reservado; casi no hablaba y cuando se veía obligado, lo hacía con sequedad y a toda prisa.

Pepín superaba a su padre en la confección de goxias; era mucho más rápido y sus trabajos quedaban igual o mejor rematados. Ya que el tío Juan tenía fama de excelente e insuperable maestro, fácilmente se comprende cuan extraordinario artesano era su hijo. Entre uno y otro, trabajando en los ratos libres que les quedaban después de atender las faenas del campo, ganaban algunas pesetejas.

No debía ser el tío Juan labrador rico, pero le iban las cosas mal que bien; iba tirando sin demasiadas estrecheces. La abuelita Generosa decía que estaba bien forrado, aunque las apariencias indicaban lo contrario. Tenía una casa pasable con su correspondiente panera, dos o tres prados, algunas tierras de labranza, tres vacas y un pollino.

Ramiro descubrió por fin durante la comida la principal razón por la que le habían traído: su madre y su abuela querían dejarle con los tíos, pero a éstos no parecía gustarles la idea. Alegaban que no podrían atenderlo, que era un compromiso.

Finalizó la comida en silencio embarazoso.

Declinando la tarde visitaron en la casa de al lado a Carmen, parienta de la abuelita Generosa. Nada más entrar se les vino encima un alubión de repugnantes moscas. Debatíanse centenares de ellas cogidas en varias tiras pegamentosas que colgaban de las vigas del techo. Tal procedimiento no daba gran resultado, pues era infinitamente mayor el número de las que pululaban a sus anchas por toda la casa. Volaban raudas en cantidades increíbles y posábanse arracimadas en los utensilios de cocina, sobre las mesas, en las paredes, en las sillas, por el suelo...

Carmen infundía simpatía y confianza a primera vista; era amable y sonriente y la franqueza destacaba sobre sus otras cualidades. En cuanto supo lo que había sucedido en casa del tío Juan hizo un gesto de sorpresa e incredulidad.

—¡Hay que ver, por Dios! ¡Parece mentira! Mira, mujer, yo no soy tan rica como ellos, pero una boca más no nos va a arruinar. Si queréis podéis dejar aquí al niño, nos vendrá muy bien, ya que hará compañía a mis hijas —dijo con franqueza y generosidad.

Quedaron la abuelita Generosa y Cándida complacidas y agradecieron a la bondadosa mujer su magnífico rasgo.

Al enterarse en casa del tío Juan que Ramiro quedaba bajo la tutela de Carmen reaccionaron de manera pintoresca.

—¿Estáis locas? ¡Hombre, estaría bueno! ¿No somos nosotros la familia? Por lo tanto el niño queda aquí.

Naturalmente, hubo que explicar a Carmen el cambio de parecer del tío Juan y su familia.

—Bueno, qué se va hacer, si ellos ahora dicen que se quede allí, pues... que se quede; yo que os voy a decir. El aquí tiene su casa para todo lo que se le ofrezca.

Instalado ya Ramiro en casa del tío Juan, dispusieron la abuelita Generosa y Cándida a emprender el camino de vuelta. Le hicieron toda clase de recomendaciones y advertencias, le dieron un beso y marcharon cuesta

abajo, perdiéndose en las sombras del anochecer.

Ramiro sintió una extraña mezcla de gozo, incertidumbre, pena y desamparo.

Otro motivo, además del cementerio, tenían los habitantes de Cordovero para sentirse orgullosos: el lavadero público, costeadado y construido a partes iguales por todos los vecinos. Aún estaba reciente su estreno y ya corría su fama por los pueblos de la comarca.

Por aquellos años, toda aldea que se preciara debía tener un importante lavadero público. Tribunas públicas del bulo y de la crítica mordaz. Cortes de rompe y rasga, donde se despellejaba a Dios y al Diablo, donde se ponía en entredicho hasta la pureza de María Santísima.

Desgraciado de quien osara pasar a la vista de las lavanderas, más le hubiera valido un sangriento descalabro. Bien lo sabía Pepín, el hijo del tío Juan, que prefería rodear, haciendo doble trayecto, a exponerse a sus rechiflas.

—¡Adiós, Primo Carnera!

—¿De paseo, buen mozo?

—¿Qué, ya te has tallado para la mili?

A Pepín, que no medía ni metro y medio y que se había librado del servicio militar, por estrecho de pecho, tanto le dolió la mordaz burla que, lleno de coraje, él que era tan reservado y respetuoso, hechó mano a la bragueta y les hizo un feísimo gesto. Pero en mala hora se le ocurrió.

—¡Para tu padre, enano!

—¿Son de paloma o de gorrión?

—¡Que va mujer, ya quisiera el pobre! Son de hormiga y va que chuta.

—Pero... vosotras ¿qué estáis diciendo? Estoy segura que no tiene cojones.

—Que los enseñe.

—¡Eso... eso mismo, que los enseñe! —gritaron a coro todas las energúmenas, riéndose desafortadamente.

Optó Pepín por largarse, como perro con el rabo entre las patas. Aquello no lo aguantaba ni su padre; ni un santo lo aguantaría.

Los días de aquel julio de 1941, eran excesivamente calurosos. Se quejaban los labradores de la pertinaz sequía. Hacía mes y pico que no caía una gota de agua y las tierras de maíz y las de patatas se agostaban sin remedio.

En casa del tío Juan podían permitirse el lujo de comprar pan de trigo. Cocían al horno grandes hogazas de borona, pero a menudo acababan echándola a los cerdos y a las gallinas. Y no es que nadaran en abundancia; tenían nada más que lo justo para ir tirando sin excesivos agobios. Contaba cada uno de los dos varones con su correspondiente terno y su par de zapatos, que sólo se ponían una vez al año, en la fiesta del Carmen, patrona del pueblo. En cuanto a las mujeres, tenían tres o cuatro pingos para no desentonar; ahí acababa todo. Claro está que allí, en aquella aldea perdida, los lujos no se echaban de menos. Ni tiempo había para ello.

Amanda tenía un pretendiente en Malleza, aldea que se veía desde Cordovero, a lo lejos, encaramada en lo alto de una montaña. Venía de vez en cuando, pero no se acercaba a la casa. Se veían en el camino principal, algo más abajo del cementerio. Para evitar murmuraciones llevaba con ella de "cesta" a Ramiro. Saludábanse ceremoniosamente los enamorados y hablaban del tiempo y de faenas de labranza; después, poco a poco, iban cambiando de tema. Ella reía cantarínamente sin cesar, retrocedía y cambiaba de sitio cada vez que el fogoso mozo intentaba acercarse más de la cuenta.

Amanda se quemaba en cuerpo y alma. Le chispeaban los ojos y tenía que hacer esfuerzos inauditos para sofocar el volcán que la consumía. Se contenía maniatada por el exacerbado temor, implacable enemigo, inhibidor de sus naturales impulsos de mujer joven y ardiente. Las mujeres de las aldeas de esta región, sentían pavor por lo que de ellas se dijera; tenían más miedo a los infundios que al mismísimo Diablo.



En casa del tío Juan se trabajaba sin descanso; siempre había mucho que hacer, cuando no era una cosa era otra. Amanda y Pepín, sólo descansaban dos o tres veces al año; en cuanto a sus padres, ni eso tan siquiera. Quién sabe la idea que tenían de la vida. Posiblemente ni tiempo les quedaba para pensar en cosa tan seria. Había caído sobre ellos la rutina diaria y no se enteraban de nada. Seguirían así hasta el último instante, ignorando todo lo que no fuese trabajar. Vivían de espaldas al acontecer diario. No leían ni siquiera el periódico.

Amanda y Pepín, al paso que iban, heredarían la hacienda y la rutina diaria de mucho hacer y poco pensar. Era inevitable, sólo una circunstancia imprevista podía cambiar el rumbo monótono de sus vidas, y esto rara vez se daba en las aldeas de esta región.

El quince de agosto, se celebraban las fiestas patronales de La Granja.

Por la carretera que subía a la aldea se divisaba un extraordinario panorama: allá abajo, el valle de verdes intensos, el plateado río, la carretera blanca y polvorienta, los altos álamos; enfrente las grandes montañas y Cordovero: veinte casitas de juguete medio perdidas entre sienas, grises y verdes apagados. Por encima el cielo añil, sólo manchado por alguna leve y fugaz nubecilla de estío.

Iba mucha gente a la fiesta, en particular mozos y mozas que reían, cantaban y gritaban alegremente. Todos, jóvenes y viejos, endomingados. Ellas de colores múltiples y encendidos; ellos arremangados, en camisa blanca y pantalón obscuro.

Cuando Amanda y su ahijado llegaron a La Granja, ya la romería estaba en todo su apogeo. Ahogábase una orquesta tocando pasodobles, tangos y fox entre el ruido en-

sordecedor de los retumbantes petardos de a perra gorda y de a real, que los divertidos chicos arrojaban al suelo entre las risas chillonas y el bullicioso griterío de tanta gente. Los hombres escanciaban y bebían ríos de sidra. La botella bien alta en la mano derecha, por encima de la cabeza; en la izquierda el vaso, recibiendo el chorro dorado, y el suelo regado generosamente por la sabrosa bebida.

De casa en casa, de poste en poste, toda la aldea aparecía engalanada con banderolas y bombillas multicolores.

Pocas eran ya las fiestas que aún conservaban el sabor, color y calor de estas de las montañas. Tenían todavía la sabiduría del pasado, algo atávico y tradicional que en las villas y ciudades de las llanuras se había perdido para siempre. Tenían además, ese cariz frenético que imprime la gente que sólo se divierte una vez al año.

Quisieron bailar con Amanda varios mozos, pero ella les dio “calabazas”. No quería dejar solo a su ahijado, por temor de que se perdiera entre el gentío. Lo llevaba bien asido de la mano, por si acaso. Le compró avellanas y caramelos, y entre paseos, saludos y charlas, mirándolo todo con ojos de asombro, íbase la tarde felizmente.

De improviso se provocó entre la gente una agitación extraña, un encrespamiento súbito del oleaje. La masa humana corría en dirección al baile llevando reflejos de tragedia en las miradas.

“¡Se van a matar!” —oíase gritar.

Movidos por la curiosidad, Amanda y Ramiro también corrieron. Un joven bañado en sangre luchaba como fiera herida tratando de librarse de varios hombres que le sujetaban con vigor. Tenía una profunda incisión en el deltoides del brazo derecho, por donde manaba la sangre a borbotones. La blanca camisa teñida de escarlata, caíale hecha girones. Gritaba y maldecía fuera de sí, echando espumarajos por la temblorosa boca.

—¡Dejadme! ¡Dejadme que lo mato!

Más allá, como a veinte pasos, otro hombre, este de

más edad, estaba también siendo contenido a duras penas por varios fornidos brazos. Moría la tarde. Se habían encendido las bombillas de colores, que daban a la trágica escena aspecto de pesadilla. Ramiro, sobrecogido, se arrojaba fuertemente a su madrina, que le protegía con sus brazos. Ella parecía tranquila, como si la escena que presenciaba no tuviese nada de particular. Estaba ya curada de espanto. Estos altercados de puñalada va, puñalada viene, ocurrían frecuentemente en las romerías. Un pisotón sin querer, una mirada inocente, pero mal interpretada, eran motivos suficientes para despacharle a uno de este mundo. Por cualquier futilidad se organizaba un lío de puñaladas entre estos hombres broncos, fuertes, apasionados y brutales.

Dicen los pesimistas que nunca una desgracia llega sola y en esta ocasión bien acertaban: cuando Amanda y su ahijado salieron en dirección a la fiesta, estaba a punto de parir la Pinta, una de las vacas de la casa; por eso Amanda dudó en partir presintiendo alguna contrariedad. Nunca había pasado nada de particular en estos casos, por lo cual la tía María y el tío Juan le habían aconsejado que se marchara a la fiesta. En la romería, mezclados con el alegre bullicio, se le olvidó la circunstancia de la vaca. De pronto oyó a una mujer de Cordovero que le gritaba muy agitada:

—¡Llevo más de una hora buscándote! ¿Dónde te metes? ¡Corre a casa, la Pinta se muere, no hay manera de hacerla parir!

Amanda quedó sin habla, pálida como si le hubiesen extraído toda la sangre.

—¡Vamos, rápido! —dijo a su ahijado, tirando de él con evidente nerviosismo.

La noche se había echado encima. En el pueblo no había más gentío. Corrieron cuesta abajo por la carretera. Alejados ya, la brisa nocturna les llevaba apagados ecos de la fiesta y melancólicos sonos de baladas cantadas por los romeros.

“Carretera de Avilés
un carretero caminaba
y al son de los esquilones
un marinero cantaba”.

“Marinerito arría la vela
que está la noche
tranquila y serena”.

“Noche tranquila y serena
es buena para rondar;
para los enamorados
es buena la obscuridad”.

—¡Date prisa, date prisa! —gritaba Amanda cuando el chico quedaba rezagado.

En el valle aminoraron la marcha para recuperar fuerzas. Unos metros más y emprendieron la subida que conducía a Cordovero. En pocos minutos lo divisaron, alumbrado por la luz verdosa de la luna. Llegaron a la casa a punto de desfallecer. Había allí gran movimiento y caras angustiadas.

—¿Cómo va? —inquirió la recién llegada, con voz temblorosa.

—¡Está pariendo! ¡Parece que se salva! —le contestó la tía María, con huellas inequívocas de gran tensión.

El tío Juan y otros tres hombres introducían puñados de manteca por la vagina de la Pinta. Metían los brazos hasta más arriba del codo, una y otra vez. Les arroyaba el sudor por la frente y por el desnudo torso.

Parió por fin la vaca una hermosa ternera.

—¡Gracias a Dios! —exclamaron todos.

A las once de la noche, fuera de peligro ya, dejaron la vaca con su ternera en el establo. Los rostros aparecían cansados y felices. No era para menos: habían vencido a la muerte. También la muerte de una vaca puede ser terriblemente dolorosa para un humilde labrador como era el tío Juan.

Tocaba su fin la estancia de Ramiro en Cordovero. Días atrás, sus tíos le habían anunciado que el uno de septiembre sería la partida. Le costaba trabajo hacerse a la idea. ¡Estaba tan a gusto allí!

Y llegó la víspera de la ida. Estaba el cielo nublado, plomizo, metálico; como si quisiera añadir melancolía al alma. Las cumbres desaparecían ocultas entre nubes bajas, algodonosas y grises.

Ramiro pasó el día recorriendo entristecido aquellos lugares tan queridos que presentía no volvería a ver.

Amaneció con sol el primero de septiembre, pero menos luminoso que en días pasados. Además, a intervalos, quedaba oculto tras densas nubes que obscurecían momentáneamente el paisaje. A eso de las nueve y media se despidió de todos y partió con el tío Juan. Descendieron montados en el borrico de la casa, hasta la carretera y se dirigieron hacia la villa de Salas, iban callados, escuchando el tiquitá, tiquitá del lento y rítmico andar del asno.

—Agárrate bien, no vayas a caerte —le decía de cuando en cuando el tío Juan, sonando su voz, extrañamente metálica, en el solitario e inmenso paraje.

A las dos y pico llegaron a Salas. Aún tardaría en llegar el autobús que iba a Cornellana. El tío Juan tenía prisa. Pagó el billete y lo entregó a su sobrino, dándole instrucciones. Parecía entristecido.

—Bueno, hijo, tengo que irme: el camino de vuelta es largo y en casa hay mucho que hacer. Dale recuerdos a tu abuela y a tu madre.

Se alejó caminando de prisa, tirando con energía de la brida del borrico, que ofrecía resistencia a las exigencias de su amo.

A las cuatro en punto llegó el autobús a Cornellana. No se veía a nadie, como si el pueblo hubiera sido abandonado. Al pasar por el Campillo, junto al antiguo convento, Ramiro sintió una inmensa tristeza. ¡Le pareció todo tan desolado! Recordó con nostalgia los días felices, cuando don José, el cura párroco, vivía allí. Ahora estaba deshabitado

el hosco edificio, cerradas hermeticamente puertas y balcones. Caminó de prisa, ansiando alejarse lo antes posible de aquel lugar que tantos recuerdos y tanta pena le producían.

El cementerio de Cornellana estaba situado en el vértice mismo del ángulo que formaba el camino al dividirse en dos. Iba un ramal en dirección a Sobrerrriba y el otro seguía en línea recta por la vega del Narcea, hacia Ronderos. Así pues, para ir a cualquiera de estas dos aldeas era inevitable el paso por la vera del cementerio.

El ramal de Sobrerrriba, por el que Ramiro debía ir, ya desde su nacimiento se hacía empinado, retorcido y angosto. A la izquierda subiendo, lo ensombrecía un frondoso bosque de castaños y laureles. Por la derecha descendían bruscamente ubérrimos prados que morían al pie mismo de las grises y viejas tapias de la parte trasera del convento.

Ramiro corrió, amedrentado, sendero arriba. Corrió sin parar, perseguido por los fantasmas de su acalorada imaginación. ¡Cuán solitario y melancólico este cementerio de Cornellana! Las puntiagudas rejas de su negra puerta asaeteaban el cielo gris de las cuatro y diez de la tarde. Asomaban las cruces de las tumbas por encima del muro y clavaban su blanca mirada en el miedo de la soledad.

En casa de la abuelita Generosa no había nadie. Estaba cerrada. Se dirigió entonces a la de su madre. Algunos vecinos lo saludaron haciéndose los sorprendidos por la llegada.

—¡Anda! Pero... ¿no te quedabas allá para siempre? —le decían con sorna.

Cuando su madre lo vio, ya desde lejos, notó Ramiro que ponía cara de asombro y de disgusto. En aquel momento sintió que un nudo en la garganta le ahogaba.

—¿Qué pasó? ¿Por qué vienes? —gritó desde el balcón, con voz desabrida.

Subió el chico los hombros, haciendo un gesto ambiguo; lo único que podía hacer, dado su estado de ánimo.

—¡Contesta! ¿Hiciste algo malo? ¿Por qué has veni-

do? —le increpó otra vez, no bien llegado a casa.

—¡No sé nada! En casa del tío Juan no quieren tenerme por más tiempo —dijo amargamente.

—¡Avaros! —exclamó fuera de sí Cándida.

Ramiro no pudo resistir más y prorrumpió en desconsolado llanto.

En medio de la tristeza que le embargaba, renacía en Ramiro la curiosidad por saber quién era “el Farruco”.

“¡Farruco!” “¡Farruco!” —le habían gritado una pandilla de rapazuelos a los pocos días de su llegada de Cordero.

Sintió tan grande e incontenible indignación que les arrojó una andanada de piedras. Corrieron los chiquillos riéndose a carcajadas, divertidos por el efecto del insulto.

Se imaginaba Ramiro lo que le esperaba; de ahora en adelante se le conocería por “el Farruco” apodo que le resultaba odioso.

Regresó a casa llorando desconsoladamente y entre hipos y lágrimas explicó a su madre el desagradable incidente.

—¡En este poblacho no hay más que gentuza!. No les hagas caso y saldrás ganando —le dijo muy dolida.

—Pero... quién es “el Farruco”? —preguntó con rabia Ramiro.

—¡Cálmate hombre! Creo que es un individuo de Ronderos, aldea a la que pertenecía tu padre. No sé yo a qué viene esto de que te insulten así; de todas maneras lo mejor es que no les hagas caso. Si ellos te insultan riéte e insúltalos también.

Ronderos, aldea inverosímil, era nada más que una hilera de casas, situadas en larga y estrecha franja de terreno. Por delante pasaba el camino que conducía a Cornellana, lamido por un brazo del temible río Narcea. Por la parte de atrás se elevaba casi verticalmente una altura grandísima de laderas y peñascos. Miradas las casas desde

arriba, desde las tierras de labrantío de Sobrerrriba, se divisaban como vistas desde un avión, simplemente unos puntos de color rojo.

Por el invierno, en la época de lluvias, aumentaba peligrosamente el caudal del río, amenazando con salir del cauce y, en efecto, salía en muchos lugares de su trayecto anegando las tierras de la fértil vega. Ronderos se iba librando por verdadero milagro.

Durante algún tiempo, anduvo Ramiro rondando por las cercanías de Ronderos, con la esperanza de conocer a "el Farruco". Cuando veía venir a alguien se escondía detrás de las seves o se zambullía entre la alta hierba, temblando de emoción, en espera de reconocer, no sabía cómo, a aquel hombre que decían era su padre. Había conseguido algunos datos de él, pero tan imprecisos, cogidos al vuelo de insultos y vejaciones, que sólo con esto no se podía identificar a nadie y, sin embargo, seguía esperando.

Un día, al atardecer, le vio acercarse montado a caballo. ¡Sí, era él!, ¡estaba seguro!, ¡era él! ¿A qué se debía la clarividencia suya? ¿Acaso podía tanto la fuerza de la sangre? Quién sabe. El caso fue que conoció al instante al hombre que era la causa y origen de su humillación y quizá también de su vida.

Pasó el hombre, ignorando que unos ojos, que una implacable mirada le estaba clavando odio y desprecio infinito. Tenía aspecto corriente y vulgar; un aldeano de tantos. Montaba un caballo viejo, de andar lento y cansino, que iba sobrecargado de hierba metida en parihuelas. Se alejó silbando, con la guadaña al hombro. Desde lejos, a Ramiro, le pareció la representación de la muerte, algo terriblemente siniestro.

Cándida vendía la casa. Estaba tan decidida que los consejos y admoniciones de la abuelita Generosa no bastaban para disuadirla; tampoco que los vecinos dijeran

que estaba loca. Nada, no había manera de hacerla entrar en razones. Ya tenía comprador. Mil duros le daban por la casa y el huerto, y no estaba dispuesta a perder la ocasión.

“¡Por Dios, mujer, qué son mil duros! ¿Qué va a ser de los niños? ¡Tú no estás bien!” —le increpaba la abuelita Generosa, una y otra vez, con la esperanza de hacerla reflexionar.

“Tu madre está como una regadera. ¡A quién se le ocurre! Una casa es siempre una casa” —decían a Ramiro los vecinos, moviendo la cabeza en evidente gesto desaprobatorio.

Los motivos que impelían a Cándida a vender a todo trance no los revelaba a nadie y, debido al misterio, se hacían múltiples conjeturas, algunas bastante mal intencionadas. Vendió la casa y a los pocos días, ante la extrañeza general, se marchó para Madrid, llevándose a su hija Amna. A Ramiro y a César los dejó con la abuelita Generosa.

Amna, por falta de alimentos y por sietemesina, crecía esmirriada y descolorida, como florecilla medio mustia a la que no le diera el sol. Su pelo, de un tono rubio ceniciento, estaba sin brillo y sin vigor. Más que pelo parecía pelusa. Cándida le echaba agua oxigenada para que adquiriera color y se lo rizaba, y pese a tanto esmero, su endeble y pobre aspecto seguía siendo el mismo. Siempre tenía frío, la pobrecilla; al menor soplo de aire se le ponía carne de gallina y adquiría un tono azulado tristísimo. Hablaba poco, con voz dulce y apagada. Le gustaba estarse quieta, acurrucada junto al fuego, mirando el crepitar de los leños. Y a pesar de su aspecto mustio, nunca enfermaba; ni siquiera le daba el más leve catarro y, sin embargo, en la casa, todos temían que se les muriera el día menos pensado. Ahora que estaba ausente sentía Ramiro una gran nostalgia de su dulzura. “¡Quién sabe lo que será de ella!” —se decía, apenado.

César, niño gordo y pacífico, siempre estaba senta-

do, quizá por debilidad. El pobrecillo gemía y hacía pucheritos, falto de calor y de alimento. Pasaba hambre, mucha más que Ramiro que ya sabía pedir de puerta en puerta. Por temor de que enfermara decidió la abuelita Generosa dejarlo en Ronderos, en casa de la viuda de Bernardino, cuñado de Cándida, que también había muerto en la guerra. Esta mujer no conocía a Ramiro ni quería conocerlo, por considerar que era hijo de "el Farruco". A César sí, era distinto: le quería porque le recordaba al marido de Cándida, hermano de Bernardino.

Quedó Ramiro solo y entristecido, sin la grata compañía de su hermano. La abuelita Generosa y el abuelo Ramón paraban poco en la casa, posiblemente andaban mendigando. Ellos no decían nada, pero se notaba que habían llegado a tales extremos obligados por la necesidad. El abuelo Ramón, nunca traía nada a la casa. La abuelita Generosa traía todo lo que podía: patatas, borona, huevos, etc., y lo iba estirando, escatimando con avaricia, temiendo que se terminara. Estaban los dos últimamente muy preocupados debido a que los dueños de la casa exigían el pago del alquiler atrasado, que era ya de dos años largos. De no pagar en corto plazo tendrían que desalojar la vivienda, sin más demora. Los pobres viejos no sabían qué hacer ni a dónde ir. Si les hubiesen dicho años atrás lo que les esperaba no lo hubieran creído, sobre todo ella que conoció tiempos de lujo y riqueza.

Ramiro vagaba todo el día por campos y bosques, sin rumbo fijo. Le acuciaba el ansia de lo desconocido. Andaba por caminos perdidos y lugares nunca hollados; subía a los montes y llegaba a parajes de insospechada belleza. Le agradaba, sobre todo, sentarse entre la arboleda de los espesos bosques y escuchar el cantar de las aves, el sonar de las hojas movidas por la brisa. Allí, en comunión íntima con las cosas, quieto, con el oído atento y la sensibilidad bien dispuesta, todo cobraba vida como por arte de magia. Todo hablaba en un lenguaje armonioso y musical. Cantaban y reían las aves, y hasta las mismas

flores silvestres se entendían en dulces y sutiles murmullos.

A menudo posábanse en las cañas, por encima de su cabeza, bandadas de negros cuervos. Permanecía él en silencio religioso, escuchando sus extraños y siniestros conciliábulos, mirando sobrecogido su fúnebre ropaje, el raro fulgor de sus ojos torvos. No tardaban en descubrirle y entonces levantaban el vuelo graznando histéricamente, alarmando a las demás criaturas del bosque, que organizaban enorme algarabía. Iban callando poco a poco y todo quedaba en calma igual que antes, y los enlutados cuervos subían y subían por el vasto e intenso cielo azul. Al mediodía, cerca ya de la adormilada tarde, todos los seres del bosque, quedaban en silencio grave, solemne, apretado. Durante estas horas muertas, sepulcrales, le embarcaba una paralizante melancolía, un dulce y raro sentimiento que le hacía sentirse feliz a pesar de la tristeza. Empezaba a padecer de masoquista y meditadora soledad. Iba engañando el hambre con frutos silvestres y dormitaba plácidamente, acostado entre la alta hierba de las praderas. Regresaba a casa al obscurecer, sucio y lleno de rasguños. La abuelita Generosa le sermoneaba y le decía que estaba hecho un salvaje. Tal vez tenía razón, pero a él no le importaba, era feliz así y no cambiaría su manera de vivir por nada.

Dos de agosto. Languidecía la calurosa tarde. El cielo se tornaba dorado y cárdeno por encima de las cumbres. Había polvo y nubes de mosquitos en la seca atmósfera. Se oían, lejos, agudos chirridos de carros. Regresaban los campesinos al hogar, a paso lento, agotados del arduo trabajo del día. Llegaba la feliz hora del ordeño. En fin, pronto la noche empezaría a teñir el cálido paisaje de sombras negras y violáceas.

—¡Tu hermano ha caído de un carro de hierba! —di-

jo a Ramiro un mozalbeta que iba montado a caballo.

—¿Dónde? —inquirió, asustado.

—Lo traen por ahí —indicó el muchacho, señalando con la mano en dirección a Ronderos.

Ramiro corrió desalado en busca de la abuelita Generosa.

—¡Se ha caído César! ¡Se ha caído!

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Explicáte bien!

—¡Mi hermano se cayó de un carro de hierba!

—¡Dios santo, otra desgracia!

Corrieron en dirección a Ronderos y como a dos kilómetros, dieron con la comitiva que portaba al herido.

—¿Cómo está? —gritó desde lejos la abuelita Generosa, con voz alterada.

—¡Mal! Cayó de muy alto.

—Debe verle un médico —dijeron cuando llegaron.

Quejábase el niño y sus lamentos se mezclaban con el canto de las cigarras y con el pu...pu característico de los sapos. Ramiro le abrazó apenado, ansiando aliviar su dolor. Lleváronle hasta la casa las personas que lo portaban y acto seguido se fueron apresuradamente.

Ramiro pasó la noche pendiente del dormir agitado de su hermano. A través del enrejado ventanuco que se abría en la parte de atrás de la casa, veía el negro y sereno cielo, tachonado de fulgores infinitos. Sentíase insignificante y desamparado bajo la inmensa bóveda estrellada. Pensó con pena en su madre, en su hermana; pensó en la perra vida que arrastraba la familia, en aquella maldición o sino fatal que le abocaba inexorablemente al desastre.

Amaneció nublado y húmedo. César se quejaba; tenía inutilizado el brazo derecho. A eso de las ocho salieron en dirección a Cornellana. Por el camino les iban pasando los vecinos que encontraban al paso. Decían todos que la obligación de llevar el niño al médico era de la tía de Ronderos. La abuelita Generosa la disculpaba, pero nadie se convencía.

Ya en Cornellana, la abuelita Generosa explicó que

había decidido llevar a César a un curandero que vivía en las afueras del pueblo, carretera de Pravia adelante. Era muy entendido y cobraba poco. Cuando llegaron, César estaba lívido y encogido. Abrió la puerta una mujer excesivamente gruesa y mal encarada.

—¿Qué pasa? —preguntó con una especie de gruñido.

—Venimos a que vean al niño.

—Bien, pasen.

Una vez en el interior de la casa les condujo a una especie de antesala pobremente amueblada con tres rústicas sillas y una destartalada mesilla repleta de revistas y periódicos viejos.

—Siéntense; en seguida les recibirá mi marido —dijo la obesa mujer, dando muestras de que no le agradaba el humilde aspecto de los recién llegados.

Esperaron unos diez minutos y por fin apareció el curandero.

—¿Qué pasa? —preguntó sin preámbulos.

Era un hombre alto, seco, huesudo, con aspecto de enfermo.

—Vengo a que vea al niño. Ayer se cayó de un carro de hierba y le duele el brazo.

—¡Ya! —dijo el curandero por toda contestación e hizo un gesto lleno de ambigüedad.

Palpó el brazo herido y César gritó retorciéndose de dolor.

—Está más claro que el agua. Tiene varias roturas en el brazo. Mejor será que lo lleve a un hospital —sentenció con seriedad el “galeno”.

—¡Deje, mujer, deje!, no es nada —le dijo a la abuelita Generosa, cuando ésta revolvía nerviosamente en el bolso buscando dinero para pagarle.

—Llévelo pronto, puede venir la gangrena y entonces ya no habrá remedio —aseguró gravemente, abriéndoles la puerta de la calle.

Caminaron entristecidos y confusos por la carrete-

ra sin saber qué determinación tomar. La abuelita Generosa, que no se acobardaba fácilmente, reaccionó pronto.

—¡Vamos, rápido! —apremió a Ramiro y tomando en brazos a César, con paso rápido y enérgico, se encaminó a la botica del pueblo.

La farmacéutica se mostró conmovida ante el dolor que manifestaba el niño.

—¡Pobrecito! ¡Mujer, parece mentira que hayas ido a ese hombre! Ahora mismo vamos a ver a don Benjamín. ¡No faltaría más!

Don Benjamín era el médico del pueblo. Hacía tan sólo tres o cuatro meses que se había establecido allí. En cuanto vio a la boticaria, les hizo pasar, solícito. Le contó ésta, la aventura del curandero y sonrió él socarronamente. Observó el brazo dañado y dijo que no había tales fracturas, que era una simple dislocación de húmero. Solicitó la ayuda de las dos mujeres para que sujetaran al pequeño, pues era inevitable hacerle daño para volver el hueso a su sitio. Y comenzó la intervención. Ramiro sintió enorme pena por su hermano que gritaba desesperadamente. Por fortuna no duró mucho el martirio; cosa de cinco o diez minutos a lo sumo. Entre la boticaria y el médico vendaron el brazo dejándolo inutilizado para una prudencial temporada.

No quiso don Benjamín cobrar ni un céntimo y les despidió cortésmente.

—Ya te lo decía yo, Generosa. No vuelvas a cometer semejante tontería. ¡Qué saben esos ignorantes curanderos! —dijo sonriendo con ironía la amable farmacéutica.

La abuelita Generosa agradeció vivamente emocionada el caritativo y bondadoso rasgo, se despidió y con los ojos arrasados emprendió el camino de vuelta en compañía de sus nietos. Caía una llovizna menuda y mansa. Las cumbres estaban ocultas entre espesas nubes. La masa gris de la iglesia parroquial y del convento rezumaban humedad y tristeza. Hacía frío, pese a estar en plena estación veraniega.

El día siete de agosto regresó Cándida con su hija Amna. Después de las primeras efusiones se notó claramente que no le habían ido bien los asuntos por allá. Se intuía que algo había ido mal, sobre todo, por su reiterado empeño en guardar secreto de todo lo relacionado con el viaje. Por lo visto, entre Oviedo y Madrid se le había esfumado casi todo el dinero de la venta de la casa. Ahora sin vivienda y la abuelita Generosa a punto de tener que abandonar la suya, estaban las cosas pero que muy cuesta arriba. En los días que estuvo en la capital del principado había hecho los trámites pertinentes para internar a sus dos hijos varones en "La Residencia", importante colegio. Pronto se descubrió que el tal colegio era el Hospicio, al cual se le había rebautizado con tan pretencioso título.

La abuelita Generosa lloró apenada, pero como la situación se hacía insostenible, no le cupo otro remedio que dar por válido el plan.

Criticaron los vecinos duramente esta decisión de Cándida y aunque ella alardeaba y decía que "La Residencia Provincial" no era el Hospicio, nadie le creía y se reían, socarronamente.

"¡Qué Residencia ni qué ocho cuartos; eso es el Hospicio!" —decían.

Para el abuelo Ramón, como si se iban para el quinto infierno. Le importaba un bledo donde fuesen a parar. Estaba que echaba chispas desde la llegada de Cándida y no se le veía el pelo. Regresaba por la noche sucio, cansado y de un humor de mil demonios, con la ropa rasgada e impregnada de lodo y polvo. Cenaba, si es que había sobrado algo y se acostaba refunfuñando. Era la suya una vida extraña y miserable. También era triste la del resto de la familia, pero la sostenía el afecto mutuo. El abuelo Ramón parecía no querer a nadie y se le pagaba con la misma moneda. Debido a que vivían rodeados de abundancia ajena, aquella precaria situación les hacía aún más penosa la vida. La casa de la abuelita Generosa, estaba situada entre extensos campos donde se recogían abundantes y va-

riadas cosechas, escaparate de ilusiones y de no pocas tentaciones para el hambre que padecían. Pero preferían la humillación de la mendicidad y la misma muerte antes que perder su reputación. Una fuerza extraña, que nada tenía que ver con la moral, les contenía. Su honradez era un tabú o superstición.

Comenzaba a germinar la duda en Ramiro; se preguntaba si no sería excesivo este celo, viviendo entre tanta abundancia y muriendo de inanición; si coger lo necesario para sobrevivir sería realmente punible. “Quizá la honradez —se decía— tendrá también sus limitaciones; posiblemente sea un simple concepto que varíe según las circunstancias. Es probable que no haya postulado ni concepto moral inmutable”.

Estas lamentables reflexiones se le ocurrían en los días precedentes al catorce de agosto, fecha en que partirían él y su hermano, definitivamente. Se imaginaba que aquel lugar donde su madre les iba a llevar sería un mundo hermoso y feliz, no obstante le entristecía tener que abandonar estos idílicos parajes que ahora le parecían más hermosos que nunca.

El día trece fue despidiéndose de las cosas más queridas: los grandes y espesos bosques, los verdes y amarillos prados, los polvorientos caminos, las inmensas montañas, el silbido melodioso de los enlutados mirlos... Subió hasta el pinar más alto y contempló, extasiado por última vez, las azules montañas del fondo y la fértil vega del caudaloso Narcea. Dijo adiós a las burlonas y festivas urracas y a los escandalosos gorriones que en su algarabía dichosa vivían ignorantes de estas penas de los humanos. Adiós para siempre a las soleadas, felices mañanas y a las tarde soñolientas, preñadas de paz.

El catorce, por la mañana, estaba la aldea envuelta en espesa niebla. No se oía, como otras veces, el cacarear estridente de las gallinas o el piar alborotado de los gorriones; tampoco a las golondrinas, ni a los vencejos, que tal vez estaban volando en lo alto, por encima de la espesa

niebla. De los tejados caían gruesas goteras y sonaban apagadas sobre el suelo polvoriento.

Había llovido poco en aquel caluroso verano de 1944. Las praderas estaban amarillas y las tierras de maíz se agostaban sedientas. Faltaba agua para los sembrados de patatas y ya se habían quemado las verduras. Era éste un año seco, de miseria.

El autobús salía a las nueve y diez. Años atrás habían marchado en este mismo coche y a esta misma hora, la tía Paz y sus hijas Dori y Mari.

Ya los rayos del sol rasgaban por algunos sitios la espesa capa de niebla. Se divisaban las cumbres claramente iluminadas ¡Qué bien se distinguían los bosques y los prados de Sobrerriba! Ramiro sentía ganas de llorar. La abuelita Generosa exteriorizaba una infinita pena.

—¡Ya no les volveré a ver —dijo con desgarró.

Subió el conductor y pronto echó a rodar el autobús. La abuelita Generosa se fue empequeñeciendo y los dos nietos la vieron por última vez como una manchita negra, destacando sobre el blanco de las casas que tenía a su espalda.

Habían transcurrido ya veinte días desde que Ramiro y César fueran ingresados en “La Residencia”. Los más largos y tristes que recordaban. Marchó su madre con honda pena y quedaron ellos cariacontecidos, asustados y temerosos de esta nueva situación en que habían venido a parar. Sin preámbulos ni delicadezas de ningún género, don Orlando, el individuo que atendió a Cándida en la oficina, les condujo a través de un hosco y frío patio y luego abriendo y cerrando gruesas puertas los dejó en un enorme campo cerrado por altos muros.

—¡Dos nuevos! ¡Dos nuevos! —gritaron los primeros chicos asilados que les vieron.

A los gritos acudieron en masa otros compañeros

que rodearon a los recién llegados, observándoles con sumo interés.

—¡Venga! ¿Es que nunca habéis visto a un hombre en pantalones? —exclamó Ramiro, fastidiado de ser motivo de tanta curiosidad.

Los increpados, al principio quedaron sorprendidos y, de pronto, prorrumpieron en sonoras carcajadas.

—¿De dónde sois? —preguntaron algunos, con gesto de *mofa*.

—De Sobrerriba.

—¡Ahí va! —exclamaron, desternillándose de risa.

—¡Este es un chulo! —dijo un arrapiezo flaco, morenucho y sucio.

—¡Y tú un cochino gitano! —le replicó Ramiro, temblando de ira.

—¡Venga, Charro, dale un escarmiento! —gritaron todos.

Fue éste de frente hacia Ramiro, e intentó asirle una pierna con intención de tirarle al suelo, pero al recibir un fuerte empujón quedó sorprendido, indeciso y temeroso.

—¡Coño! ¡Dale fuerte Charro! —le decían los compañeros, empujándole contra su oponente.

—¡El tuco y la vaina! —vociferó "el Charro" y cien voces repitieron:

—¡El tuco y la vaina!

Debían ser palabras mágicas, una especie de abracadabra; un conjuro que para Ramiro no tenía sentido, pero que a ellos les insuflaba fuerza y coraje. El esmirriado y sucio chico, cobró de pronto valor y fiereza y creció ante los ojos de su contrincante de tal manera que se le antojó transformado en gigante. Ramiro sintió deseos de huir pero su orgullo le contuvo, además el cerco que los compañeros formaban alrededor era un obstáculo insalvable. Fue acercándose lentamente "El Charro", como un felino ante la presa. Tenía los ojos semicerrados, dilatadas las aletas de la nariz y la boca apretada en mueca de suma crueldad. Con rapidez, prorrumpiendo en feroz alarido, se

abalanzó sobre su víctima. Ocurrió todo tan rápido que, Ramiro, caído ya en el suelo, seguía sin comprender. “El Charro” le enterraba con manifiesta brutalidad una rodilla en el vientre y con las crispadas y sucias manos le atezaba la garganta.

—¡El tuco y la vaina! —vociferaban todos.

En aquellos instantes la víctima experimentaba algo parecido a lo que debe sentir la fiera cuando, herida de muerte, aún percibe el griterío de sus matadores.

—¿Te rindes? ¡Ríndete, coño! —le decía el vencedor apretando más y más.

Se rindió Ramiro. Aflojó sus negras manos “el Charro” y, mirando con desconfianza, se fue levantando del suelo. El vencido se incorporó entre la rechifla general. Pesaba sobre él de tal manera la derrota que nunca antes había sentido tanta vergüenza.

Poco a poco, saciada ya la curiosidad, fueron dispersándose los arrapiezos para sólo quedar con los recién llegados unos pocos que parecían sentir lástima de ellos.

—¡Eh!..., los dos nuevos. Que vayáis al despacho del comisario jefe —les gritaron desde lejos.

Los acompañantes les dijeron que “El Raquis” era el jefe de comisarios, que por cada cachete que arreaba hacía un muerto.

Caminaron hacia el lugar que se les indicó, en deprimente estado de ánimo. Picaron a la puerta con reparos, con miedo.

—¡Vamos, pasen rápido! —dijo alguien desde adentro con voz áspera y autoritaria.

“El Raquis”, un viejo de cara ancha y rojiza, estaba sentado en una silla rechinante, tras una mesa descolorida y destartalada. En la pared, por encima de su cabeza, colgaba un retrato de José Antonio Primo de Rivera y, en la pared opuesta, otro del General Franco en traje de campaña. Sobre la mesa se amontonaban en desorden varios papeles, una carpeta de cuero, un tintero y una pluma estilográfica. Nada más; esto era todo.

—¿De dónde sois? —preguntó agriamente, como si le molestara la presencia de los dos asustados niños.

—De Sobrerriba, señor.

—¿Pero... dónde diablos queda eso?

—En la parroquia de Cornellana, señor.

—¡Qué señor ni qué niño muerto! —dijo de mal talante, molesto por el tratamiento, y sin dar tiempo a nada, añadió ásperamente, mirando a César:

—¡Tú, gordo! ¿Cómo te llamas?

El pobre niño, atemorizado, no supo contestar.

—César, señor, —contestó Ramiro.

—¡Y dale con el señor! Aquí hay que despabilarse, de lo contrario lo vais a pasar mal, ya lo veréis, ya.

Después que les tomó los datos necesarios les despidió tan estemporáneamente como los había recibido.

A las seis de la tarde sonó un silbato y, como impedidos por súbito pánico, todos los asilados echaron a correr atropelladamente en dirección a una ancha puerta.

—¡A cenar! ¡Corred, si no “el Tenta” os romperá la crisma!

Ramiro y César, corrieron al igual que todos sus nuevos compañeros, preguntándose si “El Tenta” sería el mismísimo demonio. Empujados y zarandeados se introdujeron por el recio portón, asidos fuertemente de la mano y llegaron a un gran patio bordeado de corredores sustentados por gruesas columnas de piedra. Allí, en el sombrío y triste patio, los asilados iban formando en filas mientras un hombre alto, ceñudo, de cara afilada, picuda, permanecía de pie entre dos columnas, firme, quieto como una estatua, dura y fría la mirada, esgrimiendo un palo. En el silencio opresor se palpaba el miedo. De pronto, cobró vida la sobrecogedora estatua y comenzó a andar entre las filas de chicos. Iba taladrando con la mirada uno a uno, buscando algo. Al llegar a la altura de los recién ingresados frenó en seco, igual que haría un caballo trotón que le apretaran en exceso las quijadas.

—¡Rediez! Y vos, majestad, ¿sois acaso el Príncipe de Asturias?

Una sonora carcajada general retumbó en el hosco patio y se extinguió tan rápidamente como el fogonazo de un rayo.

Ramiro quedó confundido y paralizado por el estupor, y sólo atinó a balbucir:

—Yo... no... no, señor.

—¡Recontra! ¿Entonces, será vucencia el marqués del cubo o acaso el hijo del coño la madre?

Nuevamente risas, esta vez sofocadas por el temor.

—No señor, soy el nuevo, y éste es mi hermano.

—¡Ah, pardiez!, acabáramos. ¿Y se puede saber de qué país han venido los señoritos?

—Somos de la parroquia de Cornellana.

Hizo el terrible hombre una extraña mueca y dijo, suavizando la voz:

—¡Vaya... vaya! De modo que de Cornellana, ¿eh? Allí lo tengo pasado yo a lo grande. ¿Conocéis a Lola la huevera?

—Sí, señor. Es una mujer gorda que vive en el Campillo.

—¡La misma! ¡Menuda vaca está hecha!

Alegro la afilada cara y sonrió ampliamente. Poco duró aquel rayo de sol. Con rapidez asombrosa, quizá arrepentido de su amabilidad, estiró los músculos del rostro y encarándose con el primero que tropezó sonriendo, bramó con voz de trueno:

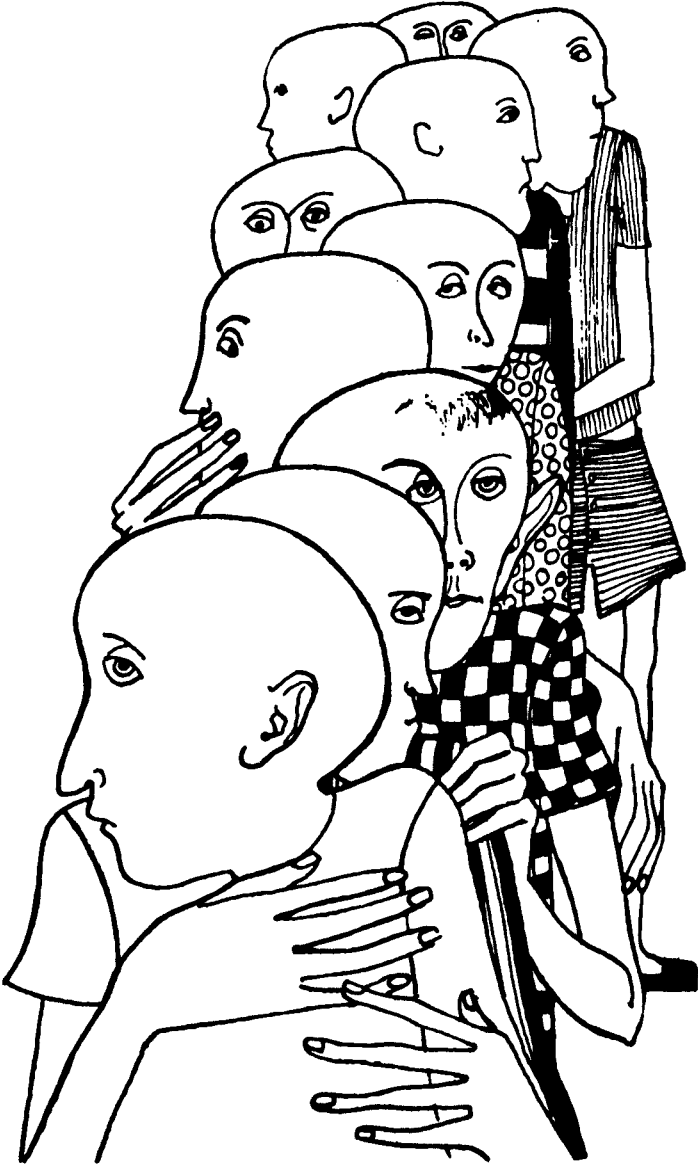
—¡Eh, cara de caballo! ¿Se puede saber de qué se ríe, señorita?

—¡Yo no me río, don José! —exclamó temblando el desgraciado aludido.

—¡Usted se ríe hasta de su propia madre si yo se lo mando; ¿no es cierto, cara de burro? ¡Vamos, conteste! —le decía enterrándole el palo en el vientre.

—¡Lo que usted mande, don José!

Pareció conformarse “el Tenta” y cejó en su intento de taladrar al pobre asustado. Dio media vuelta bruscamente y gritó con énfasis:



—¡Vamos... pasen al comedero...!

Dos hermanas de la caridad, ayudadas por cuatro sirvientas de una fealdad inaudita, iban sirviendo la comida, que portaban en grandísimas perolas de cobre.

—¡Qué niños tan guapos! —exclamaron las criadas al unísono, cuando servían la pestilente comida a los dos recién ingresados.

—¡Pobrecitos! —dijo compasivamente una de las monjas.

Pese al hambre que durante la mayor parte de su vida habían pasado y de estar acostumbrados a comer los más vulgares alimentos, este apestoso condimento, a base de tronchos de berzas, no eran capaces de tragarlo.

—¿No lo queréis? ¡Venga pues para acá! —dijeron los chicos que cenaban a su lado y añadieron, sentenciosamente:

—Cuando tengáis hambre de verdad comeréis piedras.

Volcaron el hediondo contenido en sus platos y en un santiamén dieron cuenta de él, como perros hambrientos.

Ramiro y César salieron del "comedor" con un tremendo hartazgo sin haber probado bocado.

A las nueve y media, ya de anohecida, les mandaron a la cama. Su asombro al entrar en el dormitorio fue mayúsculo; jamás habían soñado nada igual: era un salón inmenso. A todo lo largo, extendíanse dos interminables filas de camas de hierro que iban a perderse de vista allá, al fondo.

Cuando apagaron las mortecinas luces y todo quedó en silencio, Ramiro prorrumpió en ahogado llanto, con la cabeza hundida bajo la almohada. El recuerdo de la abuelita Generosa, de su madre y de su hermana le llenaban de añoranza y congoja. Estuvo así varias horas, sintiendo la monótona respiración de su hermano que dormía plácidamente. Después de mucho cavilar decidió escribir a su madre en cuanto amaneciera, para que viniese a buscarlos. Esta idea le consoló y poco a poco se fue quedando dormido.

El Hospicio de Oviedo o “Residencia Provincial” como también se le denominaba, enorme edificio, feo y triste, se alzaba en medio de una gran extensión de terreno, circundado por cuatro calles: Independencia al norte, Gil de Jaz al sur, por el este Marqués de Pidal y la de Asturias por el oeste. Lo único destacable del feo edificio, la fachada principal, se adornaba con un bello escudo barroco, desgastado por los años y el abandono más desconsiderado. La portería del establecimiento benéfico daba a la calle Gil de Jaz. Allí estaba el torno, en un rincón, vergüenza de los siglos, puerta para recién nacidos abandonados; miserable solución para madres furtivas. En la caseta de madera, metida al fondo y que desde la calle se veía a través de las arcadas de medio punto, dormitaba y rumiaba aburrimiento el portero controlador de entradas y salidas. Portero uniformado en negros y dorados. Fiel guardián impedidor de ansiadas fugas. Cancerbero de oficio y beneficio. Cancerbero de niños soñadores de caminos abiertos. Hombre puerta y muro y reja. A todo lo largo y ancho del terreno perteneciente a “La Residencia” se elevaban pétreos muros. Más alto el que lindaba con la calle Asturias, que cercaba la zona de varones. Este muro cerraba toda visión y contacto con el exterior. Los edificios de la acera opuesta, al otro lado de la calle, asomábanse a partir de la segunda planta, produciendo encontradas emociones en los asilados.

En el triste caserón, intercalados de sur a norte, había cuatro patios cuadrangulares. Al primero de ellos se llegaba inmediatamente pasada la portería y era acceso para ir a diversas dependencias: casa de curas, casa de monjas, casa del director, lactancia, etc. En el patio, denominado de “Gil de Jaz”, especie de antesala, todo parecía más agradable. Estaba a continuación el de “La Reina”, patio inmenso, enorme prisión de niñas contempladoras de un trozo de cielo cuadrado y vasallas de una reina de piedra. Reina muda, soberbia e indiferente en su alto pedestal. Sabía la negra reina, de amores precoces que gemían

aherrojados tras las herméticas puertas; sabía de atroces castigos; sabía de risas y de llantos y también de miedos y desatadas pasiones. Sabía y callaba la pétrea reina, imperterrita en el centro, reinando en su triste reino.

En lo alto, empotrado en la torre, seguía el reloj, que ya no daba las horas. Se le había parado el corazón marcando las cuatro y cinco. Decían que acabó de viejo. Ahora sólo era apariencia; un desorbitado ojo blanco; un cadáver de reloj.

Con la muerte del viejo reloj paró de evolucionar la vida en el patio de la reina. Allí ya no transcurría el tiempo, se vivía con los mismos sistemas y conceptos de antaño e incluso con las feas blusas disimuladoras del sexo. Se había parado la historia a las cuatro y cinco de una tarde lluviosa.

El patio de Lorenzana era, aproximadamente, de las mismas dimensiones que el de Gil de Jaz, pero mucho más frío, descuidado y hosco. Por la cloaca que se abría en su centro salían grandes ratas, estimuladas por los repugnantes efluvios del "comedero". Pertenecía el hosco y sucio patio a la zona de varones siendo paso obligado para ir a la mayoría de las dependencias más usuales: comedor, dormitorios, aulas, etc.

El patio de los Gatos, el más chico, quedaba en el lado opuesto al de Lorenzana, iglesia por medio, y estaba en la zona de mujeres. Las acristaladas galerías dábanle aspecto de enorme pajarera. Hallábanse allí los talleres de bordados y de otras labores propias de la mujer. Arriba, en el último piso, estaba "El Retiro", donde permanecían gestando las mujeres solteras, de pago. Las otras, las menesterosas, parían en la lactancia sin ocultaciones ni secretos.

"El Retiro" lugar misterioso, inaccesible e inexpugnable para la curiosidad, estaba sellado a cal y canto. Aquellas mujeres silenciosas, sombras furtivas, que desaparecían a las miradas como por embrujo, esperaban pacientemente a parir el fruto de su ligereza. Luego, regre-

sarían a casa como si nada hubiera ocurrido; un poco más pálidas y ojerosas quizá, ¡los viajes cansan tanto! El fruto de su pecado lo dejarían al igual que se deja un tumor en el quirófano. La criatura recién nacida, pasaba a las manos crespas de otras mujeres: las solteronas sin fortuna, las menesterosas, que habiendo parido ya y no sabiendo dónde caerse muertas, se quedaban para ejecutar de mala gana los trabajos más viles de la lactancia. La mayoría de las desgraciadas criaturas, morían por falta de cariño maternal. Algunas salían adelante por verdadero milagro, pero con la personalidad frustrada. Eran distintos: sonámbulos desplazados del amor. Iban por la vida con la pena asomada a los ojos. Pena mortal; quizá añoranza de muerte, añoranza de no ser. Estaban mejor cuando no eran.

Ensamblada en el punto geométrico del caserón, en el eje, se hallaba la iglesia, de planta circular. Por encima de los tejados, rematada por una amenazadora negra cruz de hierro y un pararrayos, sobresalía la cúpula, robusta y poderosa.

La zona de campo que correspondía a varones era similar, en cuanto a extensión, a la de mujeres. Por causas que nadie sabía, las chicas, permanecían enjauladas en el patio de la reina. Extraña circunstancia, porque el terreno que les tocaba en suerte parecía más idóneo para el esparcimiento que el de varones. Se sospechaba que la causa de tal anomalía radicaba en el cervical temor que las monjas tenían a los hombres. Por aquella parte, conocida por "huerta de lactancia", solían cruzar los obreros que trabajaban en la construcción aneja a la casa y también algún que otro interno del establecimiento benéfico, que enamorado y desesperado, aguardaba escondido tras de las matas enanas a que su amor asomara por una cualquiera de las altas ventanas.

Anejo al inmenso y viejo caserón se construía, con lentitud pasmosa, lo que parecía una ampliación. Realmente, nadie sabía a ciencia cierta cuál iba a ser su fin. Llegaban diariamente camiones repletos de materiales

que luego se esfumaban misteriosamente. Se hacían muchas y variadas conjeturas respecto al particular, pero ahí quedaba todo.

Al fondo del campo, junto a la calle Independencia, amontonábanse en confuso desorden, montañas de chatarra: hierros retorcidos y chamuscados, cobre, plomo y maderas viejas y carcomidas. Tal vez este material provenía de la pasada guerra civil. Poco a poco, el plomo y el cobre habían ido mermando y ya, cuando Ramiro y César ingresaron en “La Residencia”, casi nada quedaba. Por esta época de los años cuarenta los chatarreros españoles hacían su agosto y amasaban esas grandes fortunas asombro de muchos, sobre todo, de quienes les conocieron en la más extrema pobreza. Entre los más beneficiados de la guerra civil del 36, figuraban los del medio: los chatarreros. “A río revuelto...”.

De madrugada, al día siguiente del infausto ingreso en “La Residencia”, Ramiro y su hermano fueron despertados violentamente por un hombre que iba dando contundentes golpes con una muleta, en las camas.

—¡Vamos, arriba, rápido! —decía, entre golpe y golpe, y era tan convincente el tono de su voz, que en un santiamén todos los chicos saltaban de la cama.

—Es “el Patona” —les dijo uno de los chicos.

“El Patona” parecía andar por la treintena. Cojeaba ostensiblemente de la pierna derecha y de ahí le venía el apodo. Por glorioso mutilado de guerra, le habían concedido aquel puesto de coco de niños. Pasó y miró con cierta curiosidad a “los nuevos” sin dejar por ello, de pronunciar su estribillo:

—¡Vamos, arriba, rápido!

Ramiro, después del frugal y acuoso desayuno, consiguió papel y sobre. Seguía con la idea clavada de escribir a su madre.

“Querida madre: estamos muy mal y terriblemente apenados en esta horrible casa. Los hombres que nos cuidan son malos y nos pegan mucho. Por favor, ven a sacarnos de aquí lo antes posible”.

Así comenzaba la carta que iba escribiendo, en el patio de Lorenzana, puesto de rodillas en el suelo, con el papel apoyado en un banco de cemento, volcando en lo escrito su alma dolida. De pronto, oyó a su espalda una voz meliflua que le preguntaba:

—¿A quién escribes?

Ramiro trató de incorporarse, pero las piernas no le respondieron. “El Patona” permanecía insensible ante el azoramiento del chico, esperando la contestación.

—¿No me has oído? —dijo amenazador.

—¡A mi madre... Escribo a mi madre!

—¿A ver?, ¡trae acá!. Y sin consideración de ninguna clase le arrebató de las manos el papel. Lo hojeó con detenimiento, sin quitar la mirada de lo escrito, frunció el ceño y apretó las comisuras de la boca en temible gesto.

—¡Toma, rómpela!

Ramiro rasgó el papel en dos, con manos temblorosas.

—¡Más! —exigió “el Patona”, enérgicamente.

—Eso está mejor. Que no me entere yo que vuelves a escribir semejantes mentiras —dijo, amenazándole con el puño. Después esbozó una sonrisa y le ordenó salir del patio a jugar con los otros niños.

Ramiro pasó la mañana impresionado, llorando, por los rincones.

A última hora de la tarde, festividad de la Asunción. Ramiro y César fueron despojados de ropa y calzado. A cambio les entregaron viejas y raídas prendas, igual a las que vestían los demás asilados: una destañada camisa de dril, pantalón de pana ajada y alpargatas de tela blanca. Por ser las prendas de talla mucho mayor de la que les

correspondía, parecían espantapájaros; por lo menos eso le parecía a Ramiro su hermano, perdidos brazos y piernas entre el áspero dril y la vieja pana.

El expolio fue consumado por sor Concepción, “la andaluza”, mujer obesa, de tez cereza madura; berrinche por vocación; caprichosa y estrambótica por deporte.

Sor Concepción, “la andaluza”, no era Superiora de la comunidad, pero no importa: era “superior”, igual que los espirituosos y añejos caldos de la tierra de María Santísima. En su puesto de encargada del ropero, mandaba más y mejor que un obispo; imponía sin límites su santa voluntad. Su influencia en la zona de varones dejaba chiquitas a las más altas jerarquías.

“La andaluza” avasallaba. Podría ser el sargento bragueta, por bragada.

Los sábados, día de muda, todos los asilados temblaban, esperando vérselas con la iracunda mujer. ¡Pobre de quién le faltara un sólo botón!. Asíale “la andaluza” por lo primero que tropezara a mano, fuese pierna, brazo, pescuezo o nariz y levantándolo en vilo, le pasaba al otro lado del parapeto, especie de improvisado mostrador y allí, sacudiéndole como se sacude a una alfombra, gritaba con voz aguardentosa:

—¡Vamo a ve, desgrasiao!, ¿dónde has dejao er botón? ¡Devuélvemelo malaje o te hago picadillo!

No llegaba la sangre al río, pero en adelante, el delincuente desmemoriado cuidaba los botones como si fuesen joyas de incalculable valor, y no se diga nada de cualquiera otra cosa dependiente de las prendas que vestían, porque sería largo de contar.

—Ya has olido tu ropa —le dijo “el Cuatro Orejas” a Ramiro, en aquel extraño lenguaje usado en “La Residencia”.

“El Cuatro Orejas” procedía de Avilés. Ingresó en “La Residencia” días antes y, pese a ello, le habían rebautizado ya con el apodo, basándose en los raros pingajos de carne que le colgaban de las orejas. Era un guapo

niño de ojos grandes y tristes, despabilado y arrogante, que soñaba día y noche con evadirse de aquel férreo encierro. También a él le habían expoliado. Días después, preguntó por su ropa y "la andaluza" le contestó de mala manera; le dijo que para estar allí metido no la necesitaba para nada, que además estaba requetebién con el dril y la pana.

Ramiro y su hermano aprendieron en cabeza ajena, y pensaron resignados que, ciertamente, para estar encerrados no les hacía maldita falta la flamante ropa "birlada".

El padre Menéndez era el pañuelo de lágrimas de los asilados, un "Jesús". Su religión: "Dejad que los niños se acerquen a mí". Por culpa de su extremada dadivosidad no tenía ni para mal comer. Todo se le iba en chucherías que luego rifaba. Se le iba el dinero en ilusiones de santo. En la misa no le bastaba con dos monaguillos, necesitaba sentir el calor infantil de todos, lo que él llamaba "La Guardia de Honor". Decía que los niños cuanto más cerca del sagrario mejor; que así, Jesús sonreía lleno de contento.

El padre Menéndez tenía alma de niño; tenía asegurado el Reino de los Cielos. La sonrisa en él era sol perenne sin nubes. Tenía siempre en el semblante gozo de fiesta.

Los martes, día de catecismo, era fiesta para los asilados. Dividía el santo varón la sesión en tres partes: breve plática y preguntas, un largo relato y entrega de pan bendito a los que se habían distinguido en las contestaciones. Los relatos, pura improvisación de su fértil e inagotable fantasía, no tenían fin nunca. Decía: "El próximo martes os relataré lo que sigue", y los chicos gritaban: "¡más!, ¡más!, y él continuaba su inacabable manantial, dejando luego, otra vez, la continuación para el próximo día de catecismo.

El pan bendito, su pan —dos o tres barras—, lo dividía en pequeños trozos, los untaba con manteca y azúcar y los repartía generosamente.

El padre Menéndez sustituía a don Mariano, capellán que se estaba muriendo desde hacía tiempo y que no acababa de expirar. El padre Menéndez, le llevaba diariamente la comunión. Salía con la Sagrada Forma, metida en un pequeño cáliz, que escondía amorosamente debajo de la sotana. Lo acompañaban los monaguillos y toda “La Guardia de Honor”. Era un espectáculo entrañable. Subía el santo con los dos monaguillos a la vivienda del moribundo y, mientras tanto, los restantes asilados esperaban en la calle; después, cumplida la misión, iban todos a solazarse al campo San Francisco. ¡Y qué felicidad liberándose de los altos muros de “La Residencia”!

Vivía muriendo don Mariano, en el tercer piso de una casa tristona. Un día fue elegido Ramiro para asistir en la comunión; abrió la puerta una mujer entrada en años, que se prosternó en cuanto vio al padre Menéndez.

Don Mariano, hombre muy viejo, parecía más muerto que vivo; la color tan ida y tan fugada la carne, que se confundía perdido entre la blancura de las almohadas. Ya no veían los ojos. La boca desdentada, abríase convulsa y sombría, haciéndole muecas a la vida que se largaba a pasos agigantados.

Ramiro quedó petrificado ante la ostensible y amedrentadora muerte. La veía tan de cerca por primera vez. Si en aquel momento le dejaran a solas con el moribundo, inevitablemente gritaría despavorido.

Según las lenguas impías, don Mariano había tenido una vida borrascosa. Ahora, translúcido en viaje de ida sin vuelta, no hacía ni sombra. Ya no era nada. La Sagrada Hostia se le quedaba pegada en la seca lengua, negándose a pasar al interior del cuerpo, reino ya de la muerte. Y, por fin, a los pocos días falleció con más pena que gloria; casi olvidado, allá en el tercer piso de una casa cualquiera, en una callejuela solitaria, silenciosa, casi sin atisbos de vida.



A Ramiro y a César les habían incluido en la tanda que el día siete de septiembre iría a Candás, pueblo situado junto al mar.

Durante los meses de calor turnábanse chicos y chicas en períodos de treinta días. Este sería el último. Ya empezaba a enfriar el tiempo.

El día seis por la tarde, víspera de la marcha, llegó su madre. En cuanto Ramiro la vio, de tanta emoción se le fue el habla. Quería decirle muchas cosas, pero sólo atinaba a articular extraños sonidos; lloraba y gemía enterrado el rostro en su regazo. Se emocionó también ella, sobre todo de verles tan extraños, con aquellas horribles vestimentas y pelados al cero. Pasaba las manos una y otra vez por sus mondas cabezas y les estrechaba condolida.

—¿Por qué os han puesto así? ¡Válgame Dios, qué facha! —decía, entre sorprendida e indignada.

Poco a poco, Ramiro fue normalizando su estado de ánimo. Le pidió que les sacara de allí y le pintó todo muy negro para que no albergara dudas. Miró Cándida a su hijo profundamente entristecida y le dijo que no era posible; ya no vivían en Sobrerriba. Habían tenido que desalojar la casa. Ahora residían en Llamas, aldea de la parroquia de Villazón, en una casucha que les habían cedido gratuitamente. Vivían de la caridad, pasando mil calamidades y privaciones. La abuelita Generosa andaba mendigando de pueblo en pueblo. Abuelo Ramón estaba cada día peor y más insoportable. A Amna pensaba ingresarla también en “La Residencia”.

Salieron para Candás por la mañana, en dos autobuses de color ocre sucio, tan viejos y destartados, que producían risa. Cargados hasta los topes como iban, en los repechos, ya desde el comienzo, ahogábanse de fatiga. Daban la impresión de ser monstruosos animales antidiluvianos que estuviesen haciendo difícil digestión. Rodaban a marcha de carro, expulsando por el tubo de escape grandes nubes de humo. Los chicos cantaban, gritaban y reían llenos de gozo. Durante un mes estarían fuera y lejos de los altos muros de “La Residencia”.

Los chicos que ya habían estado en la casa de Candás, contaban maravillas de aquel lugar, produciendo en los que no la conocían gran ilusión.

Iba al frente de ellos "El patata", hombre aún joven, bien parecido, enérgico y de hablar afilado y preciso. Nadie sabía por qué motivo y de cuándo le venía el apodo. Quizá le habían rebautizado así en su época de acogido en "La Residencia". Allí, casi nadie se libraba del remoquete, que parecía cosa obligada en el penoso vivir del establecimiento.

A las doce del mediodía, aproximadamente, pasaron por Gijón, villa que a Ramiro le produjo intensa emoción, mucha más y distinta a la que había experimentado cuando vio por primera vez Oviedo. Claro que las circunstancias eran diferentes.

—¡El mar! ¡El mar! —estalló un unánime grito en los dos autobuses, y antes de que se apagara el eco, ya lo habían perdido de vista.

Sí, el mar, nada más entrevisto sobre la marcha, en un recodo de la retorcida carretera, inmenso como la sorpresa.

Perlora: casitas y pomaradas con el fruto a punto de lagar, maduro para convertirse en oro líquido, y otra vez el mar y el cielo unidos, más bellos que un sueño; mucho más que las palabras o los pensamientos.

Por fin Candás, pueblo de pescadores, y luego queda atrás recostado, allá abajo, besado por la espuma de las olas. Renquean los autobuses a punto de reventar ya en el último tramo de la pendiente. "Adiós pueblo, hasta pronto". Ahora descienden como dejándose llevar por la inercia, entre prados verdes y amarillos de alta hierba. "La Portilla" en la hondonada, a la derecha de la marcha. Comienzo de la finca de "La Residencia". Un camino estrecho y pedregoso cuesta arriba. El último esfuerzo. Ya han llegado.

La casa de Candás estaba encaramada en lo alto de una colina expuesta a los fuertes vientos marinos que allí soplaban. Mirada desde arriba, donde se encontraba la entrada principal, parecía de una sola planta, pero engañaba, ya que por el lado opuesto, por abajo, aprovechando el desnivel del terreno, había otra más.

Delante del engañoso edificio, frente a la entrada principal, se extendía una terraza natural o pequeña explanada, sombreada por media docena de castaños de indias. Allí, en feliz y dicharachero corro, en torno al cesto de la ropa, solían estar las mujeres encargadas de la costura. Con su regocijada algarabía imprimían un tono alegre, despreocupado y festivo, totalmente opuesto al hosco y frío de "La Residencia". La fachada, orientada al mar, tenía en la segunda planta una galería acristalada corrida a todo lo largo. De los extremos del edificio, en ángulo recto, salían dos pabellones. En el vano rectangular que se formaba soplaban enfriado el viento racheado, encajonado, lanzando afilados silbidos y como lúgubres lamentos. Por la izquierda, frente a un frondoso bosque de altos y aromosos pinos, estaba la vivienda del conserje, medio enterrada entre flores. A la derecha, precipitábanse en vertiginoso declive pequeñas huertas, altas seves y accidentadas sendas que iban a dar al borde mismo de los imponentes acantilados, en donde las enfierecidas olas se estrellaban con horrísono estrépito. Frente a la acristalada fachada que miraba al mar iba, ladera abajo, entre prados y vericuetos, un caminito que conducía a la solitaria playa. Entre ésta y el camino, cruzaba un arroyo con pretensiones de riachuelo. Para cruzarlo bastaba con saltar de piedra en piedra. Mirada la casa desde la playa, allá arriba, tan solitaria, metida entre los verdes oscuros de la colina, producía una sensación de inevitable pesadumbre. Su misteriosa apariencia hacía recordar las desoladoras mansiones descritas por Edgar Allan Poe. Por atajos, yendo al borde mismo del mar, se llegaba a Candás, al pueblo propiamente dicho, en cosa de media hora. Du-

rante los largos, fríos y ventosos meses de invierno y primavera, quedaba la casa deshabitada, sólo vigilada por el conserje y su mujer, que vivían durante esta época del año en completa soledad.

Sor Juliana era la “mandamás”: toda una institución. Mandaba con plenos poderes desde hacía muchos años; desde siempre. Mujer dotada de gran energía y valor, todo un carácter, pero bondadosa y abnegada, a nadie tenía quejoso de su difícil mandato. En lo físico no era ella muy agraciada que se diga: achaparrada, rasa por detrás, opulenta por delante; grande y papuda la cara; nariz roma e insolente; descolorida la tez; manos toscas, coloradas y regordetas. De tan ancha y tan corta, metida en el hábito, producía la rara impresión más de rodar que de andar. Parecía que le faltaba la parte de pierna correspondiente de rodilla abajo. Tenía aspecto de campesina entrada en años. A primera vista, parecía brusca y zafia; luego, con el trato, esta primera falsa impresión iba desapareciendo y se descubría la gran mujer que estaba tras de aquel velo de bastardad.

Los niños adoraban a sor Juliana; la querían tanto como a sus propias madres. Como a su madre, los que la tenían, que para los otros, los de padres desconocidos y huérfanos, ella era su madre. Y pocas madres tan reverenciadas como sor Juliana. No era, sin embargo, dada a caricias o blandenguerías sentimentales. Trataba a todos por igual, impulsada por el amor y escrupulosa seriedad.

La gran odisea en la vida de sor Juliana había sucedido durante la guerra civil del 36, cuando la obligaron a despojarse del hábito.

Un día, acercáronse a la casa varios hombres armados hasta los dientes y preguntaron por “el” o “la” que allí mandaba. No se hizo esperar sor Juliana, que salió al instante, sin dar muestras del más mínimo temor.

—¿Qué deseáis, hijos?

Había tanta naturalidad en su pregunta, que los hombres se miraron confundidos. Uno de ellos, quizá para

disimular la turbación, exclamó:

—¡No te jode, con la tía fea esta!

Sor Juliana, sin inmutarse, con serenidad y aplomo dijo al ofensor:

—Hijo, Dios Nuestro Señor, sólo mira la belleza del alma.

—¿De qué Dios hablará esta bruja de los cojones?

—¡De cuál va a ser, hombre! Del único que hay, del que tarde o temprano nos ha de juzgar a todos.

—¡Si será cabrona la tía esta!

—¡Bien, basta ya! —ordenó el que parecía ser jefe del grupo y que había permanecido observando a su alrededor sin decir nada. Hombre de mediana edad, alto y delgado, de mirada inteligente y aspecto distinguido.

—Camarada Juliana —dijo fríamente, en tono amable pero no exento de energía: traemos orden de llevarnos a varios niños, que serán enviados a Rusia y también de que usted, en adelante, vista de seglar. Comprendo que esto último pueda parecerle excesivamente duro, pero yo no puedo hacer nada para remediarlo, puesto que son órdenes superiores. Le aconsejo, por el bien de todos y del suyo propio, que obedezca.

Quedó medio muerta la santa mujer; todo lo esperaba menos aquello.

No hubo nada que hacer, pese a ruegos y llantos. Se llevaron a la fuerza a dieciocho niños que oscilaban entre los diez y los catorce años. Sor Juliana, vestida ya de seglar, les despidió con desgarrada resignación. En sus negros ojos se adivinaba honda pena. Luego, llena de vergüenza y desolación, con la cabeza pelada, tapada con una simple pañoleta, y su ancho y basto cuerpo cubierto con un ridículo vestido prestado, tuvo que hacer frente a la desagradable situación de sentirse como desnuda. Los chicos y la servidumbre la miraban con respeto y acongojados. Comprendían la tremenda prueba a que se veía sometida, ella que ya casi ni se acordaba cómo se ponían las prendas de seglar.

En Candás pasaban el tiempo entre paseos, playa y risas, pero esta felicidad de los primeros días se iba extinguiendo paulatinamente. Comenzaban a escasear los víveres y de Oviedo, pese a las angustiosas y perentorias llamadas de sor Juliana, no enviaban más. Comenzó la tortura del hambre y para agravar la situación los días, antes soleados, cambiaron a lluviosos y fríos. El mar tan azul y calmo, tornose embravecido y tenebroso. Llegaba nítido hasta la casa, el bramar del oleaje, que como monstruo furioso, arremetía barriendo la playa y azotando los acantilados. Se perdía el paisaje entre espesas cortinas de lluvia. El viento huracanado pasaba raudo, silbando tristemente, para ir a meterse en el pinar que, impelido por la descomunal fuerza, parecía ensayar una danza frenética.

Debido a lo desapacible del tiempo los chicos permanecían durante todo el día encerrados en un reducido y sombrío local, situado en la parte baja de la casa colindante con el pinar. Allí se eternizaban las horas. El carcelario ambiente que reinaba estaba cerca de ser alucinante: un crecido centenar de famélicos niños, deambulando sin rumbo fijo horas y horas entre cuatro paredes, solos, sin control, sin nada con qué entretener su férreo encierro. Y lo peor estaba aún por llegar.

“El Patata” delegaba sus funciones en los dos o tres chicos de más edad. Y ocurrió que éstos, secundados por algunos otros, sintiéndose dueños y señores del cotarro, implantaron en el desolado recinto, cruel tiranía, especialmente con los más débiles y crearon sus propias caprichosas leyes y mandatos, que hacían cumplir a fuerza de golpes y de inauditos actos de sadismo.

Comenzaba pues, para los menores y débiles, una terrible experiencia que jamás olvidarían. En realidad, a quien cayó mayor desdicha fue a Ramiro, en gran parte por la simpatía que “el Patata” le tenía y que motivó enfermiza envidia en los compañeros.

Víctor era el jefe de aquella república del terror y

"el Narincha", su lugarteniente, un segundón peligroso. Quince a dieciséis años el primero; flaco, macilento y larguirucho. Catorce años el segundo. Dos criminales en desarrollo. No estaban solos, les secundaban otros que tenían parecidos instintos.

Una de las leyes de la república consistía en entregar diariamente como tributo parte de la comida que fuese factible sacar del comedor sin que se enterara "el Patata" y sor Juliana. Cumplían por terror los infelices niños aquel injusto mandato e iban camino de enfermar por consunción. Aún no quedaban satisfechos sus verdugos y les inferían toda clase de vejaciones y tremendos castigos corporales.

"¡Para que aprendas chumín!" —le decían entre golpe y golpe a Ramiro y éste gemía del lacerante dolor, sin saber a ciencia cierta qué era lo que debía aprender. No entendía todavía el argot que usaban. No sabía que el vocablo "chumín" era sinónimo de favorito, cosa despreciable y odiosa en el peculiar concepto de los asilados. Lo peor y más doloroso para él, era ver cómo martirizaban a su pobre hermano. Cerraba éste por instinto los ojos cuando se disponían a pegarle y recibía el brutal castigo calladamente, retorciéndose de sufrimiento.

Cierto día a Ramiro le acució el hambre de tal manera que no resistió la tentación de comer "el tributo". Veía a los desalmados encargados del orden haciéndole gestos de amenaza, pero el hambre, en aquellos momentos, abultaba más que el miedo. Una vez finalizado el desafortado yantar fue cuando empezó a considerar la magnitud de la peligrosa situación. Corrió aterrado a esconderse en los retretes, lo primero que se le ocurrió. Permaneció allí encerrado con la angustia atenazándole.

—¡Este cabrón debe estar aquí metido! —dijo "el Narincha".

—Si está ya saldrá —replicó Víctor.

—¿Quién está ahí adentro? —gritó uno de los compinches, arremetiendo contra la puerta.

Ramiro callaba con el alma en vilo.

—¡Apuesto lo que sea a que ese hijo de... está aquí adentro! —dijo Víctor riendo sardónicamente.

—¡Si no sales por las buenas te sacaremos por las malas chumín! —amenazó “el Narincha”, mordiendo con odio las palabras.

Las paredes del retrete tenían una altura aproximada de tres metros y medio y distaban del techo lo suficiente para poder introducirse una persona. Ramiro sintió el ruido característico de un cuerpo que rozaba la pared tratando de subir y luego vio unas manos crispadas que se agarraban al borde de arriba; finalmente apareció Víctor que, haciendo un supremo esfuerzo, se encaramó en todo lo alto. Estaba sudoroso y triunfante.

—¡Ahora vas a ver so cabrón! —dijo amenazadoramente, reflejando en su cara feroz insanía.

Uno de sus correligionarios le entregó una tabla; la asió Víctor con rabia y, volteándola, procedió a asestar a su víctima contundentes golpes. Ante la andanada, el infeliz agredido no tuvo otro remedio que salir. Estaba aturcido, semejante a un indefenso animal acosado por los cazadores. Los criminales en ciernes se abalanzaron sobre él y comenzaron a desahogar su inquina. Tenían experiencia para pegar fuerte sin dejar señales visibles. Sabían que éstas les delatarían. Le asestaban preferentemente golpes bajos, evitando pegar en la cara. Cuando saciaron sus malos deseos lo dejaron, ya a punto de perder el conocimiento. Permaneció doblado en el suelo por tiempo indefinido, sin aliento ni para quejarse. Ningún compañero, ni tan siquiera su hermano, se atrevía a acercarse, por temor a las represalias.

Ramiro nunca olvidaría aquel día terrible de su triste vida.

Seguían sin llegar los víveres y ya la situación se hacía insostenible. Sor Juliana arañaba en la exhausta despensa y hacía milagros para engañar el condolido estóma-

go de los ciento y pico asilados.

Hubo mejoría en el tiempo; paró de llover, aunque el cielo seguía encapotado y el viento soplaba con parecida fuerza. Los campos, los caminos, los bosques, todo el paisaje rezumaba frío y humedad, pero el encierro era ya tan largo que "El patata" decidió que los desesperados niños salieran a solazarse por las cercanías. Algunos compinches de Víctor, aprovechando la circunstancia, salieron a matar el hambre por los caseríos cercanos. Existía la costumbre, entre los chicos mayores, de merodear y penetrar furtivamente en las pomaradas, que por estas fechas de principios de otoño ofrecían el fruto maduro, a punto de ser recogido. No era fácil empresa entrar, dado que las pomaradas de la zona estaban guardadas por fornidos y fieros canes. Hacía falta valor y mucha hambre para exponerse a tal peligro. Y ocurrió lo que algún día, tarde o temprano, tenía que ocurrir: Piñera "el cabezón" fue sorprendido y cazado. Al enterarse "el Patata" entró en cólera. Se le notaba por la leve palidez del rostro, el apretado rictus de la boca y en un peligroso temblor de las frías pupilas.

—¡Aquí hace falta un escarmiento! —dijo como hablando para sí.

Aquella noche en el comedor se respiraba expectación y temor. Una vez finalizado el rezo anterior a la frugal cena, el ladronzuelo fue llamado al centro del recinto. Salió éste lloriqueando, aterrado.

—¿Por qué has ido a robar? —inquirió "el Patata", amenazadoramente.

—¡Tenía mucha hambre!

—¿Hambreee...?, ¡perro! —bramó el furibundo "mandamás".

Mascullando confusas palabras se lanzó sobre la víctima, esgrimiendo un descomunal látigo de ocle, alga marina carnosa y cimbreante. Le asestó un tremendo golpe en las piernas que dieron en tierra con él, y continuó golpeando brutalmente. Restallaba el látigo sobre la carne, macerán-

dola. En pocos segundos quedó la ropa hecha girones y empapada en sangre. El agredido se retorció y gemía aterro-
rizado.

—¡Basta ya! ¡No seas bárbaro! —gritó asustada sor
Juliana.

Quedó el agresor indeciso, sorprendido, con el látigo en alto, los ojos desorbitados y la boca torcida y apretada en mueca feroz y cruel. Retrocedió unos pasos, alejándose de la víctima. Dejó el látigo y, sacando un pañuelo, se enjugó el sudor que arroyaba por su sofocada cara. Solamente se oían los apagados gemidos de Piñera “el Cabezón”, que yacía en mitad del comedor hecho un guiñapo ensangrentado.

Días después de la brutal paliza, se descubrió a medias el trato criminal de que eran objeto los más pequeños, por parte de Víctor y sus secuaces. Ahora, el odio de sus malas entrañas afloraba en crueles gestos, pero ya no se atrevían a exteriorizarlo como antes. De todas maneras, en cuanto veían ocasión desahogaban la inquina con feroz complacencia. Para evitar la fuga de alimentos, sor Juliana, apostada en la puerta de salida del comedor, iba cacheando, uno a uno, a todos los menores y lo hacía con tanto celo, que ni un funcionario de aduanas lo hubiese hecho mejor.

“¡Una ballena! ¡Hay una ballena en la playa!” —se oyó gritar a alguien por la mañana temprano y todos saltaron de la cama a mirar por las ventanas

Sí, allá abajo, hacia el centro de la playa, yacía de costado lo que parecía un pez metálico de color verdinegro y de gran tamaño. Advertido “el Patata”, salió en pijama a ver qué era aquello por lo que tanto revuelo se armaba. Pidió que le trajesen los catalejos y, ya con ellos, se quedó mirando largo rato sin proferir palabra.

—¡Es un torpedo! —exclamó, por fin, solemnemente.

La guerra asolaba al mundo. Europa, en particular, ardía por los cuatro costados, pero aquí, en este apartado

rincón, nadie se enteraba. Vivían, eso sí, otra guerra más sorda; otra guerra quizá más vulgar, infinitamente menos importante para el resto de la humanidad; guerra sin bombas ni torpedos, pero guerra también. En comparación con la otra, con la grande, era ésta una guerra de gusanos.

Aquel torpedo que, empujado por las olas, desviado de su destino por el azar o por Dios sabía qué designios, mensajero de la guerra, traía noticias de que los hombres seguían luchando y matándose. Sin embargo, la terrible nueva dejaba a todos increíblemente insensibles. Simplemente les interesaba el mensajero en sí por lo que tenía de pintoresco y extraño, nada más. Nadie pensaba que de no ser desviado de su ruta hubiese sido motivo de muerte y destrucción.

Aunque el día estaba frío y amenazaba lluvia, bajaron todos a la playa. En efecto, era un torpedo de dimensiones colosales, semejante a un raro pez. Cubrían parte del casco espesas capas de lapas y percebes, infundiéndole aspecto viscoso, áspero. "El Patata" fotografió a todos los asilados, divididos en grupos, subidos sobre el lomo del monstruo.

Corrida la voz de la llegada del extraño artefacto fueron acercándose gentes que vivían por los alrededores y que ante "el bicho" hacían disparatados comentarios. En su mayoría campesinos y pescadores que parecían ignorar que el mundo estaba en guerra.

Al día siguiente de la arribada el torpedo fue arrastrado hasta el agua y atado por medio de gruesas cadenas a la popa de una lancha motora del puesto de guardacostas de la vecina villa de Luanco. Por fin, después de efectuado el delicado trabajo, emprendieron la marcha. Los asilados permanecieron en lo alto de la colina, unos a la vera de casa, otros desperdigados por el pinar, observando la maniobra hasta que el monstruo se perdió en lontananza. Sentían pena, como si el mortífero torpedo fuese un divertido amigo que marchara para siempre.

En esa misma fecha, al atardecer, llegaron los espedadísimos víveres y se desbordó la alegría, hubo fiesta en los corazones y en los condolidos estómagos.

A mediados de octubre partieron “los veraneantes” de regreso a “La Residencia”, en los mismos autobuses que les habían traído. Iban sin pena ni alegría, sin sentir nada.

En los primeros días de febrero, empezó a nevar copiosamente y pronto quedó todo cubierto. Continuó así en días sucesivos y la masa depositada aumentaba y crecía sin límites. Antes, a través de los altos muros, llegaban infinidad de ruidos provenientes de la ciudad; ahora no se oía absolutamente nada, como si estuviera muerta. Las casas que sobresalían por encima de los muros aparecían obscurecidas y distintas, casi irreconocibles; cubiertos de nieve los tejados, balcones y cornisas. Más allá de los edificios que se alzaban a lo largo de la calle Independencia, arriba en la colina, la iglesia de San Pedro de Los Arcos, se difuminaba confundida con la imponente masa del monte Naranco, formando un todo con el cielo plomizo. Había desaparecido la profundidad y el color del paisaje. Todo aparecía gris.

Fue en estos días cuando escapó “el Gitano”. “El Trotsky” bramaba lleno de ira. Iba y venía corriendo de punta a punta el dormitorio, mascullando maldiciones y haciendo aspavientos que provocaban hilaridad en los divertidos asilados. Le preocupaba sobremanera el tener que dar cuenta a la dirección, lo que pondría de manifiesto su incompetencia. A los chicos no les extrañó en absoluto la fugona y se reían de la rabieta del pobre viejo, que desorbitaba el suceso infundiéndole un cariz tragicómico.

A “el Trotsky”, si no fuese por los contundentes varazos que arreaba, los asilados le hubiesen tomado a chirigota y en cierto modo así ocurría, claro que siempre a sus espaldas, lanzando la piedra y escondiendo la mano. Con su inseparable cimbreante varita a la primera de

cambio ¡zas! varazos a troche y moche, sin mirar a dónde ni a quién le caían. Era más temida la dichosa vara que una picadura de víbora.

“El Trotsky” ya no podía con los calzones; estaba hecho un carcamal. No tenía, además, ni pizca de sentido del humor. El mal humor era en él un estado normal. El apodo se lo habían puesto en Candás, de eso ya hacía muchos años, motivado por un gran perrazo llamado Trotsky, de su propiedad, que le ayudaba en la tarea de controlar a los chicos. Si alguno se desmandaba fuera de los límites señalados, allá iba la fiera y ladrado va, mordisco viene, volvía al redil la “oveja” descarriada. A tan extraño proceder, más de pastor que de educador. se le podía encontrar explicación teniendo en cuenta que “el Trotsky” procedía de la provincia de León, en donde había ejercido de maestro de escuela y como allí los rebaños de ovinos abundaban y el pastoreo era oficio de muchos, posiblemente ponía en práctica los conocimientos adquiridos. Sea como fuere, el singular método le proporcionaba óptimos resultados: podía permitirse el lujo de estar sentado todo el tiempo que quisiera, pensando en las musarañas, vieja costumbre de la que por nada del mundo se apeaba.

Al día siguiente de la escapatoria de “el Gitano”, se denunció el hecho a la Guardia Civil, pero la ambigua contestación que dieron no ofrecía muchas esperanzas.

“Se hará lo que se pueda”.

Descubrir a “el Gitano” que, de seguro, estaría camuflado entre los de su raza, era tarea ardua y larga que obligaría a descuidar asuntos de mucha más gravedad. En los montes de la región se refugiaban políticos reclamados por las nuevas leyes instituidas a la terminación de la guerra civil; criminales de guerra y peligrosos bandoleros.

Pasaron los días y “el Gitano” no apareció.



Se acercaba la primavera del calendario, la otra, la verdadera, la que no sabe de números y sí de flores y de aromas y de sol, ya había llegado. Allí, entre los gruesos muros, reverdecían los seis castaños de indias, y el canario amarillo mustio de la sastrería saltaba de palo en palo gorjeando alegremente. Arriba, en la torre de la iglesia, en un agujero, hacían el nido una pareja de cernicualos. También algunos verderones lo intentaron en los añosos árboles del campo de varones, pero los chicos los auyentaron a pedradas.

“¡Qué hermosa estará mi aldea!” —pensaba Ramiro con infinita añoranza—. Estarán los campos alfombrados de margaritas, campánulas y violetas y olerá a manzanilla, romero y espliego. Las golondrinas y los vencejos habrán llegado ya, inundando de alegres chillidos el aire. ¿Y los gorriones?, ¡menuda algarabía la suya! Las mariposas danzarán en los prados pintándolos de azules y rojos y blancos purísimos. Sonará también por las noches el feliz cri cri de los grillos y de las cigarras. Allí, en “La Residencia”, por las noches, sólo se oía el roncar de los chicos o el ruido vulgar de algún automóvil que subía ocasionalmente la calle Asturias.

—Si yo pudiese volar —fantaseaba Ramiro—, remontaría alto el vuelo por el cielo azul, los tejados allá abajo muy chiquitos y el paisaje todo ante mí, debajo de mí, sin muros y sin puertas cerradas delante de mí y entonces marcharía lleno de felicidad, lejos, muy lejos de “La Residencia”.

Si él pudiese. ¡Qué cosa tan extraordinaria es la imaginación! No podía. No tenía alas y el cielo estaba alto y altos y gruesos eran los muros que le cerraban.

En esta primavera de 1945, murió Garzón. Le sacaron de la enfermería enroscado como esas pescadillas que se muerden la cola. Le metieron en la ambulancia del Hospital Provincial y ya los compañeros no lo volvieron a ver. Murió por culpa de las lombrices que le habían perforado los intestinos. Todos recibieron con honda pena la

noticia de su muerte y pensaron con pavor que a continuación de él podría ir cualquiera de ellos. ¡Estaban tan desamparados!

Casi todos los días, por delante de sus ojos, atravesando el campo de arriba abajo, portaban los cuerpos de las mujeres o los de los recién nacidos que fallecían en la lactancia. Solían transportarlos a última hora de la tarde, cuando el sol comenzaba a esconderse tras de las curvas del Monte Naranco. Los transportaban envueltos en una sábana blanca y los dejaban en el depósito de cadáveres, "la pedrona". Al paso de la fúnebre comitiva, interrumpían los juegos y quedaban mirando en silencio, sobrecogidos. Al día siguiente venía la funeraria y se llevaba al muerto igual que se lleva una carga de escombros; sin darle la menor importancia, como si aquel cuerpo no hubiese sido persona.

Y es que en "La Residencia" la persona era poca cosa, casi nada, un número o un nombre a lo sumo. Una vez perdida la vida, ¿qué es un simple número o un nombre sin más? Se olvidaba fácilmente, casi no merecía la pena guardarlo en la memoria.

Por estas fechas, también, de comienzos de primavera, recibieron Ramiro y César carta de su madre. Les decía que en breve plazo ingresaría a Amna en "La Residencia". No la habían vuelto a ver y, por eso mismo, ahora se alegraban al saber que la tendrían tan cerca. Ramiro, después de reflexionar, sintió congoja. La imaginó encerrada en el horrible caserón; ella que era como una débil avecilla siempre tan necesitada de cariño.

Pero lo que causó mayor conmoción en la casa por estos días, fue la llegada de cuatro curas. Pronto se hicieron notar, sobre todo "El Padre Superior" hombre avasallador, inflexible e intransigente. El padre Menéndez ya no contaba para nada; se le había dejado al garete, de lado. Parecía como si molestara su presencia. Estaba el pobre santo entristecido y desconcertado y aquella luminosa sonrisa que le caracterizaba se transformó en mueca de disgusto.

Los actos religiosos se hicieron excesivamente solemnes y largos y pronto los asilados estuvieron más tiempo metidos en la iglesia que en otros menesteres. La vida suya se fue haciendo más árida aún de lo mucho que había sido antes.

Una mañana oficiaba la santa misa el padre Menéndez, tal y como tenía por costumbre: dos monaguillos asisténdole y detrás veinte o treinta niños haciendo “la guardia de honor”. Iba ya la misa por el credo y todo discurría normalmente cuando, de pronto, por detrás se abrió, con violencia inusitada, la puerta que daba al patio de la Reina y apareció “el Padre Superior”, atravesó a pasos agigantados por el pasillo central entre los bancos y rugió con voz potente y agría:

—¡Vamos a ver: los niños que están en el altar, excepto los dos monaguillos, bajen y siéntense en los bancos con los demás compañeros!

En medio de gran desconcierto y en silencio embarazoso fueron bajando todos y tomando asiento. El padre Menéndez, presa de incontenible indignación, recogió los sagrados utensilios del Sacrificio y abandonó el altar camino de la sacristía.

—¡Padre Menéndez...! ¡Padre Menéndez! no haga usted eso! —vociferaba “el Padre Superior” con tremenda agitación.

No se reanudó la misa.

A los pocos días, el padre Menéndez desapareció de la casa. Nunca se supo a dónde le habían mandado. Y así fue como perdieron los asilados al más bueno de sus amigos y protectores.

Don José “el tenta”, diamante en bruto, mucho más de bruto que de diamante, era el Atila del siglo XX, pero menos; no tenía huestes que mandar y no era rey de los “unos” ni de los “otros”. Con su cara de cuchillo afilado

hacía rodajas al miedo. Su imperio se reducía a “La Residencia” por la zona de varones. Hombre histórico, perdido en el anónimo de un siglo ingrato, de haber nacido en otra época lejana y pretérita, figuraría en los anales, con todo merecimiento, a la misma altura de un Gengis Kan cualquiera.

Don José “el tenta” no era malo, pero lo aparentaba. Por hacer, le hacía burla al mismo lucero del alba. Pasaba su tiempo imitando a la propia vida. Sus bufonadas eran dignas del más célebre histrión. “Empinaba el codo” porque sí, porque le daba la real gana y bailaba el tango a sus cuarenta y pico, mejor que un porteño. Andaba algo mal de salud. Según decían los partes facultativos, tenía el hígado tan encharcado como el campo de fútbol de Atocha en día de lluvia. Los días que libraba del servicio iba de punta en blanco a codearse con los señorones del café Peñalba. Había que verle con aquellos aires de príncipe. ¡Qué elegancia y qué modales de gran señor!

Don José “el tenta” analfabeto por parte de padre y madre, disimulaba tan bien que casi no se le notaba. Estaba suscrito a la mayoría de los periódicos importantes de la nación: “ABC”, “Blanco y Negro”, “Mundo” y “Pueblo”. Quienes desconocían su defecto, le creían un intelectual de tomo y lomo. Soltero por vocación, y lo seguiría estando por los siglos de los siglos, amén. Quizá la culpa de amar a todas las mujeres le impedía unirse a una sola. Lo del fenomenal apodo le venía de la inveterada costumbre que tenía de amenazar diciendo con la voz engordada: “No me tiente vucencia”.

De don José “el Tenta”, tentador de falsas anécdotas, se contaban las cosas más chuscas: en cierta ocasión, debido a su analfabetismo, confundió la Comisaría de Policía con una vulgar camisería. Entró tan campante y decidido por la puerta principal del severo edificio. No le extrañó en absoluto la presencia de los uniformados “guardias armados” que custodiaban la entrada. Subió la escalera central silbando despreocupadamente “Amado mío”, canción en boga y llegó a la segunda planta; miró a derecha e iz-

quiera y sin más preámbulos se coló en uno de los acongojantes despachos policíacos.

—¿Qué desea?

—Una camisa a rayas, talla 44.

El funcionario parpadeó sorprendido.

—¿Una camisa?

—¡Si, vucencia, una camisa a rayas! ¿acaso le sorprende que yo vista camisa?

El final de la anécdota tenía múltiples variantes, según el gusto y el ingenio de cada cual, pero bien pudo haber algo de cierto en el asunto, dado que su protagonista era capaz de eso y de mucho más.

Por aquello de que Ramiro conocía a Lola la huevera del campillo de Cornellana, le granjeó las simpatías del gran hombre, lo cual fue de vital importancia en su vida: cerníase amenazadoramente sobre los asilados la terrible nueva de que en breve, los menores en edad, serían trasladados a Sestelo. En esta casa de Oviedo, a pesar de sus descomunales dimensiones, no cabía un alma más y todos los días había nuevos ingresos. Metían a los recién ingresados como a calzador. Malas fechas éstas de los años cuarenta. Había mucha miseria, muchas viudas, muchos huérfanos y los nacimientos se multiplicaban en demasía. Los destacamentos de moros afincados en la región, fabricaban niños al tún tún. Después de haber matado en la pasada guerra a todo infiel que se les ponía por delante, parecían ahora dispuestos a repoblar la zona con nuevos retoños. Demostraban ser fecundos sementales: mujer que abrazaban, “churumbel” que nacía.

Sestelo debía estar lejos, allá por los confines de la región, en algún apartado rincón que ni figuraba en los mapas. Sestelo era una palabra de miedo en las infantiles mentes de los asilados; el coco. Temían ser enviados a lo remoto y desconocido, pensando que aún podía ser peor su vida allá.

Con la negra amenaza apesadumbrando su mal vivir, iban acercándose las Navidades. Sor Juliana, que hacía días había llegado de Candás, estaba encargada de poner



a punto el “nacimiento”. Parecía distinta, otra, en esta casa de Oviedo; mustia y apagada, como si nada le importara gran cosa. Los chicos la miraban sorprendidos y apenados, reconociéndola sólo en lo físico. Su alma seguía en Candás.

Llegaron las Navidades. Días de inacabables actos religiosos; muchos ruidos y pocas nueces; hambre de turrón y de calor. Un nuevo año. “Los Reyes Magos” pasaron raspando los altos muros y algo dejaron, poco, quizá lo que otros ya no querían.

No se hizo esperar mucho el temible día. Los menores de doce años, aguardaban en el patio de Lorenzana, ordenados en fila, el designio fatal de ser elegidos para Sestelo. Quienes tenían hermanos sentían doble miedo. Temían ser separados para siempre. El hermano, en “La Residencia”, cobraba desmesurada importancia. Separarse de él, significaba romper por completo con el intangible pasado; significaba quedar a solas con los recuerdos. El hermano allí era el último y único eslabón que unía con la familia que había sido. Familia unida bajo el mismo techo y desmembrada después por los avatares de la vida.

Iba don José “el tenta” designando a los que partirían hacia el remoto lugar. La mayoría de ellos gemían desolados, agrupados en un rincón del hosco patio. Nada conseguirían con sus lágrimas, en “La Residencia” al dolor no se le daba importancia; más bien servía de mofa que de otra cosa. El fiero hombre, se acercó al lugar donde Ramiro y César estaban, llenándoles de terror. Les miró un instante, dudó, y, a continuación, haciendo un brusco movimiento, exclamó con su habitual dureza y socarronería:

—¡Usted, vucencia, para Sestelo!

El chico designado, el que estaba inmediatamente detrás, salió de la fila con la cabeza caída sobre el pecho y don José “el tenta”, siguió su camino, provocando tristeza. Ramiro estaba a punto de estallar de alegría; experimentaba una euforia desbordante, tan exacerbada que la pena de los demás compañeros ni le rozaba.

Don Orlando, además de cagatintas, se encargaba de la biblioteca.

Para don Orlando, la biblioteca era un templo no menos sagrado que otro cualquiera. Quienes de verdad desearan entrar, debían antes conocer al Dios que allí se adoraba y a su santa doctrina de pe a pa. Los mandamientos serían acatados sin rechistar. La violación de cualquiera de ellos, implicaba la inmediata pérdida de la gracia y, como consecuencia, la excomunión.

Primero: amarás a los libros sobre todas las cosas terrenales.

Segundo: honrarás a los libros tanto como a tus padres.

Tercero: deberás lavarte las manos antes de usarlos.

Cuarto: guardarás respeto y absoluto silencio en el templo.

Quinto: obedecerás en todo al sumo sacerdote.

El silencio que en la biblioteca reinaba, tenía vida; era un ser viviente al que había que entrarle tangencialmente y de canto. Un extremado silencio que padecía de angustia vital.

Don Orlando, el sumo sacerdote, permanecía casi siempre sentado en la tarima, tras del mostrador o parapeto, asomando por encima sólo la cabeza y el cuello blanco de la camisa. De vez en cuando levantaba la vista para taladrar en las luces y en las sombras del recinto. La mirada enterrada tras de las gafas adquiría un fulgor intenso; luego, hecho el recorrido, tornábase opaca y difusa detrás de los vidrios y nadie sabía decir si miraba para fuera o para dentro.

Cuando se adquiría hábito de este estar retratado, quieto y mudo, como dormido, se empezaba a ver claro. Entonces, volar, correr, viajar por los libros sin trabas ni fronteras, era un placer único y grande. Tres horas de alcoba con la felicidad al desnudo. Tres horas: de cinco a ocho. Muchas menos de las que se ansiaban. Después, acabado el encantamiento, la realidad parecía aún más cruda y fea.

Gran mérito el de don Orlando, demiurgo de felicidad, en aquel mundo hospiciano, cerrado y alucinante. Gran mérito que muy pocos sabían apreciar en todo su incommensurable valor.

Fuera ya de la biblioteca, parecía el despertar de un sueño maravilloso. Allá adentro todo era bello, pulcro y amable; aquí afuera, todo hostil, sucio y feo. Exceptuando estas tres dulces horas, el día se hacía triste y largo entre los altos muros, la noche aterradora

Al regreso de Candás, por falta de espacio y de camas, a un grupo de niños, los más pequeños, les metieron en el dormitorio de los meones. Nave similar a las otras, pero más lóbrega, sucia y hedionda. A cada tres horas se despertaba a los chicos para que fuesen a orinar al retrete. Todos ellos padecían de una especie de pereza mental. Tenían atrofiada la voluntad y, por eso mismo, no podían contener la orina. Quizá desde el punto de vista clínico no se les consideraba enfermos. Sea como fuere, estos desgraciados, muchos de ellos adolescentes entre los doce y diecisiete años, se orinaban en la cama a pesar de precauciones y métodos.

Consistían las precauciones en despertarles a cada tres horas, y los métodos, que variaban según quienes los ponían en práctica, en obligarles a dormir sobre sus propios orines y a propinarles fenomenales palizas. Y con todo, seguían orinando en la cama. Iban al retrete medio dormidos, como delirante rebaño, conducidos a fuerza de palos por un vigilante escogido entre los compañeros, costumbre muy generalizada en "La Residencia". Solían ser chicos mayores, crueles y amorales, consumados delincuentes que experimentaban gran placer en su cometido y que extremaban en verdad su celo. En este "salón de meones" el vigilante era un muchacho de unos diecisiete años, apodado "el Gaita", bajo de estatura, largo de vicios; corto de inteligencia y ancho en brutalidad.

Ramiro compartía con Remigio, chico mayor perteneciente a la pandilla de Víctor, una cama situada en un rincón del infecto dormitorio. Remigio no usaba galante-

rías: patada va, patada viene, iba expulsando de la cama a su compañero. Llegaba un momento en que éste, de tan al borde, colgando sobre el vacío, debía agarrarse con todas sus fuerzas para no ir a parar al suelo. Esta maniobra ocurría en la mayor impunidad, en silencio, a obscuras, paulatinamente, todas las noches.

—¡Cara pijo! ¿Qué haces ahí colgado?

“El gaita” se complacía en su vocabulario soez y ponía de manifiesto en todo momento, su exacerbada crueldad. Exgrimió la forrada porra de cuero que usaba a menudo y la asestó sobre la cabeza del infortunado niño. Quedó éste aturdido para el resto de la noche y cuando llegó el amanecer lucía un sobresaliente ematoma. Al ser interrogado por los “mandamás” mintió por temor a las represalias. Sabía por experiencia que “el Gaita” no sería depuesto de su privilegiado cometido.

Pocos días después del contundente golpe, a Ramiro le ocurrió lo mejor y más deseado en “La Residencia”: enfermó y fue trasladado a la enfermería.

El régimen interno de “La Residencia” correspondiente a varones, era todo un perfecto sistema penitenciario. Ya por sí solo resultaba sintomático que en vez de educadores, como debiera ser, ejerciesen en su lugar simples vigilantes, denominados “comisarios”. Estos hombres, cuya única preparación cultural basábase exclusivamente en el palo y tente tieso, obraban según las circunstancias, según que estuviesen de buen o mal humor; sin método de ninguna clase. Con tal bagaje de “hombres ilustres” al cuidado de centenares de niños, se presupone el ambiente que allí tenía que reinar. Y he aquí que con la llegada de los nuevos curas el régimen penitenciario se fue haciendo cada vez más acusado. Arremetieron a diestra y siniestra, creyendo que con tan radical comportamiento solucionarían los problemas de la casa; más, como la senda que

llevaban era de todo punto errada, los males en vez de disminuir se multiplicaban.

Estos bravos legionarios de la religión católica, apostólica y romana, que caminaban de cara y avanzaban de culo, por cegatos y apasionados, erraban en sus proyectos a pesar de su buena fe. No veían o no querían ver el infrahumano vivir de aquellos desgraciados niños: la miseria, el hambre y los malos tratos de que eran objeto. Sólo se enteraban de los yerros de sus infantiles almas, a las que debían reconvertir y salvar para su Dios. El Dios de los anatemas y de las tremendas condenas eternas. ¡Qué distinto este Dios del que predicaba y adoraba el padre Menéndez! Y para conseguir sus buenos propósitos, atosigábanles con interminables actos religiosos y con terribles y dolorosas penitencias y castigos.

Extrañaba a todos que a estos curas les hubiesen traído simplemente para atosigar con su exceso de doctrina católica; otra debía ser la causa de su instalación en "La Residencia". Pero hasta la fecha su actividad se limitaba a la salvación de las entristecidas almas. Y claro, sin otro cometido, se volcaban con tan impetuoso entusiasmo, que a poco más que apretaran las clavijas iban todos los pecadores asilados, conversos, convictos y confesos de cabe⁷⁴ al infierno. Menos mal que "el Padre Superior", principal cocinero del desaguisado, entre col y col, le daba por hacer duraderas ausencias, reclamado aquí y allá por su brillante oratoria. Los felices mutis permitían recuperar la paz y las fuerzas necesarias para volver a perder lo uno y lo otro a su regreso.

—¡Ha llegado "el Padre Superior"!

Corría la noticia por la casa como anuncio de tormenta, produciendo honda emoción en los espíritus.

"El Padre Superior" obraba siempre de buena ley, arremetiendo contra lo que él creía un mal, derecho al asunto sin reflexionar, sin sopesar las consecuencias de sus extremados actos.

Rosendo y Santiago no se parecían en nada, ni siquiera se apreciaban; sin embargo, los dos, por separado, se contaban entre los mejores amigos de Ramiro.

A Rosendo se le consideraba niño formalito y un poco santurrón; de los más inteligentes, de los que con más facilidad asimilaban y comprendían las materias que en las clases se explicaban. Blanco de tez, pecoso, carirredondo y un poco fofo. Ni feo, ni guapo. Ni fu, ni fa. Andaba siempre cargado con paquetes de tebeos, revistas y papeles pintarrajeados. Adoraba a sus tres hermanas también ingresadas en "La Residencia". Solamente las veía cada quince días, durante dos horas, el domingo correspondiente a visitas. Rememoraba con frecuencia a sus padres ya muertos y sus ojos se humedecían con la nostalgia de los días felices pasados en común, allá en el pueblo, en Olloniego. Murió el padre y sin acabar de llorarle falleció la madre. Entonces unos compasivos familiares, ante la magnitud de la tragedia y sin opción a otra cosa, decidieron ingresar a los huérfanos en "La Residencia", todavía medio aturridos por la sorpresa y el dolor de la irreparable pérdida.

Santiago tenía aspecto de hambrón andante de caminos. Cuatro o cinco años mayor que Ramiro. El pelo, aunque rapado al cero, se le notaba rubio blancuzco e hirsuto. Flaco de aupa. Los huesos se lo comían en vida. Parecía alto pero mentía. La nariz se le escapaba hacia abajo. La boca jugaba al escondite. Los ojos clavaban alfileretazos al miedo. La muerte no se lo llevaba por duro y por no saber qué hacer con él. Sus padres nunca dieron señales de vida; de todos modos, él les esperaba montado a pelo en el caballo de la esperanza. Tenía fama de cruel y nadie osaba desmentirlo. Podía ir adonde le diese la real gana, porque los altos muros de "La Residencia" le tenían miedo. Todo el mundo le temía sin saber por qué. Santiago apreció siempre a Ramiro, le defendía contra los abusos de los mayores y le regalaba melaza que robaba en la Estación del ferrocarril del Norte.

Santiago, que vivía haciendo piruetas al filo de la

mala suerte, tropezó, por fin, al comienzo de un atardecer de mayo, serían las tres menos cuarto y los chicos esperaban para acudir a las clases. El silbato se presentía de un momento a otro, lanzando al aire su extridente sonido. De improviso, junto a la puerta de entrada al patio Lorenzana, vieron todos que un cuerpo se desmoronaba al tiempo que profería un agudo grito. Santiago con el puño en alto y los músculos de la cara contraídos, estaba de pie a un paso, como dispuesto a rematar a la víctima. El caído era Colunga, muchacho grandote, corpulento, blando y bullanguero. Parecía muerto. Los más próximos corrieron hacia el lugar con la indignación y la sorpresa reflejada en el rostro.

—¡Lo ha matado! —decían quienes bregaban tratando de volverle en sí.

—¡Fue sin querer! ¡No quise hacerlo! —gemía el agresor con inequívocas muestras de espanto.

Colunga fue recobrando el conocimiento poco a poco. Se quejaba de fuertes dolores en la columna vertebral. A duras penas lograron alzarle entre varios compañeros y a paso lento, con sumo cuidado, le trasladaron a la enfermería.

—¡Arrea delante de mi, proscrito! —ordenó don José “el tenta” con su habitual dureza, al asustado agresor.

—¡No quise hacerlo! ¡Se lo aseguro, don José! —repetía Santiago.

—¡Vamos! ¡Arrea, asesino! —decía el terrible hombre asestándole contundentes golpes y fuertes empujones.

Le encerraron en “chirona” por tiempo indefinido. Colunga no murió como en un principio se temía, pero no acababa de reponerse del terrible puñetazo.

La “chirona” o “chirola”, como también se la llamaba, era la mazmorra en donde se encerraba a los que delinquían, en particular contra la férrea disciplina de la casa. Estrecho recinto, situado en el último piso. Allí penaba Santiago, enterrado en vida; mirando a través del enrejado ventanuco, con las crispadas manos agarradas desesperadamente a los gruesos barrotes de hierro. Visto



desde abajo, desde el patio Lorenzana, daba la triste impresión de ser un tigre enjaulado. Mataba las horas contemplando el ir y venir de los pajarracos que anidaban en la torre de la iglesia. Por las noches se le oía cantar tristemente y contar estrellas. Le abrían la puerta sólo para llevarle la comida o para conducirlo al retrete. A mediados de junio, le dieron suelta por fin, cuando ya el espíritu le asomaba a las ventanas de la osamenta. Lo mismo pudo haber salido por la puerta que por la ventana a través de los barrotes. Casi no ocupaba lugar en el espacio. Su voz tenía más cuerpo que él. Los primeros días en libertad andaba taciturno, pero poco a poco fue animándose y cobrando algo de color. Pronto volvió a ser el de antes, si bien con más fama de cruel y duro.

Poco después de haber quedado en libertad Santiago, regresó "el Cuatro Orejas". Estaba gordo y crecido, denotando espléndida salud. No obstante, parecía más amargo que antes y todo lo referente a "La Residencia" se le hacía cuesta arriba. En pocos días perdió la color y adegalzó notablemente. A Ramiro le hablaba con altanería, dándole a entender que ya no le interesaba su amistad. No le interesaba la de nadie. Tan grande era su misantropía. Vivía en las nubes, quizá añorando los días felices que había pasado en Pola de Gordón.

Amna fue ingresada en "La Residencia" a finales de septiembre. La dejó su madre con más pena de la que había sentido por sus hijos varones. Al ver que no se decidía a separarse de ella, tuvieron que apremiarle en la oficina para que marchara de una vez. Se alejó entonces Cándida, hipando amargamente, mirando desolada hacia atrás, al hosco edificio donde quedaba la frágil criatura.

Amna llamó la atención de inmediato por su belleza y por modosita. Sus hermanos la veían de lejos, en los actos religiosos. Entraba en fila con las demás compañeras,

un poco pasmada, ausente, sin reflejar tristeza ni alegría. Volvió Cándida el primer domingo de octubre. Se le notaba febril y ansiosa. Por lo visto no podía vivir sin la compañía de la niña. En cuanto la vio se le arrasaron los ojos y le nació un tic nervioso en la boca. La estrechó sin proferir palabra, haciendo denodados esfuerzos para dominar la emoción. Por lo contrario, Amna se comportó de manera tranquila, dando muestras de estar adormilada, sin espíritu. Había adelgazado. La piel se le había puesto violácea y tiritaba de frío. Hacía recordar a esos pajarillos recién salidos del nido, ya medio abandonados por la madre, que se quedan piando tristemente encogidos en las ramas. Abrumole a preguntas Cándida. Quería saber qué le daban de comer, lo que hacía por el día, si dormía bien por las noches; a qué se debía el motivo de que estuviera más delgada y cuál de aquel color cianótico de su rostro. En fin, preguntaba sin parar y la niña iba contestando ambiguamente, con voz dulce y apagada. Contó Cándida que las cosas en Llamas le iban de mal en peor. La abuelita Generosa empezaba a dar muestras de fatiga y el abuelo Ramón acusaba instintos bestiales. Dios sabía en qué iba a parar aquello.

Poco después de esta visita, a Ramiro y a su hermano les eligieron con otros diez chicos para ir a pasar los meses de invierno y primavera a Pola de Gordón. Empezaron el viaje a principios de noviembre, un día frío y soleado. Iban también otros muchos niños de la región.

Avanza el tren lentamente, parando en todas las estaciones y apeaderos. Se le conoce por "el Pesquero" y tiene fama de llegar con retraso a todos los sitios. Es un tren mixto: cuatro vagones de viajeros y el resto de mercancías. En Pucnte de los Fierros se le añade otra máquina y, con este refuerzo, emprende el camino ascendiendo penosamente por las fragosidades del Puerto Pajares. Pensaban que no llegarían nunca, pero increíblemente este moribundo tren, tirón a tirón, sudando la gota gorda, se ha remontado en todo lo alto de las montañas. Aquí, ahora, acariciado por las nubes, descansa y toma aliento

para emprender el camino hacia la meseta castellana. Son las dos y media de la tarde en el reloj de la estación. El jefe de estación, banderola en alto, da la salida. Un fuerte tirón y rechina toda la vejez de los vagones. El túnel de "La Perruca" abre sus negras fauces. La húmeda región de las brumas queda atrás. La negrura de este túnel es eterna, parece no acabar nunca. Por fin, la luz del día, cielo leonés, suspiros de alivio. Busdongo: primera estación de León. Media hora de espera. De Villamanín a Santa Lucía el paisaje amarillo ocre, salpicado de verdes muertos, se va tornando gris y negro. Santa Lucía es pueblo minero; la villa negra de León. Desde aquí en adelante el río Bernesga baja contagiado de la negrura de la villa. Atrás, rocas grises bordean la vía férrea. Un puente de hierro y a la vista Pola de Gordón.

"¡Pola! ¡Pola!" —se oye gritar.

La Casa Infantil Covadonga, establecimiento benéfico, dependiente de la Caja de Ahorros de Asturias, estaba asentada en la falda de una alta montaña, un poco hacia arriba, a tiro de piedra del cogollo del pueblo. Edificio alargado y amplio, de tres pisos y de estilo astur; por delante sobresalía una altiva terraza, por encima de un campo ajardinado, mirando al valle, al río, al pueblo y a las gigantescas montañas que enfrente se alzaban besando las alturas del firmamento. Sombreaba la trasera de la casa un frondoso pinar que, cuesta arriba, se acercaba a la cumbre donde el verde moría al pie de altas rocas grises.

Pola de Gordón, por los años cuarenta, era pueblo corriente y moliente, ni grande ni demasiado chico; uno de tantos que medio despertaban por el verano y se alestargaban por completo en invierno. No había en él nada que pudiese interesar al forastero, si bien el clima seco de altura atraía a los tuberculosos y asmáticos proceden-

tes de las brumas asturianas. Lo más importante quizá del pueblo era la estación de ferrocarril, lugar de esparcimiento para las jovencitas y de otras que ya rondaban la marimorena de la soltería perenne. Aprovechaban las breves paradas de los trenes para ir y venir por el andén, asidas del brazo, sonriendo coquetas a los viajeros. El tren se alejaba pronto y las jóvenes paseantes quedaban un poco entristecidas, prendida el alma en la mirada cálida de un instante. Y así todos los días, siempre con esperanza; la esperanza de un milagro.

Entre estación y pueblo, unidos ambos por puente de piedra, discurrían turbias y espesas las aguas del río Bernesga; río negro y muerto por obra y gracia de los lavaderos de carbón de Santa Lucía. Se agrupaban las casas del pueblo a derecha e izquierda de la carretera nacional que enlazaba Asturias y León. Y para bien o para mal, el tráfico que por allí cruzaba daba vida a bares y comercios.

Las gentes de Pola de Gordón, ni mejor ni peor que las de otros lugares, vivían temiendo que el bacilo de Koc se les metiera en casa. Y no andaban faltas de razón teniendo en cuenta que, además de los “veraneantes tocados” que todos los años coincidiendo con el buen tiempo llegaban a la zona, solían pulular por bares y comercios, los tuberculosos que curaban en “Los Tres Chalets”, sanatorio liberal en miniatura, dependiente de la Diputación de Oviedo. Nada de particular tenía, pues, que dichas gentes fuesen un tanto desconfiadas y escrupulosas en el trato.

En La Casa Infantil Covadonga se vivía felizmente; pasaba el tiempo excesivamente veloz. Allí descubrió Ramiro un mundo nuevo: el maravilloso mundo del Arte. Fue un súbito anhelo por aprehender las cosas, una fuerza extraña que le arrastraba sin remedio, una imperiosa necesidad de reflejar cuanto sus ojos asombrados veían. Y también allí nació su primer amor. Pasión recluta, sin substancia, invertebrada, amorfa. La amaba en silencio, sólo para sus adentros, y ella le sonreía como debe sonreír

una mujer de veinte años a un niño de once. Morena le decían y tenía bellos ojos y boca de fiesta. Trabajaba en la casa como muchacha del servicio. Un día le dio un beso en presencia de otras compañeras y rieron todas del inesperado y súbito sonrojo de Ramiro. Continuó amándola y el tiempo se iba, llegó la nieve y luego el deshielo, vinieron las primeras golondrinas con la primavera y en mayo florido y hermoso acabó la dichosa estancia en tan idílico paraje. El día quince emprendieron el viaje de vuelta. Quienes regresaban a sus casas, cantaban alegremente; los de "La Residencia" iban entristecidos, sabiendo que la dicha había acabado, pensando en la dura vida que les aguardaba.

Ya de nuevo en "La Residencia", encerrado tras los pétreos muros, a Ramiro le invadió una honda tristeza. De-seaba olvidar y no comparar el hosco vivir de allí con el dichoso de Pola de Gordón; pero la fuerza y encanto de los recuerdos le dominaban. A su hermana Amna, con el pretexto de que las monjas la trataban mal, se la había llevado su madre. Habría sido un alivio saberla cerca, aunque fuese tras de las herméticas puertas, presentirla en su dulzura y fragilidad, jugando con las compañeras.

Cuando Ramiro, recién llegado, supo que don José "el tenta" había muerto, sintió sincera congoja. Fue como si hubiese perdido algo íntimo y querido. En "La Residencia" todos habían sentido profundamente su desaparición. Se consideraba que, pese al aparente mal genio que le caracterizaba, sólo había sido malo para sí mismo. Nadie le guardaba rencor, ni tan siquiera los que recibieran peor trato. En el recuerdo quedaban, más que otra cosa, las anécdotas chocarreras y una aureola de hombre terrible y simpático.

Algún alivio encontraba Ramiro en su dolor, pensando en la ya próxima fiesta de San Fernando, onomás-

tica del director de "La Residencia". En estos días de víspera, vivían envueltos en frenético ambiente de preparativos. Retumbaba el martillar de los carpinteros que en el patio de la Reina levantaban un enorme tablado. Las chicas desenvolvían y adecentaban colgaduras y banderas y las iban colocando por las cuatro bandas de los corredores que circundaban el patio. Se intensificaban los ensayos de canto, recitales y danzas. La profesora de música no daba respiro a las chicas del coro que preparaban la misa cantada de Pío X. Hasta los cocineros participaban en el frenesí reinante, poniendo alimentos y utensilios a mano. En la parte de varones, la banda de música que dirigía el señor Sanmarcos, ensayaba pasacalles y preludios de zarzuela. En la imprenta trabajaban a toda marcha en el número extraordinario de "El Ideal de la Juventud", la revista del establecimiento. Ambrosio, el maestro de la zapatería, confeccionaba globos de papel. En estas fechas, la zapatería dejaba de ser tal. Se retiraba el calzado, taburetes, mesas y herramientas y quedaba transformada en taller de aerostática. El maestro de remendones, acariciaba con mimo los sedosos papeles; trazaba, cortaba, pegaba y combinaba colores y adornos con arte.

La víspera del día grande, apareció "el Gitano", que venía moíno y como arrepentido de la fugona. Todo cuanto decía y hacía iba encaminado a demostrar su agradecimiento por habersele admitido de nuevo en "La Residencia". Hacía tales aspavientos, tales muestras de dolor que, ni el Hijo Pródigo estuvo en su día tan arrepentido.

Y llegó el día treinta. Día grande. Día de San Fernando.

Por la mañana, a primera hora, entregaron a los chicos la vestimenta de las grandes solemnidades. "El Gitano" lavado y decentemente vestido, parecía otro. Se miraba y se relamía de gusto. En su negra mirada denotaba mala sombra.

Quién más parecía alegrarse del inesperado regreso era don Orlando.

—¡Ché, hay que ver las calamidades que ha pasado el pobre chico! Por un lado bien está, ahora apreciará lo bueno que es tener la panza llena y caliente.

—¿Quién? ¡Ese animal! ¡Bah... Bah...! Las cabras siempre tiran al monte —repuso “el Trotsky” con evidente mal humor.

Acabados los actos religiosos de rigor, dieron comienzo las actuaciones en el patio de la Reina. Solamente en las fiestas grandes se permitía pasar a los varones. Las chicas permanecían arriba, en los corredores, asomadas a las barandas, esperando la mirada cálida y el requiebro. Este mira y no me toques, estas flechas de ida y vuelta, bajaban y subían furtivamente. Había que andar con sumo cuidado, las monjas vigilaban y a la menor sospecha cortaban por lo sano o por la tremenda.

Todos los actuantes ponían el máximo interés para agradar a la concurrencia. No parecía “El Director”, sin embargo, muy complacido. Demostraba aburrimiento y deseos de que toda aquella lata acabara de una vez. Exceptuando estas solemnidades en que era forzosa su presencia, no se le veía el pelo.

En un entreacto, expectante la nutrida concurrencia y en silencio casi religioso, se dispuso Ambrosio a lanzar los globos a lo alto. En aquel momento, con tantas miradas posadas en él, se convirtió en el principal personaje. Encendió la mecha y procedió a la tarea de ir sosteniendo el globo. Era quizá el momento más tenso y comprometido. Cualquier fallo, una leve ráfaga de viento podría dar al traste con el éxito de la maniobra. Empezó a inflarse el globo y a aumentar de tamaño; adquirió movimiento casi animal y, por fin, elevó el panzudo cuerpo, oscilando peligrosamente, como bebé que diera los primesos pasos. Lo sostuvo su creador por el aro de la boca durante un rato, girándolo en redondo, buscando la vertical de su eje, procurando que el fuego de la mecha no quemase las paredes de papel. Lo acariciaba y le hablaba cariñosamente, como si de un ser viviente se tratara.

—¡Vamos niño! ¡Animo, ánimo! ¡Arriba, arriba!



Y como si el descomunal globo le hubiese entendido, se lanzó suavemente hacia las alturas. El grito alegre y unánime que le despidió debió oírse a considerable distancia. Subió y subió por el cielo azul, se fue empequeñeciendo poco a poco y, al fin, se perdió de vista para siempre. Aún después de haber desaparecido, seguían las miradas prendidas en lo alto, como hechizadas. A continuación ascendieron, uno a uno, otros globos. Ambrosio los despedía contento y entristecido a la vez: contento de verlos subir felizmente por el cielo azul; triste por perderlos para siempre. Con los globos iban muchas de sus ilusiones. Muchas de sus ilusiones subían en globo para acabar Dios sabía donde.

Acabó el festival a las dos de la tarde. Una hora después se nubló el día y, a los pocos minutos, empezó a llover, matando la alegría de la fiesta.

Por la noche se notó la falta de "el Gitano".

—Ya lo decía yo, las cabras siempre tiran al monte. ¡Mala suerte se lo lleve! —bramaba "el Trotsky", mesándose los albos cabellos.

La descarada jugarreta provocó algazara en los aislados que consideraban divertido el final de la fiesta.

A Rosendo le habían concedido el puesto de asistente de "el Escobilla", comisario que relevaba al fallecido don José "el tenta". Consistía la envidiada misión de Rosendo, en asear el dormitorio del señor comisario, arrojar al retrete los orines y excrementos o lo que hubiese en la bacinilla, cepillar las prendas de vestir y dar lustre al calzado (en estas cuestiones del bien vestir era "el Escobilla" un maniático), llevarle la comida a la habitación y una vez finalizada ésta, restituir los utensilios a la cocina; hacer toda clase de mandados y lo que se le antojara al amo.

Y para tal señor de tan escaso alimento, tal servidor

de tan acusado apetito. Para tan exigente amo, tan complaciente criado. Uña y carne. Para el amo la uña, la carne para el criado.

“El Escobilla”, en lo físico, recordaba a aquellos relamidos galanes de cine de los felices años veinte: bigote negro y bien dibujado, nariz recta, la tez pálida, el cabello brillantado y atiesado hasta el cogote y negros los ojos, circundados de violáceas ojeras.

Nada más llegar Ramiro de Pola de Gordón, su amigo Rosendo lo presentó a “el Escobilla”. Le echó éste un vistazo de arriba abajo inquisitivamente y, sonriendo, dijo con burla:

—¡Qué cara de pájaro tiene! ¡Menudo amigo te has echado!

Rosendo que esperaba su beneplácito quedó corridísimo y solamente atinó a balbucir:

—Pues... es un buen chico.

—Si tú lo dices será verdad —respondió “el Escobilla”, con indiferencia.

A su regreso de Pola de Gordón, se encontró Ramiro también con la novedad de que “el Patona” se había marchado de “La Residencia”. Ahora en su lugar estaba “el Peu”. Pedo afeitado. Palabra apeada de la sonoridad y justeza que tiene en castellano. Palabra traducida al argot hospiciano. O sea: pedo traducido; pedo a fin de cuentas.

“El Peu” consideraba a los acogidos, poco más o menos, animales irracionales; por eso mismo, no se privaba de ventosear en presencia de ellos.

“¡Cómo ventosea el condenado!” —decían con risas los afectados.

“Recorre la escala diatónica del do al sí armoniosamente” —añadían.

“En la cromática hace bemoles y sostenidos” —afirmaban.

“A veces, en los agudos, a fuerza de subir raspando las notas, dan la impresión de quebrarse” —opinaban algunos.



“¡Qué va! Ese tiene fuelle suficiente para mantener el sonido bien ligado” —aseguraban otros.

“Es un virtuoso” —reconocían todos.

La celebridad de “el Peu” no traspasaba los altos muros de “La Residencia”.

“Fuera de aquí, reusa dar a conocer sus magníficas dotes de músico del pedo” —se decía en la zona de varones.

“¡Es un marrano!” —exclamaban con desprecio.

Había ejercido de maestro de escuela (según decía él), pero por motivos desconocidos, trocó la enseñanza por el palo.

“¡Arre burro!” —gritaba por la mañana. “¡Arre mulo!” —decía por la tarde.

Y entre palo va, arre que te arre.

Otra novedad: a “el Cuatro Orejas” le habían nombrado lector de la casa de curas.

“¡Buena bicoca, sí señor!” —se decía con envidia.

Estaba gordo y lustroso que daba gusto verle.

“Se lo merece por formalito y modoso” —comentaban las monjas.

“¡Por santurrón!” —afirmaban los que le conocían bien.

No tardaría en ingresar en el seminario. Por lo menos eso quería “El Padre Superior”, que tenía a gala haber descubierto y fomentado una vocación sacerdotal en aquel antro sin amor.

“¡Si ese sale cura, yo obispo!” —aseguraban muchos.

“Lo que ése ama con toda su alma son las empanadillas y albóndigas que come en la casa de curas”, —sospechaban bastantes.

“¡A ver quién no, en tan hambriento lugar!” —reconocían unos pocos.

“Sí, por eso mismo deja que “El Padre Superior” se haga ilusiones” —decían algunos.

Santiago, superado el período escolar, trabajaba de peón albañil. “Yo y mi circunstancia” en “La Residencia” reducíase a circunstancia simplemente, por lo que nada

de particular tenía que hubiese emprendido un camino de tan poca altura, equivocado y fatal para su futuro.

La circunstancia hospiciaria, a fuerza de pesar, borraba la personalidad, doblegaba y acababa por apagar la conciencia de la propia valía. Santiago, igual que otros muchos allí, no era consciente del valor de su yo. Escogió aquel triste camino como pudo encaminarse por otro cualquiera. Nadie le dijo: "Por ahí no, ese no es tu camino". Nadie le tendió una mano.

Ora metiendo cabezas y torsos en el pilón de la fuente, ora recostando los cuerpos sudorosos sobre las húmedas losas del patio Lorenzana, iban mitigando el fuerte calor de aquel verano de 1946. El achacoso canario de la sastrería, a pesar de la cubierta que le ponían encima de la jaula para proporcionarle agradable sombra, yacía adormecido, gachón, sin fuerza, con la pluma ahuecada y el pico abierto. Mustios y abrumados, clavados entre el polvo gris, los siete árboles del campo de varones se achicharraban bajo los quemantes rayos de sol. Reverberaba el suelo resquebrajado y de las grietas emanaba olor a tierra quemada. Rojas y negras, grandes y pequeñas, las hormigas en todos los sitios estaban; de todos los agujeros y grietas salían. Subían y bajaban por los troncos de los árboles e incluso por las calcinadas paredes de la casa. Algunos días, aquellos de más calor, llegaban miriadas de mosquitos procedentes del pozo o charca que había junto al cementerio de San Pedro de los Arcos. Por las noches, en el dormitorio, lo pasaban apuradamente para librarse de las feroces picaduras. Zumbaban a oscuras en el recinto, estimulados por el sudor humano. Peor de aguantar era la rabiosa plaga de pulgas y chinches. Estas últimas sólo actuaban en la oscuridad, apenas perceptibles durante el sueño, circulando sobre la piel mojada. Por las mañanas golpeando los hierros de las camas caían a cen-

tenares. Sorprendidas en el sangriento hartazgo, corrían por las viejas tablas del piso y pronto quedaban despachurradas bajo la blanda suela de goma de las alpargatas. El método más eficaz para cazar pulgas, si se tenía experiencia y cierta habilidad, era el de tirar de sopetón la manta hacia atrás, sorprenderlas y echar mano a la mayor cantidad posible antes de que, salto a salto, se escabulleran.

De los chicos en edad escolar sólo quedaba en "La Residencia" una veintena; a todos los demás les habían llevado para Candás. Durante las horas en que los mayores, los de pantalón largo, se afanaban en sus trabajos, parecía la casa como si hubiese sido abandonada. La sensación de soledad abrumaba, dado el escaso número de chicos dispersados por aquí y por allá, en la enormidad del inhóspito caserón. Algunos dormitaban perdidos por los rincones, otros deambulaban solitarios, en busca de algo que llevarse a los ojos aburridos, blando el cuerpo, pesado y calenturiento. Por las noches, en el largo y profundo vacío del dormitorio de pequeños, cualquier ruido no reconocible les sobresaltaba y sobrecogía. Iban al retrete en grupos y, aún así, de tanto miedo que tenían por la más banal causa, corrían despavoridos a la cama sin haber hecho las necesidades fisiológicas.

En este verano del 46, Rosendo experimentaba un profundo e inexplicable cambio en su manera de ser. Tan brusca mutación de la personalidad, quizá nacía de un proceso puramente biológico. Había crecido últimamente de manera ostensible y en la cara lucía un feísimo acné juvenil. Tal vez viéndose ya vestido de pantalón largo y sintiéndose más hombre, decidiera por su propia voluntad el entonces insólito y artificioso cambio. Realmente no importan demasiado las causas de tan extraño caso; importa más la pintoresca actitud, precisamente por tratarse de persona comedida y formal. Y comenzó todo en una de aquellas calurosas noches. Se manifestó la sorprendente metamorfosis haciendo víctima o cabeza de turco a "el Trotsky". Tenía éste por costumbre permanecer sentado

en la primera cama, junto a la puerta de entrada del dormitorio de pequeños, hasta que le llegaba la hora de marcharse. Allí, meditando a media luz, chocheaba y pensaba en las musarañas, dándose golpecitos en las piernas con la cimbreante vara que siempre llevaba en bandolera. El desgraciado niño que ocupaba aquella cama, al calor de las posaderas del vejete, escuchando las disparatadas chocheos y viendo cimbrarse la vara de marras, debía sentirse más muerto que vivo.

—¡Trotsky! ¡Cochambrosón! —quebró el silencio una voz en falsete.

Hizo el aludido un gesto ambiguo con ojos y boca, murmuró algo, dibujó en el aire con la vara una leve amenaza y, después, volvió a ensimismarse en sus lucubraciones de viejo.

—¡Trotsky! ¡Feoso!

En medio de la expectación general, el vejado se irguió y oteó por el dormitorio, esperando captar el lugar aproximado de donde partía el insulto.

—¡Como le pille, se acordará de mí! —dijo mordiendo con ira las palabras.

Ahogábanse las risas bajo las sucias mantas.

—A ver, ¿quién ha sido el carnero? —inquirió autoritario.

Rosendo simulaba dormir beatíficamente.

“El Trotsky” atravesó por el pasillo central entre las camas, mirando ceñudamente, sin proferir palabra; dio la vuelta y luego, encogiéndose de hombros, con un gesto de clara impotencia, tomó asiento de nuevo.

Nada sucedió esa noche, pero a la siguiente se organizó la debaqué. Volvió Rosendo a las andadas y como ya el ofendido “comisario” estaba hartado, se lió a estacazos de cama en cama y a diestra y siniestra. Después de moler a todos, excepto al promotor del desaguisado, dirigióse a éste y, con voz cansada y confidencial, le preguntó:

—Rosendo, ¿de verdad que tú no sabes quién ha sido?

—¡Por Dios, señor, ¿cree usted que de saberlo me

iba a callar? —contestó con gran seriedad.

—No, hijo, no. Yo se bien que tú no eres como estos carneros, ¡mal rayo los parta!

Muchas más y variadas fueron las bromas que el iracundo anciano habría de soportar de Rosendo, que amparado en su buen nombre, hacía impunemente cuanto le venía en gana.

El dieciocho de agosto apretaba más el calor, si cabe, que en días anteriores. Al mediodía el bochorno se hacía insoportable. Alguien vaticinó tormenta, pero nadie le creyó. Infinidad de mosquitos y hormigas voladoras infectaban el aire. Las enloquecidas moscas picaban rabiamente. A las dos de la tarde asomaron leves nubecillas blancas por encima del monte Naranco y detrás llegaron en tropel negros y amenazadores nubarrones. Ahora ya nadie puso en duda que habría tormenta. El monte Naranco se tiñó, poco a poco, de un raro matiz azul marino, contrastando como en una escenografía con la cegadora luz del sol que aún calcinaba la ciudad. Hízose ostensible el silencio con terrible presagio. Tronó sordamente, allá a lo lejos. Levantose fuerte viento y obscureció igual que si fuera noche cerrada. A los pocos minutos llovía torrencialmente.

Duró la tormenta alrededor de tres horas y, cuando cesó, el paisaje estaba desolado, sembrado el suelo de cañas, hojas y objetos eterogéneos. La desgajada cima del árbol grande, obstruía las entradas de los talleres de peluquería y de zapatería. Las casas que asomaban por encima de los altos muros parecían distintas; otras, lavada y descolorida la faz. Había refrescado, y el sol de la tarde alumbraba menos cegador que en días anteriores. Empezaba a declinar el verano.

El dos de septiembre regresaron los chicos que veraneaban en Candás y volvió la algarabía a llenar la casa.

En septiembre, celebrábanse en la ciudad las fiestas patronales de San Mateo. Llegaba hasta “La Residencia” el eco alegre y bullicioso de las canciones callejeras y de las bandas de música que desfilaban tocando pa-

sacalles. Algunos chicos trepaban a lo alto de los muros para ver el espectáculo, exponiéndose a recibir ejemplar castigo por transgredir la rigurosa disciplina de la casa, que prohibía terminantemente tal desacato. Uno de aquellos días irrumpieron en el recinto hospiciano varios cabezudos seguidos por la chiquillería de la calle. Los acogidos estaban asombrados, pasmados, mirando y remirando sin moverse del sitio, hasta que los hombres de cabeza descomunal la emprendieron a golpes con ellos. Cuando se marcharon los cabezudos quedaron los sorprendidos aislados entristecidos, ansiando correr detrás o delante de ellos, como hacían los chicos de la calle.

La víspera de San Mateo, día veinte por la tarde, les llevaron al circo Corzana. Fue la tarde más divertida de las que habían vivido desde hacía mucho tiempo. Actuaron ante sus ojos asombrados, transportándoles a regiones de embeleso, trapevistas, payasos, equilibristas, etc.: todo el colorido circense variopinto y festivo, y cuando la función acabó les pareció despertar de un sueño maravilloso. Atrás, en el cálido languidecer de la tarde, quedaba el gran entoldado de los milagros. En dos grandes carteles, situados a ambos lados de la entrada principal, sonreía Antonio Machín, el cantor de los "Angelitos Negros". Sonreía con un deje de pena en blanco y negro a la atolondrada muchedumbre que se apiñaba para entrar a la función siguiente.

A primeros de octubre reunieron a los acogidos en el patio Lorenzana, para designar a los que irían a Pola de Gordón. Debido a la extrema delgadez y mal aspecto de Ramiro, fue otra vez de los beneficiados. De no haber sido elegido se hubiese llevado un gran disgusto. Para él, y para otros muchos, el ir a Pola de Gordón significaba algo así como salir de la cárcel; era la libertad. Ahora la separación de su hermano César no le producía pena. estaba aturdido por la desbordante alegría. El catorce a las nueve de la mañana salían camino de la libertad. Rosendo también iba, pero no porque estuviese escuchimizado como Ramiro. Iba agregado en calidad de aprendiz de un arte-

sano que trabajaba en la Casa Infantil Covadonga, haciendo bancos y sillas de cemento, que imitaban troncos de árboles. Rosendo, que tenía gran facilidad para el dibujo y que sentía inclinación hacia el Arte, iba ilusionado como si el maestro artesano de los bancos fuese un insigne escultor.

Rosendo quería resarcirse de los años de sumisión. Sentía que el resentimiento y la rebeldía le quemaban la sangre. Estaba decepcionado con lo de los bancos de cemento. Aquello no era lo suyo. "Es una mierda pinchada en un palo". Se burlaba de todo. Del viejo artesano que hacía bancos de cemento imitando troncos de árbol. No sabía qué hacer de su vida. Estaba deprimido y fastidiado. Quería burlarse de don Domingo, director de la Casa Infantil Covadonga. Se burlaba por las noches, cuando el viento gemía en el silencio infinito. Se divertía con el susto y con el miedo en las noches sin luna. Con la bota, con el duro tacón daba golpes sobre la mesita de noche, que estaba coja y era de hierro y sonaba muerta de risa. A las doce de la noche, la hora cero, la hora de salir en la zona a pasear los muertos, la hora última de las pronto acabadas veinticuatro, a las doce y media, tal vez a la una o a las tres. No importa, era muy noche adentro. Rosendo velaba para el susto y para el miedo de quienes desconocían lo de la bota pesada y húmeda. "Es un chico serio y formal". Nadie sospechaba de él, de la superchería. Vivía de rentas, vivía su propia farsa, igual que en "La Residencia".

—¿Qué ha sido ese extruendo?

—Todos estamos asustados, don Domingo —le decía muy serio, fingiendo sorpresa.

Rosendo coleccionaba programas de películas de cine con el mismo entusiasmo y devoción con que las beatas coleccionan estampas de santos. Tenía la maleta llena

hasta los topes y conocía los nombres más inverosímiles de actrices y actores. Se extasiaba admirando las efigies femeninas. Tenía ya quince años y aún no se había enamorado de ninguna chica de carne y hueso. Y era que su amor estaba prisionero en las caras femeninas de los prospectos de películas, sintiendo morbosa predilección por los de películas de amor. Los extendía excitado, haciendo metros de besos y abrazos, sobre la cama. Y ante tanta carne desnuda remontábasele deseos y pensamientos impuros. “Qué buena está Gilda”. Se le retorció la mirada y la sonrisa ante los metros de muslos y senos. “¡Qué buena está Gilda!”.

Las noches de Rosendo eran ardorosas y agotadoras, inaguantables. Y por eso mismo velaba cuando todos dormían. Escuchaba las doce, la una, las dos o las tres. Las horas del silencio apretado y espeso. Ya no podía más y desahogaba dando con la bota húmeda y pesada sobre la chirriante mesita de noche.

Ramiro no entendía aquel complicado amor volcado sobre simples efigies. La extrañísima pasión de su amigo le traía perplejo. Porque él amaba a Marixa, niña de carne y hueso, que pasaba una temporada en la Casa Infantil Covadonga, bajo la tutela de don Domingo. Vestía siempre de colores rosados y de azules celestes. Se le insinuaban ya, redondos, los senos y un precoz fulgor sensual en la mirada. Todos los chicos estaban enamorados de ella. La amaban los ciento veinte que sumaban la tanda de 1946-1947. Pero Marixa aún no sabía amar, pese a aquel coqueto prodigar miradas y sonrisas.

El incipiente amor que experimentaba Ramiro cobró mayoría de edad el día que vio las bragas de Marixa. Supo que eran de ella por el tamaño y por el color azul celeste. Estaban tendidas al sol, con otras muchas prendas blancas, sobre la hierba verde. Olían a limpio y a jabón de olor. El azul celeste le enturbió los pensamientos y empezó a sentir celos de que otros las vieran. Desde aquella ocasión sintió celos de las miradas que Marixa brindaba a voleo.

El día once de noviembre, al atardecer, a eso de las tres, la luz del sol tornose de un raro matiz cristalino. Empezó a soplar un afilado vientecillo que cortaba el aliento y una fina cortina de niebla metiose río arriba por el valle y en poco tiempo envolvió en su gélida blandura todo el paisaje. Así quedaron las horas de la tarde en silencio grave, casi mortal. Vino pronto la noche sobre la vidriosa oscuridad que había y alguien, oteando en la negrura a través de los empañados cristales de las ventanas, pensó en la madre lejana, en un beso nocturno; pensó en tantas cosas que en este invierno podían morir. Presagios que inevitablemente vienen con el frío, que venían envueltos en la niebla, río arriba.

Negó sin tregua, con premura, sin piedad, durante toda la noche, y en la helada amanecida de aquel borroso doce de noviembre, aún seguía nevando.

A las once de la mañana, Ramiro rasgó el sobre con orla negra y estremecido leyó la carta de su madre: "Al anoecer subió al monte y regresó con la muerte en la mirada y con una carga de leños húmedos. Murió cuando los gallos entonaban el canto de media noche. Quedó muy blanca, estirada en el camastro, con la cara vuelta hacia algún lugar lejano, tal vez a ese donde tú estás".

¡Pobre abuelita Generosa, sólo era ya un vago recuerdo perdido en el tiempo!

Llegó abril. Reverdeció el paisaje antes helado y el aire tornose tibio y aromoso.

Los senos de Marixa jugaban al escondite tras el pálido rosado del nailón. Eran redondos y pequeños. Eran el amor de los ciento veinte chicos que formaban la tanda de 1946-1947.

Ocurrió al anoecer, cuando las estrellas comenzaban a parpadear. Sucedió en la trasera de la casa. Diez, veinte, acaso treinta besos cálidos, precoces, simples e

inexpertos. Marixa no decía nada, sonreía simplemente. Aún no sabía gran cosa. Estaba todavía en el reino de la inocencia, a pesar de los insinuantes senos. Ella dejaba hacer sin comprender el por qué. Los chicos salieron corriendo de pronto, con sabor nuevo en los labios, bajo las estrellas parpadeantes de aquel sosegado anochecer de abril. Alguien, abriendo una ventana había gritado con ira:

“¡Cochinos!”

Aquella noche Ramiro lloró lleno de celos, metida la cabeza entre las sábanas.

A Marixa se la llevaron pocos días después, en una tarde gris de agüilla menuda y pertinaz. Marchó en un lujoso automóvil blanco. Ciento veinte miradas la despidieron con pena, desde lo alto de la terraza.

Partieron a mediados de mayo. Otra vez el adiós apenado; otra vez las despedidas y las nostalgias.

¡“Adiós! ¡Hasta siempre!”

Quizá hasta nunca.

Marixa vestía de azules, rosados y amarillo oro. Era el amor ideal. Un amor imposible, una quimera de niño imaginativo.

Santa Lucía, villa negra. Aquí el sol alumbra mal. Atrás, perdido ya de vista, Pola de Gordón. Once y cinco de la mañana. ¿Dos minutos parados? Puede ser. No importa, no hay prisa. Aquí todo es más solemne y melancólico. Las montañas vomitan negro; las casas tienen la faz negra y negros los tejados; negros están los caminos y el río y las gentes y el aire. Todo. Es zona minera.

Pita el tren desgarradamente.

“Adiós, villa negra, villa triste, cenicienta”.

Rosendo no viene. Rosendo se quedó con el maestro de los bancos de cemento que imitan troncos de árboles “Es una mierda pinchada en un palo”. Qué se le iba a ha-

cer. La vida tenía estas cosas. Ocurren con harta frecuencia. Las circunstancias o los imperativos pueden mucho; fuerzan demasiado. “Hay que saber esperar, quién sabe, ¡la vida da tantas vueltas! Sí, no hay que perder la esperanza”. Palabras, palabras..., simples palabras.

El tren bufa. El tren rueda velozmente. El tren deja tras de sí una estela de humo gris, que es blanco sobre el negro de Santa Lucía. Altas rocas, plumizas, picudas, a la izquierda de la marcha. A la derecha, el río corre limpio, cristalino y sirve de espejo a los verdes álamos que le circundan. Es primavera, se nota, se empieza a notar al partir de la villa negra. Allí no hay flores blancas, ni azules, ni rosadas, todo es obscuro, neutro, temeroso. Aquí, alejados ya de la agobiante negrura, luce el sol con luz blanca, opalescente, finísima, sobre el verde de los prados y da alegría, así de pronto, aunque luego ya no sea tanta.

Marixa vestía de azules, rosados y amarillo oro.

Villamanín: cinco minutos de miradas quietas. La luz del sol es vidriosa, tamizada; el aire, sutil y fresco. El valle es grande y aséptico. Al fondo, lejos, asoman a medias, azul marino y violeta, las montañas. Hay silencio de muerte. No se ve a nadie. Once y veinte de la mañana.

Sale ya el tren. Disminuye la estación, se va tornando abstracción de color, un punto amarillo verdoso. Aleación de estación, casas, luces, sombras.

Once y media. El paisaje es más agitado, dislocado, verde gris. El sol ya no alumbra igual, como en Villamanín, está medio oculto tras de una sutil gasa de nubes altas. Dan pena y escalofríos estas enriscadas y hoscas montañas que se vienen encima irremisiblemente.

“Es una mierda pinchada en un palo”. Tenía gracia. Rosendo era un gran chico, un gran amigo. Lo de los bancos de cemento no debía ser lo suyo; no debiera ser, esa es la verdad, pero qué se le iba a hacer. En la vida suelen ocurrir estas cosas con harta frecuencia.

Busdongo: frontera con Asturias. ¡Qué inconmensurable tristeza se siente aquí! Está el cielo encapotado. Sólo en las altas cumbres, encima de las picudas montañas,

afiladas, verdinegras, se posan unos tímidos rayos de sol. En este tristísimo pueblo, las casas son pardas y están desnudas y heladas, construídas con piedra del país, piedra grave, entristecedora. Hay que frotarse las manos y la cara porque hace frío. Dicen que están muy arriba, a gran altitud, a mil y pico sobre el nivel del mar. La estación es grande, sucia, con muchas vías y muchos talleres y hombres tiznados, vestidos de mahón y calzados con botas de siete leguas.

Eran divertidos los paseos a Beberino, a Huergas o al Millar. Abrigados con aquellos gruesos capotes tenían aspecto de siberianos. Las gentes, al principio, se paraban a mirarlos; luego se acostumbraban y ya no les causaba sorpresa.

Para que salga este tren, en el que van, es menester que llegue otro procedente de Asturias. Es un expreso. Tiene categoría. Este no, es mixto. "El Mixto", le llaman. No se apura nunca, va a su aire, para en todas las estaciones y apeaderos. Aquí, en Busdongo, lleva ya un cuarto de hora parado. No importa, no hay prisa por llegar. Claro, ellos no, los de "La Residencia" no tienen prisa. Nadie les espera; nadie con amor. Nadie les estará aguardando para darles un abrazo de bienvenida. Nadie.

Lo que más le gustaba a Ramiro era subir a la explanada. Desde allí, tan alto, abarcaba la vista lejos, a derecha e izquierda, por encima de los pinares. Abajo, la franja encarnada que dibujaban los tejados de Pola de Gordón, el cruce de las blancas y polvorientas carreteras, las vías del tren, la negrura del río divagando entre los verdes inhóspitos, los abruptos picachos y desfiladeros. El mundo entero.

Ya entra, rodando fragoroso, el expreso procedente de Asturias. Viene resoplando, piafante como caballo que le apretasen el freno más de la cuenta. No baja nadie de este expreso en Busdongo, donde hace frío y da pena.

El jefe de estación, banderola en alto, da la salida. Doce menos seis minutos en el reloj triste de la estación. Busdongo se va haciendo impreciso entre la bruma.

Entra el tren en el inmenso túnel de la Perruca, túnel eterno, infinito. Aturde el dislocado fragor del rodar en la oscuridad. Por fin, Pajares. Parece que ha vuelto a amanecer a medias. Llueve mansamente.

A su regreso a “La Residencia”, a Ramiro le pareció que todo seguía igual, tan miserable y triste como antes, como siempre. Pero en este valle de lágrimas o de risas, nada es inmutable. Aquí, en el recinto amurallado, aunque a contrapelo, casi imperceptiblemente, también ocurrían cambios, más bien mutaciones o procesos biológicos, pero cambios, a fin de cuentas.

“El Cuatro Orejas”, en lo físico seguía, poco más o menos, por el estilo, si bien se le había alargado la cara y ahora las orejas, sus rarísimas orejas, con aquellos pingajos, especie de pendientes de carne, destacaban agresivamente en lo afilado del rostro. No tenía, sin embargo, gran importancia este cambio físico que Ramiro notaba, pero que era imperceptible para los demás, para quienes habían convivido con él a diario. Lo trascendente en “el Cuatro Orejas”, radicaba esencialmente en el cambio experimentado en su modo de ser. Habíase tornado melífluo, taimado y socarrón. Cuando se hablaba con él daba la impresión de que se estaba burlando. Aprovechando su privilegiada situación de lector de curas, que le permitía frecuentar la zona de mujeres, se había echado una aventurilla amorosa. Pero el riesgo era grande, una simple sospecha podía arruinar su regalada vida. Quizá por eso mismo aparentaba ser tan suave y dulce. “Si me descubren, me la corto”. Se había hecho mal hablado y no precisamente por culpa de las edificantes lecturas de la casa de curas. Debíase, sobre todo, al nerviosismo que le producía el continuo peligro y a que estaba hasta las narices de aparentar lo que no era: un santurrón.

“Si me descubren me la corto”.

Santiago, en la actualidad, trabajaba de peón en las vías de la R. E. N. F. E. Trabajo duro, propio de penados; trabajo arduo para cuatro "perras" llevar a la cartilla de ahorros. Dentro de lo que cabe, era un consuelo eso de ir viendo cómo la cantidad aumentaba céntimo a céntimo. Peor sería nada. Sí, desde luego, peor era nada; peor era lo que les ocurría a otros, que ni oficio ni beneficio. En este aspecto, Santiago tenía razón y espíritu de hormiga: en un año a ciento setenta y cinco semanales, tanto; en dos años..., en tres. Luego, que si aumentos y gratificaciones... Cuando lo de "la mili" tendría ya un capitalito. Las ilusiones de Santiago basábanse en moneda fraccionada, en céntimos. Si alguna vez fallaba su voluntad, allí estaba oportunamente don Orlando para echarle una mano, para exigirle el sueldo íntegro. "amos che, entrégame las diez pesetas que faltan o te hago trizas". No se le escapaba una. Santiago sentía debilidad por las películas de bandidos; quería ir los domingos al cine y tomarse un "tinto" con los amigos "Con un duro vas que chutas". Qué remedio, si lo decía don Orlando.

Don Orlando desempeñaba muchas y variadas funciones y todas a la perfección, todas a conciencia, en particular ésta de recoger dinero. "El ahorro es una gran virtud". Y gracias a él, abundaban los virtuosos en "La Residencia". "Ahora tenéis el potaje asegurado, pero el día de mañana... ¡quién sabe!". Era pesimista y tenía algo de pájaro de mal agüero. Intimidaba. Influyó en el ánimo y en la cartilla de ahorros de los asilados que ya trabajaban, que vestían pantalón largo.

Alguna vez tenía que ocurrir. Nadie es infalible, ni tan siquiera Ambrosio que, en el asunto de los globos, lo parecía. No hay eternos triunfadores. El éxito es voluble, caprichoso, va y viene, se posa aquí y allá y no está a gusto mucho tiempo en ningún lugar. Es una mariposa de be-

llos colores, un espejismo. Fue una lástima, claro, como todos los fracasos. Eran ya muchos años sin contratiempos; eran tantos que daba la impresión de que los globos le obedecían. “A todo cerdo le llega su sanmartín”. Había quien se alegraba del fracaso. A los triunfadores perennes se les llega a odiar, no se les perdona el éxito.

“Orbayaba” desde las primeras horas del día. Esa agüilla deleznable y pertinaz parece que no moja y, sin embargo, cala hasta los huesos. Estropea maquillajes, peinados y días de fiesta. Mata ilusiones. Abruma

Estaba visto que hoy se estropearía la fiesta de San Fernando. “Esto ye una jodienda”. No se veía el cielo, ni el Naranco, ni la iglesia de San Pedrín (San Pedro de los Arcos), ni las ahumadas casas de la calle Independencia. “Esto ye una jodienda”. El fastidio se experimentaba ya de madrugada.

Ambrosio no las tenía todas consigo. el globo aquel no acababa de remontarse ni a tiros. “¡Animo niño! ¡Arriba, arriba!”. Nada, seguía como pegado a las manos y la llovizna dale que te pego sobre el papel de seda. “¡Vamos niño! ¡Arrea, arrea...!”. Estaba nervioso, inseguro, terriblemente sorprendido. “¡Venga, niño! ¡Arriba. arriba!”. Al fin se desprende de las manos amorosas y empieza a elevarse lentamente. “¡Feliz viaje amigo!” Inesperadamente, a no más de tres metros de altura, surgen devoradoras las llamas y todo él cae al suelo. “Ooooh... ja... ja... ja!”. Ambrosio está desolado; siente vergüenza. Hay risas. Nadie le compadece. Elévanse las cenizas. suben bailoteando hasta los corredores, hasta los tejados. “Hoy es peligroso. No encienda más globos, déjelos para otra ocasión”. Había que obedecer aunque fuese a regañadientes. Lo mandaba “El Director”. “El que manda, manda”. Ahora a esperar todo un año ¡Qué largo puede hacerse un año!

Don Orlando nombró a Ramiro ayudante suyo en la biblioteca.

—Toma, para que entres cuando gustes o haya menester. No creo necesario decirte cuán grande es la responsabilidad que delego en ti —le dijo don Orlando, solemnemente, entregándole la llave de la biblioteca.

Don Orlando, trágica figura de tercera fila, por no tener ni pizca de sentido del humor, había sumido su vida en la más desconsoladora mediocridad. Le tenía tanto miedo a la vida como a la muerte. Vivía siempre presintiendo algún mal inevitable. “¡Arsa che, qué va a ser de tí el día de mañana!”. Le tenía pánico al porvenir y por eso mismo aquella cantinela suya a diario.

“¡Arsa, leñe, eres un asno! ¡Cretino!” —le gritó desabridamente a Ramiro ya el primer día de trabajo en la biblioteca.

Al atemorizado chico, el aspecto feroz del cascarrias le hizo recordar a un enorme felino en el instante mismo de abalanzarse sobre la presa; recogido sobre sí mismo, erizado el pelo, afilados caninos y los ojos echando ascuas.

El furibundo eolo, serenados los ánimos, parecía dormir: estático, sentado en la tarima, la mirada hacia adentro, enterrada, la cara impassible, de cera. Pasaron diez minutos, crueles, tirantes, insoportables. De pronto, la estatua cobró vida y poniendo gesto arrepentido dijo, con voz cálida y afectuosa:

—Che, ese bocadillo es para tí, cómelo.

Su bocadillo, la merienda: pan y mantequilla con azúcar. En esta ocasión don Orlando no merendaba.

“¡Ahí va el avaro ese!” —decían con sorna Ambrosio y Rufo cada vez que don Orlando pasaba por la zapatería. No soportaban que pudiese usar sombrero impunemente. Eso de llevar sombrero era un signo de elegancia y señorío que a ellos les estaba vedado. Sería la rechifla padre si osaran cubrir sus vulgares, mondas y lirondas cabezas de alcornoque, con prenda tan distinguida. A don Orlando le sentaba de maravilla; tenía además, reconoci-

do señorío para usarlo y para que todo el mundo le viera así, como cosa normal y lógica. Don Orlando, sin el chapín, sería seguramente menos don Orlando.

El ilustre hombre, tenía reputación de avaro, ganada a pulso desde su más tierna infancia. Se decía que estaba forrado de millones y que, a pesar de ello, las pasaba estrechas. Quizá eran infundios. Por lo pronto, él callaba, otorgaba y eludía hablar de sus supuestas riquezas.

El que precisaba comprar alguna prenda de vestir con mengua de sus ahorros, debía sufrir un concienzudo interrogatorio, feroz purga, de la que muy pocos salían victoriosos y limpios de culpabilidad. Limpios de intento de fraude, de loca ostentación.

“¡Arsa!... Pero so mentecato, ¿cuál es la razón para pedir tal cosa?” —increpaba el ilustrísimo señor, que era ésta, la de hacer de juez, una de sus múltiples funciones. “¿Sabes cuántos años tiene este traje que llevo puesto?... ¿no?. Anda, calcula chacho, calcula. Dieciocho, camino de veinte y ya ves, nuevecito... ¿eh?... nuevo del todo, ché. Con él me casé y ya ves, tan nuevo y yo para viejo”.

Y era verdad.

Don Orlando llevaba clavado rabiosamente en lo más profundo de su alma el fracaso de no tener hijos en su matrimonio. Este debía ser en parte la principal causa de tan avinagrado carácter; la causa de la tristeza de su vida; de su vida gris, insustancial, monótona, abrumadoramente vacía. Si quisiera podría adoptar, con más facilidades que otro cualquiera, a uno de los huerfanitos que penaban en “La Residencia”, pero no, no lo hacía. Dios y él sabían por qué; Dios, él y su mujer sabían la causa de que no amara a los niñitos de “La Residencia”.

Gran desilusión sentía Ramiro viendo que el tiempo dedicado a la biblioteca iba menguando, absorbido por otros menesteres. Un asistente es lo que don Orlando iba haciendo de él.

Vivía este gran hombre en una casa tristonja, hecha a su medida, situada en la calle Asturias, frente a “La Residencia”. Salía de la fachada un balcón acristalado, pintado

de verde, desde donde se alcanzaba a ver gran parte del campo en el que penaban encerrados los asilados.

La calle Asturias, por estas fechas del cuarenta y siete, era poco frecuentada, acaso de vez en cuando, transitaba algún peatón circunstancial o pasaban esporádicamente carruajes que tomaban aquella vía para acortar distancia. Hacia abajo, acercándose a la calle Independencia, aún había solares repletos de hierros retorcidos y maderas. Ubicábanse también por aquella zona, barracones que debían ser chatarrerías, y almacenes. Transitando por allí a ciertas horas del día, oíanse los gritos extridentes de los asilados. En el resto de las horas todo permanecía en absoluto silencio.

Había siempre en casa de don Orlando un tufo acre, penetrante, como a pelo chamuscado, que a Ramiro le hacía insoportable la estancia allí. Nunca supo qué lo producía. Estimulada, ante el misterio, su infantil imaginación, le sobrevenían sospechas macabras e incertidumbres que le tenían atemorizado. Durante la mayor parte del día la casona parecía deshabitada, falta de calor humano, de vida. Como don Orlando pasaba en "La Residencia" la mayor parte del tiempo, quedaba, pues, sola su mujer, que deambulaba de habitación en habitación, matando las horas. Era en verdad esta señora un ser extraño y en consonancia con lo hosco de la vivienda. Mujer neutra, avara en palabras y escondedora de sonrisas. A Ramiro le infundió desde el primer momento que la vio un respeto cercano al temor. Vivía metida en sí, ausente de la realidad que la circundaba. A veces parecía despertar de pronto y mostrábase nerviosa, como temiendo algún mal desconocido, desconfiando de todo y de todos. Daba muestras de padecer grande amargura. Imperaban en su vestuario el verde y el negro, que contrastaban vivamente con la mortal palidez de su cara. Debido a su desconfiada condición, tenía por norma no abrir la puerta de entrada de la casa hasta cerciorarse bien de que no había peligro. Primero inquiría desde el interior la identidad del que llamaba, después observaba a través de la mirilla durante

varios segundos y, en la mayoría de los casos, no conforme con tantas comprobaciones, para mejor cerciorarse, sacaba la cabeza por un ventanuco alejado varios metros de la puerta, a considerable altura sobre la caja de la escalera. Desde allí taladraba con su extraño mirar a través de la penumbra y, ya por fin, calmados los recelos, abría la aherrojada puerta.

Tarde o temprano tenía que llegar la ruptura. No aspiraba Ramiro a ser criado de nadie. Abrigaba amorosamente en su interior sueños ambiciosos: ser un gran pintor. Sucedió el siete de septiembre.

—Ven, asómate —le dijo en tono desusadamente meloso, la señora de la casa. Mira, ¿ves aquel montón de pienso en mitad de la calle? ¿Sí? Debió caer de algún camión. Es un pecado dejarlo ahí tirado, así que baja con el cubo y recógelo. Nos servirá para dar de comer a las gallinas.

Aquello a Ramiro le pareció excesivamente humillante y mezquino y su indignación fue súbita

—¡Lo siento, pero yo no bajo a recoger esa basura!
—contestó con acritud.

Quedó la extraña mujer con los ojos desorbitados, paralizada y con un rictus feísimo en la boca.

—¿Dices que no bajas?

—¡Exacto, no bajo!

—¡Pero... cómo te atreves..., mocoso! ¡Vamos, baja ahora mismo! ¡Te lo ordeno!.

—Ya le dije que no; baje usted si tanto le interesa, las gallinas son suyas.

—¡Si será... atrevido y sinvergüenza! Fíjate bien en lo que haces, ¿eh? El escarmiento va a ser de órdago, ¡mal educado!.

La iracunda mujer parecía a punto de agredirle, pero en un supremo esfuerzo se contuvo y, con un ademán de la mano derecha, le indicó la puerta de la calle. Bajó corriendo el asustado muchacho por la tenebrosa escalera, huyendo de aquella casa, dispuesto a no volver nunca más.

El abuelo Ramón había muerto de cáncer, en el Hospital Provincial de Oviedo. Murió tan tristemente como vivió: olvidado de todos, en un rincón de una sala del pabellón núm. 6. Algo terrible: la enfermedad le fue atacando la cara lentamente entre espantosos sufrimientos. Desde la muerte de la abuelita Generosa, andaba el pobre viejo como barquichuelo sin timón, totalmente a la deriva, sin horizontes, vagabundo perdido. Cándida se lo contó a sus hijos en la última visita que les hizo, sin asomo de pena, casi con alegría. Decía que le tenía miedo, que últimamente albergaba intenciones perversas y al paso que iba, de no haber muerto, la hubiese matado. Quién sabía lo que había de cierto. Cándida era demasiado imaginativa y a las cosas y sucesos les daba siempre un tinte excesivamente dramático. A Ramiro le entristeció la luctuosa noticia. Casi no se acordaba de él, de cómo había sido. De antaño nada más le quedaban en la mente vagos recuerdos. En "La Residencia" los años equivalían a siglos; pasaban con lentitud mortal.

Cándida visitaba a sus hijos de Pascua a Ramos. Entre visita y visita envejecía prodigiosamente. Costaba trabajo reconocerla, así de pronto, cuando aparecía su figurilla menuda, encorvada, vestida pobremente y fuera de moda; movía a risa y a sorpresa. Estaba patente en todo su ser la amargura y el desamparo más grande. Siempre había sido frágil, impotente e inútil, como uno de esos preciados objetos que sólo sirven para decorar. No se sabía de qué vivía enterrada en aquella perdida aldeucha. Visitaba a sus hijos siempre con las manos vacías, a diferencia de otras madres o simples parientes que atiborraban de alimentos y chucherías a sus visitados. Nunca había dejado de escribirles periódicamente y siempre las cartas eran reflejo de un negro pesimismo. La continua y monótona cantinela, iba poco a poco conturbando el espíritu. Hacían mella como una gota de agua que a fuerza de insistir sobre la dura piedra llega a horadarla. Tenía hermosa letra, admirada en "La Residencia". Letra dibujada con esmero, recreada morbosamente en las curvas y agu-

zada hasta la desesperación en las rectas; depositaria de llantos y penas y agobios. Letra recreada en el dolor, receptora de íntimas ansias y pesadumbres viejas y nuevas. Letra hecha a fuerza de tinta aguada, diabética, sin presiones de sangre azul; plumín de gente pobre, encorvado el lomo por el peso del excesivo uso, perniquebrado y raspón. El papel, vulgar y corriente, siempre rayado. Rayas evitadoras de altos y bajos, de subidas y descensos, de caídas, equilibradoras y conductoras en recta dirección, de tantas penas vertidas, pesando sobre su levedad. Al sobre contenedor de letra tan bella y torturada no le hacía falta vestirse de luto para denotar desconsuelo, rezumaba pesadumbre. Cuando llegaba a las temblorosas manos de sus destinatarios se impresionaban ya antes de abrirlo y dudaban en rasgarlo, sabiendo de antemano su triste contenido.

El día 29 de agosto, penetró en "La Residencia", conmocionando las almas, la noticia de la trágica muerte de Manolete. España entera lloraba al popular torero, tanto lo lloraba que incluso en el recinto amurallado, donde vivían de espaldas al devenir y al acontecer, estaban conmovidos. Ni un ciclón o terremoto, guerra o catástrofe alguna había hecho tanto impacto en las almas españolas. Esta España de pandereta y castañuela, que aún rezaba por los muertos y curaba las heridas de la guerra fratricida entre izquierdas y derechas, mesábase los cabellos por la muerte de este torero millonario. "¡Ha muerto Manolete!", anunciaban en primera página y a grandes titulares, los periódicos, que hoy abundaban de manera insólita en "La Residencia" y que pasaban generosamente de mano en mano. "España está de luto". Quienes tenían receptor de galena no perdían detalle e iban comunicando con pelos y señales las noticias que las emisoras de radio transmitían.

No se habló allí, en el recinto amurallado, de otra cosa durante el día y durante otros muchos más, olvidados de su triste realidad; realidad que a la España dolida le importaba un comino.

Días después de esta lamentable catástrofe nacional, regresó Rosendo. No hacía falta que lo dijera, se le notaba a distancia la desilusión y la pena. Los bancos de cemento, imitando troncos de árbol, no habían dado resultado en él. "No era lo mío". No, desde luego que no era, pero un año perdido es mucho tiempo; un año que nunca recuperaría. Al poco tiempo se empleó de aprendiz de escayolista en un taller cercano al barrio de la Argañosa. Tampoco debiera ser lo suyo el oficio de escayolista. Rosendo valía para algo más elevado y selecto. Podría ser con el tiempo un buen ingeniero o arquitecto. Ahora no se quejaba, no decía: "Esto es una mierda pinchada en un palo. Esto no es lo mío". Y es que menospreciaba su auténtica valía para no pensar en inútiles ambiciones. De poco le hubiera servido en La Residencia" donde tal vocablo no valía absolutamente nada.

Después del horario de trabajo, regresaba terriblemente sucio —él que siempre había sido tan pulcro—, con la ropa impregnada de pegotes de escayola y una fea y vieja boña, calada hasta las orejas. Las manos agrietadas y emblanquecidas, la cara enrojecida y empolvada. Daba lástima y sorprendía verle con aquella facha tan grotesca. Y lo peor del caso era que a él este lamentable aspecto nada le importaba, más bien parecía dispuesto a acusarlo y a exhibirlo como desafío o desagravio por la situación a que le abocaban. "La escayola mata los microbios" —decía riéndose socarronamente. Simulaba cinismo; quería ser cínico y lo aparentaba simplemente. No tenía madera de tal, todo era fachada, superchería. Por dentro iba la procesión, la pena de ver cómo se frustraba su vida. No decía nada, se lo callaba tragándose la angustia. "Estoy contento en el taller de escayola; es un buen oficio". Mentía. Quería engañarse a sí mismo, aturdirse, no pensar en nada importante y se extravertía es-

candalosamente. Blasfemaba y regodeábase en la sorpresa de los oídos píos y bien educados. Blasfemaba de boca para fuera, por adentro temblaba de terror, pedía perdón. Tremendas blasfemias de andamio, de irresoluto, aprendidas con sorpresa y dolor, escuchadas de bocas rabiosas, escupidoras de odio y resentimiento.

Rosendo, a medida que pasaba el tiempo, amaba más tiernamente a sus tres hermanas. Sentía lástima de ellas, en especial de la menor que era coja y Dios sabía qué iba a ser de la pobre en el futuro. Era tremendo aquel aherrojado encierro en que se les tenía. Le hubiese gustado verlas a menudo, reír, charlar, recordar a los padres muertos y los tiempos felices pasados en común, hacer planes para el futuro. Las visitas eran rigurosamente cada quince días, de tres a cinco. Poco tiempo para un cariño tan grande como el suyo. "Estas monjas son de agarrarse que hay curva". Sí, tenían ideas raras y extremadas estas mujeres de hábito negro y toca blanca, entristecían la vida.

En San Esteban de las Cruces, arriba en la montaña, poco después de remontada la cuesta que ascendía a partir de San Lázaro, tenía Rosendo unos parientes, labradores humildes, de tierras altas y pedregosas, de lluvia esperar. Sentíase muy apegado a ellos. Significaban el único lazo de sangre que le unía al pasado, con los días felices vividos en Olloniego. Los visitaba con frecuencia. Buena gente, pero no podían hacer gran cosa por él, como no fuese darle afecto y convidarle a comer borona y potaje, de cuando en cuando.

Rosendo estuvo poco tiempo en el dormitorio de pequeños. Una de las noches cuando fue a acostarse encontró su cama ocupada por dos niños recién ingresados. Perplejo y contrariado como estaba, preguntó a "el Peu" la razón y éste con su habitual hablar desconsiderado le contestó:

—¡Los zánganos para arriba! En el salón de mayores tienes la cama, al final, cerca del retrete.

El afectado no dijo palabra, quería seguir aparentando. Por otro lado, estaba seguro de que nada sacaría con

protestar. En “La Residencia” había que bailar al son de las circunstancias. Quien no lo aceptara estaba perdido.

Rosendo empezó a fumar, medio en broma, medio en serio. Le hacía sentirse más hombre. Así el cigarro entre los dedos corazón e índice, con elegancia estudiada, tal y como lo había visto hacer en el cine a los sofisticados personajes de las películas. A los dieciséis años es normal padecer de mimetismo. Sacudía la ceniza del cigarro displicentemente, con movimientos rítmicos, y expulsaba el humo con voluptuosidad, dejando salir un finísimo hilo, largo, enroscado y duradero. En poco tiempo se esfumó la broma como el humo de sus cigarros y ya el fumar fue cosa tremendamente seria e irrevocable. Le subieron el sueldo en el taller de escayola. Don Orlando le miraba con buenos ojos. “Ché, tiene ahorradas casi dos mil”. Le autorizó a comprarse ropa para los días de fiesta en Almacenes Alpelayo: camisa a rayas, corbata, chaqueta, pantalón, calcetines y zapatos marrones. Completo. Ahora los domingos y fiestas de guardar se vestía de tiros largos y, mirado por encima, someramente, parecía otro; las manos le desmentían, le delataban. La rebelde escayola seguía agarrada bajo las uñas o metida por las grietas de la piel. No había manera de quitar aquel odioso estigma de sus manos. Restregábalas con estropajo y jabón hasta ensangrentarlas y nada conseguía. El blanco de la escayola acabó siendo algo consustancial en él, una característica más. Sus feas y toscas y ásperas manzanas no serían ya aptas para acariciar. Estaban condenadas al suicidio de la soledad.

Los domingos, además de sacar la entrada para el cine, compraba el diario “La Nueva España” y una cajetilla de “rubio”. Se estaba aburguesando, dormíansele las ambiciones grandes y se le despertaban las chicas, las de poca monta. Se conformaba con poco: fumar un “pitín”, ir al cine, comer un bocadillo de vez en cuando en presencia del hambre ajena, rellenar el crucigrama del periódico e ingresar, céntimo a céntimo, en la cartilla de ahorros.

Rosendo pensaba escribir su diario. No sabía aún cuando comenzaría. Más adelante. Ramiro reía para sus

adentros. ¿Qué iba a escribir él de interesante, si su vida era tan monótona y vacía? Había que profundizar para comprenderle, para saber de su alma. En el fondo seguía siendo un soñador. Ya que su vida rodaba así, por lo raso, sin altura, sin esperanza, quizá como desahogo quería volcar en el papel sus frustraciones de adolescente torturado. Sí, en lo hondo de su alma quedaban rescoldos de soñador. Lo manifestaba en pequeños detalles, temblores de la sensibilidad, miradas transidas, fulgores mortecinos de anhelos oxidados que rebrotaban. Estaban recientes en él las infantiles ensoñaciones de cuando leía con fervor las aventuras trepidantes de “El Guerrero del Antifaz” o de “Pedrín y Roberto Alcázar”, ensoñaciones recién frustradas, maltrechas con dolor fresco.

“El Escobilla”, sí. “El Escobilla”, no. “El Escobilla” se las traía en lata, matarile, ríle, ron. Lo cierto era que “el Escobilla” no tragaba a Ramiro, quizá por culpa de esa incalificable antipatía que brota de lo más profundo de los sentimientos sin saber por qué sí ni por qué no. Cuestión celular. Antagonismo puro nacido en los oscuros arcanos del alma. El chico le caía mal y eso era todo.

—¿Quieres ser barredor? —le preguntó un día, moñándose del pobre chico.

—No me apetece tal cosa pero... si usted lo manda...

—¡Claro que sí! Coge la escoba y andando, que es gerundio.

No merecía la pena replicar; le agradara o no, tenía que obedecer. Cogió la escoba y se agregó a la tropa de condenados tragadores de polvo y miasmas.

Los menesteres de aseo y limpieza de las dependencias de varones, corrían a cargo de un grupo de niños, obligados o voluntarios, lo mismo daba. Dos reales de sueldo a la semana. Soldados mercenarios de la escoba. Lo de

él era barrer y cantar. Limpiar los retretes se las traía. Claro, eso estaba mejor pagado, se pagaba el doble. Había quienes opositaban para conseguir tan codiciado puesto. En nómina: limpiador de water, que resultaba bastante fino. Los retretes rebosaban, se ahogaban, no podían tragar tantas deposiciones. Quinientos anos en números redondos, son muchos anos; demasiados culos para diez o doce bocas. Los retretes de “La Residencia” no daban abasto, no descansaban ni de día ni de noche. ¡Tremendo esfuerzo el suyo! Así estaban, que tiraban para atrás. El tufo ensombrecía, daba sombra. El tufo de los retretes de “La Residencia” era espeso, opaco, sólido: se podía enlatar.

A los “limpiadores de water” les ocurría como a los trasquiladores: el mal olor quedaba impreso en su carne. En este caso, olor a excremento variado, multitudinario; olor a mierdas, en plural. Apestaban. A su lado la pituitaria retorciase dolorida.

Don Orlando reunía los sábados por la tarde a barredores y limpiadores de retretes para entregarles la paga. “Administrarlo bien ché, no lo malgasteis”. Sonaba a recochineo, pero iba en serio. “Ya conocéis la fábula de la hormiga y la cigarra”. Los sábados por la tarde, los barredores y limpiadores de retrete chupaban regaliz.

Hortensia tenía un puesto de chucherías en la calle Independencia, frente al muro de “La Residencia”. Los sábados por la tarde hacía su agosto.

—¡Hortensia...!

—¡Va...!

—A ver, ¿qué os traigo?—preguntaba, mirando hacia lo alto del muro, donde estaban encaramados los chicos.

—Tres barras de regaliz de a “perrona” y una bomba de a real.

—¡Venga, tirad el dinero!

—Tráenos tú antes lo que pedimos.

—¡Que te crees tú eso! —decía, haciendo un corte de manga—. O tirais las “perras” o me largo.

No se fiaba y tenía razón, había precedentes de

quien, recibida la mercancía, desaparecía tras del muro, sin pagar; incluso quien le hacía burla de mala manera.

Tenía razón Hortensia, vendedora de chucherías, mujer canija, fea de susto, despeinada y famosa entre los chicos de "La Residencia".

Los limpiadores de retrete hacíanse acreedores a la medalla al trabajo y a la del sufrimiento. Su cotidiano quehacer espantaría al más valiente que no estuviera avezado. Acometían su ímproba labor de jornaleros de la mierda, sin remilgos de ninguna clase; iban derechos al objetivo, sin titubeos pueriles. Introducían las desmochadas escobas, una y otra vez, con suma energía, por la muerta boca, garganta abajo, hasta los mismísimos intestinos del retrete y, a fuerza de empujar, lograban introducir la increíble cantidad de excrementos. Un cubo de agua arrojado a cierta altura y santo remedio: ya estaba la boca preparada para nuevas deposiciones.

Aguantar sin irrigación quinientas posaderas a diario es tremendo, pero la gran tragedia de los retretes mencionados no paraba ahí, ¡qué va!, para más desgracia, se anunciaba la inminente llegada de los ciento y más acogidos que residían en Sestelo. Si a las quinientas posaderas en números redondos, se añadían las ciento y más que se avecinaban, rondaban las setecientas. "Eran pocos y parió la abuela" —decía "el Troski", con evidente fastidio.

Lo de Ramiro era barrer y cantar. Antes ayudante en la biblioteca, ahora barredor, tragador de polvo y miasmas. ¡Enorme caída la suya! "Ché, con ese carácter no vas a ninguna parte". Don Orlando le tenía ojeriza desde lo del pienso en mitad de la calle. Sería inútil explicarle, no comprendería. Su mundo interior no conectaba con el del chico. Vivían en planetas incalculablemente alejados el uno del otro. "Ché, con ese carácter no irás a ninguna parte". El ilustre bibliotecario decía lo que sentía. Sí, Ramiro se estaba haciendo agresivo e insolidario, aprisionado su espíritu en las fuerzas inauditas de aquel infierno. Se desesperaba con excesiva precocidad. Para qué pensar. "Tú a obedecer y a callar". La cantinela de siempre. Para

qué hacer cálculos pensando en el mañana. El futuro no existía. “Para qué complicarse la vida; lo que ha de venir, vendrá de todas formas”. Fatalismo puro, desgarrado e inoperante. ¿Aspiraciones?: tonterías. ¿Sueños?: locura. Delante de los ojos la realidad tal cual era: invulnerable, aplastante. “Desciende hombre, baja de las nubes”. Sí, era descorazonador soñar, acariciar viejos sueños, sabiéndolos de antemano, evanescencias, humo, quimeras. Trece años cumplidos caminando a ciegas en busca de un asidero y la realidad a horcajadas sobre sus costillas, pesando infinito con gesto nuevo, enfadado, impávido.

La sarna era un mal endémico en “La Residencia”. Ese pica-pica desesperador hacía estragos en los depauperados cuerpos, faltos de higiene y de vitaminas. Tanto rasca y rasca que se iban arrancando la piel a pedazos. Olían a barachol, a pus, a zotal; apestaban. Olían a sarnosos, a muertos de hambre, a puercos: a hospicianos.

“El Patata” se declaró enemigo acérrimo de los sarnosos. “Con esta mierda acabo yo en un dos por tres”. Agua helada, estropajo, jabón de fregar, palos, gritos y el arador tan campante devorando la podrida carne.

“El Patata” tenía un alto y peculiar concepto estético. Sufría ante las calamidades de la carne. Temblaba de asco ante los sarnosos. No los resistía. Si por él fuese, los hubiera metido en un horno crematorio.

“El Padre Superior”, no. “El Padre Superior”, sí. “El Padre Superior” albergaba en su interior apremiantes ansias de mando, encalabrinada intemperancia y loables deseos. Quería reformar muchas cosas en “La Residencia”. Quería también acabar con la sarna. Después de ímprobos esfuerzos, consiguió al fin que los acogidos durmieran entre sábanas. Notable triunfo el suyo, conseguido a pulso, fruto de mucho bregar contra sutiles y taimadas conductas que en la penitencia ajena parecían encontrar la propia perfección.

“¡Estos cochinos sarnozos acabarán en leprozos!” —bramaba con ira sor Concepción “la andaluza”, depositaria de las inmundas prendas interiores.

La sarna hospiciana no sólo picaba sino que también horadaba la carne, daba dentelladas, llagaba, pudría en vida. Las prendas interiores cuando llegaban a manos de la encargada del ropero estaban almidonadas, sanguinolentas, impregnadas de pus, leprosas, producían espanto y náuseas.

“El Trostki”, estaba ya curado de espanto, no reparaba en la sarna hospiciana, en lo repugnante de los cuerpos lacerados por la enfermedad. “Hospiciano y sarnoso es una misma cosa”. Lo decía convencido. Llevaba muchos años al pie del cañón y siempre había sido igual.

“El Peu”, sí. “El Peu”... matarile, ríle, ron. “El Peu” también estaba convencido, pero menos. Más bien les creía perros sarnosos. Perros. No se privaba de ventosear en su presencia.

La sarna hospiciana, no, la sarna hospiciana, sí. La sarna hospiciana matarile, ríle, ron. La sarna hospiciana, de molesto y luengo historial, descendía en línea directa de los primeros hospicianos. La sarna hospiciana picaba más por vieja que por sabia. La sarna hospiciana enseñaba a ser profesional del bien rascar. La sarna hospiciana sentía debilidad por las partes blandas, calentitas e íntimas del cuerpo. La sarna hospiciana pecaba de inmoral y cochina, picona y picarona. La sarna hospiciana...

“El Escobilla”, la monda lironda, estaba que echaba chispas. “Estos jodidos hospicianos son todos unos sarnípedos”. Todos los asistentes se le ponían sarnosos, no le duraban quince días. “Sois carne de cañón”. Los expulsaba a cajas destempladas y vuelta a empezar, a buscar otro que no padeciera de sarna, que no le produjera asco. Y es que parecía bastante finolis, escrupuloso, aseñoritado, relamido galán de los felices años veinte.

“El Pipa”, no. “El Pipa”, sí. “El Pipa”, rubito él, blanquito y tuerto, daba la impresión de no tener sarna. Mentía, daba el pego. Era la suya una sarnita pudibunda,

acomodaticia y cabrona. Sólo brotaba alrededor de las partes genitales y entre las nalgas. Cuando “el Escobilla”, después de mucho buscar un asistente, se conformó con “el Pipa”, pensó filosóficamente: “En el país de los ciegos, el tuerto es rey”. Se consolaba así. Más valía tuerto que sarnoso. Añoraba a Rosendo. Claro, chicos había muchos, pero como Rosendo...

Lo peor de “el Pipa” era su ojo vacío; espantaba.

¡Haz el favor de no mirarme así! “El Escobilla” se ponía nervioso, aquel horrible ojo le producía dentera.

—Yo no sé mirar de otra manera.

—Pues estás arreglado tú con ese hoyo ahí.

Penetraban sus odiosas palabras hasta lo hondo, acomplexaban y ofendían.

La sarnita pudibunda, picaba a la chita callando. “El Pipa” se mordía el labio inferior y rascaba con frenesí por la geografía genital. “Deja ya de rascarte por ahí”. Había que aguantar por la opipara comida. El ojo tuerto se le ponía encendido por la conjuntiva y con el sano miraba dulcemente, disimulando la inquina que le bullía en el alma. Bascular los orines le cargaba. “Mea de color amarillo verdoso, es un puerco”. No empezaban bien las cosas. El nuevo asistente, como los anteriores, iba camino de no durar mucho en el codiciado puesto.

“El Pipa”, dulce por fuera y agrio por adentro, daba el pego como está mandado, engañaba. Su ojo vacío, muerto, de mirada blanca, incomprensible, daba miedo, producía dentera. “¡No me mires de esa manera, te lo he dicho ya muchas veces!”. A la semana ya estaba hasta las narices de oír la misma letanía.

“El Pipa”, sí. “El Pipa”, no. “El Pipa”, dulce por afuera, agrio por adentro, rubito, blanquito y tuerto, reventó al fin:

—¡Por última vez, no te rasques eso!

—¡Son míos!, ¿no?

—¡Sin rechistar!

—¡Son míos!

—¡Cállate!

—Pero si son míos...

—¡Como si son de tu padre!

—¡Del suyo!

—¿Del mío...?

—¡Eso!

—¡Sin rechistar tuerto!

—¡Escobilla!

—¿Qué...? ¡Te voy a partir la cara asqueroso tuerto!

—¡Escobilla!

El primero en pegar y el segundo en recibir fue “el Escobilla” y, según las malas lenguas, salió vapuleado de tan desigual y rabioso combate. Que un crío tuerto y sarnoso por más señas, le hubiera dejado un ojo a la “funeral” significaba para el relamido galán de los años veinte una humillación insufrible. Por eso mismo “el Pipa” fue a parar con la sarnita pudibunda, picona y carbona, al reformatorio de San Claudio. Dos años de arresto. Toda la culpa había sido de la sarna hospiciana.

A Teo, por conspicuo, le nombraron celador del dormitorio de pequeños, a finales del 47. Bajo y flacucho sin disimulos posibles, pero bastante feo; insignificante, poquita cosa, casi nada; suspiro de hombre arrepentido.

Teo estudiaba para practicante y parecía que iba para doctor en medicina. Tenía la cabeza picuda, menuda y dura. El cabello hirsuto, castaño y graso. Larga la nariz, afilada y mocosa; de mocos acuosos y cristalinos. Los ojos miopes y bailarines. “Pies de apóstol” embarcados en zapatos del número 43. Pescuezo de gallina friolera. Un asquito de hombre.

A Teo, canijo ciento por uno y por más, no le caía bien el deporte, le hacía pupa; se herniaba sólo con pensar en movimientos bruscos. Así se explicaba lo inverosímil de su envarado caminar, sentar y estar.

A Teo le iban bien los diminutivos de tobillo arriba, de tobillo para abajo no: los pies eran demasiado grandes y planos y húmedos y hedían a diablos.

Y con todo y ser Teo un dechado de perfecciones masculinas, lo más sobresaliente y peculiar en él era su voz tomada, rasposa y medrosa. Voz avergonzada de hombre canijo y acatarrado. Voz de urraca con gripe asiática. Oír hablar a Teo, producía dolor de barriga en las cercanías del ombligo.

“El Trostki” se frotaba las manos de contento, ya tenía persona competente y sería a quien confiar el orden del dormitorio de pequeños. Ahora podía ensimismarse y pensar en las musarañas sin interrupciones. Mientras él viajaba por las regiones de ensueño, el futuro practicante con ínfulas de doctor en medicina iba y venía, pasito a paso, por el pasillo central, entre las camas, cantando en alta voz las lecciones. De cuando en cuando interrumpía su estrambótico andar y, quieto, con la miope mirada fija en el techo y con una mano rascándose el occipital, bisbiseaba memorizando lo estudiado. Así todos los días, siempre de ocho y media a diez de la noche, acompañado por ciento y más risas, sofocadas bajo las mantas.

Teo andaría por los dieciocho o diecinueve años cuando sintió la imperiosa necesidad de fornicar. No solamente el depauperado cuerpo se lo pedía, sino que también estaba por medio su honor de macho. Estaba harto de que le dijeran, afinando la voz:

“¡Ay, señorita, que se rompe usted!”

En la calle Covadonga, calle de rompe y rasga, moraban las “fucias”, las afroditas que expendían amor a “tutis frutis” desde tres duros (según la calidad de la mercancía) hasta setenta y cinco pesetas y más, si alguien estaba dispuesto a pagar exquisiteces. Allá fue Teo, dubitativo, medroso; empujado por los que no querían creer en su hombría y que eran precisamente quienes se mofaban a diario diciéndole:

“¡Ay, señorita, que se rompe usted!”

“Lo que temo es coger purgaciones” --alegaba el

aprendiz de hombre, ante las burlas y arengas de los canallas que le impelían a tan nefanda acción.

“¡Nada, lo que pasa es que no eres bastante hombre!”
—le decían con mordacidad.

“¡Eso sí que no! ¿eh? ¡No consiento que digais eso!”

Al llegar a la calle de marras, Teo sintió náuseas y notó que los anticuerpos de su endeble organismo se ponían a la defensiva.

“Yo temo a las purgaciones. ¡Tenéis que creerme!”
—Exclamaba, aterrado.

“¡Está visto que eres un marica!”

Y sin contemplaciones, le introdujeron en volandas en uno de los negros antros. Al principio a Teo le pareció estar en una horrible pesadilla, pero luego, calmados los ánimos, con tanta belleza a la vista, le fue pareciendo un sueño maravilloso. Apretujaba excitado, calculador, en uno de los bolsillos del pantalón, los tres duros que había ido ahorrando del exiguo sueldo semanal de tres pesetas, que percibía como estudiante.

“¡Deliciosas!” —decía, mirando a hurtadillas las opulentas y sonrosadas carnes femeninas.

Incitado por los canallas, iba cobrando valor y aplomo; atreviase ya a mirar abiertamente las nalgas de las “furchias” y hablaba atropelladamente, elevada y nerviosa la estropajosa voz de viejo cascado.

—¿Qué, majo, tú sólo a mirar?. Anda mimoso, ámate —le dijo una de las cortesanas, gorda y cuarentona ella, pasándole por la cara lo exuberante de la pechuga.

El aludido pasó del rojo intenso al pálido cadavérico, se le escapó un suspiro de muerte y sólo atinó a balbucir a punto de un síncope:

—¡Tremenda...!

La gorda y veterana prostituta, comprendió al instante que el percebe aquel, por raro que pareciera, estaba por estrenar; en vista de tamaña casualidad se dijo para sus adentros relamiéndose de gusto: “A este pelao le saco yo “la pasta” como que me llamo Florinda”. Y dicho y he-

cho, volvió a pasarle por delante de la nariz la espléndida pechuga de madre furtiva

—¡Me gustas tanto... cachorrito! —le susurró al oído, rozándole una y otra vez con las ampulosas caderas.

El ingenuo percebe comenzó a arder como buque torpedeado; se hundía irremisiblemente. No ofreció resistencia a los empujones de los canallas y alardeando de macho, fue tieso y decidido, tras la veterana vendedora de placer.

Consumado a trancas y barrancas con mucha ayuda, el bautizo sexual, la gorda ladrona de virginidades, mientras se enjuagaba las zona afectadas por las inexpertas acometidas del principiante le preguntó solícita:

—¿Te “prestó” mi cielo?

—¡Ooh...! sí, señora, me gustó mucho.

Lo de “señora” dicho de aquella manera tan respetuosa y agradecida, por poco hace reventar de risa a la gorda prostituta.

Corrió la jocosa e increíble noticia por todos los prostíbulos y, corregida y aumentada, pasó a engrosar el repertorio de chascarrillos de la ciudad.

Teo, cabeza dura, picuda y menuda, influyó notablemente sin saberlo en la torturada vida interior de Ramiro. En el dormitorio de pequeños dormían los cuerpos el primer sueño. Había silencio y vaho y sombras turbadas por la pálida luz de la luna que se colaba de canto por las ventanas. Teo charlaba con dos chicos mayores y su resquebrajada voz sonaba vibrante, aguda y clara en el silencio de la noche.

“Dios no existe, eso es un cuento de curas”.

Ramiro velaba metido en sus negros pensamientos y contemplaba filosófico el alargado rectángulo de luz mortecina que la luna dibujaba sobre el suelo de tablas carcomidas.

“Dios no existe, eso es un cuento de curas. Lo único verdadero es la vida y sólo hay una: ésta, la que estamos viviendo; luego todo se acaba”.

Despertó Ramiro de improviso de sus tristes ensue-

ños, aterrado por tan grave aseveración. “Dios no existe”, repicó en su alma sorprendida con insistencia contumaz. La duda, ese mortal filtro, perturbaba por primera vez su dolorido espíritu y las acendradas convicciones religiosas. Aquella noche lloró con desesperación, sin el consuelo del primero y último asidero: Dios. El daño estaba hecho y sería ya irreparable. La duda persistiría para siempre con altibajos, como una enfermedad crónica.

Teo, cabeza dura, picuda y menuda, nunca supuso que sus tremendas aseveraciones de una sosegada y clara noche de luna, pudieran hacer tanto daño.

“Poca pena” padecía de almorranas. A “Poca pena” el papel corriente le hacía daño en el trasero.

“Tiene culo de santo” —decía Teo, bien enterado en la materia, que estudiaba para practicante y parecía que iba para doctor en medicina.

Cuando a “Poca pena” se le ocurrió la peregrina idea de pedir papel higiénico a don Orlando, escribió una página más en la historia hospiciaria.

—¿Cómo dices, chacho?

“Poca pena”, niño modoso, neutro, miope, con gafas de vidrios gordos, no tenía edad definida, se notaba que era niño por lo poquita cosa y por el pantalón corto.

—Que... tengo... malo el culo, don Orlando.

A “Poca pena” no le salían las palabras con fluidez, le costaba trabajo expresarse.

—¿Cómo dices, chacho? —volvió a inquirir, lleno de incertidumbre el ilustre hombre de los múltiples cometidos.

—Necesito papel higiénico.

—¡Arsa!

—Tengo almorranas, don Orlando.

—¡Arsa!

—Si no me cree, le enseñe el culo, don Orlando.

—¡Leñe! ¡Quieto!

—Es verdad, don Orlando. Se lo juro.

—¡Pero... che!

—Me hace daño el papel de periódico.

—¡Recontra!

Don Orlando no reaccionaba, parecía además a punto de una apoplejía.

—Necesito papel higiénico. ¡Se lo juro!

—¡Largo, cochino!

—Se lo juro... ¡mire... mire!

—¡Largoooo! —gritó el ilustrísimo señor, en el colmo del paroxismo.

Cuando “Poca pena” quedó de patitas en el exterior, don Orlando dejose caer en el asiento. Lo tirante e insólito del suceso le había dejado extenuado.

—¡Arsa! ¡Caracoles! —exclamaba una y otra vez, mientras se enjugaba el sudor.

El pobre hombre, además de otras muchas virtudes, adolecía de manifiesta morrocotuda y mostrenca pudibundez, mamada desde la cuna, alimentada en el seno familiar con toda clase de mimos y cuidados. El sólo hecho de que “Poca pena” hubiese intentado enseñarle el trasero, le enfermaba.

—¡Arsa!, enseñarme el trasero a mi. ¡Qué desvergüenza!

Enterado “el Raquis”, jefe de comisarios, de la asombrosa pretensión, entró en cólera:

—¡Lija es lo que tú necesitas, culo de señorita finolis!

Jamás en “La Residencia”, en todo su largo historial, había sucedido un caso parecido. Allí desde siempre, cada cual se limpiaba el trasero como podía y como el diablo le diera a entender. Allí, se usaba papel corriente y moliente; papel vulgar, áspero, basto; buscado y encontrado al paso, por los suelos. Ya tenían todos el culo inmune; a prueba de papel cochino, recio y rasposo. Lo de “Poca pena” era un caso aislado, chocante, que movía a risa y a burla.

A comienzos del año 48 desalojaron el extremo norte de la casa, en donde se ubicaban importantes dependencias, como eran las cocinas y panadería. La parte correspondiente a la zona de varones, veíase seriamente afectada. Hallábanse allí, en la parte desalojada, la enfermería, el dormitorio de meones y el tristemente célebre "cuartín". En principio, el peliagudo problema de encontrar sitio para los ciento y pico acogidos parecía insoluble, pero no, en "La Residencia" a todo le encontraban solución tratándose de acogidos. "Al montón que pocos son". Ya se sabe: unos cuantos paquetes más caben en cualquier parte, todo consiste en apretar la mercancía. Suprimieron dos aulas de la planta baja y allí hacinaron, sin contemplaciones de ninguna clase, a los desgraciados meones. La enfermería fue trasladada al último piso en donde había estado la chirona. La sombría cámara era lugar ideal para morir, pero nunca para vivir y sanar.

La decrepita parte de la casa desalojada fue deruida en poco tiempo. Los realmente sorprendidos de este súbito desahucio no fueron los acogidos, no; fueron los ratones, la prolífica y numerosa colonia de ratas que, ante los fragorosos ruidos de las demoleadoras piquetas, salían de estampida a centenares. Invadían y tomaban por asalto los patios, dormitorios, comedores, toda la casa, en busca de nueva morada. Antes de acabados los trabajos del rápido derrumbe, quedaron instaladas a sus anchas entre los chicos. "El mismo derecho que vosotros tienen estas criaturas de Dios".

Días después del sonado desahucio, un domingo a media tarde, oyeron los acogidos el vibrante sonido del silbato. Nunca habían sido llamados a tal hora en festivitos. Era en verdad algo extraño que les dejaba perplejos. Les formaron en fila en los corredores del patio Lorenzana. Guardaban apretado silencio, atemorizados, presagiando algún nuevo mal. "El Patata" picó tres veces seguidas en la recia puerta del ropero. Sonaron los golpes lúgubrementemente en el ámbito sórdido del patio. Chirrió agu-

damente el abrir de cerrojos y candados y, por fin, se fue entreabriendo la puerta.

¡Ya! —dijo "el Patata".

—Ahora va —le contestaron desde adentro.

A los pocos segundos salió sor Concepción "la andaluza" seguida por tres asistentes que arrastraban dos enormes seras repletas de pan y chocolate.

—¡A merendar! —dijo enfáticamente "la andaluza".

A los acogidos les parecía un espejismo. "¿Merendar?" Palabra insólita en su vida de hambrientos. La sorpresa dio paso a la algazara, y los gritos de júbilo debieron oírse más allá de los altos muros. En las calles de la ciudad, alguien se preguntaría quizá, la razón de aquel festivo alirón, sin imaginar siquiera que allí adentro se celebraba un hecho histórico de suma transcendencia: estrenar merienda. Una onza de chocolate y un mendrugo de pan.

La mejoría en el bienestar social de la nación repercutía al fin, en "La Residencia", en una onza de chocolate y en un mendrugo de pan.

La casa de Sestelo, requisada (según se decía) en la época de la guerra civil del 36, devolvíase ahora a sus legítimos dueños. Era inminente, por tanto, la llegada de los chicos y personal que allá vivían. Había que hacerles sitio dónde y como fuera; había que apretar más aún lo apretado del ya precario vivir. Había que limitar el espacio vital, aunque con ello reventaran todos. La primera medida fue hacer hueco allí donde no parecía haberlo. En los dormitorios juntaron las camas hasta lo increíble, añadieron otras empotrándolas por el pasillo central, de tal manera que los recintos semejaban blandas e inmensas plataformas. A los mayores de doce años los trasladaron al húmedo e inhóspito "dormitorio de Agapito" que, situado al norte, lindaba con la aneja y eterna obra en construc-

ción. Por las noches gemía el viento tristemente por aquella extraña zona. Allá, por los solitarios e incógnitos pasadizos y vacíos cuadriláteros de la inacabable construcción, oíanse los sollozos de los vagabundos gatos, que se hacían el amor a la pálida luz de la luna. A los amedrentados acogidos de vigiliass largas se les antojaba que eran almas en pena, errabundos espíritus condenados a penar eternamente.

La siguiente y drástica medida fue hacer una criba entre los acogidos mayores, aquellos que ya vestían pantalón largo; los que aprendían un oficio. A todo el que delinquía, por leve que fuera, contra la férrea disciplina de la casa, se le expulsaba sin miramientos de ninguna clase. El mundo de afuera, el más allá del cuadrilátero comprendido entre los altos muros, significaba para ellos algo así como un aterrador y profundo abismo; lo ignorado, un negro y encrespado océano. A fuerza de tiempo y de machacar sentencias sobre sus mentes infantiles, les habían ido creando un agudo complejo de impotencia e inferioridad. "Ahora tenéis el cocido seguro, pero el día de mañana..." Parecían saber mejor los repugnantes alimentos. "Fuera de esta santa casa, hambres y miserias". Penetraban las contumaces sentencias, atemorizaban y encogían el espíritu. Aquellos que abandonaban la casa, partían a la ventura con el miedo reflejado en sus ojos; despedíanse dramáticamente, aunque su destino sólo distara unos pocos metros de los altos muros.

La inminente llegada de la gente de Sestelo, producía en las almas fuerte impacto; un desasosiego indescripible del que ni siquiera estaban libres los "mandamás". Esperaban todos a la defensiva, como si de una horda de salvajes se tratara; avalancha enemiga que esclavizaría más su precaria existencia. Sin darse cuenta, sin pensarlo tan siquiera, pecaban de conservadurismo; se aferraban con desesperación a su angustiosa actualidad. En cierto modo, se habían acomodado y acostumbrado a la vida de perro que arrastraban.

Y por fin, a finales de septiembre del 48, llegaron

los temidos y poco deseados. Traían saturación de húmedos y umbríos montes, floridas zarzas, cascadas insólitas y melodías de increíbles pájaros; saturación larga e intensa de inverosímiles quintanas con olor a manzana madura; cielos añiles, mañanas cristalinas y tardes soñolientas de estío. Traían cansancio viejo de andar caminos adelante en busca del fruto silvestre, quebradas arriba y abajo por las verdes montañas. Venían con sabor a campo ubérrimo y generoso; a verano de hierba dorada y agua fresca de cántaro. Llegaban con miradas y destellos sorprendentemente ávidos de lo nuevo, lo no visto, lo soñado. Ansia diversa en las sonrisas, en las palabras, en la seriedad. Venían pletóricos de sabia joven, salvaje, ardorosa; de proyectos imposibles y de nuevas y optimistas ideas sobre la vida y las cosas. En ellos influía de manera rotunda el haber estado viviendo en una soledad absoluta, redonda, inaccesible; perdidos felizmente en un claro de los inmensos bosques de Sestelo; ignorantes del acontecer de este feo mundo de acá, de éste donde ahora estaban. Habían ansiado ardientemente retornar, un tanto olvidados de su bucólico entorno, año tras año, día a día con el pensamiento aquí, imaginando lo que no era. Trabajado ya el contacto, no reconocían esta realidad, tan distinta a lo soñado. Su lozano, ingenuo y salvaje concepto de la vida chocaba con la árida, hostil y decrépita circunstancia hospiciana. Presas de zozobra y añoranza, regresaban al pasado en busca de consuelo. Sufrían sin quejarse, con el estupor y la desilusión dibujada en las pupilas. No obstante, querían hermanarse con la manera de ser de sus nuevos compañeros y, en poco tiempo, imprimieron un carácter más dinámico, alegre y ruidoso en el hosco vivir de "La Residencia". Insuflaron vitalidad.

Un día recibió Ramiro un insólito regalo: un pañuelo bordado con sus iniciales. Por la noche reclinó ilusionado su cabeza sobre la prenda de amor, pañuelo blanco, primorosamente bordado. A estas horas, en esta noche húmeda y vidriosa, una muchachita dolida y ansiosa estaría pensando en él; nadie lo podía impedir. Nadie. Pensaría en él y se estremecería su carne joven entre las mantas, soñando delicias de amor, pese al miedo, a las aherrrojadas puertas y a las gruesas paredes. En la adversidad el amor se acrecienta hasta el paroxismo; enloquece. Allí, en “La Residencia”, a esas horas de la noche, igual que siempre, hervían agitados los cuerpos y dolíanse las almas en su delirio, presas de amor precoz, soliviantado y solitario. Acá y allá, en el silencio apretado, tanto en la zona de mujeres como en la de varones, bullía soterrada el ansia acuciante de amor y los frenéticos pensamientos iban y venían en busca desesperada del cuerpo caliente, a través de las incógnitas sombras.

“El Cuatro orejas” y su enamorada aprovechaban las raras oportunidades que la suerte les deparaba. El ardor juvenil podía más que el miedo a ser descubiertos. Se amaban a la desesperada. Les discurría la vida en continuo sobresalto, esperando en vilo la precaria ocasión, a dentelladas con el calmo y ácido tiempo. Por un beso furtivo, por un apretón desesperado de manos, por una mirada de intenso fulgor burlaban, una y otra vez, el afilado peligro. Y llegó la tragedia, tenía que llegar un día u otro. Encontráronse al anochecer en el lóbrego y húmedo pasadizo que conducía al lavadero por la “huerta lactancia”. Ella portaba un pesado fardo de ropa sucia, él un anillo plateado. Su primer regalo de amor. Fueron unos segundos obstinados, voluptuosos y eternos; con sabor a miedo, a labios quemantes y a desesperación.

“¡Dios! ¿qué es esto?” —retumbó aguda y alterada una voz en el lóbrego pasadizo.

El susto dejó paralizados a los amantes, clavados al suelo, el uno contra el otro, apretados hasta el dolor.

—¡Vete! ¡Escapa! —susurró ella con desesperación al oído de su amor.

Sólo un momento la duda, un instante helado, sin vida y “el Cuatro orejas” huyó despavorido por entre los arbustos de “la huerta lactancia”.

Aquella terrible noche fue la más pesada e inaguantable, hasta entonces, en su vida. Nunca antes se había sospechado capaz de experimentar tan agudo y cruel dolor. Al amanecer, debido a la ansiedad, estaba maltrecho, extenuado, como si una febril enfermedad se le hubiera metido en el cuerpo.

Hoy, “el Cuatro orejas” al entrar en el templo, notó la falta de su novia. Tomó asiento presa de gran incertidumbre y zozobra. Estaba lívido. Era inminente el comienzo de la misa. En el dolido silencio sonaba el monótono bisbiseo de las monjas que oraban devotamente. De pronto se abrió la puerta lateral que daba al extraño patio de los Gatos y entró una llorosa niña; avanzó dudando, encogida, hasta situarse de rodillas junto al altar, con la cabeza monda y lironda, pelada al cero, caída sobre el juvenil pecho. Un ahogado murmullo de compasión se elevó en el recinto sagrado.

La internaron en Las Adoratrices. Tres años incomunicada en reclusión total por haber cometido el delito de amar. Tres años para reformar su natural inclinación de mujer. Tres años para domeñar a la naturaleza y hacerla entrar por el aro de unos conceptos errados y monstruosos.

“El Cuatro orejas”, después de aquella triste experiencia, se hizo encalabrinado, excéptico y resentido y empezó a ser mayor de edad antes de tiempo.

Un día como todos: 2 de junio de 1949. Las primeras ilusiones y tortura de los quince. La vida había pasado arrastrándose dolorida, eterna, demoledora. Los últimos casi cinco años pesaban increíblemente sobre sus costillas y le alejaban infinito del ayer. Fue un esfuerzo inaudito remontar este tiempo largo, inmenso, inacabable. Aquí estaba ya, en el umbral de los perturbados quince, pisando el primer tramo del porvenir incierto, insondable y extremeceador. Era llegado el tiempo de tener que optar por esto o por lo otro, dentro del cauce angosto de las posibilidades hospicianas. "O uno u otro, pero rápido". "El Raquis" exigía, apremiaba y abrumaba. "Vagos no". Tenía razón, su razón: el hombre debe aprender y trabajar, es ley de vida. Su obligación era despejar el recinto durante las horas de labor, lo demás le tenía sin cuidado. Don Orlando lo había ido madurando a solas. "Ché, piénsalo bien, con el tiempo quedarás de plantilla en la oficina".

—Quiero estudiar arte, ser pintor.

—¡Claro! —contestó don Baudilio, sin levantar la mirada del escritorio.

—No podría hacer otra cosa, mi vocación es irrevocable. ¡Se lo aseguro! —exclamó Ramiro, excitado.

—Comprendo hijo, comprendo.

Claro, también podía pedir la luna. Sabía el buen señor, mucho de imposibles y de condicionamientos.

—Ya veremos... De momento debes decidirte por algo, aunque no sea lo que más te agrada. En la vida hay que hacer muchas cosas que no gustan —dijo sin convicción, sin mirar de frente y en tono resignado.

Don Baudilio llevaba mucho tiempo dirigiendo la graduada escolar, mucho tiempo palpando la cruda realidad hospiciana y ya estaba un tanto insensibilizado contra el dolor que produce el fracaso.

En "La Residencia", la ira y la impaciencia se diluían sin tener con quién luchar. "Nadie te tiene la culpa". La culpa de querer y no poder, de pedir a la vida más de lo que puede dar. "El que no se consuela es porque

no quiere". Quién sabe, a lo mejor era así, quizá Ramiro estaba equivocado en sus conceptos. Había que ser realista. "Ahí tienes a fulano y zutano. Ellos también tenían pájaros en la cabeza y ya ves, entraron por el aro". Claro, lo cómodo era dejarse ir, no abrigar problemáticas esperanzas. "No hay vocación que valga, se nace para lo que se puede hacer". Aquella inclinación suya para el arte eran aprehensiones, fantasías de la mente enfebrecida.

Se iba gastando el verano. Septiembre entraba lluvioso, desapacible y prematuramente frío. Había ido Ramiro por el cálido verano, violentando los días y las horas, matando el tiempo, echándolo para atrás, en espera de un milagro, en busca de un sendero abierto, queriendo despejar el horizonte incierto de su vida. Entraría el otoño y aún seguiría varado, sin saber qué hacer, a cuestras con la inmensa tristeza de sentirse incomprendido y frustrado antes de emprender la marcha. "Lo que tú tienes es vagancia, so chiflado". "El Raquis" estaba ya hasta las narices de verle solitario, introvertido e insolidario, atravesado a todas horas por el polvoriento campo de varones. A principios de octubre zanjó el asunto drásticamente.

—Ya tengo lo que quieres. —Le dijo, dando inequívocas muestras de satisfacción. Desde mañana mismo entrarás en calidad de pinche en los "Talleres de Pintura Angelín". Allí aprenderás a pintar paredes y a no ser un vago.

Era todo un sarcasmo; sin embargo, Ramiro aceptó resignado. Le invadía una abrumadora impotencia para revelarse. Comprendía además que aquella situación inverosímil no podía continuar. Ir contra la inexorable circunstancia hospiciaria conducía inevitablemente a la esterilidad. Era como luchar contra la nada.

Tal y como Ramiro suponía, "el Cuatro orejas" no acabó en el seminario. "El Padre Superior" decepcionado, viendo que su proyecto no maduraba, entró en cólera y, sin preámbulos, le relevó del opíparo cargo de lector de curas. En la actualidad aprendía el oficio de carpintero; no por vocación, ni tan siquiera por afinidad hacia la madera, claro está, sino porque el taller estaba próximo a la zona de mujeres. No podía el enamorado adolescente, vivir sin amar. Para él el amor era tan importante como la vida misma; quizá más importante que la vida. Amaba por vocación. Vivía exclusivamente para el amor. Ahora, que ya vestía pantalón largo y que tenía permiso para salir domingos y fiestas de guardar, podría entablar relaciones, si quisiera, con chicas de la calle, pero no; como si obrara en él un encantamiento, veíase impelido a querer solamente a las de "La Residencia". Es posible que el férreo encierro en que se las tenía, fuese para él, un acicate; un dulce y peligroso canto de sirena. Pasaba las horas al acecho, febril, exudando complacencia sexual, en espera del encuentro fortuito, a escondidas, de paso o de ventana en ventana, arriesgándose por una sola palabra, por un requiebro estemporáneo. Era su alimento espiritual, la motivación de su yo. Aún estaba latente en todo su ser el inmenso dolor del fracaso. Todavía le quemaba la sangre el imborrable recuerdo de la niña amada, con la cabeza monda y lironda, pelada al cero. Y sin embargo, seguía jugando con el espanto, arrastrado por una fuerza incontenible. Era el suyo un donjuanismo en nueva y distinta versión, torturado, sin triunfos ni jactancias, no literario.

Cuando aquella fría noche de octubre, salió Ramiro en compañía de "el Cuatro orejas" y otros enamorados, estrenaba aventura de rondar. Iban en silencio apretado, haciendo frecuentes altos para escuchar, envueltos en las sombras inquietantes, enormes, monstruosas, del incomprensible y eterno edificio en construcción. El silencio augural le producía temor, escalofríos, vagos presentimientos, inevitables aprehensiones de algún mal insólito.

to e imprevisto. En “la huerta lactancia” los árboles de cañas desnudas, esqueléticas, sonaban extrañamente, impelidos por quejumbroso viento. Era la hora del sueño primerizo, de la inconsciencia. Enfrente, como una muralla inmensa y sobrecogedora, el caserón por la zona de mujeres. Permanecieron tumbados bocabajo, hundidos los cuerpos ardorosos en la hierba mojada; anhelantes, escudriñando en las tinieblas, presintiendo allá en lo alto, en las ventanas del tercer piso, unos ojos avizores, de mirada cálida y esperanzada. Pasados unos minutos de identificación con el lugar, se fueron acercando sigilosamente. Por fin, oyeron leves susurros y contenidas risas.

—No hay peligro.

—¡Cantemos!

—¡Sí, cantemos!

“Vas por agua, vas por agua
a la fuente de la aurora.
El galán que te enamora
esperándote allí está.
El galán que te enamora
esperándote allí está.
Cuentan que al atardecer,
mientras duerme la quintana,
el galán de tu querer
viene a hablar con una Xiana.

Rosa temprana,
dime si yes tú
la amante Xiana,
dime si yes tú,
dime si yes tú”.

Balada melancólica, dolida, cantada quedamente, con miedo; llorada con toda el alma en la noche solemne y húmeda. Arriba, en las ventanas, arrobados y amorosos los corazones.

—¡Que cante “el Cuatro orejas”!

—¡Que cante!
—¡Canta!

“Los amoriños primeros
son muy malos de olvidar,
métense en los corazones
y no puédense arrancar”.

—¡Agua!
—¡Peligro!
—¡Huyamos!

Corrieron deshalados, sosteniendo el esfuerzo, en la negrura insondable de la noche mojada. De pronto, algo contundente se interpuso en el espantado correr de Ramiro y cayó de espaldas, presa del miedo, con un ardiente y agudo resquemor en los ojos. Permaneció varios segundos aturdido, quejoso, ciego. Al fin, se incorporó a duras penas y comprendió que había tropezado con un grueso alambre puesto allí para tender ropa. Empezó la marcha, orientándose casi a ciegas. Sus compañeros habíanse perdido en la brumosa obscuridad. Todo estaba en profundo reposo, sólo la brisa sacudía las cañas desnudas. Sintió penetrar en su alma lo desolado del ámbito circundante. Se arrepentía de la aventura. Había que estar enamorado y él aún no lo estaba. Los enamorados inventan su propio mundo.

Para bajar o subir por la difícil calle de la Vega, había que tener mucho fuelle, corazón, pulmones y espíritu de alpinista. Calle de “rómpete le crisma”, de “resbalón y tente tieso”, de “agárrate que hay curvas”. Calle para suicidas. Calle sombría, tortuosa, flanqueada de casas apretadas y decrepitas. Calle culo. Culo de la benemérita y muy noble y muy leal ciudad de Oviedo. Por allí evacuava la ciudad, con dolor de estrefimiento,

todo el tráfago que iba hacia la carretera de Colloto. Por allí bajaban a diario, con sudores de parto, carros, mercancías, camiones, caballerías y gentes de ida.

De tumbo en tumbo, hacia abajo, por la escurridiza callejuela de la porra, se llegaba a los "Talleres de Pintura Angelín". Cueva de pintores de brocha gorda; túnel tenebroso con olor a colas podridas, aguarrás, aceite de linaza, barnices y esmaltes. Al fondo del infecto local abría una puerta enana; desvencijada puerta que daba a un patio estrecho y alargado, repleto de latas y botes de pintura, tablones, escaleras e inmundicias; atracción de moscas torpes, mansurronas y atolondradas.

Pues bien, el mencionado taller, cueva o túnel de marras, embadurnaba y empapelaba techos y paredes desde los tiempos lejanos de maricastaña y tenía fama de seriedad y eficiencia, ganada en buena lid, a base de sudores, brochazos a troche y moche y kilómetros de colores. El mérito se debía todo a su patrono, Angelín, hombre mayor de edad, dignidad y gobierno, que estaba ya para sopitas y buen vino. Un hombre que ni fu ni fa; un buen hombre a secas, que a fuerza de pegarse con los años, se había ganado gruesa fama de honrado patrono de "caballeros de la brocha gorda".

Allá, por el mes de septiembre del 49, entró Ramiro a trabajar con la categoría de pinche en tan afamado taller y al servicio de tan conspicuo patrono.

Quizá la palabreja "pinche" sea una aberración de aprendiz o quizá sea un eufemismo. Dígase lo que se quiera: el pinche, entendido como tal y como Ramiro pudo comprobar, no aprende ni pincha ni corta. Es una especie de menesteroso y limosnero borrico, depositario de ingratas faenas que nadie quiere hacer, es un peón de poca monta, un "mierdita" de cuatro "perras" cobrar. El pinche, entendido como tal, es una ganga de patrono y muy señor mío que, por suerte para unos y desgracia para otros, abunda o abundaba más que las alcachofas.

Imprimaciones, chapuzas, barnices, primera mano, segunda mano, cuarteados, aceite de linaza cocido, disol-

ventes, óxido de hierro, a tanto el metro cuadrado, aceite de linaza crudo, la cola "Prage" cunde más, virolas de cobre, minio, el blanco albayalde es venenoso, cal muerta, cal viva, destajos, horas extras, bajas y altas, pinche, ayudante, oficial de segunda, oficial de primera, especialista, blanco nevín, blanco españa, temple, mateado, esmaltado, lija del núm. 1, núm. 2, núm. 3, etc., chamberga, rodillos, días recuperables, peinados, descolgados, arroyados, aparejo. Palabras, conceptos y significados que iba aprendiendo con los días y las horas de trabajo pesado, monótono y aburrido, trepando o sosteniendo escaleras, a mordiscos con el vértigo de los altos andamios, bajo el polvo de techos y paredes lijadas y linajudas.

Por las arterioesclerosas venas de José, hermano de Angelín, corría orujo de la clase más pura. José. tipo que vedesco —y en buena hora se diga—, era un puro orujo de la mejor especie, enemigo número uno del H₂O. José era una rara excepción, un fenómeno de la naturaleza, por cuanto que el alcohol formaba parte vital y substancial de su organismo. Moraba el fenomenal chupa orujo, en un profundo y lóbrego sótano de una vieja casucha, sita en la calle del Sol. Allí, en soledad estremecedora, vendía el alma a Satanás y el cuerpo a Baco. Siempre ardorosas las entrañas, burlábase de la escarcha en mangas de camisa y se iba por la vida, exultante de orgullo, a puñadas con los prejuicios, inventando blasfemias, irreverente hasta con su misma sombra.

No estaba claro el cómo y el por qué. Angelín, decidió dar trabajo a su atrabiliario hermano. Quizá le movió la vergüenza y un resto de piedad fraternal. Angelín y José, eran desemejantes cuanto puedan serlo dos seres humanos. Costaba creer que les hubiera parido la misma mujer. Trabajador, prudente, metódico y constante el primero; vago, desordenado, fraudulento y bronco el segundo. La vida de José, no era precisamente de las que deban ponerse como ejemplo. Ahora, con muchos años pesándole sobre las costillas y no teniendo otro asidero, bailaba al son que su hermano le marcaba, y lo hacía agradecido y

respetuoso. Parecía un perro manso meneando la cola junto a su amo. Y no se crea que el parentesco le proporcionaba alguna prerrogativa sobre los demás; nada de eso, hasta que Ramiro entró como pinche en el taller, fue el último de a bordo, un mísero burro de carga que llevaba o traía, mediante penosas maniobras, de extremo a extremo de la ciudad, un descomunal carro abarrotado de tablones, escaleras, barricas, latas, etc. Sorprendía a la vista aquel esforzado y sudoroso viejo, que en todo tiempo, verano o invierno, apenas iba cubierto por unos mugrientos pantalones de tela de mahón y una raída camisa. Con la precaria ayuda del nuevo pinche poco se alivió su arduo trabajo, si bien ahora le parecía más liviano por tener en quién descargar su furor de impenitente borracho. Se unció al carro sujetando con fuerza los varaes y, como haría un mulo cualquiera, emprendía el trote por las calles de la ciudad. Ramiro iba detrás para empujar en las cuestas arriba y para contener en las cuestas abajo.

—¡Sooo...! —gritaba cuando deseaba parar, tomaba aliento y emprendía de nuevo la penosa marcha; así, de trecho en trecho, hasta llegar al final. Cuando la carga era excesiva se enfurecía.

—¡Recoño! ¡Empuja, cabrón, empuja!

Sus gritos destemplados oíanse en todo el ámbito de la calle. Ramiro tenía la triste impresión de ser blanco de todas las miradas. Ocultaba la cara y empujaba cuanto las escasas fuerzas se lo permitían. Vivía atolondrado, lleno de vergüenza, ausente de la cruda realidad, torturado por la incertidumbre y por un tremendo sentimiento de fracaso. A ratos perdía la noción de las cosas, de tan medido como estaba en sí. La brutalidad de José iba minando su exacerbada sensibilidad.

A principios de octubre, con la llegada del mal tiempo, empezó a escasear el trabajo, nada más se hacían chapuzas de poca importancia. Se respiraba inquietud e inseguridad, se temía lo peor. Angelín, el patrono, permanecía horas enteras revisando papeles y haciendo cuentas y cálculos. Mostrábase excesivamente reservón y evasivo, extraño. Un sábado, a última hora de la tarde, finalizada la jornada laboral, notificó el cese a varios trabajadores. Recibieron éstos la dura noticia con evidente tristeza y resignación. Lo de quedar a la deriva, con la incertidumbre del crudo invierno por delante, sin saber cómo salir del atolladero, solía ocurrir todos los años por estas mismas fechas. “Son gajes del oficio” —decían para consolarse. Triste y huérfano consuelo el suyo, reflejo de impotencia y fracaso. “Aprende otro oficio nin, esto de la brocha ye mala cosa”. Eran sinceros, manifestaban lo que sentían con toda su alma. Les pesaba y dolía inmensamente la frustración de sus vidas. Hubiesen dado media vida por volver a empezar, pero ya les era tarde. Estaban condenados a seguir así para siempre.

Octubre venía desapacible, metido en agua. Continuos y torrenciales aguaceros caían en tromba sobre la ciudad. El viento racheado del norte pasaba raudo, afrentoso y cortante a través de las calles. Las gentes caminaban presurosas, hundidas las cabezas entre el cuello levantado de las gabardinas, buscando el abrigo de los aleros o enfrentándose con el abierto paraguas a las tarascadas del viento y a las rociadas de la lluvia. En este tiempo de otoño casi recién estrenado, las horas pasaban con lentitud mortal; gravitaba sobre el espíritu una vaga sensación de agobio y melancolía, indescriptible. José y su ayudante caminaban por las enfangadas calles a cuerpo, chapoteando bajo la lluvia, a empujones con el enorme carro, sufriendo, malhumorados, las salpicaduras de los automóviles. La ciudad, esa ciudad que, durante los cinco años de encierro tras los altos muros de “La Residencia”, tanto había ansiado recorrer libremente Ramiro, ahora le abrumaba y empedaquesecía. Sí, ahora todo le parecía más

penoso y difícil de sobrellevar. Sentíase juguete de la mala suerte, inmerso en un mundo vulgar y absorbente. En algunos momentos abrigaba la ilusoria idea de liberarse de las amarras que coartaban sus aspiraciones. No acababa de acostumbrarse a la vida de carro y brocha gorda. “Si no te gusta lo de pintor de brocha gorda, te aguantas”. “El Raquis” exigía y abrumaba. Era misión suya despejar el campo durante las horas de labor y en esas cosas del deber no bromeaba. El nuevo pinche de brocha gorda sentía un inevitable aniquilamiento de su yo. Era el suyo un caso grave, desesperado, sin horizontes ni solución.

“Tienes tú menos garbo para el oficio que un oficinista”. Angelín no estaba conforme. El eterno ensimismamiento del pinche le dejaba perplejo y fastidiado. Platicaba confidencialmente con los trabajadores y a juzgar por las miradas escondidizas, irónicas, transidas de conmisericordia, Ramiro tenía la certeza de ser el hazmerreír de todos, “Desde mañana mismo te vestirás de pintor”. Denotaban sus palabras evidente acritud, como si el muchacho fuese culpable de algo. Al día siguiente por la mañana, ya tenía el traje blanco. Se lo irían descontando del mísero sueldo de treinta pesetas semanales. “Ni tan siquiera así pareces del oficio”. Era cierto, pero dicho con tanto desprecio, causaba enojo. Incluso para vestir un traje burdo de pintor de brocha gorda, para no ir disfrazado, hay que tener estilo, hay que estar identificado con el oficio. “Parece de primera comunión”. La mordacidad de algunos obreros le sentaba como la mordedura de perro rabioso. Esa mañana anduvo cohibido y temeroso, evitando en lo posible las calles más concurridas. El escandaloso blanco chocaba y ofendía a la vista, llamaba la atención desde lejos y deslumbraba de cerca. Refulgía estridentemente contra lo obscuro de la ciudad. “Parece de primera comunión”. Repicaban en sus oídos las burlonas palabras y agravaban su aprehensión. En la jornada de la tarde se le encomendó pintar unos marcos de puerta en un local comercial cercano a la iglesia de San Juan. Así es como en un mismo día estrenaba oficio y traje. Pasó las horas entre-

gado a la brocha, dale que te pego, esforzándose por cubrir de minio las dichosas maderas. El traje blanco íbase impregnando, poco a poco, de grandes y escandalosas manchas rojas. Finalizada la jornada, daba la impresionante sensación de un raro animal terriblemente ensangrentado. A eso de las seis retornó al taller, entre la curiosidad sorprendida de los viandantes que encontraba al paso. El rojo fuego gritaba sobre el blanco de manera hiriente.

—¡Caray! ¡Pero... hombre! —exclamó consternado Angelín, cuando le vio en tan lamentable facha.

—¡Que pena! —decían los que le acompañaban, y Ramiro tuvo la desagradable impresión de que le compadecían.

Ese día, cuando salió del taller, le embargaba una profunda humillación. Una vez más, a pesar suyo, había causado estupor, soterrada indignación y lástima. Estaba disminuido, acomplejado; sentíase un ser inútil, incapaz de enfrentarse a la vida.

José, el viejo borracho de los “Talleres de Pintura Angelín” se había puesto enfermo. Era la primera vez, según decían, que guardaba cama. Su resistente naturaleza, combatida y maltratada durante toda la vida, al fin, entraba inevitablemente en decadencia. “A todo cerdo le llega su San Martín”. Nadie le compadecía y quizá tenían razón: no es digno de piedad quien se hace daño a sí mismo. Pero José era pieza importante en el taller. Ahora que faltaba, todos lo veían claro. Nadie reparó en ello antes, ni tan siquiera lo habían pensado. Su ausencia paralizaba y trastornaba el buen funcionamiento del taller. Sobre su vieja espalda recaía mucha responsabilidad. Ahora todos lo admitían. Hasta para ser burro de carga hay que tener cualidades y predisposición; no basta con tener más o menos vigor físico. Es un trabajo como otro cualquiera: hay

que aprenderlo. Se va aprendiendo poco a poco, casi inconscientemente. “La veteranía es un grado”. Claro que sí, sobre todo en el duro oficio de peón. Es importante su callada labor, aunque figure a la cola en el escalafón de las categoraís.

Ramiro tenía que llevar el enorme carro al taller. Se lo habían sobrecargado pese a sus advertencias y quejas. “No te preocupes chaval, de aquí a allá todo es cuesta abajo”. Sentía miedo. La Vega estaba lejos de allí, de San Lázaro. Podría sobrevenirle algún contratiempo por el camino. Desconfiaba de sus escasas fuerzas físicas e inexperiencia. La ausencia de José le hacía sentirse inseguro y desamparado. Echaba de menos, incluso, los denuestos y malos modos. Agarró las varas con fuerza y con suma cautela emprendió la marcha. Ya desde el primer tirón, notó que la carga excedía sus posibilidades de resistencia. Acalló los temores y continuó adelante con la esperanza de llegar al destino sin demasiados agobios. En la bajada a Santo Domingo, el peso lo arrastraba irremisiblemente. Optó por asir el carro sosteniéndolo de espaldas, y así, gravitando sobre él la desorbitada carga, afianzando los pies en el suelo con energía, fue bajando, poco a poco. Tenía el cuerpo y la ropa empapada en sudor, más de la tensión nerviosa que del esfuerzo físico. Llegó exhausto a la desolada plaza de Santo Domingo. Lloviznaba mansamente, orballaba. Espejeaban las calles en este día gris cristalino de quietud insólita. Enjugó el copioso sudor que le arroyaba por el rostro. Sentíase deprimido y le flaqueaban las piernas. Por esa vieja zona, aún mostraba la ciudad heridas de la guerra civil del 36. Recortábanse las ahumadas ruinas, incisivamente sobre el grisáceo cielo; esqueletos de casas clavados a la tierra, erguidos, desafiantes, acusadores. Signos de gloria y heroísmo según unos, y muerte, crimen y fracaso, según otros. Siguió avanzando hacia abajo, sacando fuerzas de donde no parecía haberlas. A trancas y barrancas con la desorbitada carga. Subió parte de la calle del Sol, con la generosa ayuda de dos compadecidos hombres y, al fin, se plantó

en la Vega, por arriba. Sólo con mirar hacia abajo le producía vértigo y escalofríos. Ante él abríase la angosta callejuela como una profunda sima. Bajar por allí con la enorme carga era un suicidio. De todas maneras debía intentarlo, tenía que hacerlo a pesar de sus aprehensiones. El taller estaba situado por abajo, lejos, ir a pedir ayuda significaba abandonar el carro, acción peligrosa, teniendo en cuenta que por aquella zona merodeaban rapazuelos de dudosa catadura. No había opción; sin pensarlo más, con grandes precauciones, situó el carro en la boca de la sima y empezó a bajar. No llevaría avanzados cuatro metros cuando empezó a tomar velocidad, pese a los denodados esfuerzos para contenerlo. El descomunal peso aumentaba prodigiosamente y él corría, arrastrado sin remedio, calle abajo.

—¡Pero... a dónde irá ese loco! —oyó que gritaban los transeúntes.

A los pocos segundos de frenética marcha, ya le era del todo imposible aumentar su propia velocidad. Las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Soltó casi instintivamente las varas y el carro, sin timón, siguió calle abajo, convertido en rodante catapulta. Los viandantes metíanse precipitadamente en los zaguanes o se quedaban quietos, paralizados por el espanto.

—¡Cuidadoo...! —gritaban algunos.

—¡Va a matar a alguien! ¡Va a matar a alguien!
—chillaban otros.

La rodante catapulta, en su vertiginoso e incontenible descenso, saltó a la acera de la derecha según su marcha, continuó hacia abajo y al fin, fue a chocar estrepitosamente contra un poste del alumbrado público, donde quedó empotrada, esparcidos por el suelo botes de pintura, escaleras, barricas y cuanto llevaba. Todo había ocurrido en pocos segundos. Ramiro estaba anonadado, no reaccionaba. Bajó por la calle como un autómatas, con gesto de estúpido y llegó al taller donde explicó el accidente tartamudeando y con reticencias sin fin. Angelín y otros que allí estaban se miraron sorprendidos.

—¡Este chaval es un memo! —exclamó enfurecido el patrón, y añadió: por favor, id con él a ver qué ha pasado.

Le acompañaron dos trabajadores.

—Tú no vales, chaval —le dijo enfáticamente uno de ellos. —“Pa este oficio hay que tener güevos, y si no, na de na”.

Este desgraciado percance ocurría un jueves por la mañana, el sábado de la misma semana se le comunicó a Ramiro que estaba cesante.

El cese o despido en los “Talleres de Pintura Angelín” le produjo a Ramiro un agudo complejo de inutilidad y aceleró la gran crisis que desde hacía tiempo venía tomando cuerpo en su torturado espíritu de adolescente. “He sido despedido” se repetía constantemente y la insufrible certeza le tenía avergonzado, replegado, metido en sí. Al fin estaba libre de aquel odioso trabajo de pinche de brocha gorda, ¡pero de qué manera tan poco airosa! “El Raquis” guardó reflexivo silencio, después, mirándole con cierta conmiseración, le dijo sin acritud:

—Está bien, está bien. Lo que sobran aquí son oficios. Te concedo tres días para que te decidas por uno de ellos. ¿Entendido?

Había que entrar por el aro, como entró Rosendo y Santiago y “el Cuatro orejas” y todos. Era la ley de “La Residencia”, ley viva, aniquiladora y poderosa. “Los hijos de puta asilados en esta casa, serán destinados como galeotes para las naves de su majestad el rey”. Grabada en la piedra estaba la tremenda sentencia, allí en la iglesia, gravitando por encima de las cabezas. Era inútil revelarse contra el inexorable destino de hospiciano. Debería estar satisfecho y agradecido: ahora ya no iban para galeotes aunque se les siguiera considerando hijos de puta, hospicianos, casi nada. Ahora iban para otros

menesteres; para lo que se podía; para lo que la suerte les deparase. “Qué más da una u otra cosa. lo importante es ganarse honradamente la vida”. Llegar a ganarse la vida con honradez, he ahí el quid y el sumun de la hospiciana cuestión. Se les creía de mala calaña. “Estos hospicianos son carne de horca”. Y siempre a vueltas con la dichosa honradez. Podían y pesaban mucho los viejos prejuicios; estaban demasiado arraigados dentro y fuera de los altos muros.

“Carpintero no es mal oficio, te va bien”. Tanto daba uno como otro, el caso era pasar por el inevitable aro. Obediencia: esencia y compendio de todas las virtudes. Camino único. Se iba por allí o por ningún otro lugar; ni a derecha ni a izquierda, sin ramales; no hacían falta; de todas maneras habría que seguir pisando recto. Las circunstancias mandaban. Nadie tenía la culpa. “Nosotros también obedecemos a los de arriba”. Cierto. Allí todo el mundo obedecía; todos eran eslabones de una misma cadena. Obedeciendo o no, daba igual: se llegaba al mismo fin. Esto era así, siempre había sido de este fatal modo.

Ramón el maestro de carpintería, no trabajaba por amor al arte. Tenía que vivir y eso era todo. Andaba a diario malhumorado, como si padeciera algún mal crónico, no le gustaba eso de enseñar; él era carpintero a secas, y de los buenos, pese a quienes lo ponían en duda. Sí, lo de la enseñanza no le iba; siempre acababa gritando y maldiciendo. No tenía paciencia. Más o menos, a todos los maestros de taller les ocurría igual: adolecían de falta de vocación, entusiasmo e interés. La rutina y el no hacer ningún trabajo que mereciera la pena, tenían la culpa. Siempre chapuzas, remiendos, nada de importancia, y así, los chavales no aprendían gran cosa. Cuando intentaban colocarse por ahí, por esos mundos de Dios, recibían el susto y cosechaban el fracaso.

En aquella reducida y anárquica república de la madera, simulacro de carpintería, cada cual vivía a su aire, supeditado solamente a las caprichosas jerarquías de los aprendices más veteranos o forzudos. Sin programa algu-

no de trabajo, todo iba patas arriba, sin orden ni control. Allí, se aprendían chascarrillos de verde subido, palabrotas espeluznantes y requiebros de susto. Allí, en consecuencia, por aburrimiento, se oxidaban las herramientas.

Nadie sabía, a ciencia cierta, qué méritos había presentado Ramón, para ganar la plaza de maestro de carpintería. El supuesto de que había sido elegido a dedo, no menguaba un ápice su bien cimentada fama de excelente ebanista. Pero su prestigio partía exclusivamente del taller de su propiedad, en el que volcaba desvelos y afañes. Tan poca ética manera de obrar, a nadie extrañaba; a nadie se le ocurría pensar, tan siquiera, que debiera ser de otro modo. El sistema imperante hacía amoral a quien lo vivía. Allí, en "La Residencia", el que más o el que menos, arrimaba el ascua a su propia sardina, sin que esto fuese motivo de censura.

Ramón, hombre de probado mal genio y de pelo en pecho, no era elegante ni tenía por qué serlo; no era tampoco, que se sepa, guapetón y fino. En estas cosas, estaba él huérfano de padre y madre y muy señor mío. No quiere esto decir que fuese un adefesio, no: hombre del montón, como tantos otros que andan sueltos por ahí, cuarentón sin disimulos y vulgar con mucha honra. El rojo acan-grajado de su redonda cara, descubría más que tapaba un ciclópeo y tempestuoso carácter de sanguíneo que le hacía temible. Los andares torpes y pesados, las manazas gordas y ásperas y la boina siempre incrustada en la voluminosa cabezota, eran signos que evidenciaban su parentesco y contacto con el arado.

"Tú no eres como éstos, si quieres puedes ser un magnífico ebanista". En ocasiones, Ramón expresaba sus ideas brutalmente, con peligro de herir susceptibilidades. En aquellos difíciles momentos, en que Ramiro se encontraba transido por la incertidumbre y por el dolor del fracaso, las halagadoras palabras calaban hondo y le hacían un bien incalculable. "En mi taller aprenderás el oficio, aquí no". Debía ser verdad, nadie mejor que él lo sabía. El taller estaba fuera de la ciudad, carretera de Colloto

adelante, en un caserón feo y solitario. Había que lijar sin tregua. "Por ahí se empieza el oficio". La madera debía quedar brillante y pulida. No era tan fácil como parecía; se necesitaba aguante y paciencia. Ardían las manos y el invisible polvillo cerníase con sabor amargo. Le sobrevinía inevitable el desánimo. Aquello no debería ser lo suyo... Se acordaba de Rosendo. ¡Pobre Rosendo!. Había claudicado definitivamente. Demasiado tiempo ya consolándose y trabajando en la escayola, para dar marcha atrás. Bien miradas las cosas, quizá no merecía la pena rectificar, al fin y al cabo, lo de la escayola era un oficio como otro cualquiera, ni mejor ni peor. "Lo importante es ganarse la vida honradamente, hacerse un hombre de provecho". Hay conceptos que no sirven. Se los repite uno millones de veces y no convencen. A Ramiro no le convencían, le aplastaban. Estaba seguro: aquello tampoco era lo suyo. Y le reconcomía el fracaso y la impotencia. Peregrinaba por la ciudad, en busca de una salida para su tortura interior y no la encontraba. Le atraían los talleres de pintura, aquellos que se dedicaban a la rotulación, o bien las marmolerías donde se amontonaban lápidas e imágenes. No había otra cosa. Iba con la esperanza a cuestras, allí donde veía colores o formas. Nadie le echaba una mano. Había demasiada lástima en el tono de su voz, demasiada pesadumbre en la mirada e intimidaba su patética figura. "Lo siento chaval, pero ya tenemos pinche". Podía ser verdad, pero adentro quedaba la duda y la angustia. Demasiada mala suerte. Seguiría lijando madera y mostrando agradecimiento y se le escaparía el tiempo sin remedio, sin esperanza ni solución. No sabía resignarse con su negro sino. Convertido en eje del universo y compadecido de sí mismo, el inconmensurable peso del dolor le aniquilaba. Clamaba enfurecido al cielo, sintiéndose injustamente olvidado. "¡No hay Dios! Dios no existe; es un cuento de curas". Y renacían con el desvarío las crueles dudas, vertidas en la infantil alma, una luminosa noche de luna llena. ¡Terribles aseveraciones las de Teo!! Ya no le quedaba ni el blasfemo consuelo de

culpar de sus desdichas al Supremo. No merecía la pena descubrir los sentimientos, a nadie le importaba en este precario lugar, donde unos padecían y otros convalecían de tan grande pena como es la frustración.

El hambre seguía su tradicional reinado en "La Residencia". En la nación se hablaba ya de superávit y de mejoras sociales; pero aquí, en el recinto amurallado, no repercutían en absoluto. Cada cual se las ingeniaba como podía. Algunos, los atrevidos, jugábanse el tipo e iban a robar melaza en la estación del Norte o fruta en las fincas cercanas. Los otros, los temerosos, aguantaban con resignación las tarascadas de sus dolidos estómagos.

César se saltaba a la torera los altos muros de "La Residencia" y se iba esperanzado en busca de alimento.

—¡Eres la deshonra de la casa! —le chilló en la oficina don Orlando, el día que le cogieron.

—¡Tenía mucha hambre...! —protestó César.

—¡Hambre la que vas a pasar ahora, so puerco! —le escupió "el Raquis" con sumo desprecio.

Al día siguiente fue ingresado en el Reformatorio de San Claudio. Se fue llorando desconsoladamente, custodiado por "el Peu". Dos o tres años de castigo para purgar su culpa; la culpa de no saber aguantar el acuciante hambre.

Cuando "Billi el Niño" y "el Bobo" dijeron a Ramiro que en el taller donde trabajaban, necesitaban un aprendiz de rotulista no se imaginaban tan siquiera el bien que le hacían. Aprendiz de rotulista significaba para él ascender de pronto muchos peldaños en la escalera de sus ultrajadas ilusiones. Significaba dejar la odiosa made-

ra, la áspera y vulgar lija, el polvillo venenoso y los atormentados pensamientos de las tardes grises y eternas sin substancia. Significaba volver a la vida, sin angustia desgarradora y vital. En su debilitada mente mezclábanse colores, esperanzas, formas insólitas y fantasías imposibles. Lanzaba la imaginación por mundos de arte soñados, distintos, extraños e irreales. No tenía idea clara de la profesión de rotulista; la conocía sólo tangencialmente, entre vista a su paso a través de las pintarrajeadas y sucias cristalerías de los "Talleres Más", carretera de Buena Vista adelante.

Hacia mediados de febrero del 49 entró Ramiro como aprendiz de rotulista en el taller del anónimo maestro Diego Morato, sito en la calle del Rosal, 28, sótano.

En el taller de Diego Morato no iban bien las cosas. "Esto no carbura" —decía Laureano, el oficial rotulista que llevaba ya varias semanas sin percibir la paga. El trabajo de rotulación que allí se hacía, meras chapuzas, no producía lo suficiente para cubrir su propio sueldo. Era un lujo demasiado caro.

Diego Morato procedía de Ciudad Real y había tenido taller en Madrid. No se conocían los motivos de su venida a esta lluviosa región norteña. Presumía de artista del pincel y de gran señor, y en cuanto a esto, no le desmentía su apariencia: parecía un aristócrata venido a menos. Como artista permanecía en el más desalentador anonimato. Andaba siempre correctamente vestido y portando una flamante cartera de cuero bajo el brazo. Su figura era más de banquero que de patrono de pintores-decoradores. Morato producía desconfianza en los posibles clientes. Por desconocido en la ciudad, le creían un arribista, un intruso en la noble y dura profesión. Gracias a los trabajos de brocha gorda que iba arrebatando a la competencia, por más barato, aguantaba y sostenía a contrapelo la situación, siempre a punto de naufragio.

Pronto comprendió Ramiro que aquello no se parecía nada a las ensoñaciones de su ardiente imaginación. El trabajo que se le encomendaba reducíase a transportar a

hombros escaleras, tablones y latas de pinturas. Trabajo de peón de poca monta y sueldo imaginario. Vuelta atrás, vuelta a burro de carga y sudor y vergüenza de calle. Debía resignarse, tenía que aguantar. Ahora sí que no había otro remedio. "Lo importante es ganarse la vida honradamente". Sí, en parte era cierto, sólo en parte. Hacía falta calar hondo en el alma para ver claro; para ver la pobreza y parcialidad del aserto. Daban miedo las tremendas sentencias usadas en "La Residencia".

Los días sin faena, sin pesos que transportar, permanecía Ramiro enterrado en el lóbrego taller: diez metros cuadrados de extensión y bajo tierra, dos enrejados respiraderos abiertos a la acera de la calle Cabo Noval. Paredes desnudas, húmedas, de piedra amedrentadora y sucia. Una desvencijada mesa, rollos de estarcidos aquí y allá, botes de esmaltes, barricas, reglas, cuerdas, pinceles, telas de araña, luz artificial mortecina de bombilla vieja y empolvada... Horas lentas, monótonas, mortales. Ansias de sol.

Que Laureano era un excelente rotulista, no cabía duda. Convencía con sólo verle manejar los materiales propios del oficio. Los trabajos que realizaba, de impecable perfección, denotaban habilidad y refinamiento. En esta cuestión estaba muy seguro de sí mismo, solamente reconocía como superior a Paco Vigil, oficial de los "Talleres Más". "Es un fenómeno". Se le escapaban los elogios. Laureano andaba ya cerca de los treinta. Bajito él, bigotillo fino, adorno de sonrisa fácil, cetrino, pujos de calvicie hacia el occipital, andares cortos, rápidos y desiguales; un poco tímido, algo insignificante. La jornada laboral de Laureano no tenía principio ni fin. Si era necesario empalmaba día con noche y viceversa. En el taller de Morato, no. En el taller de Morato simplemente trabajaba la jornada normal de ocho horas. Allí, por el barrio de la Argañosa, tenía alquilado un bochinche de mala muerte, en el sótano de una vieja casa. Se entraba por la trasera, por un hueco que, mal que bien, hacía las veces de puerta. De suelo a techo había poco más de metro y medio, lo que

no era problema para él, dada su corta estatura. Allí, en aquel escondido antro, se afanaba y ufanaba. Allí pasaba vigiliias y soñaba con hallar la piedra filosofal. Llevaba años ensayando con ácidos y potingues. “Estoy ya tras de la pista”. Era su obsesión. Pensaba hacerse rico cuando la encontrara. Para él la piedra filosofal consistía nada más y nada menos que en descubrir el método de conseguir mateados en vidrio.

Laureano tenía ideas políticas. “Lo que hace falta en este país es que mande el comunismo”. Influía en Ramiro. Le iba convenciendo. Eran ideas rasas, elementales, domésticas. “Hay que repartir a partes iguales”. No conocía ni de oídas la doctrina marxista. Había oído hablar de “La Pasionaria”. “¡Esa sí que tenía cojones!”. Lo decía dulcemente, sin pasión, sin combatividad, con inaudita simpleza. “El capitalismo es una cabronada”. Los capitalistas eran los ricos, aquellos que usaban sombrero y corbata a diario. A Ramiro no hacía falta mucho para convencerlo; en “La Residencia” sólo enseñaban la doctrina de José Antonio y la religión católica. Las nuevas y revolucionarias ideas políticas de Laureano le hacían efecto. “No hay derecho a que unos vivan en un palacio y otros tengan que hacerlo bajo un puente”. Evidente, de cajón, todo un axioma; facilísimo de comprender. “¿Los curas, buenas personas? Vamos chaval, tú no sabes ni de la ce a la pe. Los curas son todos unos puteros”. También era anticlerical y, sobre este aspecto, sabía mucho de oídas. Desde su primera comunión no había vuelto a pisar en una iglesia. “Son unos peseteros, hombre”. El cura de su parroquia, entre misas y entierros, estaba podrido de dinero. “Gana el oro y el moro sin dar golpe”. Sabía mucho de la buena vida de los curas, sobre todo de oídas.

Laureano se creía un experto en prostitutas, las olía de lejos. “Las conozco mejor que a mi madre”. No le sacaban la pasta así como así. “Son unas careras, hombre”. Tenía novia formal desde hacía la friolera de catorce años. Decía confidencialmente: “el día que me case me lanzo a lo plancha”. Y se relamía de gusto, pensando en

ese feliz momento que ya se demoraba más de la cuenta. Antes debía hallar la piedra filosofal, el secreto de cómo matear vidrios. Estaba ya tras de la pista.

A mediados de abril dos faustos acontecimientos cambiaron la precaria vida del taller: la contrata para pintar el edificio del Gobierno Civil y la llegada de Eugenio, hermano de Diego. El taller empezó a carburar, había nuevo motor: Eugenio, que insuflaba vigor, decisión y transformación radical. Para Ramiro se acabaron las horas muertas de taller, los descansados días de lecciones políticas y anticlericales. “¡Vamos, muévete, artista, que el movimiento se demuestra andando!”. Laureano también fue movilizado. “La rotulación no es rentable”. Había que darle a la brocha gorda, mejor a destajo que de otro modo. Aquello era otro cantar. “El pan se gana con el sudor de la frente”. Lo del sudor era verdad. “¡Y con el de los cojones, hombre!” —decía Laureano, fastidiado del nuevo cariz que había tomado su delicada profesión. También Diego, el patrono, tuvo que dejar su flamante vestir y meterse en un mono blanco. La cosa pitaba, todo iba sobre ruedas. Eugenio tenía espíritu dinámico y contagiaba o avasallaba y no se paraba en barras. Su hermano tenía que darle a la brocha como él, como todos. Y le daba con poco estilo, esa es la verdad; pero iba haciendo metros de pared y ganando tiempo. Estaban los acreedores que el día menos pensado se echaban encima. La droguería donde habitualmente se abastecía el taller había dado el ultimatum, hacía tiempo. Menos mal que con esto de la contrata se le tranquilizaron un tanto los ánimos al droguero y, aunque a regañadientes, fio una vez más los materiales necesarios. Sabía que era la única posibilidad de cobrar.

A Ramiro le afectaba el cambio más que a ninguno. Le pesaba la brocha en demasía. Su endeblez física no aguantaba el ritmo acelerado que requería el destajo. Su lentitud y ensimismamiento exasperaban a Eugenio, que ya le había tomado ojeriza. En todo momento buscaba o encontraba motivos para zaherirle. “¡Pareces una delicada señorita, joder!”. Su contumacia le hería y no le daba

respiro. Lo avasallaba. Después de la exhaustiva jornada laboral no se tenía en pie; llegaba a "La Residencia" y se tumbaba sobre el polvo del campo de varones y permanecía allí, derrengado, por tiempo indefinido.

"Billi el Niño" y "el Bobo", habían sido, antes de llegar Eugenio, el virtual y único sostén del taller. Todas las chapuzas de brocha gorda recaían sobre sus espaldas. Tampoco percibían su paga y, sin embargo, se afanaban en cumplir el arduo trabajo. Murmuraban entre sí, simplemente. Los años de sumisión en "La Residencia" habían ido constriñendo su manera de ser, de tal modo que, aún admitiendo lo injusto de la situación, no osaban exigir al patrono lo que les correspondía. Tenían ya madera de esclavos. Diego era el jefe, el mandamás y había que obedecer. "La obediencia es una de las más grandes virtudes". Les habían enseñado bien la lección.

"Billi el Niño", sentíase orgulloso del remoquete que le habían puesto en su tierna infancia y hacía todo lo posible para conservarlo. Cuando tenía que decir su nombre de pila, dudaba; veíase obligado a hacer notable esfuerzo de memoria. Realmente, para él, su auténtico bautismo se había celebrado el día aquel ya lejano, que vio en un cine de pueblo la trepidante biografía del legendario "Billi el Niño".

"¡Pan! ¡Pin! ¡Pun!"

Se había convertido, de pronto, por mimetismo, en ficticio bandolero del Oeste Americano. Armado hasta los dientes con pistola de madera y caballo imaginario, recorría los polvorientos caminos de Sestelo, dejando a su paso ríos de sangre y desolación. Por tanta bravura y afición no pudieron por menos los compañeros que rebautizarle con tan ansiado apelativo.

"¡Pan! ¡Pin! ¡Pun!"

Ahora, con veinte abriles ya, aún brillaba su temible orgullo y arrojo de bandolero.

"¡Pan! ¡Pin! ¡Pun!"

Disparos imaginarios que ni herían ni mataban, pero que hacían perdurar el remoquete.

"¡Pan! ¡Pin! ¡Pun!"

Así era "Billi el Niño" de infantil y rechoncho y bajito y futbolista marrullero de segunda categoría regional.

Ahora, con la contrata y el trabajo, "el Bobo" y "Billi el Niño" estaban en su elemento; se les veía eufóricos, esperando percibir los atrasos. Ahora cobrarían el dinero tocante y sonante de sus desvelos y duros trabajos pasados y presentes. Exultaban vigor y coraje, dándole ágilmente a la brocha. Avanzaban al unísono, haciendo metros y metros, a marchas forzadas. Cubriendo el techo de temple blanco y las paredes de gris perlado. En honor a la verdad se debía reconocer que Diego Morato no había pagado porque no tenía con qué. "Donde no hay, no hay". Era buena persona, ahora se podía ver claro con aquella gracia suya sonriendo a todos, tan llano, contando chascarrillos, metido en el mono blanco como cualquier quisque. Un mal trance lo podía tener cualquiera. Ahora, no. Ahora, una vez finalizado el trabajo, a cobrar y a otra cosa, mariposa. Ahora les pagaría con creces los desvelos y sudores pasados y presentes. Calculando a tanto el metro, al cabo de dos semanas, la de órdago la grande. Había que celebrarlo por todo lo alto. "Billi el Niño" padecía una euforia continua. Sus ojillos negros bailaban jubilosamente. "Dios aprieta pero no ahoga". En "La Residencia", para todo había refranes. El que no se conformaba era porque no quería. "La vida hay que tomarla como viene". A Ramiro no le convencían. Estaba demasiado triste y amedrentado. Le tenía miedo a la vida. Eugenio le maltrataba de palabra y le hacía sufrir. Se rebelaba y ya tenía fama de insolente y fantasioso, entre los del taller. No le comprendían. Era difícil comprender a un mocoso escuálido, con aquellas aspiraciones de artista por todo lo alto. "De artistas muertos de hambre están llenos los cementerios". Eugenio había acariciado ilusiones de artista, soñando con éxitos. La vida y el tiempo le fueron convenciendo de lo inútil de sus aspiraciones. "Sin dinero nada se puede hacer". También, fuera de los muros de "La Residencia", existían frustraciones, y también refranes para consolarse y resentimiento. Era el mal de la época.

A finales de mayo faltaban solamente por pintar algunas puertas y ventanas. Los trabajos del Gobierno Civil estaban a punto de ser rematados. Pese al cansancio de tantas horas y de tantos días laborando a ritmo acelerado, todos reflejaban optimismo. Estaba próximo el día de cobrar, de acariciar entre las manos los preciados billetes ganados a pulso.

—¡Esto va que chuta! —repetía “Billi el Niño”, con infantil entusiasmo, como si ya tuviera metida en el bolsillo su paga, incluidos los atrasos.

—Y si no paga... ¿qué? —dijo “el Bobo”, festivamente.

—¡No fastidies, carajo! —exclamó, con temor, “Billi el Niño” que había escuchado alarmado, con un negro presentimiento metido entre ceja y ceja.

Laureano se limitó a hacer un gesto ambiguo y continuó su labor, sumido en sus cavilaciones.

Sábado. Cinco y media de la tarde. Reunión en el taller, calle del Rosal, 28, sótano. Día de paga. Habían finalizado, por fin, las obras de albeo en el edificio del Gobierno Civil. Euforia. Impaciencia. Diego Morato acababa de llegar. Dejó la repleta y brillante cartera de cuero sobre la mesa de rotulación. Se enjugó el sudor de la frente.

—¡Qué día, carajo! —dijo, resoplando mientras se desembarazaba de la chaqueta.

Hacía calor en esta feliz tarde de finales de mayo. No entraba suficiente aire fresco por los estrechos respiraderos que asomaban a la calle Cabo Noval y, allí adentro, en el hosco antro, estaba caldeada la atmósfera.

—Bueno... vamos a ver... —dijo Diego, dubitativamente, entre la expectación general. Parecía inseguro como si le costara trabajo hablar.

Las moscas zumbaban girando en derredor de la empolvada bombilla.

—¡Vamos a ver... Laureano... ¿Qué es lo que...?

—Aquí lo tengo todo anotado —se apresuró a decir

Laureano, cortando la frase del patrono y tendiéndole una manoseada hoja de papel.

Miró la cuenta Diego, frunció el ceño y silbó de manera tan significativa que cayó como jarro de agua helada en la euforia reinante. Explicó ruborizándose que, entre gastos de droguería y pitos y flautas, lo cobrado no era gran cosa.

—¿Cuánto te doy? —díjole al fin, poniendo cara de víctima.

—¡Todo! —contestó sin piedad Laureano.

Eugenio estaba sentado en un rincón del taller, apoyada la espalda en la sucia pared; permanecía aparentemente al margen, leyendo “La Nueva España”. Disimulaba.

—Hombre... Laureano... —gimió Diego.

—¡Todo! Lo necesito a toca teja!

Diego hizo un ademán de impotencia y sin decir oxte ni moxte, cogió la flamante carpeta, la abrió y empezó a sacar billetes, parsimoniosamente.

—Ahí lo tienes... ¡cuéntalo! —dijo con gesto compungido.

Tomó Laureano el dinero, contante y sonante, y con evidentes muestras de nerviosismo, fue contando. Sonaban los nuevos billetes en el apretado silencio como láminas metálicas.

—De acuerdo... está bien —dijo al fin.

¡Menuda faena me haces! —le reprochó Diego.

Le miró Laureano cara a cara y, sonriendo irónicamente, limitose a decir, encogiéndose de hombros:

—¡Qué le vamos hacer...!

Eugenio dejó de leer, encendió un cigarro y empezó a echar bocanadas de humo.

Pasaron alborotando por la acera dos chicuelos, vieron los respiraderos y movidos por la curiosidad se agacharon y asomaron la cabeza. Quedaron unos instantes mirando, con la sonrisa ancha.

—¡Son bandidos! —cuchicheó uno al oído del otro.

—¿Qué...? ¡Venga, largo! —intimoles Eugenio, de mal talante.

Lo miraron los arrapiezos con gesto divertido, le sacaron la lengua y, ante el evidente peligro, huyeron gritando y riendo desaforadamente.

—¡Cabrones! —desahogó el rabioso burlado.

Hizo gracia el suceso, rieron todos y aflojó la tirantez reinante.

—Bueno... tomad vosotros. Ya arreglaremos cuentas. Ahora va a haber trabajo —apresurose a decir Diego a los de "La Residencia", aprovechando la coyuntura favorable, y fue entregándoles sólo parte de lo que les debía.

Quedaron terriblemente decepcionados. No se atrevían ante el patrono ni tan siquiera a contar la cantidad percibida. No rechistaban. Los días de sumisión podían mucho, habían conformado su carácter.

—Más vale pájaro en mano que ciento volando —dijo "Billi el Niño" acomodaticiamente cuando salían del taller.

"Billi el Niño" atravesaba un mal momento. Estaba febril, soliviantado y no rendía en el trabajo. A Diego Morato le preocupaba el raro estado de su más esforzado operario de brocha gorda.

—¿Qué le pasará a este carajo la vela? —decía, malhumorado.

El albeado de la vieja casa de la calle Rúa se retrasaba más de la cuenta. "El Bobo" no daba abasto, no podía él sólo hacer el trabajo de dos. "Billi el Niño" pasaba más tiempo mirando a través de una de las ventanas que trabajando. Con Ramiro no se podía contar, era una birria de chico. Se agotaba a la primera de cambio. No tenía fuelle.

Lo de "Billi el Niño" era hambre de mujer. Hambre

acuciante, perentoria. Estaba encelado. Se le remontaban avasalladoramente sus veinte años de abstinencia carnal. Pasaba las horas al acecho. Había descubierto algo insólito en la vivienda de al lado: una jovencita que paseaba por la vivienda, en cueros, como su madre la parió, pero más crecida; bien desarrollada, insolente y pimpante. Ni siquiera presentía la ardiente mirada que desde lo alto acariciaba con insistencia su apetecible desnudez.

“El Bobo” agobiado y fastidiado, reprochó a “Billi el Niño” su irresponsabilidad. El endemoniado irresponsable pareció hacer caso omiso y continuó en la ventana como hechizado. De pronto, dio media vuelta inopinadamente y exclamó fuera de sí:

—¡Mira!

Ramiro y “el Bobo” quedaron paralizados por la sorpresa. No habían visto jamás en su vida un pene tan descomunal, tan desesperado, ni órgano de tanta desproporción en cuerpo humano.

“El Bobo” se recobró pronto, hizo un gesto despectivo y dijo, continuando su labor:

—¡Eres un marrano!

Indiferente al insulto, introdujo “Billi el Niño”, a duras penas, la tremebunda verga, por donde había salido y continuó avizorando la casa de su desmedida pasión.

En el verano de 1950, dejó Laureano de trabajar para Diego Morato. Estaba harto de percibir su paga a cuenta gotas y de faenas de brocha gorda. Se asoció con Merino, pintor decorador que tenía taller en la misma calle del Rosal, un poco más abajo, en un tercer piso de un decrepito edificio. A los pocos días ofrecieronle trabajo a Ramiro que, ni corto ni perezoso, dejó a su vez el taller de Diego Morato, sin tan siquiera despedirse. Se vengaba así del trato desconsiderado de Eugenio y, por otra parte, le proporcionaba la grata ocasión de abandonar la eno-

josa brocha gorda. Le habían asegurado los dos socios, que iban a dedicarse exclusivamente a la rotulación y a trabajos finos de decoración.

Merino quizá era demasiado guapo para hombre. A su privilegiado físico añadía un aire soñador que le proporcionaba cierto halo de misterio. El, alardeaba de ser tan varón como el que más y lo pregonaban las ciento y más mujeres que le adoraban. Merino tenía fama de bohemio y artista de cuadros. Años ha, había ido a Madrid en busca de triunfos, pero los pocos dineros que llevó se acabaron en menos que canta un gallo, en particular por su desmedida afición a la crápula y al género femenino fácil. Regresó decepcionado y para ganarse la vida tuvo que dedicarse a la rotulación y decoración en general, pasando por alto los escrúpulos de artista. Ahora se las prometía muy felices con Laureano.

Pronto comprendieron los dos socios que sólo con la rotulación no saldrían adelante. La rotulación no daba para gran cosa; debían, por tanto, agarrarse a la brocha gorda, como tabla de salvación. Era inevitable albear paredes y hacer destajos y horas extras; esas jornadas inacabables, exhaustivas, de aburrimiento mortal. Ramiro ya no sabía qué pensar, estaba acobardado; se le notaba a medias y engañaba. La pena iba por dentro, no se veía así por encima. Hacía falta saber mucho del alma adolescente para intuir su dolor. Ya no decía quiero ser esto o lo otro, sabía que era inútil. Sobraban ejemplos. Dondequiera que miraba había frustración, fracaso y conformidad resignada.

El primer trabajo de envergadura conseguido por los dos socios, fue el albeo del estadio del Real Oviedo. Albear a la cal era distinto, el temple a su lado refrescaba, la cal no; la cal quemaba, llagaba, cegaba, hacia llorar. Había que darle fuerte, con energía, a la brocha, que se quedaba calva prematuramente.

Los futbolistas del Real Oviedo entrenaban para la ya próxima temporada. "¡Esto sí que es vida!", pensaba Ramiro. Les envidiaba casi con dolor. El también sabía

jugar al fútbol. Driblaba con suma habilidad, se desplazaba con rapidez y disparaba a puerta con potencia; con el balón no, claro, con pelota de goma. El balón pesaba demasiado, le hacía daño en el empeine y cuando saltaba y daba de cabeza se mareaba. Pegaba con todas sus fuerzas al balón y, como si diera a una piedra, lo movía simplemente unos metros. Estaba demasiado depauperado para tan viril deporte.

Finalizadas las obras en el estadio, consiguieron los dos socios la contrata de anuncios de los “Almacenes Alpelayo”, colocados en la estación del Ferrocarril Vasco-Asturiano. La entrada y salida estaba por arriba, por la calle Jovellanos. Se bajaba y subía por amplia escalera que nacía allá abajo, en las profundidades de la estación propiamente dicha. Se ponían los anuncios en las contrahuellas de los peldaños. Era necesario rotular tumbado, en postura difícil, cansada.

ALMACENES ALPELAYO —camisería

Letras rojas, de palo, simples, para que se vieran claramente en la subida.

ALMACENES ALPELAYO —pantalones

Era monótono, siempre igual; cansaba y aburría.

ALMACENES ALPELAYO —sastrería

Se aplicaba el estarcido a la contrahuella, se daban unos golpecitos con la muñequilla de polvos negros y otra vez a rellenar las letras de pintura roja. Así de abajo arriba, con paciencia; aguantando las frías corrientes de aire que por allí subían, se cruzaban, o bajaban cortantes.

ALMACENES ALPELAYO —gabardinas

ALMACENES ALPELAYO —lencería

ALMACENES ALPELAYO —abrigos

ALMACENES ALPELAYO...

Pronto la boyante asociación Merino-Laureano empezó a resquebrajarse. En estas cuestiones de ataduras, convenios, asociaciones, matrimonios y zarandajas, siempre, al principio, se va sobre ruedas, todo es magnífico, luego vienen los imponderables y matan ilusiones y echan

abajo proyectos y minimizan realidades. Habrá excepciones, que el hombre es diverso; pero en éstos no entraba la asociación "Merino-Laureano, rotulación y publicidad".

Merino amaba la noche, le gustaba andar bajo las estrellas y sentirse acariciado por las iriscentes luces de neón de las casas vendedoras de placer. Despreciaba las horas matinales y dormía a pierna suelta hasta el mediodía, provocando indignación en Laureano, que trabajaba desde el alba. A los reproches contestaba Merino con un leve encogimiento de hombros.

"¡Es un vago de siete suelas" —decía Laureano con evidente malestar.

"Este Laureano es un pobre de espíritu. ¡No vale para nada!" —aseguraba el otro con sumo desprecio.

Ramiro permanecía en medio, sin comprender en toda su magnitud la violenta situación, zarandeado por el estado nervioso de los socios.

Un día del mes de octubre supo, con sorpresa, que el contubernio "Merino - Laureano, rotulación y publicidad", había finalizado.

Ramiro continuó en el taller de Merino. Sentíase atraído por la vida misteriosa y bohemia de su patrono. De todos modos, como Laureano había quedado al garete, el camino a seguir no tenía opción: Merino o nada. La vida le ofrecía escasas y menguadas posibilidades. Y bien miradas las cosas, estaba de suerte: al fin y a la postre, seguía con trabajo fijo, lo verdaderamente importante de cara a "La Residencia". "Lo importante es ganarse la vida honradamente". Ganarse la vida, lo que se dice ganársela, no se la ganaba, porque Merino pagaba poco, mal y nunca.

El improvisado taller de Merino, en comparación con otros de la ciudad, a pesar de lo mínimo y vetusto, era confortable y acogedor. Estaba alumbrado por un

gran ventanal que asomaba por encima de un tejadillo y que miraba orgullosamente desde el tercer piso, a la misma altura de viejos y desteñidos tejados, por encima de floridos balcones. Allí, en el concreto silencio, interrumpido esporádicamente por el piar monótono de los gorriones que buscaban cobijo en el tejadillo, parecía la vida parada en el tiempo, un reflejo; una impronta del ayer. Tiempo muerto, disecado, presentado en toda su pavorosa irrealidad. Y es que hasta en el aire que se respiraba había como polvo antiguo. Olía a historia no escrita. Historia perdida en el olvido. En la contigua alcoba dormía Merino las cansadas mañanas, en cama carcomida, depositaria de amores lejanos. Seguía amante fiel de las estrellas y de las iriscentes luces de neón de las casas expendedoras de placer; seguía sin dar golpe, viviendo de sueños imposibles y de lo poco que Ramiro trabajaba.

En las mañanas grises y heladas de este noviembre de 1950, trabajaba Ramiro oyendo la respiración acompañada y monótona del sosegado dormir del patrono. Pintaba los futbolines de "La Mejor Taberna" con lentitud y paciencia. Muñecos de hierro con rigidez peremne. Se esmeraba en los gestos. Parecía querer darles vida. Simples muñecos destinados a depositarios de quimeras imposibles. Consuelo también de canijos, con frustración de aplausos multitudinarios.

En todo aquel tranquilo mes de noviembre permaneció Ramiro pintando futbolistas de hierro. Le parecía ya lejana la época de brocha gorda, como si simplemente hubiese sido una pesadilla. Merino dormía y vegetaba; permanecía aletargado y solamente volvía a la realidad cuando le apretaba en demasía la precariedad de su holgada vida.

Manuel, padre de Merino, no comulgaba con la holganza pertinaz de su hijo:

—¡Pero... tú qué piensas... hombre! —le recriminaba con gesto de impotencia.

—Por favor, papá! —contestaba Merino encogiéndose de hombros.

La vivienda estaba dividida en dos, descansillo de escalera por medio. El taller y la alcoba de Merino a un lado, dando a la calle; la otra parte, en la trasera. Esta zona de la vivienda era sombría y tristoná. Allí permanecía enclaustrado Manuel, por propia voluntad, desde la terminación de la guerra civil del 36. A partir de aquella fecha, considerose hombre acabado. Se erigía en mártir de la causa perdida. El era rojo inactivo, y combativo de prosa en propia casa. Zapatero de profesión, cesante por mala ventura y ningún encargo que llevar a lezna y punzón. Filósofo existencialista desgarrado y vencido por avatares de la vida. Politicastro de izquierdas sin estrenar tribuna ni escaño. Vivía del aire, amancebado con Mónica, sobrina y consuelo en su encierro inaudito. Pañuelo de lágrimas de su misérrima existencia de hombre muerto en vida. Silenciosa y mansa, siempre desgredada, no se hacía notar más que el viejo gato dormilón.

Manuel vivía ya muerto, cuando Ramiro le conoció. Hicieron buenas migas; se entendieron a la primera de cambio. Para Manuel, representaba, el chico, un dúctil barro en qué modelar los sueños irrealizados. Le hablaba largo y tendido y su oyente escuchaba embelesado la prosa bronca y sarcástica. A su debilitado caletre de inculito le costaba trabajo comprender, pero el ilustre zapatero persistía y hablaba por los codos, con pasión, vagando por regiones teóricas, digeridas a trancas y barrancas, de taberna en taberna, de callejuela en callejuela, universidad de su doctorado en humanidades. Las extrañas cuestiones, en esencia, eran las mismas que exponía Laureano, pero más retóricas y culteranas: "Todos los hombres, sin distinción de razas o credos, tienen los mismos derechos". "El Capitalismo es un sistema canallesco para servir a unos pocos". "La muerte es una fatalidad justa y sin importancia". "Ni Adán ni Eva; la evolución, he ahí la madre del cordero". "El clero es una lacra para la humanidad". "El infierno está aquí, en el corazón del género humano". "Amor libre y se acabó el problema sexual". "Después de muerto la cebada al rabo". Y

así hasta mediados de diciembre, en que la holganza de Merino dio de quiebra por contumacia. La brocha gorda volvió a ser tabla de salvación y gallo mañanero.

“La Mejor Taberna” era en la ciudad de Oviedo, infinitamente más conocida que la Cámara Santa de la catedral y, por supuesto, mucho más frecuentada. Si la Cámara Santa era una joya artística, “La Mejor Taberna” tenía divertidísimos futbolines, selecta cocina y añejos vinos, sobrados ingredientes para quitar la clientela a cualquier antigualla, por muchos méritos que se le colgaran. Estaba situada la famosa taberna, a tiro de piedra de la catedral; atravesada en el inevitable camino de los fieles cristianos. Allá en el solemne templo estaban las gesticulantes imágenes de sonrisa estereotipada, el olor penetrante a incienso y la música entristecedora de órgano temblón. Allá se hablaba de la muerte, de las penas de este perro mundo y de las del “Más Allá”. Aquí no. Aquí en “La Mejor Taberna” una fiesta diaria; canto de sirena para el sorprendido caminante. Aquí se rendía culto a Satán y a Baco, los dos entes más divertidos de la creación, según los entendidos. No había opción para la débil condición humana. Ante tan desventajosa dualidad, caía en lo más fácil, atrayente y próximo, pese a las admoniciones de los enojados canónigos, que veían, alarmados, disminuir la clientela de parroquianos.

En “La Mejor Taberna” se presumía de estar al día en cuestiones de guisos y gusto estético, y como las paredes y techos de su interior estaban ya ennegrecidos y desconchados, encargaron a Merino el remozado. No lo pensó mucho el amante de la noche, dada su apurada situación; cambió la holganza por la brocha, contrató a un operario para los trabajos enojosos y dio comienzo a la dura tarea de rascar, lijar y albear paredes, techos, puertas, ventanas y zócalos. Al cabo de una semana quedó la obra casi

finalizada, pendiente de algunos detalles sin importancia.

“No está mal, ¿he? Merino es un artista” —repetían los dueños y miraban y asentían satisfechos.

“¡Bah!... Se hace lo que se puede” —contestaba Merino con falsa modestia, más contento por el dinero que esperaba percibir que por los alagos.

Cuando todo parecía finalizado y ya se procedía a recoger escaleras y materiales, Ramiro vio que su patrono dialogaba con aire de misterio con los dueños, y que le miraban de soslayo. Sintió un desagradable desasosiego, presagiando algún inevitable mal. Después fue llamado al conciliábulo.

—Coge esa escalera de tijera y arrójala sobre la vidriera de la puerta de entrada —ordenole Merino en voz baja, pero con tanta energía que no ofrecía duda.

—¡Anda!... pero... ¿si se rompe?

—¡No seas bobo y haz lo que te mando!

Ramiro estaba perplejo, anonadado; le parecía una broma de mal gusto.

—¿Es una broma?

—¡Qué broma ni qué ocho cuartos! ¡Venga, haz lo que te digo, ahora mismo!

Los dueños miraban hacia otra parte disimulando, como si no tuvieran nada que ver con el asunto.

—Bueno... —dijo Ramiro sin convencimiento.

Asió la escalera y, amedrentado, cruzó entre los escasos madrugadores “parroquianos” de la mañana y llegó al fatídico lugar. Mil encontradas emociones le embargaban. Permaneció indeciso, tratando de reflexionar, pero su excitación nerviosa se lo impedía. Decidióse al fin a ejecutar la insólita orden. Miró como hipnotizado la anticuada vidriera con dibujos entrelazados, por fin empujó la escalera, pero con tanto reparo y miedo, que resbaló suavemente sobre el vidrio dejándolo incólume. Le quemaban en la nuca las miradas de Merino y las de los dueños. Sentíase tremendamente ridículo y se indignaba consigo mismo por aquella irresolución que le atenazaba. Empujó de nuevo la escalera con el mismo resultado. El

exacerbado temor le producía un sudor frío y pegajoso.

—¡No vales ni para esto! —le dijo Merino, enfadado, acercándose al lugar de los frustrados intentos. Miró hacia el interior del local. Nadie parecía haberse dado cuenta del incidente. Asió la escalera con vigor inusitado, con sus largas, finas y delicadas manos y tomando impulso la arrojó violentamente sobre la frágil vidriera, que saltó hecha añicos con gran estrépito. Miraron sorprendidos los clientes hacia el lugar y en ese mismo instante gritó Merino con aparente indignación:

—¡Coño...! pero... tú ¿qué has hecho, hombre?

—¿Yo...? —atinó a pronunciar Ramiro, tan anonadado y descompuesto que parecía a punto de un desmayo.

—Anda, recoge los vidrios rotos, esto ya no tiene arreglo —díjole Merino como resignado ante la catástrofe.

Fue Ramiro recogiendo lentamente los trozos de vidrio. Tenía húmedos los ojos. Un nudo en la garganta le impedía casi la respiración. Poco después, pasado ya el incidente, oyó a los dueños y a Merino reír a carcajadas:

—¡Mira, que es bobo! —decían divertidos.

—Ahora que pague el seguro.

—Pues claro, ¡no faltaría más!

Los escasos caudales que Ramiro ganaba a pulso, se le iban a Merino en la obscuridad de las noches orgiásticas. Se le esfumaban dejando únicamente el infame sonido de la vulgar calderilla, sueldo y consuelo engañoso de su aprendiz que, después de finalizado el trabajo de "La Mejor Taberna", continuó siendo acreedor más que a medias y agradecedor de amables palabras, afectuosas sonrisas y confianzudas palmadas en la espalda. Recibió Ramiro solamente una ínfima cantidad de la abultada deuda y siguió pintando muñecos y velando el dulce sueño mañanero del gracioso patrono.

A Ramiro, los ardores sexuales padecidos en la calle

Rúa —influencia de “Billi el Niño”— le habían dejado una enfermiza secuela, un molesto y febril desasosiego que le traía a mal traer: se excitaba a menudo sin aparente motivo y se convertía en imaginario amante de las mujeres lozanas que poblaban la ciudad. Pasaba las horas de taller en imaginarias aventuras carnales, recreándose en el morboso goce que era puro sufrimiento. Ahora las exigencias de la naturaleza joven le hacían la vida difícil de sobrellevar. Se atormentaba su estrecha conciencia, deformada con las terribles sentencias y anatemas de “La Residencia”. El morboso goce era pecado; pecaminosos los sucios pensamientos y los deseos y aquella especie de perro rabioso que le debilitaba mordiéndole las entrañas. “El Mundo, el Demonio y la Carne”. Sí, pecaba. Pecaba inevitablemente contra el amplio y terrible sexto mandamiento. Pecaba con todas las de la ley y a pesar de su débil voluntad. “¡Es pecado!, ¡es pecado!” —se repetía siempre vencido, sufriendo en propia carne la eterna lucha del ángel bueno contra el malo

La silenciosa Mónica, siempre desgredada y sucia, tenía pocos encantos que admirar, pero aquella tarde la pasión de Ramiro marcaba alta temperatura. Entró la manceba saludando tímidamente y como de costumbre procedió a hacer la cama de Merino. Tiró de las mantas y las colocó sobre una silla, luego las sábanas. Dio vuelta al colchón y le sacudió varias palmadas. Trabajaba con pausas, sin prisas, de espaldas al taller. Enseñaba descuidadamente, al agacharse, los rollizos y blancos muslos por la parte de atrás. Lo doméstico e íntimo de la escena, al escuálido aprendiz le exacerbó el deseo. Empezó a considerar la posibilidad de su bautizo carnal. Se había puesto tembloroso, con el pulso acelerado. Pero dudaba. A ratos le parecía fácil empresa; a ratos inaccesible fortaleza. Las bragas de la callada manceba eran negras, de un negro desvaído, que contrastaba vivamente con la pálida carne, falta de sol, de aire, de higiene y de caricias amorosas. Vulgar y mísero plato para un estreno sexual. Pero en estas cuestiones y en estos tiempos obs-

curantistas y difíciles, la suerte mandaba, imponía sus caprichosas condiciones. Y aunque Ramiro tenía formado un ideal de cuerpo femenino, en aquel momento, a flor las ansias de la pasión, se le borraba todo ensueño para dejar al desnudo lo ancestral, lo puramente animal. Mónica continuaba su lento quehacer sin sospechar tan siquiera la horrible agitación que abrasaba al pobre aprendiz. Vestía ajustada blusa blanca y falda corta que señalaban en el rechoncho cuerpo de mujer en decadencia, insinuantes redondeces e insólitas protuberancias. Ni una sola vez miró hacia el aprendiz. Se había acostumbrado a saberle allí, siempre igual, callado, agachado sobre la mesa de trabajo, de espaldas, como ausente del mundo y de las cosas. De todos modos por mucho que observara, tampoco ahora notaría gran cosa; quizá alguna furtiva mirada o algún nervioso y desusado movimiento. La agitación estaba bien disimulada; soterrada en lo más profundo. Si sucediese un desequilibrio en las fuerzas antagónicas, pasión-inhibición, sería inevitable un atropello. Faltaba normalidad en el carácter y en la lívido del pobre adolescente, para la seducción. Estaba ya, pese a su corta edad, frustrado para el sutil juego del amor. No sabía ni podía desplegar los matices y colores que adornan el preámbulo de toda seducción.

Finalizada la cama, Mónica salió de la alcoba en silencio, sin hacer ruido, con aspecto cansino, igual que todos los días, como el viejo gato dormilón de la casa. Regresó a los pocos minutos portando recogedor y escoba. Ramiro seguía de espaldas, agachado sobre la mesa, disimulando, consciente y dolido de su aniquiladora irresolución. Se le había escapado el momento propicio, el encanto álgido del instante apropiado. Sentía pena por el fracaso y tenía el cuerpo debilitado.

—¡Adiós...! —se despidió la manceba con voz melosa y acariciadora.

Ramiro contestó con un extraño sonido gutural, como si en aquel preciso instante se le atragantaran las palabras.

Aquella fría mañana de Año Nuevo, Rosendo y Ramiro subían lentamente por la empinada carretera hacia San Esteban de las Cruces. A medida que ascendían aumentaba el frío y el viento. Había amanecido encapotado, amenazando lluvia o nieve. La inmensa mole del monte Naranco confundíase con el cielo amenazador.

“A mal tiempo buena cara”, —decía Rosendo con optimismo, enterradas las manos en los bolsillos de la gabardina, encogido y con el rostro enrojecido.

Ramiro portaba los cachivaches de pintar y luchaba penosamente contra el despiadado viento, para que no le arrebatara la blanca tela.

Por donde iban, carretera arriba, a poco que se dejaba atrás el barrio de San Lázaro, empezaba a verse la ciudad vieja, arracimada apretadamente, pegada a la catedral. La gótica torre sobresalía orgullosa y punzante por encima de los negros y entristecedores tejados, como vigía permanente. Por entre aquellas viejas casas, estrechas y húmedas callejuelas, vagaba aún el espíritu atormentado de la Regenta y el del Magistral. Aún se conservaba intacto el aspecto melancólico y sobrecogedor de Vetusta.

Rosendo iba a visitar a sus parientes de San Esteban de las Cruces. Les profesaba un singular y fiel cariño. Le hubiera gustado subir también con sus hermanas, pero las monjas de “La Residencia” las tenían encerradas en el triste patio de la Reina. “Entre santa y santo cal y canto”. Temían siempre lo peor, nadie estaba libre de una mala tentación; el diablo andaba al acecho. Desconfiaban de todo y de todos. Rosendo sufría resignado esperando el día de la remisión. Había pedido a Ramiro que le acompañara; quería presentarle a sus parientes. Además, aseguraba que desde allá arriba se veían grandiosos paisajes.

La ejemplar amistad que unía a los dos amigos era invulnerable, como agua clara que discurriera sin esfuerzo, impelida por leyes físicas inmutables. Se querían fraternalmente, con naturalidad, compenetrados sin pensarlo. Sus espíritus poseían esa necesaria afinidad por la que

misteriosamente, entre millones, dos seres se encuentran y caminan ya al unísono.

Llegaron a la cumbre. San Esteban de Las Cruces a la vista. Una desguarnecida casita blanca, otras pocas más allá, separadas, distantes sin relación, a la vera de la negra y serpenteante carretera. El cielo plumizo besa las desnudas montañas. Sopla el viento ululando tristemente en el silencio concreto de este mediodía.

La casa de los parientes de Rosendo —una simple edificación rústica y desnuda, de una sola planta— está construida toscamente con piedra ocre del país. A su lado se alza, mayestático y solemne, un viejo hórreo.

Fueron recibidos con alegría. Eran gente sencilla, llana; limpios de sutilezas, generosos y pobres. Se extrañaban de la afición y de los bártulos que portaba Ramiro.

“¿Pintor de cuadros?” ¡Ah...! Eso tiene mucho mérito” —dijeron con evidente simpleza, denotando con los gestos, reticencias y silencios, una gran ignorancia sobre el particular.

Lo de ellos era la tierra. Sudar con el trabajo, esperar la cosecha y aguantar con esperanza, que era bastante, mucho, demasiado para, además, tener tiempo y saber de otras cosas. Les divertía que les “retratara” la casa y el hórreo. Decían que de cosas tan viejas y feas no se podía sacar nada bello. Denotaban un concepto de la belleza puritano, vulgar y burgués, llegado a aquella soledad, quién sabía cómo.

El viento helado pasaba raudo y afrentoso, amenazando continuamente con llevarse la tela y el caballete. Había montado los bártulos bajo un desnudo manzano, buscando quizá un precario refugio, un lugar menos combatido. Las añosas cañas entrechocaban con estrépito dolido en aquellas horas jóvenes y tristes de la tarde. No se rendía el aprendiz de rotulista: aguantaba encogido, atarido, las gélidas tarascadas del implacable viento. De vez en cuando llegaba Rosendo para ver cómo iba la obra, pero se iba pronto, maldiciendo contra el desapacible día.

—¡Qué...¿cómo va eso? —preguntaba, mirando admirado el frío que arrugaba a su amigo.

La obra no tomaba buen camino. Costaba trabajo captar los sutiles matices, las vaporosas sombras y los colores perdidos de este día gris. Se daba cuenta y sufría y esperaba la chispa que iluminara su martirizado cerebro. No se daba por vencido. Pero no bastaba con la sensibilidad dolida ni con la retina certera; quizá le faltaba ímpetu y dominio de la técnica del óleo. Era una de sus primeras fantásticas aventuras con lienzo grande, caballete y colores con fulgor nuevo. Los métodos que había estudiado en libros con títulos esperanzadores, ahora no le valían absolutamente para nada. “La letra con sangre entra”. Ni tan siquiera así. No bastaba con leer un libro, ni dos, ni mil; montañas de erudición serían insuficientes. No bastaba tampoco con las ganas. “Hace más el que quiere que el que puede”. No se podía por mucho entusiasmo que se pusiera. No, por ahora aún no se podía, era demasiado pronto; había que seguir adelante cosechando fracasos, cobrando y matando esperanzas. El camino aún era demasiado largo. Y sufría vanamente haciendo frente al invencible gigante de la impotencia. Quería el éxito perentoriamente, ahora mismo, en estas horas novicias de 1951, como el niño que pide la luna. Fue su primer fracaso con tela grande, caballete y colores aceitosos. Nadie más que él lo sabía. Ni Rosendo ni los parientes sospechaban su dolor.

“Está muy propio”.

Bastante hacían con ir tirando de su vida mísera estos labradores de alta montaña, secano y esperanza de lluvia. No entendían nada ni tenían por qué entender en estas cosas tan complicadas de colores, formas y calidades.

Se despidieron cuando aún había luz en la tarde y emprendieron la marcha, avanzando en el afilado frío y en el viento quejumbroso. Bajaban apresurados, con hastío en la mirada, muerta la esperanza de lo inesperado, sabiéndose el camino y el paisaje circundante de la subida. Ramiro cargaba con los bártulos y con la vergüenza del primer fracaso. No tenía vigor suficiente contra el viento

para sujetar y ocultar lo inútil de su esfuerzo: el paisaje mal pintado en lienzo grande y ostentoso. Llegaron a la ciudad cuando las amarillentas luces de los faroles públicos reflejaban su timidez en las mojadas calles. Sortearon los lugares más concurridos y llegaron a "La Residencia" doblegados por el cansancio.

Al día siguiente, en la madrugada del 2 de enero, Ramiro no tenía fuerzas ni para levantarse. Cuando "el Peu" le intimó, con su vocabulario soez y ademanes vulgares, a dejar la cama, le parecía oír su voz como entre sueños, lejos. Un pesado y total agotamiento le retenía postrado.

—No... puedo... —logró articular con sumo esfuerzo.

"El Peu" le miró con desconfianza, a la defensiva y frunciendo el ceño dijo iracundo y amenazador:

—¡Veremos si puedes, so vago!

Y acto seguido le echó violentamente hacia atrás las mantas, dejando al descubierto el exhausto cuerpo, desnuda la misérrima blancura de su consumida carne. Ramiro sintió un frío atroz.

—No... puedo... —repitió, sollozando.

"El peu" quedó perplejo y dominó su iracundia.

Pero... ¿qué te pasa, hombre —dijo, dulcificando la voz y tapando la hiriente desnudez.

—No sé... —contestó Ramiro, castañeteando los dientes.

Dos horas más tarde acudió "El Enfermero" que le miró extrañado, le tomó el pulso e hizo un significativo mohín. Le puso el termómetro y mientras esperaba sentado en el borde de la cama, sonreía metido en sus pensamientos. Al cabo de breves minutos miró el termómetro y silbó sorprendido.

—¿Qué te duele?

—No sé...; me encuentro mal —contestó el aludido, con voz apagada.

¡A ver si la vas a palmar! —dijo "El Enfermero" con desafecto y burla.

Poco después llegó el impenetrable don José, médico de la casa. Le auscultó detenidamente el pecho y la espalda. Una vez finalizada la revisión preguntó secamente a "El Enfermero":

—¿Dónde estuvo éste ayer?

El aludido se encogió de hombros y, dirigiéndose al chico, le apremió:

—¿No has oído? ¿Dónde has estado?

—Pintando... —balbuceó.

—Llévelo inmediatamente a la enfermería —ordenó don José, con su habitual mal humor.

Ya instalado en el nuevo departamento, llegó "El Director", hecho insólito y de mal augurio. Solamente en extremadas ocasiones se tomaba tal molestia. Miró al lívido enfermo con indiferencia.

—¿Qué le pasa? —preguntó al médico.

—Parece bronconeumonía, pero lo peor es que está muy débil. Ya veremos en qué para esto.

—¡Estos diablos siempre haciendo locuras! —dijo con acritud "El Director".

Salieron todos de la enfermería y quedó Ramiro sumido en las tinieblas y delirio de su enfermedad. Peligraba su vida, pero no se daba cuenta.

Al regreso de su última gira "El Padre Superior" estaba que se lo llevaban los demonios. Derrochaba furor desatado. Quería imponer a toda costa su santa voluntad. Quería mandar más que "El Director", que ya era mandar. "Manda más que Dios" — se murmuraba por los rincones. Traía en jaque a todo bicho viviente y cundía el pánico. Se agravaron las penitencias, los castigos corporales, los llantos y los sufrimientos de los pecadores hospicianos. Bramaba en el templo, gritaba en todas partes y condenaba sin freno con inaudita indignación. Se había impuesto la difícil tarea de santificar las almas mortifi-

cándolas. “Ahora o nunca”, parecía estar pensando y arremetía con ímpetu inhumano.

Santiago tenía poco aguante, menos que los demás. Desde que había tenido el desagradable incidente con el bueno de Colunga, permanecía sosegado, dentro de lo que cabe; pero ahora con las arremetidas y la nueva férrea disciplina, se le veía palidecer y apretar dientes y puños. “El Padre Superior”, cegado por la ira, perdía la noción de la realidad y no se fijaba en nada; no se daba cuenta de aquel peligroso estado de Santiago.

—¡Santíguate inmediatamente!

—¡No me da la gana!

—¿Qué...? ¿Cómo has dicho?

—¡Que no me da la gana!

—¡Toma, hereje! —gritó el terrible cíclope y abofeteó con saña el exangue rostro del contestatario.

Santiago aguantó de pie, tambaleándose, el tremendo bofetón y, como impelido por un resorte, levantó el puño —su terrible y huesudo puño mortífero—, dispuesto a asestarlo sobre la encendida cara de “El Padre Superior”, pero fue rápidamente y a duras penas sujetado, evitando así la agresión.

Ocurría el desagradable incidente en el comedor de varones, durante el rezo anterior al desayuno. Los nervios de todos a punto de saltar.

“El Padre Superior”, presa de violento ataque de histerismo, comenzó a gritar ridículamente:

—¡Me ha querido matar! ¡En esta casa moriré mártir! ¡Ha intentado asesinarme!

Salió del comedor a pasos agigantados y, ya lejos, en el silencio despavorido, aún llegaban nítidos los gritos, lamentos y sollozos.

Esta vez, Santiago no fue a parar a la chirona, como se esperaba, por la sencilla razón de que había sido suprimida hacía ya tiempo. Lo pelaron al cero y lo castigaron a permanecer dentro del recinto amurallado domingos y fiestas de guardar, y los días laborales le permitieron acudir a su trabajo en las vías férreas, bajo control de salidas y entradas.

En la temida chirona se encontraba ahora la enfermería en donde, precisamente, se debatía Ramiro entre la vida y la muerte. La enfermedad parecía estacionaria, la alta fiebre no remitía y su debilidad aumentaba con frecuentes y copiosas hemorragias nasales. Parecía inevitable un fatal desenlace. Pero lo peor era la pena y las aparentes pocas ganas de vivir que tenía el desgraciado adolescente. Sentía más que nunca la falta de cariño maternal, y las eternas y aburridísimas horas de postración le hacían la vida inaguantable. Se le amalgamaban en el febril cerebro imágenes y recuerdos antes casi olvidados: la madre distante, la pálida y añorada hermana, verdes montañas y bosques, la abuelita Generosa, caminos polvorientos, paisajes nevados, Marixa, días de sol, caballos blancos, días grises y lluviosos, cantos guerreros... La vida desfilando de nuevo, presente, retratada, como soñada.

Sor Lorenza, "la china", encargada de la enfermería, atendía a Ramiro con estudiada solicitud, con un mal disimulado deje de burlona ironía. El enfermo agradecía los cuidados sin captar la sutilidad del trato.

—¡Qué poco espíritu tienes! —solía decirle sonriendo, pero con evidente desprecio.

Sor Lorenza "la china", poseía un elevado y natural concepto del estoicismo.

—Hijo, todos hemos de morir algún día —aseguraba fatalmente, queriendo quitar importancia a la enfermedad.

—Vamos, vamos, aguanta un poco —decía con indiferencia ante los sufrimientos del pobre adolescente.

Le cuidaba con solicitud, pero mecánicamente, sin poner el alma, con inaudita frialdad, distante. Le indignaba además la endeblez de espíritu y la poca resignación del enfermo.

"A nuestro Señor Jesucristo, le clavaron en la cruz y era Dios".

Le trajo una medalla de latón colgada de un hilo blanco con la efigie de la Milagrosa.

—Póntela, que la Virgen Santísima te curará si te conviene.

La ciega fe de sor Lorenza, producía espanto. A Ramiro le hacía sentir negros presagios y le asustaba.

“El Rija”, estudiaba para practicante y bien miradas las cosas, hubiese podido hacerlo para médico, si en “La Residencia” le pagaran los estudios. A sus conocimientos y entrega debía Ramiro la débil vida que le quedaba. Le cortaba las copiosas hemorragias sin inmutarse, siguiendo metódicamente procedimientos ortodoxos. A pesar de su juventud, no más de dieciocho años, había en él algo especial que infundía confianza y serenidad. Sabía consolar sin producir susto.

—Tranquilízate. Esto no es tan grave como parece.

“El Rija”, bastante más bajo que alto, menos esbelto que fornido, más bien feo y viril que otra cosa, cortejaba a salto de muro a la bella Piridia, hospiciana de abolengo y de aquí te espero. Amor apasionado de ocasión buscar, de rendija de puerta y agujero de cerradura; de ventana alta y reja. Lo sabían las monjas y daban ya por perdida la partida. Después de tanto bregar en contra del amor, sabían que el diablo llevaba las de ganar.

“El Enfermero”, excombatiente de la guerra civil del 36, relojero de profesión, ocupaba el descansado y vitalicio puesto de su apelativo, por obra y gracia de un “enchufe”. A raíz de terminada la contienda, se dedicó a ejercer el oficio de relojero y, al principio, gracias a su facilidad de persuasión y simpatía natural, fue tirando, mal que bien. Pronto empezó a adquirir mala fama y a perder paulatinamente la clientela. Su desmedido afán de lucro le iba a perder. Entregaba los relojes como nuevos, en apariencia más nuevos que antes, tan brillantes y limpios que podían servir de espejo. El cliente salía contento y agradecido, pese a las pesetas que le había costado la broma. En poco tiempo el flamante y endiablado reloj perdía el brillo y ya no funcionaba ni a tiros. Después de múltiples arreglos y en vista de las recaídas, el extrañado y sacrificado cliente optaba por arrojar a la basura el oneroso ca-

charro o llevarlo a otro relojero, y he aquí que éste, se encontraba con ejes de madera, espirales de alambre, alfileres, masilla e infinidad de extrañas piezas, adaptadas por el ingenioso colega. Inevitablemente llegó el fracaso. Dio en quiebra. Pero con su buena estrella, simpatía y relaciones públicas, consiguió el mencionado enchufe de enfermero, proporcionado por un alto jefazo de la Diputación que, por lo visto, encontraba similitudes entre los desarreglos de los relojes y las enfermedades de los chicos hospicianos. Sea como fuere, el ilustre relojero ejercía ahora de enfermero con el ingenio y gracia que le caracterizaba. Lo mismo desinfectaba las heridas con gasolina que ponía inyecciones intravenosas en el glúteo; curaba cólicos misereres con aspirinas, sarna, tiña y miserias de la piel con infusiones de manzanilla. Y lo hacía con tanta prosopopeya y seriedad, que la víctima no dudaba de su cura. Lo extraño del caso era que, bien por sugestión o por otras causas, los pacientes sanaban y ya no volvían a recaer.

“El Enfermero” usaba sombrero en contra del sentir popular. Nadie admitía que tuviese derecho a usar tan señorial prenda. Rufo y Ambrosio, los conspicuos maestros zapateros, alérgicos a los cubrecabezas con empaque, se habían erigido en sus más enconados detractores y se reconcomían manejando atroces apelativos.

“¡Adiós, matasanos!”

“¡Buenos días, lavaculos!”

“¡Buenas tardes, doctor de bacinilla!”

“El Enfermero” sabía capear el temporal con su grajeo nato. Pasaba y correspondía a los improperios con un sombrerazo, saludo tan educado y elegante que los envidiosos remendones quedaban mudos de tanta indignación. Se puede asegurar, sin temor a faltar a la estricta verdad, que el sombrero no le quedaba del todo mal, si bien su aspecto daba el tipo exacto de un ganster de película americana.

“El Enfermero” practicaba además un negro sentir del humor:

“No te preocupes, que de ésta no sales.”

A Ramiro, las tremendas brabatas le producían risa.

Si por alguna imprevista circunstancia, tenía que inyectarle, sacaba todo el partido posible para evidenciar su humor.

“Venga, macho, pon el culo.”

“¡Rediez..., qué culo más feo!”

“El Enfermero”, aparte de sus otros oficios, llevaba oculto púdicamente en algún rincón de su intimidad, la vocación de banderillero; sueño imposible, no realizado. Inyectaba, previo un dudoso y extraño ritual, elevando mucho los brazos y como mirando al tendido, arrojando jeringa y aguja unidas sobre la blanda e indefensa nalga.

“El Enfermero” tenía un brillante historial de guerra, había luchado en el frente del Ebro y ejercido de listero de fusilados. Ya arrimado al paredón, gracias a un indulto milagroso de última hora, salvó la vida. Como sentía horror por la sangre, recordaba con espanto aquella difícil época. Decía que la rara calva que le nacía en el cogote y llegaba al occipital, había sido fruto de un sobresalto.

“Eso fue tiña” —aseguraban Ambrosio y Rufo, regocijándose malévolamente.

Se dejaba crecer el pelo para tapar la desnuda región. La hirsuta pelambrera le caía sobre el blando y feo cogote, como una especie de raquílica escoba.

“El Enfermero” era un tipo simpático, interesante, querido y admirado por todos los chicos de “La Residencia”.

Ceferino y Agapito estaban de plantilla en la enfermería, tenían allí un puesto vitalicio en contra de su voluntad y aspiraciones. Ceferino había caído de un andamio trabajando de peón albañil. La caída fue aparatosa, pero, en apariencia, sin consecuencias graves. Curó las magulladuras y contusiones sin darle mayor importancia y al año, poco más o menos, fue necesario estirparle un riñón. Ahora, aquí estaba, a sus veinticinco años, comien-

do "la sopa boba" y con la desesperación a cuestras, sin saber qué hacer de su vida. Ayudaba voluntariamente en los cometidos más desagradables de la enfermería: limpieza de orinales, retretes, suelos, etc. Lo hacía para engañarse a sí mismo, para no creerse un inútil total. Daba lástima ver su juventud, humillada en menesteres tan vulgares.

Agapito era un caso de punto y aparte. Vivía de puro milagro. Con los pulmones deshechos por la tuberculosis, desahuciado, entrado en coma y recibidos los últimos sacramentos, había resucitado milagrosamente de entre los muertos y aquí estaba vivo y coleando. Estuvo varios años en "Los Tres Chalets" en Pola de Gordón, curando, a base de neumotorax, la tuberculosis que le llevó al filo de la muerte. Tenía ya veinticuatro años y también, como Ceferino, ansiaba solucionar el problema de su vida. Antes de caer enfermo tocaba la trompeta en la banda de música de la Diputación y trabajaba en la oficina de "La Residencia". Cuando regresó, sus pulmones no valían para tocar la trompeta, y en cuanto a lo de la oficina, le habían cubierto la plaza. Así que estaba cesante e impotente, viendo pasar el tiempo sin solución, siempre esperando una oportunidad que no llegaba.

Agapito, recientemente, había recibido una extraña visita: un hombre y una mujer que aseguraban ser sus padres. Le contaron que había sido ingresado en "La Residencia" por el torno, con nombre y apellidos grabados en una medalla que llevaba al cuello. Agapito no les quería y lo hizo constar. Los viejos lloraban entristecidos. Empezaban a pagar cara la culpa de su ligereza y olvido. Todo había sido fruto de unos amores secretos. Por aquellas fechas de la aventura amorosa, él, ya estaba casado con otra mujer y pertenecía al benemérito y heroico cuerpo de la Guardia Civil, de estrictas normas de ética y disciplina. Hubiese sido cesado inmediatamente. Se deshicieron de la criatura; pasaron los años; llegó la jubilación y la conciencia empezó a doler en demasía. Decidieron, al fin, indagar el paradero del hijo. Quién sabía lo que habría sido de él, hasta podría haber muerto, se decían. Ahora lo te-

nían presente y no les quería; les trataba con una frialdad inaudita, como a dos extraños o quizá peor. Marcharon con la pena clavada en el alma. Escribieron al poco tiempo por separado. En la carta de ella había dulzura y dolor; en la de él, autoritarismo e incomprensión. Le ofrecía dinero y protección bajo disciplinadas condiciones. Agapito rechazó el ofrecimiento con indignación y orgullo herido. Aunque fríamente, se trató con la madre y empezaron a verse de vez en cuando. En lo físico tenían un gran parecido. Mujer delgada, alta y distinguida. Parecía siempre apenada. Deseaba ayudar a su hijo, pero no debía contar con medios económicos y él, además, seguía reacio a toda ayuda.

Pero dos alicientes tenía Agapito que le hacían la vida más llevadera que a Ceferino y a otros en parecidas circunstancias: Su afición al dibujo y la dulce Lucinda. A la dulce Lucinda la veía cuando podía y furtivamente, en especial los sábados cuando abrían “el ropero” para entregar las mudas limpias a los chicos. Todavía no había podido declararle su amor. Las monjas no quitaban el ojo de encima y ella padecía de una extremada timidez que a su enamorado le parecía el colmo del encanto. Aparentaba ser insulsa y monjil, pero engañaba: tras de aquel velo de inexpressión, se ocultaba un temperamento ardiente, sojuzgado por el miedo y los conceptos religiosos errados. Miradas las cosas a la ligera, sin profundizar, parecía inexpugnable y más para Agapito, feo entre los feos, descarnado, desgarrado y con voz aflautada. Sin embargo, éste, iba allanando el camino, venciendo dificultades, y ya había logrado inquietar a la bella, que pasaba de sonrojo en sonrojo, cada vez que lo veía. Además, el pícaro enamorado practicaba una política distinta a la habitual en “La Residencia”. Nada de salto de muro, de ventana alta, de reja o agujero de cerradura. No. Iba a pecho descubierto, sin ocultaciones; declarando su admiración y enamoramiento públicamente y esto que parecía una gran insensatez, le estaba dando excelentes resultados.

—¡Qué chavala! No hay derecho a que la tengan en-

cerrada —decía, medio en broma medio en serio, a sor Lorenza, que reía la broma.

—Tú, Agapito, siempre tan bromista, —reprochábale ella divertida, sin intuir la estrategia del enamorado.

En efecto, entraba la ingenua en “el ropero” y lo primero que soltaba era la ocurrencia de Agapito que, indirectamente, por tan sutil correo, llegaba a oídos de la dulce Lucinda, trastornando su juvenil espíritu. Así estaban las cosas, a punto de romance y caramelo, de conquista y amor desbordado; así iba mitigando la esperanza de su triste vida.

En cuanto al otro aliciente, el mundo del Arte, lo descubrió en Pola de Gordón, gracias a Pedro, pintor afamado, estudiante en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, compañero en la adversidad, enfermo de tuberculosis. Al ingenioso enamorado, lo que de verdad le apasionaba del Arte y en lo que destacaba sobre todo, era en la caricatura. Poseía un finísimo sentido del humor y un don especial para, con los trazos precisos, hallar el parecido y la gracia necesaria en tan difícil faceta. Ya había dibujado a la mayoría de los “mandamás” y su prestigio aumentaba día a día dentro del recinto amurallado. Las caricaturas de los zapateros remendones Ambrosio y Rufo, provocaron la carcajada general en “La Residencia”.

“Este parece un cerdo y ese otro un mono, quizá lo que son” —decía “El Enfermero”, vengándose de los improperios que a diario le dedicaban.

Enterados y avergonzados de la carcajada general, los dos prohombres se arrepintieron de haber posado, pero como ya no había remedio desahogaban la saña sobre “El Enfermero”.

“Adiós lavaculos”.

“Que le vaya bien, enchufado”.

“Hasta luego, tiñoso.”

Agapito llevaba siempre un bloc en bandolera, donde por medio de rápidos bosquejos iba dibujando la triste historia de “La Residencia”. Lo hacía simplemente por ocupar su tiempo muerto, sin creer ni pensar que pudiera

tener algún valor documental. En “La Residencia” nadie pensaba que aquella vulgar historia fuese merecedora de ser recogida. Los magníficos apuntes iban a parar por los suelos y, pisados y menospreciados, acababan sirviendo como papel higiénico para los antialérgicos e inmunes culos de los asilados.

Lentamente, Ramiro fue saliendo de la gravedad y a los quince días estaba ya totalmente fuera de peligro. “Estos hospicianos tienen más vidas que los gatos, son carne de cañón”. Parecía como si a “el Peu” le doliese que el pobre chico hubiese vencido a la muerte. La delgadez y debilidad del convaleciente era tanta que parecía más muerto que vivo y, sin embargo, su combatida naturaleza se aferraba desesperadamente a la vida. Ayudado por la simpatía y buen humor de Agapito, que en todo momento estaba de broma, fue cobrando ánimos. Sentía por el enamorado ingenioso una desmesurada mezcla de admiración y envidia. Le admiraba por su desparpajo e ingenio y le envidiaba por los años vividos en Pola de Gordón, valorando, injustamente, sólo el lado amable de su estancia, en especial el trato feliz y fructífero con el afamado pintor tuberculoso. Por una imperiosa necesidad del espíritu, sus pensamientos e ilusiones polarizábanse en el Arte, y ya aquel sentimiento tenía mucho de enfermizo delirio. Había hecho del Arte un dios al que sacrificaba todo su ser, sin pedir a cambio más que el placer estético.

Agapito guardaba con veneración tres pequeñas obras del pintor Pedro. Un retrato a la acuarela, un paisaje ejecutado al “guas” y un dibujo a lápiz. Cuando Ramiro los vio sintió un indescriptible estremecimiento; gozo, confusión e impotencia al mismo tiempo. Se dio cuenta de lo largo que aún era su camino de andar por el Arte; supo de verdad que simplemente con la intuición y el amor no bastaba. Agapito le aconsejó, echando mano de sus conocimientos adquiridos por medio del pintor Pedro, el dios caído, que penaba luchando con la tuberculosis y la desesperanza, allá, en las montañas de Pola de Gordón. Había que dibujar mucho. El dibujo era la base de toda

buena obra, "la madre del cordero". Apuntes del natural, sí señor; muchos apuntes y todo lo demás vendría como añadidura. "Buena pintura con mal dibujo, una mierda". Todo llegaría a su tiempo, si en verdad tenía que llegar. En pintura no valían las prisas, no se daban niños prodigio. "Dibujar, dibujar y dibujar".

A principios de febrero se reincorporó Ramiro a su trabajo en el taller de Merino. Daba por bien empleado el terrible trance que le tuvo al borde de la muerte. Ahora sabía a qué atenerse en cuestiones de arte. Agapito le había enseñado el camino. Ahora ya no iría nunca más a ciegas. Ya no volvería a cosechar un fracaso como el de San Esteban de las Cruces.

El día que Ramiro volvió al trabajo, Manuel se encontraba en las últimas. No había remedio. Su cadavérico rostro se afilaba por momentos, haciéndole muecas a la vida. Ante la extrema gravedad, corroborada y sentenciada por el médico, Merino y Mónica, aunque no eran precisamente fieles creyentes, decidieron avisar al cura. Enterado el moribundo del proyecto, cobró fuerza y lucidez milagrosamente, se incorporó en el lecho echando chispas por los antes apagados ojos y exclamó con extraordinaria energía y aplomo:

—¡No!

Fue un "no" rotundo, redondo, sonoro; el último "no" de su triste vida; un "no" para la eternidad; el "no" que sellaba definitivamente su férreo y ejemplar ateísmo.

Manuel moría fiel a sus ideales: desesperanzado ateísmo e inoperante existencialismo. "Después de muerto, la cebada al rabo" —había dicho en muchas ocasiones y nadie se lo tomaba demasiado en serio; parecían bravatas de resentido y, sin embargo, era un fiel exponente de su negro sentir. Ahora, moría con una paz inaudita e insensata. "La muerte es una fatalidad sin importancia". Lo

único importante para él era la vida y se le estaba acabando irremediablemente. “El único Dios que existe es la Naturaleza con todo su enorme poder”.

“¡Arrepiéntete!” —le hubiera dicho el cura en última instancia, como una amenaza eterna y él se hubiera reído diabólicamente en sus narices. “El Clero es una lastra para la humanidad”. Se hubiera reído con saña, seguro que de nada tenía que arrepentirse, como no fuese del fracaso de su miserable vida. En este caso, la inocente historia del hombre arrepentido a última hora se quebraba sin remedio. Manuel era ateo convencido, sin reservas mentales; tenía la certeza de la finitud total de la vida, sin esperanza de nada más. Creía sólo en la vida material. Todos los argumentos contrarios a su convicción le parecían absurdos.

Merino y Mónica comprendieron al fin, a última hora, la fuerza de las creencias de Manuel y optaron por no llamar al cura y esperar tranquilamente a que ocurriera el fatal desenlace. Parecían no sentir pena, como si esta muerte no fuese nada de particular; nada que afectara a sus vidas.

En el sepulcral silencio de la vieja vivienda, más preñado de augurios que nunca, se palpaba ya dolida paz de muerte. Sentíase allí, un contacto íntimo y total con el mundo sobrecogedor del reino de las tinieblas. El moribundo parecía pertenecer hacía tiempo a la empolvada historia de aquella vieja vivienda. Cuando expirara daría la impresión de que su vida y sufrimientos habían sido realidad mucho antes en el tiempo.

A las cinco de la tarde murió Manuel sin dolorosa agonía. Se fue al otro mundo dulcemente, en un lento declinar, en una especie de proceso o metamorfosis.

“Murió como un pajarito” —decía Mónica, sin pena ni sorpresa, como si hubiese sido un cotidiano y doméstico suceso sin importancia, un simple sueño.

Al día siguiente, por la tarde, lo enterraron en el cementerio de San Lázaro.

“¿Manuel? ¿Pero... ése no había muerto hace

años?" —decía la gente absurdamente, al paso del cortejo fúnebre.

Rámiro vio con dolor desaparecer en una bocacalle la funeraria que transportaba el cuerpo de su amigo y maestro en humanidades. Sintió de pronto una inaguantable aflicción y se le arrasaron los ojos. Cuando regresó a la vieja casa, le pareció terriblemente fría y vacía; un sepulcro. Manuel había significado mucho en su pobre vida de adolescente ignorante, le había transmitido su desgarrada filosofía y dado ejemplo, hasta la muerte, de estoicismo y fidelidad a sus ideales.

"El Padre Superior", se estaba pasando de rosca. Su extralimitada e intransigente conducta trascendía ya fuera de los altos muros de "La Residencia". Sus diatribas desde el púlpito aterraban a los entristecidos asilados y sorprendían a todo el mundo. Quería arreglar los problemas espirituales y materiales fustigando con terribles amenazas de penas eternas. Ponia en evidencia a los "mandamás" que ,con su acomodaticio y egoísta comportamiento, hacían inamovible la vida y los conceptos. Se iba creando enemigos en la sombra, que veían peligrar su cómodo vivir. "El Padre Superior" tiene razón en cuanto al contenido pero no en la forma de obrar" —admitían algunos sectores.

Para la Semana Santa de 1951, los asilados estaban preparados, convictos, confesos, sentenciados y requete-confesados. Habían salido de los ejercicios espirituales con tan grande atrición que en sus miradas se leía el terror.

"¡Os vais a condenar! ¡Os vais a condenar!" —escucharon durante varios días seguidos, trastornando sus infantiles espíritus.

"El Padre Superior" había repasado machaconamente todos los mandamientos menos uno: el sexto. Aquí, ten-

día un puente y se plantaba amenazadoramente en el séptimo. Atravesaba este puente colgante con horror, como si temiera caer al negro vacío.

El Domingo de Ramos había comunión general en "La Residencia". Antes de comenzar la misa de siete abrumaban los arrepentimientos en el solemne templo. Titilaban los cirios en los barrocos altares y las amarillas luces dibujaban sombras movedizas en las veladas imágenes, infundiéndoles aspecto fantasmal. La congregación de monjas bisbiseaba rosarios, jaculatorias y letanías. Pesaba el ambiente con visos de susto. En el acongojante recinto sagrado, los chicos y chicas evitaban mirarse temiendo que el pecado manchara la blancura de sus almas recién purificadas. Por fin, salió de la sacristía "El Padre Superior" camino del altar. Refulgían los rojos de los ornamentos sagrados, puestos expresamente para officiar la misa de este gran día. Cesaron los bisbiseos de los rezos y el silencio se hizo más pesado y agobiante. Rechinó un banco con insolencia en la parte de varones y las airadas miradas de los "mandamás" convergieron en ese punto, en busca de los irreverentes culpables. "El Padre Superior" ojeó con estudiadas pausas el misal, colocó los sagrados utensilios de officiar y dio comienzo a la santa misa.

La potente y sonora voz de "El Padre Superior" sobrecogía. Voz apropiada para recitar tragedias. Voz de cíclope. Retumbaba poderosamente, en el sagrado recinto, entrando a chorro por los asordecidos oídos. Convencía más por la potente voz que por lo elocuente. Aplastaba más que convencía. Asustaba.

El sermón de hoy versaba sobre el pecado, la muerte y las penas eternas.

—¡Hay que desterrar el pecado de este mísero mundo! ¡Sólo así es posible la salvación.

Los asilados permanecían acurrucados en los bancos de madera, con la mirada prendida en los agitados gestos y ademanes del cíclope.

—¡No habrá salvación posible para la humanidad si no toma conciencia de sus delitos hacia Dios!

“El Padre Superior” aumentaba su estatura poniéndose de puntillas, como si ansiara despegar su corpulenta humanidad de este mundo pecador.

—La muerte está ahí, esperando a la vuelta de la esquina; es preciso pues, estar preparados para acudir al juicio final con el alma limpia de pecado. ¡Ay de quién muera en pecado! ¡Más le valiera no haber nacido!

Y señalaba amenazadoramente con el índice, desde lo alto del púlpito, a la sobrecogida grey infantil que, por guardar silencio, casi no respiraba.

—Esto que llamamos vida no es más que un soplo, una prueba para ganar la eternidad.

“El Padre Superior” había desterrado de su vocabulario las palabras amables: amor, alegría, tolerancia, comprensión, paz, etc.

Cuando el terrible hombre acabó el sermón, los afligidos pecadores suspiraron aliviados. Tenían la impresión de que una gran tormenta había descargado sobre sus cabezas.

Transcurría la misa lentamente y entre rezos y suspiros se llegó a la comunión.

—Vamos, id saliendo en orden, sin prisas, banco por banco, para recibir a Cristo—dijo “el Padre Superior” con voz solemne, sosteniendo contra el pecho el copón repleto de Hostias.

Primero fueron acercándose los chicos, en fila india, uno a uno; después lo hicieron las chicas y, finalmente, las monjas y los “mandamás”. El fervor habíase adueñado de las almas en el recinto sagrado. Caras enterradas entre las temblorosas manos, rostros transfigurados, cabezas humilladas y cuerpos de hinojos.

Finalizó la misa con alivio general. Se veían sonrisas y ansias de sol.

—¡Quietos todos! Permanezcan en los asientos hasta que yo diga —bramó “El Padre Superior”, matando la alegría en los corazones.

Al cabo de breves minutos salió de la sacristía. Estaba demudado, con la ira a flor de piel.

—¡Tú, ponte en pie! —exigió, señalando amenazadoramente a Basilio.

El interpelado se levantó mirando con perplejidad al furibundo cíclope.

—¡A ver! ¿Por qué no has comulgado?

Basilio le miró ofendido, de frente, sin humillar la mirada.

—¿No has oído? ¡Contesta!

—No lo he creído conveniente.

—¿Cómo?

—¡No he querido!

—¡Eres un pobre loco!

A Basilio, por efectos del insulto, comenzaron a temblarle las manos.

—¡Loco, lo será usted, que se salta a la torera las normas de la Iglesia y la libertad de conciencia.

—¿Qué has dicho, deslenguado?

¡Ni más ni menos que lo dicho! Además, supongo sabrá usted que la Iglesia aconseja que en internados no se exija acudir a la comunión por riguroso orden.

—¡Este hombre está rematadamente loco! ¡Fuera! ¡Fuera todos! —gritó lleno de furor y humillación.

A medida que se iba despejando el templo, en medio de la consternación general, el iracundo sacerdote gritaba, fuera de sí:

—¡Hereje! ¡Hereje! ¡Tendrás que dar cuenta de tu osadía y desacato.

“El Padre Superior” parecía querer ignorar que Basilio se las sabía todas en cuestiones eclesiásticas, no en balde había estudiado varios años para cura. Si ahora se veía en esta lamentable situación de cura frustrado, sin oficio ni beneficio, había sido solamente por mala suerte y no por propia voluntad. Porque estaba clarísimo que su vocación sacerdotal era irrevocable, lo demostraba el tormento perenne de su vida por no haber podido ordenarse. Después de dos años en el seminario de Covadonga, tuvo que abandonar los estudios por ser hijo de padres desconocidos. Fue un rudo golpe que le mantuvo durante algún

tiempo como sonámbulo. Para su consuelo supo que podía haerse fraile dominico y, sin dudarle, ingresó en el seminario de Corias. Todo fue bien durante algunos cursos, pero un buen día, el Padre Visitador de la orden después de reconocimientos y conciliábulos, llegó a la conclusión de que los estudios, enclaustramiento y disciplina perjudicaban la salud mental del fervoroso estudiante. Pese a ruegos y llantos hubo de abandonar el convento y, con ellos, definitivamente, los estudios eclesiásticos. Tenía ya veinte años. Estuvo una temporada a la deriva, envuelto en el tormento de la frustración y, finalmente, dando muestras de enajenación mental, lo ingresaron en el manicomio. El dictamen del cuadro médico que le observó decía: hambre. En efecto. Basilio no padecía enfermedad mental de ninguna especie; simplemente, debilidad por inanición. Abandono de sus necesidades vitales. Quizá ansias de muerte, de aniquilamiento de su espantosa vida sin solución.

A Basilio no se le impuso castigo de ninguna clase, posiblemente por considerar que le asistía toda la razón, o bien, y esto era más probable, porque se le creía loco. De todos modos, la represión de que pudiera ser objeto no le haría mella. Infinitamente peor era el castigo que llevaba a rastras: la frustración de su mísera vida.

"El Padre Superior" continuó arremetiendo contra todo el mundo, enfrentándose a todo y a todos; fomentando enconos y confusión. Las altas jerarquías de la Diputación, en vista de las reiteradas acusaciones de escándalo y altercados, tomaron la irrevocable decisión de relevar a los curas de su cometido.

Cuando llegó a "La Residencia" la feliz nueva, hubo júbilo desbordado.

"El Padre Superior" se despidió en nombre propio y de la comunidad, reconociendo su fracaso. Habían hecho todo lo humanamente posible para reformar aquella lamentable situación; el mal endémico que imperaba en "La Residencia", pero nada habían conseguido. Bendecía y deseaba a todos el máximo bien posible

Marcharon por la noche, aprovechando el sueño, las sombras y el silencio reinante en la casa. Nadie les fue a despedir. Al siguiente día, la casa de curas aparecía extrañamente vacía y solitaria, cerradas puertas y ventanas. Los asilados, pasados los primeros momentos de euforia, parecían sentir nostalgia; quizá empezaban ya a idealizar el pasado. Tal vez comenzaban a darse cuenta que si bien los curas habían equivocado los planes y métodos, era injusto culparles de todo, de la miserable vida que se arrastraba en "La Residencia". Ahora, sin ellos, todo seguiría igual o parecido. El mal era más profundo de lo que a simple vista parecía: El mal de la época.

Aquel sábado por la tarde Rosendo estaba tan preocupado que daba lástima. No era para menos: su hermana mayor había sido citada para el día siguiente, en el economato de la Diputación, donde trabajaba como dependienta. Se comentaba que "el Jefe" seducía a las chicas de "La Residencia" y nadie podía asegurar con certeza, donde empezaba la verdad, donde acababa la mentira. Esta cuestión significaba una incógnita por despejar. Para Rosendo no había incógnita ni nada que despejar; para él, estaba clarísimo que "el Jefe" era un libertino y que su querida hermana corría peligro.

"¡Tiene bemoles la cosa!" —repetía indignado, devanándose los sesos en busca de una determinación sensata y eficaz

Le ocurría esto precisamente aquella tarde que estrenaba zapatos, corbata y camisa a rayas.

"¡Carajo, qué mala suerte!" —se lamentaba mirando embelesado el brillo de los flamantes zapatos.

"¡No vayas!" —había dicho a su hermana en un instante de ira y ofuscación.

"¿Quiéres que me lleven a "Las Adoratrices?" —le había contestado la muchacha con el temor aflorando a su carita pecosa.

“El Jefe” tenía mucha influencia con las monjas de “La Residencia”. La tuvo desde siempre, desde sus años mozos de hospiciano. Había ido escalando puestos sin reconocidos méritos. Su agradable presencia física le granjeó enamoramientos y apoyos incondicionales. En principio fue el favorito de aquel viejo capellán que murió olvidado después de larga agonía. Se fue aprovechando, dada su ambición, de otras deslumbradas personas, hasta llegar a ocupar el envidiado puesto que le permitía vivir a su aire. Ahora “el Jefe” andaba por los cuarenta bien entrados y de aquel tiempo de su juventud ya pocos se acordaban en “La Residencia”. De todos modos, quedaban los rescoldos que, añadidos al confuso escándalo actual, servía para aumentar allí, día a día, su denigrante fama de mujeriego y corruptor de menores.

Lo que estaba claro como el agua clara; lo que casi todo el mundo sabía en la ciudad, era que “el Jefe” tenía aficiones y caprichos de mahometano rico; que como tal, alimentaba manceba aquí y otra en Madrid. La de allá para los viajes esporádicos; la de aquí, a diario en las horas del día. La esposa, la madre de sus hijos, para plancharle las camisas y para alguna noche helada. Y como podía darse el gustazo de pagar honradamente sus carísimos caprichos sin desentonar, no estaba mal visto en región tan conservadora de las buenas formas.

Las monjas de “La Residencia” pecaban mortalmente por incrédulas. No creían en lo de la mala fama de “el Jefe”. Decían que eran meras habladurías de gentes malas y desocupadas. “Son unos lengualargas”. Le estaban muy agradecidas por infinidad de finísimas atenciones que con ellas tenía.

“El Jefe” tenía ojo clínico para ver o adivinar bajo los horrendos blusones disimuladores del sexo. Le ponían en fila a las más agraciadas. “La buena presencia es lo importante”. Sabía él mucho de los gustos del público. Las taladraba con ojo experto, de arriba a abajo. Luego, cuando se vestían de calle, estaban irreconocibles. “Parecen señoritas”. Al principio se mostraban cohibidas y asusta-

das; luego, a medida que pasaba el tiempo, iban adquiriendo experiencia y aplomo y ya no se les notaba el miedo. La que por su carácter pusilánime no se adaptaba, la metían en "el patatero", afeitada su pobre cabeza, monda y lironda. Seis meses pelando patatas en aquel hediondo cuchitril, curaban contumaces rebeldías. Para las incorregibles estaban "Las Adoratrices".

Rosendo estaba preocupado y tenía razón para estarlo:

—¡Tiene bemoles la cosa!

¡Vaya que si los tenía! Había de ser precisamente su hermana y en día de fiesta.

—¡Demonios, qué mala suerte! —exclamaba malhumorado.

La mala suerte de ser hospiciano, poca cosa, casi nada, un nombre a lo sumo.

Hoy domingo, fumaba con vicio, sin sofisticadas posturas, sin petulancia; temblándole las estigmatizadas manos a ojos visto.

—¡Le voy a romper la cara!

Estaba fuera de sí.

—A lo mejor no es para nada malo —le dijo Ramiro, sin convicción.

—¡Mierda! —replicó Rosendo, convencido de lo contrario.

—¡Le voy a partir la cara!

Se encaminaron hacia el economato de la Diputación, que había sido trasladado a una callejuela cercana a la vieja plaza del Fontán. Daban las once de la mañana. Alumbraba débilmente un líbido sol de abril en las calles endomingadas.

—¡Le sorprenderemos con las manos en la masa!

Estaba cerrada la puerta que daba a la calle. ¿Y si a pesar de todo eran infundios?. Dudaban. Sí, pero la chica estaba dentro y corría peligro.

Rosendo picó con reticencias, con miedo, casi con pavor. Pasó un minuto, dos; una eternidad.

—A lo mejor no hay nadie —dijo Ramiro cobardemente.

¡Mierda! —exclamó Rosendo, avergonzado de su irresolución.

Picó más fuerte, sin titubeos. Oyeron adentro el rechinar de una puerta al abrirse.

—¡Ya vienen! —exclamaron al unísono, con temblor en las palabras.

Unos segundos simplemente, con ansias de huída y los cerrojos de la puerta resonaron con desagradable extridencia.

—¿Qué quereis? —inquirió melifluamente “el Ayudante”, que prestaba servicios de alcahuete a “el Jefe”.

—¿Está mi hermana? —preguntó Rosendo.

—¿Quién? ah... sí, espera...

“El Ayudante” cerró la puerta tras de sí.

—¡Le voy a partir la cara a ese marica!

Al rato se abrió de nuevo la puerta, esta vez de par en par, y salió la muchacha, sonriendo alegremente.

—¿Qué pasó? —se apresuró a preguntarle su hermano, con evidentes muestras de nerviosismo.

—¡Nada!

La joven había llegado tan sólo unos minutos antes que su hermano y se encontraba esperando órdenes. Cuando “el Jefe” supo que preguntaban por ella, intercambió confidenciales palabras con “el Ayudante”.

—Vete, ya no haces falta aquí —le dijeron sin mirarle a la cara.

Rosendo se dio por satisfecho. De momento había salvado su amor propio y el honor de su querida hermana.

A los pocos días de haberse marchado los fracasados curas, llegó otro nuevo, a “La Residencia”. El padre Serrano, que venía bien aleccionado, traía nuevas consignas: tolerancia, comprensión y manga ancha. El primer

paso que dio en su política de captación, fue el trato directo y espontáneo. Nada de ceremoniosos sermones y terribles amenazas; sí, gozosas palabras y sonrisas anchas a voleo. Quiso ser amigo y compañero y no agrio superior. Hizo lo posible para granjearse las simpatías. Quiso “caer bien” y, casi de inmediato, conquistó los corazones de los amedrentados asilados. Con su clarividencia y conocimientos psicológicos, captó enseguida el ambiente. Buscó un cabeza de turco, que estuviese conforme e incluso orgulloso de serlo y le hizo de la noche a la mañana receptor de sus bromas, que provocaban la hilaridad y disdendían la vieja tirantez.

—¡Pacorro no seas ceporro!

Y la carcajada general trascendía fuera de los altos muros, más allá de las cuatro calles circundantes.

Era un acierto lo de escoger entre cientos a Pacorro, feo y raro ejemplar de la fauna hospiciaria.

Los años de sumisión vividos bajo la intransigencia religiosa habían ido acomplejando el carácter y desvirtuando los conceptos religiosos de los acogidos. Por eso, la tolerancia del padre Serrano producía estupor y curaba aprehensiones. Con su política de acercamiento y amistad ponía en evidencia a sus intransigentes antecesores. El contraste era tan notorio que parecía ofensivo.

“Acudid a los cultos religiosos voluntariamente, no seré yo quien os obligue”.

Desde entonces, en el templo, hubo más auténtico fervor y las mismas bajas: ninguna.

No estaba conforme el padre Serrano, y quería acabar de una vez para siempre con el lastre de los conceptos tradicionales:

“Vosotros no sois distintos, si acaso sois mejores, porque habéis sufrido más”.

Los “mandamás” estaban escandalizados.

“Nadie debe ni tiene derecho a emplear la violencia con vosotros”.

El padre Serrano fue pronto amado sin reservas por todos los asilados y mirado con recelo por los sorprendi-

dos y anonadados “mandamás” que con la marcha de los anteriores curas habían visto campo abonado para su libre albedrío.

El padre Serrano traía consigo una revolucionaria teoría de la existencia y de la justicia, que chocaba y ponía en peligro la sólida y nefasta continuidad histórica hospiciana. Y nada como las ideas revolucionarias para conmover y trastornar los espíritus acomodaticios. Aquí, en “La Residencia”, en pequeño, en aquel islote perdido e ignorado en el inmenso océano de indiferencia nacional, los espíritus repletos de inoperante conformidad, se habrían de soliviantar y oponer resistencia con todas sus fuerzas. Aún era pronto, pero ya se intuía la conmoción. Los gestos desaprobatorios, los secretos conciliábulos, las sonrisas irónicas y los malos deseos soterrados evidenciaban el movimiento de oposición. Y el padre Serrano, como sus antecesores, adolecía de pasión e ingenuidad, le faltaba diplomacia; mala cosa para luchar contra diabólicas sutilezas. Se enfrentaba a pecho descubierto y a ciegas y se exponía al fracaso. El tiempo lo diría. Aún era pronto; ahora le sonreía el éxito y en “La Residencia” había fiesta en los corazones.

Ramiro estaba mal; no se había repuesto debidamente de la enfermedad pasada. Su aspecto enfermizo llamaba la atención. Merino le miraba dubitativo y de vez en cuando le decía, amigablemente:

—Me estás preocupando. Tienes que cuidarte ¿eh?, de lo contrario te veo acompañando a mi padre.

El esmirriado aprendiz, falto de amor y de salud, iba por la vida olvidado de sus más perentorias necesidades vitales. Vivía en perpetuo sonambulismo, entregado a sus difíciles y obtusas cavilaciones, en alocada confusión con las ideas. A primeros de abril volvió a enfermar de gravedad. Perdió casi por completo el conocimiento y sólo

pudo darse cuenta que le habían ingresado en el Hospital Provincial. Una vez más su debilitada constitución física se debatía entre la vida y la muerte. Sufría estas horas dramáticas de su mísera vida, apartado en un cuartucho destinado exclusivamente para los contagiosos graves del pabellón núm. 8. Había contraído el tifus y agravado su delicado estado con una aguda pleuresía.

Durante diez eternos días permaneció en una completa nebulosa, entregado al delirio, abrasado por la fiebre y la sed.

“¿Ya murió?” —Oía preguntar como entre sueños, en lo obscuro del cuarto a unas sombras que entraban y salían constantemente.

Al undécimo día experimentó una ligera mejoría y empezó a tener conciencia de su yo. Se dio cuenta que una pálida monja le cuidaba con mimo, con tan esmerada solícitud como jamás había soñado. Pensó, dudando, si sería un agradable sueño, quizá una prolongación de su delirio. Pero no; sor Ana, la descolorida y joven hermana de la caridad, no era un sueño, aunque en verdad tenía algo de irreal; algo que le hacía distinta a las demás religiosas. Había en ella tanto de ángel como de humana. Tan silenciosa, dulce y etérea, que más parecía sombra que realidad corpórea. Era el Ángel de la Guarda del pabellón núm. 8. Atendió a Ramiro con tanto amor y abnegación que consiguió el milagro de revivirlo. Y sin embargo, con ser y por ser toda amor y entrega, transgredía las férreas normas establecidas por la monja jefe del pabellón.

“¡Haga el favor! ¡Deje a ese enfermo de una vez!”

Ya no volvió. Pasaba de largo, humilde y afanada, en el arduo cometido de atender a los enfermos infecciosos.

Al vigésimo día, fuera ya de peligro, a Ramiro le trasladaron a la sala núm. 2 del mismo pabellón, donde mal curaban algunos y esperaban la muerte los más.

Permanecía ya demasiado tiempo acodado en una de las ventanas de la triste sala, aspirando con avaricia el aire puro y fresco de la mañana, temiendo enfrentarse a

la cruda realidad que sentía a sus espaldas: los tuberculosos de muerte que reposaban esperando el final de su vida sentenciada.

—Parece que se ha quedado pegado ahí.

—¿Nos tendrá asco?

—¡Quién sabe!

—Pues él no estará aquí por un simple catarro, ¡vamos, digo yo!

Ramiro comprendió que debía decidirse de una vez. Dio media vuelta bruscamente y se enfrentó a lo pavoroso de su nueva situación. Se metió en la cama con el corazón en un puño, amedrentado, sin atreverse a mirar a su alrededor.

El Hospital Provincial estaba situado en un altozano, a tres o cuatro kilómetros distante de la ciudad. Lo habían establecido provisionalmente durante la guerra civil del 36, en lo que decían había sido construido para Horfanato Minero, y aún seguía allí por estas fechas de los años cincuenta. Consistía el tal hospital —lugar de muerte y vergüenza de la región— en varias edificaciones denominadas pabellones, separados entre sí prudencialmente y correspondientes a las distintas especialidades.

El Hospital Provincial era lugar inevitable y temido en la región. Quienes iban a penar en él, eran las gentes que no tenían dónde caerse muertas: los menesterosos, los enfermos de hambre y apuradas necesidades. Los hijos de la enfermedad y de la mala suerte. No había camas suficientes, pese al miedo, para depositarias de tanta calamidad.

Cuando Ramiro ocupó cama en la sala núm. 2 del pabellón núm. 8, se consideró que estaba de suerte. De no haber muerto horas antes el que la ocupaba, habría ido a parar a uno de los camastros extendidos por los pasillos. Había un hospital antituberculoso en la región, y con todo, este pabellón de infecciosos del Provincial, era insuficiente para tantas solicitudes.

En los primeros días, Ramiro sentía inmensa tristeza. El haber soslayado con suerte, una vez más, a la

muerte, no le consolaba. El ambiente al que ahora pertenecía, en el que, quisiera o no, estaba inmersa su vida, le deprimía inevitablemente. Le producían náuseas las continuas, agudas y quejumbrosas toses de los compañeros tuberculosos y su desvergonzada y repugnante manera de expectorar. Le producía pánico la falta de esperanza de aquellos desgraciados, su desgarrado excepticismo ante la vida, su lúcida espera ante la inminente e inevitable muerte. Le sorprendía la falta de pudor, la excitabilidad sexual de que se enorgullecían, los modos y maneras impregnados de grosería, el ansia y desacato con que desnudaban mentalmente a monjas y enfermeras.

“A esa le daba yo más gusto que una banda de música”.

A través de los amplios ventanales, siempre abiertos de par en par, Ramiro contemplaba con dolorida nostalgia de presidiario la inmensidad del cambiante paisaje que se le ofrecía a sus ojos asombrados. Hoy se divisaba la ciudad, perdida entre la bruma y disminuida en la distancia. Emergían de la algodonosa masa las altas y esbeltas torres de los templos, como poderosos mástiles de barco fantasma. Al fondo, en línea recta, se veían las imponentes y empequeñecedoras montañas del Aramo. A la izquierda, las alturas de San Esteban de las Cruces, como siempre, con un álito de pesadumbre, alumbradas débilmente por un tímido sol mañanero de este mayo florido y húmedo.

Sentía el pobre adolescente, en estas horas muertas de lecho, dolorosa ansia de libertad. Ahora, vagando la mirada por el frío y gris azulado paisaje, sentía que allá, fuera de esta sala del dolor, estaba la felicidad. Podía más en él el sentimiento que la razón. Sufría en presente, ansiando el regreso al dramático pretérito; a lo vivido. Padecía un eterno espejismo de los sentimientos. Pero la felicidad que ansiaba y presentía no estaba en “el antes” ni en “el después”. No estaba ni aquí ni allá. No la hallaba, no la hallaría jamás buscándola como la buscaba, porque su

dolida alma iba a ciegas, a tientas, trémula, con el dolor formando parte sustancial de ella.

Eran ya quince los días de su estancia en la triste sala de tuberculosos. Se había resignado y acostumbrado a mirar a derecha y a izquierda con menos asco y más comprensión. El dolor y las miserias vecinas no le afectaban en demasía. Además, se iba recuperando lentamente. “Estos hospicianos tienen más vidas que los gatos”. Quizá tenían razón en “La Residencia”, quizá fuera cierto que, a pesar del pesimismo, hubiese en el adolescente un desesperado deseo de vivir, un oculto e ignorado amor por la vida, que le hacía salir airoso de los trances de muerte. Los otros enfermos, hombres mayores en edad y en sin-sabores, le envidiaban.

“¡Ah, quien tuviera tu edad!”

Estaban a punto de agotar los días de su mísera existencia y retrocedían en el tiempo, envidiando la vida ajena. Le envidiaban por el tiempo que pensaban tenía por delante. No les importaría volver atrás a experimentar de nuevo la tragedia. Peor mil veces era la muerte. Amaban la existencia bastante más que antes de intuir que la perdían a pasos agigantados. Hacían planes de futuro y se engañaban íntimamente. “El Comerciante” estaba arrepentido. En cuanto sanara regresaría con su mujer y los cuatro hijos. Los había abandonado, hacía ya cinco años. Era de La Coruña, donde había tenido un floreciente negocio. El vicio del juego le perdió. Huyo la noche en que se arruinó del todo, y entró a trabajar en las negras y profundas galerías de las minas asturianas. En poco tiempo contrajo la silicosis en tercer grado. Sí, regresaría con su mujercita y sus hijos. Lo decía en alta voz para que todos en la sala le oyeran. El no era un desgraciado paria. Había sido todo un señor. Si se encontraba en estas circunstancias, era por la mala suerte. Ya había aprendido, estaba escarmentado. Regresaría y todo volvería a ser como en un principio. A las pocas horas agonizaba.

—¡Está muriendo “el Comerciante”! —exclamó el enfermo que ocupaba cama junto al moribundo.

Los compañeros se limitaron a volver la cabeza. Para ellos este dramático suceso carecía de importancia, en cuanto que no les afectaba en propia carne. Ramiro, sin embargo, sintió morbosa curiosidad. Quiso ver de cerca el trágico espectáculo de la muerte. Corrió en pijama hacia el lugar y al ver en toda su crudeza la magnitud del fatal hecho, quedó petrificado. Sintió incontenibles e intolerables deseos de reír. Rio sin cesar, locamente, tapándose la boca, temblando toda la fragilidad de su depauperado cuerpo.

“El Comerciante” agonizaba con los ojos en blanco. desorbitados; blancas y vacías las cuencas; dando las últimas bocanadas, abriendo y cerrando desesperadamente la convulsa boca; asestándole dentelladas a la vida.

Avisado el capellán, procedió a poner los santos óleos al moribundo que, presa de una última y violenta convulsión, con un gutural alarido, quedó fulminado y rígido.

La monja encargada de la sala oró brevemente en compañía de los enfermos; acto seguido, entre dos sanitarios, sacaron el cuerpo envuelto en una sábana. Durante algunas horas permaneció vacía la cama; luego fue ocupada por otro enfermo que traía otra historia henchida de sinsabores y desesperanzas.

Ramiro se fue acostumbrando a vivir en medio de tanto dolor y calamidad. Como iba paulatinamente recobrando la salud, le permitían salir de vez en cuando por la explanada donde se ubicaban los pabellones de las distintas especialidades. Sentía en estos momentos, a solas con sus ensoñaciones, contemplando las azuladas y borrosas lejanías, una dulce y paralizadora nostalgia; una indescriptible sensación del alma que le acercaba a la felicidad. En estas inolvidables horas comenzó a sentir de nuevo la llamada del amor. Una íntima ansia de amar y de ser amado le llenaba de cosquilleante emoción. Y se enamoró de unos ojos negros de mirada triste. Era casi una niña. Estaba tuberculosa y penaba también en el pabellón núm. 8, en la sala que estaba justamente debajo. La veía desde arriba, desde la alta terraza. Ella se asomaba todas las

mañanas al más cercano ventanal, pálida la carita bella, reflejada la pena y el insomnio de la noche en sus ojos negros. No se decían nada, se limitaban a mirarse intensa y largamente o a sonreír a lo sumo. Allí no estaba permitido amar. Los tuberculosos del Hospital Provincial no tenían derecho al amor.

A finales de mayo, fue dado de alta. Marchó con pena, mirando hacia atrás y cuando perdió de vista el triste lugar supo, con desolación, que su espíritu estaba más allí, en medio del dolor, que en el lugar a donde regresaba.

“La Residencia”, aquel bloque monolítico, “La Gran Familia” como había dicho recientemente en un discurso el presidente de la Diputación ovetense, empezaba a resquebrajarse. Había permanecido invariablemente anclada en el pasado, inmutable en el tiempo y en medio de los acontecimientos nacionales. Diversas eran las causas de éstas aún poco visibles pero peligrosas fisuras y todas partían de las ideas que comenzaban a nacer en la sociedad. Muchos principios y máximas de antes y después de la guerra, se extinguían: ideas caducas, momificadas e inoperantes que espíritus contumaces pretendían mantener y defender a ultranza. Esta brisa tonificante se iba infiltrando penosa y subrepticamente a través de las enrejadas puertas y altos muros de “La Residencia”. Los acontecimientos internos eran un pálido pero evidente reflejo del sentir popular de afuera. La cuartelaria disciplina se suavizaba con intermitencias, como grave y crónica enfermedad que presentase un cuadro clínico de retrocesos y leves mejorías. Los síntomas más claros eran la anarquía y el abandono reinante. Los “mandamás” descuidaban su cometido o lo extremaban hasta lo inconcebible. Cuando la basura se extendía por toda la casa y los excrementos rebosaban en los retretes; cuando los apasionados enamorados pasaban sin mayores peligros a la “huerta

lactancia" o los osados soñadores de libertad, saltaban impunemente los altos muros para lanzarse alborozadamente calle adelante, con ansias de sorpresa en la mirada, era un claro síntoma de que la crónica y grave enfermedad experimentaba mejoría. Sí, por el contrario, los castigos corporales arreciaban, la vigilancia se hacía insoporrible y las tristes brigadas de barredores y limpiadores de retretes trabajaban hasta el agotamiento bajo la temible amenaza del palo, era notoria la recaída.

Consecuencia de las nuevas ideas, habían sido la expulsión de los curas, la designación del padre Serrano y la inclusión en la antigua comunidad religiosa de monjas jóvenes, portadoras de conceptos revolucionarios. En esto, sobre todo, radicaba la gravedad de la enfermedad; lo otro, los rigores en la disciplina hospiciaria o su relajación, eran meros síntomas. Los asilados ignoraban la verdad; no calaban, no intuían siquiera la crisis que iba haciendo mella en la histórica institución; reparaban simplemente en lo visible de su cotidiano y triste vivir. Tomaban el pulso de los días juzgando por los acontecimientos someros. Y más les valía así, más les valía no saber que, inmersos en el devenir y en la lenta crisis, iban a ser, irremisible y fatalmente, las víctimas directas.

Entre las novicias recién incorporadas a la vieja comunidad religiosa, destacaba sor Antonia, que anteponía la caridad a la obediencia ciega, a la férrea disciplina hospiciaria y a sus tradicionales prejuicios. Producía escándalo y minaba la pétrea institución. Pronto consiguió el amor de los mil y pico asilados y la animadversión de los "mandamás".

Sor Antonia estaba exenta de falso aspecto místico y no creía que su bello rostro fuese un mal.

"¡Es una coqueta!" —murmuraban los "mandamás".

"¡De monja sólo tiene el hábito!" —aseguraban.

"¡El hábito no hace al monje!" —decían interpretando la frase a su conveniencia.

Y entre murmuraciones y extrañas prohibiciones le iba entrando a sor Antonia en el alma la desilusión y la

amargura. Aquello —según decía— no tenía en absoluto parecido con el ideal que se había formado de la santa congregación; era una burda caricatura de lo que su fundador, San Vicente de Paúl, había querido: aquello era todo menos amor al prójimo.

Y un día desapareció sor Antonia inesperadamente de la casa, dejando consternados a los acogidos, poniendo en evidencia las disensiones internas de la comunidad religiosa, que clamaba al cielo, pidiendo reparación, y castigo para la prófuga.

Sí, iban siendo visibles ya las fisuras en el bloque monolítico. Llegaban ecos de relevos, despidos y drásticas medidas, produciendo intranquilidad en los espíritus. En medio de aquel estado de incertidumbre, el padre Serrano se despidió un mal día, para siempre, de los acogidos. Se marchaba para Sudamérica. Se iba con sensación de fracaso; dolido, agotado de luchar contra taimados intereses. Se llevaba el sincero y entrañable afecto de todos.

“Os recordaré siempre”. “¡Que Dios os proteja!” —dijo, al final en un silencio insufrible.

Se marchó en pleno día, en olor de multitud hospiciaria, entre apretados abrazos y lágrimas incontenibles. Lo había intentado todo y se marchaba con la pena de no haber conseguido nada. Se iba, poco más o menos, como habían marchado un año atrás los otros ya olvidados curas.

“¿Qué pasa en “La Residencia?”

“¡Aquí no pasa nada en absoluto, todo sigue como antes, como siempre!” —aseguraban los “mandamás”.

A los pocos días fue designado otro capellán que empezó un nuevo intento entre la amedrentada grey infantil.

“A rey muerto, rey puesto” —decían, con sorna, los “mandamás”.

“¿Qué pasa en “La Residencia?”

“En “La Residencia” no pasa nada, todo sigue igual, como antes, como siempre”.

Manolón, “el sereno”, estaba furioso, echaba pestes por aquella descomunal boca suya, en contra de quienes se les había ocurrido instalar los malditos relojes chivatos. Los habían empotrado en las paredes en distintos y separados lugares de la casa, con el único propósito de controlar a los dos funcionarios nocturnos. Ahora, el furibundo sereno, iba de la ceca a la meca, subía y bajaba resoplando y maldiciendo, sin poder descuidarse en toda la noche.

—¡Hacerme esto a mí, después de veinticinco años de servicio! ¡Serán hijos de perra...!”

“Después de veinticinco años durmiendo” —decían con evidente mala intención en la zapatería.

Antes, el servicio nocturno era bastante llevadero; consistía simplemente en la vigilancia de la casa por la parte correspondiente a varones y en despertar a los meones para ir al retrete. Hasta se podía echar una cabezada de vez en cuando. Ahora, ni soñarlo. ¡Menuda exactitud la de aquellos diabólicos aparatos! Al menor descuido ya estaban marcando el retraso. Funcionaban de diez de la noche a seis de la madrugada y no había celoso guardián que les pudiera igualar. Eran insobornablemente implacables. Todos los intentos de falsear los reiterados retrasos en el cumplimiento del servicio fueron inútiles.

“¡Un día me voy a hartar y... me los cargo!”

Estaba furioso y se convertía, sin poder evitarlo, en el hazmerreir de todos.

Manolón, “el sereno”, tenía aspecto de personaje de opereta; intimidaba a primera vista. Siempre tapado con una gruesa y descomunal capa, siempre en bandolera un terrible palo. Tomaba con frecuencia bicarbonato a puñados, para aliviar los ardores de una antiquísima, histórica úlcera de estómago que le traía a mal traer. Eructaba, carraspeaba y escupía como nadie, y estas sobresalientes cualidades imprimíanle característica personalidad. Y así como el sombrero era algo consustancial en don Orlando y la fea calva del cogote en “El Enfermero”, los ruidos fisiológicos eran en Manolón, “el sereno”, una parte más de su manera de ser. Si hay a quienes se les puede conocer por

el inconfundible modo de pisar, a él se le conocía, ya de lejos, por los estruendosos ruidos del carraspeo y escupitajo.

Manolón, “el sereno”, intimidaba a primera vista y sin embargo no mataba una mosca.

“En el fondo, ahí donde le ves, es un buenazo” — aseguraba Rosendo.

“Es un infeliz” —replicaba sarcásticamente “El Enfermero”.

“Es un zoquete” —decían en la zapatería.

Rosendo la había tomado con el noctámbulo funcionario y lo traía por el camino de la amargura. Se aprovechaba en la obscuridad, agazapado en el silencio de las horas nocturnas; las de media noche en adelante.

“¡Manolón... porcón!”

“¡Tu padre...!” —farfullaba el ofendido, cuando después de la sorpresa, reaccionaba.

Los insultos y las réplicas sonaban estentóreas y afilados en lo inmenso del “domitorio de mayores”. Llevaba ya varias noches aguantando los hirientes insultos e intentando descubrir al ofensor, pero hasta la fecha nada había sacado en claro. Le sucedía lo mismo que a “el Trosqui”: no sospechaba de Rosendo ni por casualidad.

“¡Manolón... cochín!”

“¡Rediez! ¡Como te coja...!”

A Rosendo, esta clase de bromas llegó un día que le parecieron demasiado inocentes; le aburrían. Sintió necesidad de algo más sonado. Aquella noche tenía un no se sabía qué de festivo en el semblante que a Ramiro le picaba la curiosidad.

¿Qué pasa?

—¡Nada!

—Algo estás tramando.

—¡Va!

—¡Seguro!

—¡Mir...!

—¿Pero... para qué quieres esos pedruscos?

—Ya lo verás.

Daban las dos de la madrugada en aquella noche ca-

lucosa de mediados de junio. En el "dormitorio de mayores" los voraces mosquitos competían con las repugnantes chinches en su festín sangriento. Ya en profundo sueño, las respiraciones tornábanse rítmicas y sosegadas. Sonaron fuertes pisadas por los corredores del patio Lorenzana. Cesaron pronto y volvió a reinar el silencio. Mientras Ramiro dormía, en su característico desasosiego, Rosendo velaba para el susto; esperaba el momento propicio. Se oyeron de nuevo duras pisadas y el inconfundible carraspear y escupir de Manolón, "el sereno", que verificaba su inacabable ronda. Llegaba el momento esperado. Entró en el dormitorio, atravesó lentamente a lo largo del pasillo central, a oscuras; se detuvo hacia la mitad, introdujo la mano en un bolsillo y sacó el consabido bicarbonato; acto seguido echó un puñado a la boca. Hizo después un raro sonido con los labios y se sacudió las manos enérgicamente. Por fin, reemprendió la marcha. Al final del recinto se asomó a una ventana y allí permaneció contemplando la estrellada noche. Escupió vigorosamente, lanzando el gargajo a considerable distancia; encendió un cigarro y, resoplando, empezó a desandar el alargado dormitorio. De pronto, en el viejo y carcomido entablado, se desencadenó un extruendoso tronar. Algo duro y contundente que rodaba a gran velocidad, acercábase peligrosamente hacia el noctámbulo funcionario.

—¡Cojo...! —gritó en el colmo de la sorpresa, y antes de que finalizara la frase, el extraño artefacto, chocó violentamente en la pata de una cama, cambió de dirección y fue a estrellarse con enorme estrépito contra una maleta de madera interpuesta en la vertiginosa trayectoria.

—¿Qué ocurre...? —inquirieron a coro los sobresaltados durmientes.

Manolón, "el sereno", corrió hacia los interruptores de la luz, encendió y con el rostro congestionado por la ira, preguntó:

—¿Qué ha sido eso? ¿quién fue el hijo de gamberra?
El dolido silencio contestó a su pregunta.

Rosendo dormía igual que un bendito, ajeno al susto general.

Manolón, “el sereno”, atravesó de nuevo el largo dormitorio, tratando de adivinar en los soñolientos y sorprendidos rostros. Al fin diose por vencido, hizo un significativo gesto de impotencia, escupió con rabia, llegose a los interruptores, apagó la luz y marchó del lugar de sus sobresaltos, farfullando ininteligibles frases. Y volvió el sosiego y el sueño al inmenso “dormitorio de mayores”.

Una de las principales causas que contribuirían a la desaparición del tristemente famoso establecimiento benéfico “La Residencia” fue la fundación del club de fútbol San Fernando. Partió la idea precisamente de Basilio, el ex seminarista, que no sabía ni la a del reglamento, ni había dado en su vida una patada al balón: pero que, sin embargo, mostraba capacidad de organización, iniciativa y entusiasmo. El flamante equipo, una vez federado, se le encuadró en segunda categoría regional, donde militaban históricos y potentes clubs. El equipo quedó formado por los siguientes jugadores titulares:

Alfredín

Eugenio		Pepi
Patricio	“el Bobu”	Delfín
Buiya, Andrés,	“Billy el Niño”,	Juanito, Emilio

“La Residencia” había permanecido aislada indefinidamente a través de los dos largos siglos de su existencia, formando un mundo distinto e ignorado. Los altos y pétreos muros que circundaban la casa, a semejanza de un convento de clausura, nunca habían sido traspuestos por extraños. Ahora, por primera vez, los ciudadanos de Oviedo penetraban atraídos por aquellos endiablados jóvenes que practicaban un fútbol tan distinto y viril. En escasas jornadas de competición, ya contaban con elevado núme-

ro de fanáticos seguidores de dentro y de fuera de los altos muros. Las gargantas lanzaban al viento en unísono grito, el bravío ¡ra...ra!, San Fernando ganará! Lo que no consiguió el tiempo, las lágrimas, los sufrimientos y los indignados clamores, lo conseguía un victorioso equipo futbolero de segunda categoría regional.

Patri y Andrés se convirtieron pronto en los ídolos de la apasionada afición. Su popularidad rivalizaba con la de los muchos más importantes jugadores del Real Oviedo, y ya en la ciudad no había quién no supiera de las hazañas futbolísticas llevadas a cabo por los dos fenómenos. Patri practicaba un fútbol cerebral de gran clase; de él partían las más incisivas y peligrosas jugadas. En contraste con el juego nervioso e impetuoso de sus compañeros, daba impresión de lento, pero nada tan lejos de la realidad, porque su reposado modo de jugar hacía estragos en las filas contrarias; sus imprevisibles y largos desplazamientos de balón, cogían desprevenidas a las más férricas, seguras y contundentes defensas. “Este espigado muchacho llegará a ser uno de los grandes del fútbol español” —escribió en cierta ocasión un crítico deportivo de la ciudad. Y no debía andar descaminado cuando algunos clubs de campanillas comenzaban ya a tomar auténtico interés.

“Andrés, no. Andrés, sí”. Andrés, potente máquina de hacer goles, era el terror de los guardametas. “Es una bestia” —decían alborozados los hinchas. Aquella especie de carro de combate, más ancho que alto, más furioso que robusto, pese a lo muy robusto y más bajo que la mayoría, era el máximo goleador de la segunda categoría regional. Había aprendido a jugar al fútbol en Sestelo, dando patadas a las piedras. Cogía un pedrusco, lo colocaba en medio de un camino y patada va, patada viene, lo desplazaba kilómetros adelante y así, poco a poco, con tan duro y singular sucedáneo de balón, fue adquiriendo notable dominio y fortaleza de piernas. La primera vez que pegó una patada a un balón de verdad le costó quince días en chirona. Tuvo la desgracia de que el impacto diera

exactamente en el trasero de un “mandamás”, al que fue necesario hacerle curas de rehabilitación en tan importante región anatómica.

Andrés aprendía el oficio de zapatero. Discípulo directo de Ambrosio, el insigne maestro de remendones, que veía, no sin envidia, cómo el fornido futbolista le iba desbordando en admiradores y popularidad.

—¡Es un bestia! —decía con desprecio, el envidioso.

—¡Pero mete goles! —le replicaba Rufo con sorna, hiriéndole en los sentimientos.

Un día aparecieron por la zapatería varios señores. Decían ser directivos del Langreano, club que militaba en la tercera división nacional. Venían a fichar a Andrés.

—¿El Langreanooo...? ¡Coño! —exclamó Ambrosio en el colmo de la sorpresa.

Setenta mil pesetas de ficha, tres mil de sueldo y un bien remunerado trabajo en una importante empresa, era algo increíble en las ilusiones acariciadas en “La Residencia”.

—Che, ya será menos, ¿eh? —dijo con incredulidad don Orlando, al saber la buena nueva.

Andrés fichó por el Langreano y a los pocos días se emancipaba de “La Residencia”. Marchó en olor de multitud hospiciana, portando una maleta de madera, fumando un puro habano y luciendo un clavel rojo en la solapa.

“¡Un bestia como ese ya no lo vemos!” —aseguraban algunos hinchas, pesarosos por la importante baja que Andrés significaba para el San Fernando.

“A los buenos se los llevan siempre los poderosos” —decían con rencor otros.

Tamaro, el afamado pintor paisajista, tenía el estudio en una buhardilla en la calle Mendizábal, frente a la Universidad. Era espacioso y bien iluminado. La luz entraba a raudales por una amplia claraboya. Repartidos aquí y allá, en perfecto orden, caballetes, botes con pinceles, bustos y relieves de escayola, tarros y tubos de colores, banquetas, sillas, telas y todos cuantos objetos eterogéneos forman parte de un estudio de pintor.

La impresionante apariencia de Tamaro, romántico de Romanticismo, daba lustre y esplendor a la ciudad de Oviedo. A Ramiro, el imponente maestro del pincel y del bien decir le causaba estupor, admiración y respeto reverencial. Esperaba con impaciencia las horas de clase que se le habían asignado y cuando finalizaban le parecían un soplo por su brevedad. Vivía en estos días de junio de 1951 en un perpetuo entusiasmo, en agudo delirio de los sentidos.

El encaje de aquella cabeza en yeso, creyó tenerla terminada en la primera sesión.

—Calma hijo, ten calma; las cosas de palacio van despacio —le dijo sonriendo el insigne maestro.

No, no era tan fácil como a primera vista parecía. Le traicionaba el entusiasmo y la imaginación desbordada. De tanto borrar, corregir e insistir, el papel iba quedando hecho una pena.

—Con paciencia y constancia se llega lejos—le aseguraba el ilustre pintor.

Así, sin apenas esperarlo, el destino deparaba a Ramiro la oportunidad de ampliar sus conocimientos sobre la vida y el Arte. Deseos de aprender no le faltaban. Este verano de 1951, parecía ser transcendental en su vida. Ser alumno de Tamaro, el gran pintor, significaba para él una suerte increíble. Cuando en “La Residencia” le dieron la buena nueva, pasó horas de inusitada alegría, ensimismado, entregado a sus habituales cavilaciones y ensueños imposibles. Ahora todo se le presentaba distinto. Ya no se consideraba víctima propiciatoria del destino. Como de costumbre, su desbordada fantasía le hacía exa-

gerar. El futuro, a menudo, suele ser distinto a las previsiones y a los deseos humanos. Habría de pasar cierto tiempo para que la incógnita se despejara, para saber si alguna de sus legítimas ilusiones llegarían a cumplirse.

Poco después del incidente de los pedruscos, Manolón, “el sereno”, se destapó y sorprendió vivamente a Ramiro con una confidencia inesperada: suponía quién era el causante de las feroces burlas.

—¿Está usted seguro?

—Yo sé muchas cosas y me las callo —aseguró con gesto de resignación.

Suponía bien, daba en el blanco y, sin embargo, no demostraba enojo, motivo sorprendente, dada la gravedad y reiteración de las pesadas bromas. ¿Qué poder demoníaco ejercía Rosendo sobre Manolón, “el sereno” y los otros “mandamás”? ¿Por qué no empleaban con él la represión como hacían con los demás acogidos? Todo un enigma, una sinrazón de las muchas que proliferaban en “La Residencia”, donde el que más o el que menos, era vulnerable a la déspota y opresiva sacrosanta disciplina. El bromista venía, hacía ya largo tiempo, amparándose en la impunidad que le proporcionaba el prestigio de su antiguo buen comportamiento, sin pensar que éste podía acabarse cuando menos lo esperara. Bastaría una sola vez, la primera; bastaría que alguno de los “mandamás” rompiera aquel extraño respeto, para que todos los demás se lanzaran sobre él como perros rabiosos. Pero esto, pura divagación, no parecía probable que sucediera, a juzgar por el trato cortés que todos le dedicaban.

“Rosendo es un gran chico” —decían.

“Tiene ahorradas por lo menos treinta mil pesetas” —añadían.

“¡Si todos fueran como él!”

Si todos fueran como él, “La Residencia” hubiese si-

do barrida de la faz de la tierra, hacía tiempo. Porque Rosendo era, aunque en miniatura e incipiente, un terrorista. Se le había ido desarrollando esta tendencia de su martirizado ser en la inaguantable escuela de la opresión. Sus peligrosas bromas significaban la vía de escape de sus maltratadas aspiraciones. Por allí encauzaba la rabia que le producía su frustración. Estaba ya a punto de incorporarse a filas, a la “mili” y ya no tenía arreglo, sería vana toda tentativa de regreso, de comenzar de nuevo. Había consumido su tiempo. Se lo habían robado.

“¡Estos perros...!” —decía mordiendo las palabras.

“Yo seré escayolista toda la vida”— aseguraba con inmenso dolor.

“Montaré un taller propio y ya veremos...” —añadía con mala resignación, como una remota y poco optimista esperanza.

El dolido, íntimo problema de Rosendo carecía de importancia en la histórica circunstancia hospiciaria y se diluía en la nada, respecto a la nacional. Su lamentable fracaso personal era simplemente uno más en el enorme mar de las frustraciones habidas en la época. Si nunca el resentimiento fue buen consejero, en este caso menos aún; conducía inevitablemente a la desesperación. Era mejor la conformidad, no pensar en nada ambicioso, no llenar el alma de innecesaria inquietud. “Más vale pájaro en mano que ciento volando” era un refrán con toda vigencia.

El primer domingo de julio llegó Cándida a “La Residencia” y expuso a Ramiro el deseo de ir a visitar a César, internado desde hacía un año en el Reformatorio de San Claudio. Hizo extensivo su proyecto a Rosendo, que amablemente se brindó a acompañarles. Pese a sus achaques y falta de salud, siempre había sido Cándida una buena andarina y ahora, con el ansia de ver a su hijo, el largo trayecto no le preocupaba. Era la primera visita

que le hacía. No había podido hacerlo antes por carecer, según decía, de medios económicos suficientes para costearse el viaje desde Llamas, donde aún residía. Estaba notablemente envejecida y encorvada, asomándole ofensivamente el sufrimiento moral a su rostro marchito. Afloaban a su mirada atisbos de mal contenida resignación, que movía a lástima. El peso de su maltratada vida le iba hundiendo a ojos vistos. Nunca había tenido suficiente valor para enfrentarse a las circunstancias adversas, y su exacerbado pesimismo, crecido con los años y las penas, le tenían como paralizada. Vivía enterrada en aquella remota aldea en compañía de Amna, quien sabía cómo y de qué. Y así, su vida era una continua, llorosa cantinela; un ininterrumpido lamento que a Ramiro le producía pena, impotencia e indignación.

El Reformatorio de San Claudio, se hallaba situado entre ubérrimos prados, en pleno campo, alejado cuatro o cinco kilómetros de la ciudad. Allí en aquel recóndito y paradisíaco lugar se respiraba plena paz. Más que un reformatorio, parecía una finca de recreo. Cándida y sus dos acompañantes, una vez traspuesta la puerta de entrada a la finca, ascendieron lentamente por la estrecha senda que conducía a la casa. Abajo en un extenso prado correteaban, riendo y gritando, los internados.

—Están mejor que nosotros —dijo Rosendo con velada envidia e indignación.

—¡Pobre hijo mío! —exclamó Cándida con tristeza.

El encuentro con César fue triste y embarazoso. Cándida le abrazó conmovida, pero él permaneció impassible, sin decir palabra. Después de unos inaguantables instantes, mirando de hito en hito, dijo agriamente:

—¡Sácame de aquí!

Sorprendida Cándida por la extemporánea crudeza de las palabras, reflejó profunda consternación.

—Lo siento, hijo... ¡Qué más quisiera yo!

—Sí, claro —dijo despreciativamente César y se encerró en un riguroso mutismo.

Había crecido y ya sobrepasaba a su hermano ostentando

siblemente; empezaba a nacerle un bozo por encima del labio superior. Todos sus rasgos denotaban el paso hacia la adolescencia; una incógnita y nada halagüena adolescencia.

¡Yo no tenía por qué estar aquí! —exclamó con inaudita amargura, después de largo silencio.

—Quizá ninguno de nosotros debiera estar donde estamos —contestó Rosendo, acusadoramente.

—Vosotros no estáis en el reformatorio.

—Esto no es peor que “La Residencia”.

—Sí, claro, pero lo malo viene después.

—¿Después? —preguntó sorprendida Cándida.

—¡Claro!

—¡No exageres hombre! —atajó Ramiro.

—Somos delincuentes.

—¡Tú no eres eso! —gritó Cándida con amargura.

—¡Anda, ve y díselo a la gente...y ya verás! —replicó César histéricamente.

Finalizada la visita, se alejaron entristecidos del bucólico lugar. Cándida tenía los ojos enrojecidos a punto de llanto.

—¡Qué se va a hacer! —dijo con resignación Rosendo.

—¡Nada! —contestó con rabia Ramiro.

La calurosa tarde teñía de tonos violáceos el exuberante paisaje, y las veladas sombras anunciaban el anochecer. Por la carretera avanzaban alegres grupos de gente que habían pasado el día bañándose en el río Nora. Cándida miró por última vez hacia la casa perdida en la lejanía, donde quedaba su hijo. No pudo contenerse y sollozó confundida entre los alegres grupos de excursionistas.

Don Manuel, el nuevo capellán, sabía dar gusto a todos sin condescender con nadie. En apariencia se dedicaba exclusivamente a la tarea religiosa. No trató de congradarse con ninguno y consiguió unánime afecto. Su proverbial dulzura y prudencia le caracterizaban más que

ninguna otra cualidad. Había en él algo indefinido que infundía confianza a primera vista.

"Parece un buenazo" —decían los "mandamás".

"Es un pillín" —aseguraban en la peluquería.

"Es un santo" —añadían los acogidos y le llamaban "padre" con amor y reverencia.

Los sermones de los domingos dejaban honda huella, no sólo por la forma sino también por el profundo contenido. Predicaba sin énfasis, con naturalidad, sin esforzarse en la técnica oratoria y, sin embargo, mantenía la atención de toda la grey infantil.

Caminaba con suma levedad, dando la impresión de que no pisaba en este mundo pecador.

"Es un pisahuevos" —afirmaban con sorna en la sastretería.

"No se le siente" —se lamentaban las monjas con recelo.

"Es un santo" —pensaban los asilados.

Se decía que durante la guerra civil del 36 había sido objeto de graves vejaciones y costaba trabajo creerlo; costaba trabajo creer que hubiese quien infligiera daño a varón de tanta mansedumbre.

"¡Fueron los de izquierdas!" —aseguraban algunos.

"¡Los de derechas!" —replicaban otros.

Costaba creerlo.

Con don Manuel pareció llegar un paréntesis de paz a "La Residencia".

"Esto es una balsa de aceite" —pregonaban satisfechos los "mandamás".

"Esto es un aburrimento" —decían en la zapatería y arreciaban los improperios a don Orlando y a "el Enfermero".

"¡Ahí va el avaro cagatintas!"

"¡Adiós matasanos! ¡Lavaculos!"

En "La Residencia" moraba la paz; allí no pasaba nada.

En "La Residencia" no pasaba absolutamente nada, todo seguía igual que siempre.

A finales de agosto, Ramiro recibió una de las decepciones más terribles de su vida. Toda su felicidad se venía abajo de improviso, tan arteramente que le cogía desprevenido e indefenso. Le parecía estar viviendo una pesadilla. Aquel día había acudido al estudio de Tamaro con impaciencia, como siempre.

“Cualidades no te faltan hijo, sigue adelante y llegarás. Yo no puedo continuar dándote clases” —le dijo con firmeza y con el semblante excesivamente serio, casi enristecido.

Ramiro no articuló palabra, quedó petrificado, mirando a su ex maestro con inmenso dolor. Se despidió con unas inaguantables ansias de llanto y deambuló por las estrechas callejuelas de la ciudad vieja, huyendo del contacto humano. Pasarían años antes de que supiera la razón de aquella indelicada decisión de Tamaro. En estos momentos todo lo veía confuso e incomprensible. No imaginaba tan siquiera que en “La Residencia” no habían pagado ni un céntimo por los dos meses de clase.

“¡Adiós hijo, te deseo mucha suerte!”

Hay despedidas que permanecen grabadas en el alma eternamente.

“¡Adiós hijo!”

“¡Adiós hijo!”

“¡Adiós!”

“La vida hay que tomarla como viene”.

“El que no se conforma es porque no quiere”.

“Dios aprieta pero no ahoga”.

Palabras...palabras. Sí, siempre habrá palabras para juntarlas al fracaso.

Ramiro no tenía conformidad; sufría el fracaso de su vida inútilmente, porque lo acertado en aquella época era no albergar vanas ilusiones, no tener ambición.

“Tiene pájaros en la cabeza”

“¡Es un chiflado!”

Ahora no sabía qué hacer de su vida, no tenía absolutamente nada que hacer.

Y con septiembre llegaron las fiestas de San Mateo con su peculiar bullicio y ensordecedora alegría. Las diversas, fantásticas y ruidosas barracas, el Circo Americano y el Teatro Argentino dejaron desierto el Paseo de los Alamos. En estos días, los ciudadanos se divertían en la feria, inmersos en el vértigo de las sirenas, altavoces, gramolas y voceadores. Aquí gastaban generosamente los dineros quienes los tenían, que los otros, los menesterosos, iban de deseo en deseo, mirándolo todo sin poder disfrutar de nada.

Rosendo sí, Rosendo manejaba sus buenas pesetas, pero las gastaba con avaricia, por cuenta gotas.

"El Cuatro Orejas", sí y no. "El Cuatro Orejas" cobraba ocho pesetas de sueldo como aprendiz de carpintero.

Ramiro no. Ramiro nada. Ramiro no tenía ni un céntimo.

Los tres buenos amigos iban y venían y bajaban y subían entre el bullicio, mirándolo todo con fiesta en el semblante. Rosendo ensayaba en las barracas de tiro pero con su mala puntería no daba una en el blanco.

Rosendo era un señor, sus dos amigos no. Se notaba de inmediato, se notaba por la vestimenta; ellos: chaqueta y pantalón de mahón, camisa burda a rayas y alpargatas blancas con suela de goma; él: chaqueta de lana a cuadros, camisa blanca, almidonado el cuello y adornados los puños con ostentosos gemelos, pantalón gris y zapatos negros, impolutos y fervientemente embetunados. Se notaba que era un señor. Tenía "percha". Adoptaba distinguidas posturas, la mano derecha metida en el bolsillo del pantalón y en la izquierda un cigarro de "celtas"; expelía el humo con estudiada elegancia; usaba colonia, brillantina y fijador, un lujo desusado en "La Residencia". Si no fuera por el estigma de la escayola daría el pego, sería un señor casi de verdad.

21 de septiembre San Mateo. Hoy en "La Residencia" los varones mayores tienen permiso hasta la una de la madrugada. Hasta la una de la madrugada eran muchas horas, demasiado tiempo para los menesterosos que no

sabían qué hacer en él; poco para los potentados como Rosendo que sí podía aprovecharlas bien. En esta alegre noche sintiose espléndido y echando mano a los bolsillos, sacó abundante calderilla e invitó a sus dos buenos amigos a entrar en “el infierno”. Tres pesetas por barba sumaban nueve, una más que la paga semanal de “el Cuatro Orejas”. “El infierno era propio para inocentes criaturas de biberón. En un recodo del negro y angosto tubo, Ramiro sintió súbito sobresalto: iba irremisiblemente a chocar contra las puntiagudas barras de hierro. Gritó angustiado y se encogió instintivamente en el lento, pero inexorable, vehículo que le transportaba.

“¡Ay!”

Llegó y las colgantes cuerdas le acariciaron mansamente. Salieron. Estaba líbido. Brotó la risa espontánea y explosiva.

“¡Qué bobada!”

Rieron abrazados la jocosa confusión, doblados sobre sí mismos durante largo tiempo.

“¡Qué bobada!”

A las doce, desde el Paseo de las Ranas, en el Campo San Francisco, los fuegos artificiales rompieron la negrura de la noche y pintaron el cielo de restallantes colores. Media hora de miradas prendidas felizmente en lo alto y finalizaron las alegres fiestas de San Mateo 1951. Los tres amigos emprendieron el regreso a “La Residencia” un poco entristecidos y bastante cansados. El aliciente de las fiestas les había hecho olvidarse de su íntimo y doloroso vivir. Ya de cara al húmedo otoño, volvían a encontrarse consigo mismos en toda su crudeza. Llegaban días lluviosos y nostalgias de sol. Influía en el ánimo. Se hacía más dolorosa la reflexión.

Ramiro fue conducido por don Orlando al despacho de "El Director". Solamente en casos extremos ocurría tal hecho, por eso mismo la incertidumbre le acongojaba, agravándola el cerrado mutismo de su ilustre acompañante, que caminaba aprisa, con gesto adusto y preocupado.

—¡Espera ahí! —ordenó don Orlando con extraña y poco tranquilizadora inflexión en la voz y acto seguido picó en la puerta del tan poco frecuentado despacho.

—Adelante —contestaron de adentro.

Don Orlando, entreabrió respetuosamente.

—Aquí está, señor director.

—¡Bien, que pase!

El lujoso despacho de "El Director", la pieza mejor amueblada de "La Residencia", era impresionante, señorial, ofensiva entre tanta miseria.

Una vez a solas con el atemorizado adolescente "El Director", parapetado detrás de la barroca mesa de trabajo, le miró intensamente, con severidad.

—¿Qué vida haces? —preguntó al fin, sin dejar de clavarle la amenazadora mirada.

Ramiro, pese a la perplejidad, pareció cobrar ánimos y contestó con bastante soltura:

—Pinto y dibujo.

—¿Qué pintas?

—De todo: figura, paisaje...

—¿Nada más?

—Nada más —contestó perplejo el interpelado.

—¿Estás seguro?

—¡Claro!

—¡Ya! De modo que sí, ¿he? —dijo con enojo "El Director", mientras iba sacando lentamente de un cajón el cuerpo del delito.

Ramiro quedó lívido; sin explicarse cómo había ido a parar aquello allí.

—¿Cuánto tiempo llevas falsificando? —inquirió "El Director" con nervioso apremio.

—Solamente cuatro partidos.

—¡Mientes!

—Le digo la verdad, señor director.

—¿Quiénes son tus cómplices? Cuéntamelo todo sin omisiones, porque si te dejo en manos de la policía no tendrán delicadeza contigo.

—¿Cómplices? —pronunció el acusado con sorpresa e incredulidad.

—¡Sí, cómplices! Sabemos que estás relacionado con alguien de Valencia.

—¡No es cierto!

—¡Pero... bueno! ¿Te atreves a negarlo?

Accionó un timbre y prontamente asomó la cabeza don Orlando.

—Mande, señor director.

—¡Que pase ese chico! —ordenó con el habitual tono agrio.

A los pocos segundos entró “el Pinta” con ancha sonrisa y evidente aplomo.

—A ver hombre, dínos el tiempo que este delincuente lleva haciendo de las tuyas y cuánto dinero le ha proporcionado el latrocinio.

—¡Mucho!

—¡Chivato! —gritó el acusado fuera de sí.

—Pero... ¿cómo te atreves, mequetrefe? —exclamó con ira “El Director”, acercándose amenazadoramente.

—¡Está mintiendo! ¡Se lo aseguro!

El delincuente, entre la sorpresa y lo tenso de la situación estaba a punto de echarse a llorar.

—Bien, como quieras; tú sabrás lo que haces —atajó “El Director” dulcificando el gesto e inmediatamente accionó otra vez el timbre.

—A ver, don Orlando, lléveselo usted y que lo encierren incomunicado. Ya veremos qué determinación tomamos con él. ¡Ah! y que no le dejen ni un sólo lápiz.

Salió Ramiro del lujoso despacho, con el terrible peso de su culpa, aturdido y avergonzado, con la seguridad de un inevitable desastre en su pobre vida. Don Orlando caminaba a su lado y le trataba deferentemente, con esa amabilidad compasiva propia de carcelero, empleada

con los reos de muerte. Llegaron al mísero despacho del comisario jefe, "el Raquis", que opinó sorprendentemente sobre el lamentable asunto.

—¡Ese "Pinta" es un judas!

—¡Lo es! —corroboró con energía don Orlando.

La noticia corrió de boca en boca y se desbordó por la casa de taller en taller, de dependencia en dependencia. Traspasó las herméticas puertas que separaban a los varones de las hembras y el clamor adquirió ecos de epopeya.

"¡Chivato! ¡Chivato! ¡Chivato!..." —resonaba con ira.

Ramiro se había convertido en héroe y víctima. Su popularidad crecía increíblemente en cuestión de horas.

"¡Chivato!"

"¡Chivato!"

"¡Chivato!"

En "La Residencia" existía un rígido código del honor, siendo su primero y más importante artículo de ley: "NO CHIVARAS". Quien quebrantara este tácito compromiso se exponía a padecer un duro castigo.

Aquella fría noche de diciembre dejaría huella indeleble en "el Pinta". Serían las once, quizá algo más tarde. En "La Residencia", la hora en que los cansados cuerpos entraban en sueño reparador. Llegaba con una hora de retraso, por lo menos, sobre lo permitido. Tenía "enchufe", podía permitirse ciertas libertades prohibidas al resto de los acogidos. Desde que en las grandes solemnidades interpretaba danzas populares, le traían en palmitas. Era el divo de turno. Avanzó por la acera, lentamente, arrimado a la pared de la casa. Iba silbando desprecupadamente. De pronto, desde lo alto, alguien gritó en la obscuridad de la helada noche.

"¡Chivato!"

Un pesado objeto pasó raudo, raspando su cabeza y yendo a estrellarse contra la enlosada acera donde se hizo añicos.

—¡Dios! —exclamó aterrado "el Pinta" y empren-

dió veloz carrera. Entró en el patio Lorenzana y no había avanzado dos metros cuando todo en el amplio recinto quedó en tinieblas. A tientas, tembloroso, con pánico, dio con la ancha escalera que conducía a los dormitorios. Subió tres o cuatro peldaños y, de improviso, percibió varias corpulentas masas que sin decir palabra se le echaron encima.

¡Chivato!

Sintió de pronto contundentes golpes que le llovían de todas partes.

—¡Socorrooo! —gritó y su voz fue apagada por los mil golpes que recibía.

—¡Perdón! ¡No vuelvo más! ¡Piedad!

Rodó su magullado cuerpo por la escalera y quedó tendido boca abajo. Los agresores desaparecieron con el mismo sigilo con que habían aparecido. A los pocos segundos volvió la luz al patio Lorenzana y cercanías. “El Pinta”, gimiendo lastimeramente, subió al dormitorio y se dejó caer en el camastro. Momentos después apareció Manolón, “el sereno”, efectuando su habitual turno. Caminó a oscuras por el pasillo central, carraspeó y escupió con energía; tomó un puñado de bicarbonato y ya al final del local permaneció unos segundos estático, luego echó a andar en dirección contraria, escupió de nuevo en las viejas tablas del piso y salió para continuar su inacabable danza, de arriba abajo y viceversa, dando cuerda a los endemoniados relojes. En “La Residencia” reinaba la calma en esta hora helada, casi media noche.

Los habitantes de “La Residencia”, con el escándalo de las entradas de fútbol falsificadas, estaban divididos en dos irreconciliables bandos. Las hembras a favor de “el Pinta”, los varones de parte de Ramiro. La nocturna paliza agravó la situación de tal modo que los ánimos parecían estar al rojo vivo. Los improperios saltaban de acá allá y viceversa. Por primera vez en la historia del be-

néfico establecimiento se presentía una revuelta de imprevisibles consecuencias y quizá de naturaleza insólita en la nación. Porque una batalla mano a mano, a trancazo limpio, de hombre contra mujer, no parecía tener precedentes en los tiempos modernos. Ramiro permanecía en medio de la tormenta con la incertidumbre de qué determinación tomarían con él. Tenía por sentado que iría a parar, como su hermano, al Reformatorio de San Claudio, o bien sería expulsado de la casa. Por mucho menos habían puesto de patitas en la calle a otros. Se abría ante su triste vida un incógnito abismo que le tenía anonadado. ¿Qué iba a ser de él sin oficio ni beneficio? Empezaba a cobrar sentido los inoperantes refranes y sentencias usadas en "La Residencia". "Ahora tenéis el plato bajo la barba, pero mañana...". La inactividad a que se veía obligado a puñadas con las horas muertas, deambulando por el campo de varones, sintiéndose observado por quienes laboraban en los talleres, hacía más difícil su penosa espera. Como siempre suele ocurrir, ante la magnitud de su insensata acción, sentía arrepentimiento. Se arrepentía de no haber sido más precavido; porque del placer experimentado falsificando entradas de fútbol no estaba, ni mucho menos, curado. Aquello de ir con paciencia de chino copiando los complicados dibujos e imitando calidades y colores, le apasionaba. Por otra parte, la gloria alcanzada le envanecía hasta el extremo de no darse cuenta de su delito.

Por la perfección alcanzada trascendió la noticia de su hábil quehacer fuera de los altos muros, y empezó la secreta demanda. La Federación Nacional de Fútbol había puesto en vigor la orden por la que los clubs de primera división, debían tener a la venta, al módico precio de diez pesetas, cierta cantidad de entradas. Las colas para conseguirlas eran interminables y las horas de espera inaguantables. Esta clase de entradas eran las que falsificaba Ramiro por sugerencia ajena. Y era tanta la similitud entre las auténticas y las falsas, que los compradores tenían la seguridad de no ser descubiertos.

“¡Qué bárbaro! ¡Si parece auténtica!”, había exclamado el secretario del club a la vista de una de las entradas falsificadas.

“Sor Taconinos”, compañera de sor Juliana en la casa de Candás, celebraba sus bodas de oro. Cincuenta años al servicio del prójimo le habían dotado de una amplia comprensión para las faltas humanas.

“Pecata minuta”—solía decir restándoles importancia.

Pues bien, a “sor Taconinos”, en este señalado día de sus bodas de oro como hermana de la caridad, el presidente de la Diputación le hizo un generoso ofrecimiento: lo que quisiera.

—Que perdonen a ese pobre chico que ha falsificado entradas de fútbol. ¡Es un artista! —pidió la anciana religiosa ante la sorpresa de sus compañeras que esperaban algo de mayor importancia y en beneficio de la comunidad de monjas.

—Concedido —asintió el presidente, perplejo ante semejante solicitud.

Hubo que explicarle los pormenores del suceso y, una vez enterado, quedó admirado.

—¡Estos chicos de hoy día...! —exclamó meneando la cabeza y sonriendo ampliamente.

Llevaron a Ramiro al patio de la Reina entre la expectación general. Las hembras arriba, abarrotando las barandas de los corredores; abajo los varones. Avanzó el falsificador hacia el centro del enorme patio donde, a la sombra de la reina negra y pétrea, esperaba “sor Taconinos”, en compañía del presidente de la Diputación y también “El Director”.

“¡Viva el Pinta!”, gritaron tímidamente arriba en los corredores.

El grupo de gestores, con su presidente a la cabeza, miraron a Ramiro con divertida curiosidad.

—¿Es éste?

—Sí —afirmó “sor Taconinos” con simpatía.

Acto seguido tomó la palabra “El Director” y dijo gravemente:

—Bien, se te perdona la grave falta que has cometido. A esta santa se lo debes. No la defraudes. Puedes recomenzar tu trabajo artístico, pero ¡ojo!, no vuelvas a las mismas.

Ramiro pronunció confusas palabras de agradecimiento. No cabía en sí de gozo. Había salvado la peligrosa situación que pendía hacia ya un mes largo sobre su vida. Podía seguir en “La Residencia” comiendo la “sopa boba”. En aquellos felices momentos pensó con alivio: “Fuera de esta santa casa, hambres y miserias...”.

En enero de 1952, Rosendo se talló para la “mili”. Hombre ya hecho y derecho, resignado con su suerte, que a fuerza de compararla con la de otros, le parecía óptima. Tenía oficio y beneficio y podía emanciparse de “La Residencia” con la cabeza bien alta. Lo de la escayola resultaba un oficio tan bueno y decente como otro cualquiera. Peor era no tener nada; peor, mil veces, verse de pronto fuera de los altos muros, como les había ocurrido a algunos; sin tener donde caerse muertos, sin saber a dónde ir ni qué hacer con su mísera vida, a cuestras con la vergüenza de una juventud estéril. Algunos, como Santiago, lograban empleo de peonaje, pero otros acababan, de mala manera.

Rosendo se talló y voceó y recorrió las calles de la ciudad, mezclado con los alegres mozos del reemplazo de 1952. Parecía uno más en la feliz algarabía, pero en él, la diversión era puramente ficticia y forzada, mil años le separaban de los alegres mozos que estrenaban mayoría de edad.

Rosendo empequeñecía al prójimo con su opulencia y la seguridad de que hacía gala. A partir de este día en que se talló para el servicio militar no se privó de nada, sobrealimentándose a base de galletas y succulentos bocadillos. Y ante el hambre ajena relamíase de satisfacción.

“El que quiera peces que se moje el culo” —decía despectivamente ante las expresivas miradas inmisericordes de sus compañeros.

A Ramiro, este yantar ofensivo le producía atroces estímulos de estómago. Aguantaba a duras penas, disimulando por un exceso de amor propio. En estos amargos momentos de necesidad perentoria, envidiaba tanto como odiaba el lujurioso alarde de ostentación.

“De hombres hartos están llenos los cementerios” —decía para consolarse.

“Y de muertos de hambre, muchos más” —replicaba Rosendo riéndose con desfachatez y expulsando asquerosamente de su boca repleta partículas de alimentos.

Ramiro no tenía un duro. El poco dinero ganado falsificando entradas de fútbol, se le había ido en sueños de artista. En vista de su desconsolada situación, optó por echar mano de lo que más detestaba: la brocha gorda. En principio pensó en Merino, a quien desde la estancia en el hospital no había vuelto a ver, pero rechazó la idea por creerla poco razonable para sus fines de ganar unas pesetas. Pidió trabajo a Trigo, patrono que hacía dos o tres años poseía las mejores contratas de la ciudad, pero que en la actualidad, en este año de 1952, con tanta competencia en el oficio, estaba de capa caída. El primer trabajo a realizar consistía en el albeado de un lóbrego sótano en una moderna edificación, sita en el barrio de Teatinos. Había que trabajar a destajo, método de moda, propio para penados. Ramiro no daba una. Al cabo de las ocho primeras horas, dale que te pego, sudando con la pesada brocha, no llevaba albeado ni la cuarta parte de metros que se consideraba como normal.

—Pero... ¿has estado durmiendo la siesta? —le dijo Trigo capciosamente, con evidente decepción.

Ramiro estaba demasiado débil para tan duro trabajo. Al cabo de una agotadora semana, abandonó, aliviando a Trigo con su decisión.

—Ya me lo temía yo, chaval; para esto hay que tener mucho fuelle —le dijo como reproche

Así, el pobre adolescente, sumaba un nuevo fracaso a su triste historial. Poco le duró lo cobrado y volvió a las andadas. Buscando un asidero, dio con su antiguo compañero y patrono, Laureano, que a la sazón trabajaba en solitario, por su cuenta, en el antiguo y precario taller sito en el barrio de la Argañosa y que, al fin, —¡albricias!— había dado con la piedra filosofal.

—Yo sabía que tarde o temprano lo descubriría —le dijo ufanándose, y añadió con infantil orgullo: “el que la persigue la consigue”.

No sabía guardar secretos y reveló, con pelos y señales, el procedimiento. A Ramiro, la fórmula de la tan anhelada piedra filosofal le pareció absolutamente inocente. El haberla recibido pasivamente, sin el menor esfuerzo, le hacía subestimar tanto entusiasmo y tiempo empleado.

Laureano exultaba satisfacción. Con el feliz hallazgo que daba impulso a su vida había, por fin, contraído matrimonio. Cierto, que no acababa de llegar el éxito de encargos esperados en un principio; alguna que otra chapuza sin mayor importancia. Claro, que las cosas no venían así como así; primero tendría que ir dándose a conocer, poco a poco; después todo vendría solo. Se consolaba a sí mismo. El mateado en vidrio seguía siendo la soñada panacea de su vida.

Ramiro permaneció poco más de un mes en el lóbrego taller; bastaba con un sólo hombre para los escasos encargos que llegaban. En realidad, Laureano, le había dado trabajo por amistad y un prurito de vanidad. Eso de tener ayudante le crecía en importancia; le daba tono. Tenía propensión a engañarse a sí mismo, mal bastante generalizado en la época. Una especie de compensación a la dureza de las circunstancias que se arrastraban.

Y vuelta al principio el aprendiz de la suerte. Corría el mes de abril y se acercaban peligrosamente sus dieciocho años, precisamente cuando el hombre comienza a sentirse mayor de edad. Prefería no pensar; pero en las inacabables noches de insomnio, a solas consigo mismo, le producía miedo el insondable futuro.

Cándida pretendía que su hijo Ramiro fuese a veranear a Llamas y en la última carta se lo pedía tan encarecidamente y aseguraba tantas excelencias que, el reacio chico, no tuvo otro remedio que decidirse, al fin. Y el seis de julio, de madrugada, partió en un autobús de la compañía de los A. L. S. A. S. Llegó a Cornellana poco más tarde de las diez. Después de casi ocho años de ausencia, todo lo encontraba irreconocible; nada correspondía a sus recuerdos infantiles. Allí seguía, mayestático y amedrentador, el viejo convento y las entristecedoras torres de la iglesia parroquial; el Campillo con la singular cruz escalonada, las imponentes montañas de Sobrerriba; todo, pero nada le parecía igual. Todo lo encontraba infinitamente más insignificante y desprovisto de belleza. La euforia que sintió en el viaje se le esfumó para dejar paso a una desagradable sensación de inseguridad y melancolía. Su madre no había acudido a esperarlo. Estaba indeciso sin saber qué determinación tomar. Avanzó por la carretera que atravesaba el pueblo, cargando con varios molestos paquetes. No recordaba qué dirección debía tomar para ir a la remota aldea. Al fin, se decidió a preguntar.

—Por ahí nin, carretera adelante siempre —le dijo amablemente, mirándole de manera inquisitiva, una mujer que estaba sentada a la entrada de su casa.

—¿A quién buscas allí?

—A Cándida, mi madre.

—¿La madrileña?

—Pues...sí —contestó Ramiro dubitativo, recordando que se la conocía en la zona por ese apelativo.

—¡Jesús!, ya me lo parecía a mí. ¡Si estás hecho un mozo!

Caminó penosamente con los paquetes a cuestas y dejó atrás el pueblo. Los apretados bosques que a derecha e izquierda obscurecían el paisaje, deprimían aún más el ánimo del sensible adolescente. Pasó por "La Venta" aquella solitaria y extraña casa que, de niño, tanta curiosidad le producía. La miró con detenimiento y le renacieron viejas emociones. El impresionante silencio sólo era tur-

bado por el murmullo del Nonalla o por alguna asustadiza ave que, a su paso, emprendía el vuelo. Andado ya un buen trecho, sintiose cansado; posó los paquetes y tomó asiento al borde de la carretera en un muro de contención. Llevaba un rato largo enfrascado en sus pensamientos, cuando allá, a lo lejos, vio a una persona que se acercaba lentamente. Pronto reconoció en la extraña figura a su madre. Cogió los paquetes con premura y echó a andar, nerviosamente, a su encuentro. Sentía deseos de reprocharle el considerable retraso.

—No te esperaba tan temprano —gritó Cándida fatigosamente antes de llegar.

—¡Ya ves! —contestó el hijo, de mal humor.

Caminaron juntos sin hablarse. Cándida le miraba de reojo.

—Estás bastante delgado —le dijo con gesto de preocupación.

—¡Bah! —contestó lacónicamente Ramiro.

Hubo unos instantes de silencio embarazoso entre madre e hijo. Sentíanse extraños el uno al otro.

—Este clima de campo te sentará bien.

—¡Sí, claro! —asintió el chico sin demasiada convicción, mirando entristecido el frondoso paisaje de verdes rabiosos.

Dejaron la carretera y se adentraron por estrecho y retorcido camino, bordeado de álamos y salvajes laureles. Atravesaron un rústico y peligroso puente colgante sobre el Nonalla y, en una revuelta, apareció a la vista la aldea, varias casuchas diseminadas entre la lujuriente vegetación y separadas considerablemente unas de otras.

—Aquí te pondrás fuerte —volvió a decir Cándida buscando la aquiescencia de su adusto acompañante.

Este hizo simplemente un gesto ambiguo, con desgana. La soledad circundante le deprimía como nunca antes había experimentado. Ascendieron por una empinada senda, sombreada por añosos y corpulentos castaños.

—Ahí es —dijo Cándida señalando con la mano extendida.

—¿Qué?

—¡Nuestra casa, hombre!

—¿Eso...? —musitó Ramiro asombrado.

Era una mísera y decrepita cabaña, usada, probablemente, tiempos atrás, para guardar ganado; construida toscamente a base de grandes y desiguales piedras de color ocre. Por detrás se alzaba amenazador un espeso bosque que cubría la inmensa montaña hasta la lejanía.

Cuando entraron en la miserable cabaña, numerosas grandes ratas huyeron ráudas. En el deprimente recinto había simplemente un camastro arrimado a la pared, al fondo y a la derecha, un vulgar fogón. Ramiro estaba desolado, mudo de asombro. No entendía la razón por la que su madre le había invitado a esta inconmensurable miseria. Permanecía en un cerrado mutismo, con la cabeza caída sobre el pecho, la cara hundida entre las manos, sentado en una piedra que hacía las veces de asiento.

—Tu hermana vendrá al mediodía —dijo Cándida, y añadió con cierto reparo: te voy a calentar un poco de leche.

—Deja, no tengo apetito —afirmó el entristecido muchacho, sin mirarla, con inmenso dolor reflejado en su lívida faz.

A los pocos minutos, el mísero recinto se le hizo insufrible y salió, yendo a sentarse a corta distancia, sobre la crecida y húmeda hierba de un prado. Permaneció allí por tiempo indefinido, minutos que a él se le hacían eternos. Estando así, presa de sus tristes cavilaciones, vio acercarse por el sendero a una muchacha que portaba sobre la cabeza una cesta. Cuando llegó a su altura lo saludó azorada:

—¡Hola!

Se acercó a la cabaña y llamó a Cándida. Después de hablar breves instantes con ella le entregó el contenido de la cesta y se escabulló senda abajo. Y así, en cosa de una hora, hasta cuatro personas más vio llegar Ramiro. Movido por la curiosidad y una terrible sospecha, entró de nuevo en el deprimente recinto.

—¿A qué ha venido esa gente? —preguntó alterado.

—Como tú estás ahora aquí... nos traen alimentos
¡Son muy buena gente!.

Ramiro sintió fuerte indignación, miró a su madre con desprecio y dolor y salió de la cabaña para ir a sentarse, desolado y avergonzadísimo, en el mismo lugar de antes.

Amna llegó a la hora indicada. Se había transformado en una muchacha larguirucha, excesivamente flaca. Sus enormes, enrojecidas y callosas manos contrastaban desagradablemente con lo escuálido del cuerpo.

—¡Qué! ¿Ya te engañó esta bruja? —Dijo brutalmente a su hermano a modo de saludo y refiriéndose a Cándida.

Este quedó tan afectado que sólo atinó a balbucir entrecortadas frases.

Amna, a sus trece años y ya desde hacía tres o cuatro, trabajaba como sirvienta y en las duras faenas del campo en una casa de la aldea. Mientras tanto, su madre permanecía eternamente inactiva, doliéndose de sus múltiples achaques y enfermedades imaginarias.

—¿No te dijo esta loca de qué modo vivíamos? Pues ya lo ves, no tenemos donde caernos muertas —aseguró con voz chillona y alterada, mirando acusadoramente a su madre.

Ramiro callaba, tragándose el dolor, sentíase acobardado y sorprendido por el trato brutal y ofensivo que la irreverente chica empleaba con su madre.

—¡Y... ahora qué, bruja!, ¿dónde le vas a meter? ¿Acaso vas a acostarlo ahí en ese asqueroso camastro, con nosotras dos? —preguntó amenazadoramente.

—El dormirá en casa de José.

—¡Ja! ¡En casa de José! ¿Acaso lo sabe él?

—¿Quién?

—¡José!

—Todavía no le he dicho nada.

—¡Pero... demonios! ¡Si serás burra! —gritó con incontenible ira; y encarándose a su hermano le dijo sin rodeos:

—¡Mira... lo mejor será que te largues por donde has venido ¿Qué va hacer aquí un señorito como tú?

—Sí... desde luego, es mejor —asintió éste con timidez.

—¡Ahora que nos estaban trayendo comida! —se lamentó Cándida con increíble obcecación y desfachatez.

Aquella tarde sería una de las más enojosas en la vida de Ramiro. Lo paseó su madre en triunfo, de casa en casa, por toda la aldea, exponiendo sus grandes cualidades intelectuales y físicas. De las primeras, los avispados labriegos no creían ni de la mitad a la media; de las segundas menos; bien a la vista estaban. La escuálida y diminuta figura del pobre adolescente estaba más para esconder que para enseñar.

Pasó la noche en casa de José, más muerto de vergüenza e indignación que del trote que su madre le había dado.

—Donde no hay, no hay —le dijo José, con rústica y resignada filosofía de campesino pobre.

La lucha diaria con la tierra imprimía carácter y proporcionaba un peculiar modo de pensar.

“El pan hay que ganarlo con el sudor de la frente”.

“La vagancia es mala cosa: da cansera y luego no se dobla el espinazo ni a tiros”.

“Burra holgada se hace resabiada”.

“Cada cual debe rascar sus propias pulgas”.

“Trabajando de sol a sol, no hay vicios ni tiempo para enfermedades raras”.

José podía dar consejos con sabiduría milenaria; sabía mucho sobre la vida.

Al amanecer, salió Ramiro de regreso hacia la capital. Sentía una enorme sensación de alivio alejándose de aquellos parajes tan amados años atrás en su infancia. Por primera vez, volvía a “La Residencia” con alegría.

A principios de septiembre, redimieron a César en el reformatorio de San Claudio. Ya no era el mismo, había cambiado de tal modo, en especial su manera de ser, que nadie reconocía en él al niño dicharachero de antaño. Permanecía encerrado en un lamentable y pertinaz mutismo, temiendo siempre imaginarios castigos. En lo físico había envejecido prematuramente, como esos frutos que pierden sazón, se arrugan y caen del árbol antes de madurar. El normal desarrollo había quedado interrumpido, afectado por causas externas al organismo. En la osamenta asomaba ofensivamente la poderosa calavera en la que se marcaban afilados ángulos y profundas simas. En su ajada piel se dibujaban comisuras y surcos insólitos, que le infundían aspecto de hombre dolido de edad indefinida. Los huesudos hombros, adelantábanse hacia el angosto pecho, encorvando el espinazo. El caminar lento y pesado denotaba doloroso esfuerzo de pies planos. Su mirar huía el cara a cara, por efecto de una retorcida timidez. No, no se parecía nada a aquel niño sonriente y pícaro de hacía tan sólo tres años.

Hubo dificultades para colocarle de aprendiz en el taller de peluquería. La mala fama por haber estado en el reformatorio le cerraba todas las puertas, incluso en "La Residencia".

—¡Qué vamos a sacar de ese bala perdida! —había dicho el maestro de peluquería.

En octubre, Cándida y su hija Amna, se fueron a vivir a Oviedo. La indignada espantada de Ramiro y los sabios consejos de José, el labriego, consiguieron el milagro. Por recomendación, se colocaron ambas como asistentas en un bar de la empinada calle Martínez Vigil.

Y así, en aquel octubre de 1952, comenzó Cándida un triste peregrinar por las encharcadas calles de Oviedo. Siempre enlutada y entristecida; siempre ataviada con la

anticuada moda de su juventud. En poco tiempo se hizo inconfundible su menuda figura y añadió a la ciudad un motivo de melancólico pintoresquismo. Era tan distinta y anacrónica su apariencia que a sus hijos les producía irreprimible vergüenza, disimulada con esfuerzo y por piedad. Ellos quisieran que se pareciera a las demás mujeres, incluso a las desarrapadas madres de los otros acogidos. Le increpaban para que, en lo posible, cambiara su extraña apariencia, pero ella callaba humildemente, con gesto resignado y compungido.

Pasaban los días y madre e hija parecían contentas en su nuevo vivir. El trabajo y su justa compensación, redimía a Cándida de los años de inercia. Así lo creyó Ramiro, pero ya en diciembre se verían defraudadas sus ilusiones. Su madre tenía problemas con el dueño del bar. Según ella, le faltaba al respeto e incluso había estado a punto de agredirla. "Si era un buen hijo tenía que hacer algo". El indignado chico, se armó de valor y ni corto ni perezoso, allá se encaminó, dispuesto a deshacer el entuerto, a defender a la madre ultrajada. Bajó por la calle Gil de Jaz y continuó por la de Uría, dispuesto a cortar por lo sano. Llegó a la Plaza de la Escandalera y se metió por Jovellanos, donde aminoró inconscientemente el paso. En Argüelles, cerca ya de su objetivo, el ficticio valor comenzó a esfumársele y el caminar tornose desigual y nervioso. Ya a la puerta del dichoso bar sintió temor paralizante. Notó que las piernas le sostenían a duras penas. Tomó aliento y entró sin pensarlo más. Sólo, sentado en el centro del local, estaba un hombre corpulento, redondo; de una gordura pasmosa. Ramiro miró en derredor tímidamente, nervioso, rebuscando valor. El hombre gordo le sobresaltó con su voz áspera y enérgica:

—¡Eh! ¿Desea algo?

—Vengo a ver al dueño.

—Ya lo está usted viendo.

El recién llegado quedó desconcertado, reflejando claramente en su pálido rostro sorpresa y temor. Hizo un

notable esfuerzo para dominarse y con voz temblorosa dijo:

—Tengo que hablar con usted.

—¡Pues... adelante, hombre!

—Soy... el hijo... de Cándida.

—¡Ah! Bien, bien y... ¿qué se le ofrece?

—¡No permito que usted le falte al respeto!

El inmenso hombre se agitó en el asiento y con dificultad manifiesta se irguió bruscamente, resoplando y arrojando la silla lejos de sí.

¡De modo que éstas tenemos!, ¡eh! ¡Me va usted a oír unas cuantas cosas, caballere! —le dijo, acercándose y asiéndole fuertemente por las solapas, levantándolo en vilo como a una pluma. —Primero: sepa usted que su madre está aquí por caridad; segundo: que no da golpe; tercero: que la niña es la que hace todo el trabajo y, cuarto: que cuanto antes se largue de aquí, mejor; nos hará un gran favor. ¿Está claro?

—Si... es así... —balbuceó el pobre muchacho, terriblemente asustado y avergonzado.

—¡Así es, hombrecito! ¡Así es! —dijo soltando las solapas el enfurecido cíclope y dulcificando el tono de su voz, ante la debilidad de su oponente.

Pidió disculpas Ramiro y, presa de profundo resentimiento contra su madre, a quien culpaba del altercado, abandonó el local.

—¿Qué, ya te convenció, verdad? —dijole Cándida, que salió por una puerta trasera, atajándole en plena calle.

—¡Claro!

—¡Vaya por Dios! —exclamó tristemente ella, con los ojos arrasados.

—¡Me voy, tengo prisa! —dijo el malhumorado chico, con inaudita crueldad, alejándose y dejándola con su pena.



A comienzos del 53 se convocaron reñidas oposiciones para cubrir la plaza de litógrafo de la imprenta de la Diputación de Oviedo. Como dibujante se nombró a Alfonso, afortunado creador de los populares personajes, Telva, Pinón y Pinín. A Ramiro le pusieron de aprendiz. Se pretendía así solucionar el problema que el raro adolescente planteaba con su tenaz vocación para el arte. Además de aprender un oficio tan lucrativo y artístico, se le brindaba la ocasión de tener por maestro, en la parte creadora, a un consumado virtuoso del lápiz y del pincel. En efecto: las "Aventuras de Pinín que de Telva y Pinón ye sobrín" habían sido lectura asidua y predilecta en la infancia de Ramiro. Así que esto de ahora parecía que se acercaba a sus gustos y anhelos y quiso creerlo, sintiendo, además, que su vida tomaba un rumbo claro y seguro, sin obscuridad ni sobresaltos.

Alfonso, hombre ingenioso, nervioso y polifacético, era, además, creador y propulsor del sonado "Día de América en Asturias"; cartelista, celebrado dibujante de humor, acuarelista, licenciado en Química por presión paterna, admirado y querido en la provincia hasta la exaltación. Su alta y desgarbada figura de personaje romántico, añadía carácter a la ciudad. Bastaba verle una sola vez en la vida para quedar retratado en la mente para siempre. Ramiro le admiraba sin reservas. Observaba asombrado los ágiles movimientos de aquellas nerviosas, finas y largas manos, creando formas y dando colores. Sólo mapas y gráficos de producción, ilustrados con dibujos referentes al tema. Pero allí estaba la impronta alfonsiana. Era un mago. No tenía hora fija, podía acudir en cualquier momento. Atravesaba el campo de varones, siempre apresurado, con la mirada más adentro que afuera; ausente de la realidad, quizá en las nubes o en algún mundo soñado. Era un soñador de aventuras imposibles, reflejadas en las "Aventuras de Pinín que de Telva y Pinón ye sobrín", amigos eternos de todos los niños asturianos.

Ramiro esperaba intranquilo la llegada del mago del pincel y cuando le veía venir corría feliz a ocupar su

sitio en la mesa de las maravillas. No hacía nada, simplemente mirar las ágiles manos que dibujaban mágicas filigranas. En este encantamiento fueron pasando los días y pronto empezó a despertar. Ahora cobraba cinco pesetas en la nómina de la imprenta. Casi nada para tantas ambiciones y sueños artísticos. Necesitaba colores y pinceles y lápices y lienzos, muchas cosas. Atravesaba una época de gran inspiración. Sumaba y amontonaba obras sin cesar en el local de dibujo. Don Vicente, el profesor de técnico, protestaba de aquella invasión. “No tiene idea de perspectiva”. Todo lo veía bajo el prisma de la matemática. No sabía lo que era la creación. Se enfurecía por una mancha sobre la mesa. “¡Ya estoy harto de este pintamonas!”. Un día apareció fuera de su hora de clase y sorprendió al pintamonas, con todo el local patas arriba. Entró en cólera y sus gritos traspasaron los altos muros. Al final, por no encontrar oponente, se calmó y acabó por aconsejar, reír y fraternizar. Estaba equivocado, le creía un pedante. Ahora veía que no era así. Parecía un buen chico, un poco tímido, poquita cosa, simplemente eso.

Estaba despertando del sueño, sentía tedio de tanto mirar y remirar y siempre lo mismo: mapas y gráficos de producción. Además, el mago del pincel se bastaba a sí mismo. ¡Total para lo que había que hacer! Ramiro parecía un estorbo siempre allí, de brazos cruzados, apoyado en la mesa de dibujo sin dar golpe. Empezó a sentir tedio y para matar las horas muertas ayudaba a doblar el “Boletín Oficial de la Provincia”. Le servía de sedante. Ya no sentía afición ni interés por el trabajo de litografía; por lo que allí se hacía, pura rutina que nada tenía que ver con el arte. “Es una mierda pinchada en un palo”. Tenía razón Rosendo. A veces le entraban deseos de gritar y patear. Había quien le envidiaba. “Eso de la litografía es un gran oficio”. Cuestión de gustos y ambiciones, dos vocablos que significaban utopía e irreverencia en “La Residencia”. Alfonso comprendía y callaba. En ocasiones hubiese preferido a otro chico, le molestaba tanta seriedad

y aquella mirada siempre entristecida y reflejando disconformidad. En el fondo estaba de acuerdo: tener ambiciones no estaba mal, claro. ¡Vaya que si le comprendía! Eso de estudiar la licenciatura de química por complacer a su padre había sido bastante duro; además, para luego vivir de otras actividades. Naturalmente su caso particular le parecía distinto, era el suyo y ya tan lejano... Sí, comprendía el problema íntimo del chico y lo lamentaba, ¡qué se le iba a hacer! Se lo habían puesto allí y eso era todo. La vida hay que tomarla como viene. También él tenía su propia filosofía: se debía vivir a tono con las circunstancias, todo no iban a ser rosas, claro está. Había que estar dispuesto a las verdes y a las maduras. Desde luego, quien la persigue la consigue, todo consistía en perseverar. Con el tiempo se vería.

“Con el tiempo y una caña”, —decía “el Raquis”, que no las tenía todas consigo. No se fiaba ni un pelo.

El tiempo se encargaría de despejar la incógnita; en el presente, las cosas estaban demasiado embrolladas.

Patri, al despertar sintió que estaba enfermo. Una gran laxitud le retenía postrado y se abrasaba de sed. Nunca antes había estado enfermo, la desagradable experiencia de ahora le tenía perplejo. El día anterior, domingo, tuvo una brillante actuación con su equipo, el “San Fernando” que se situaba en la tabla clasificatoria magníficamente. Sentíase contento. Si no fuera por aquel desagradable malestar estaría ya entrenándose. Le abrumaba la sed y un contumaz dolor en el costado. En aquella parte no recordaba haber recibido golpe alguno; quizá se debiera a algún retortijón muscular. Desde luego, era un fastidio esto de sentirse enfermo. Bebía agua sin cesar y como si nada, la sed seguía mordiendo.

—¡Contra! ¡Estás de mes, cariño? —le dijo festivamente “El Enfermero”, como saludo.

Cuarenta de fiebre.

—De ésta no sales. Anda, abrígate bien y arrea para la enfermería.

Le costaba un gran esfuerzo sostenerse en pie; se le iba la cabeza. Menos mal que “El Enfermero” lo sostenía, porque si no, caería cuan largo era.

—¿Qué le pasa? —inquirió “el Peu”, cuando les vio bajar por la escalera a duras penas.

—Voy a tomarle las medidas para que le hagan la caja.

—¡Tú siempre igual, matasanos!

A las once llegó don José, el médico. Le tomó el pulso y seguidamente le auscultó con detenimiento. Piramidón, leche bien caliente y quietecito en la cama. Nada de particular. Al anoecer la fiebre estaba a tope. El martes por la mañana el gráfico seguía en línea horizontal, coronando las cotas más altas. Don José parecía preocupado; volvió por la tarde, corroborando sus aprehensiones. Nadie sabía qué pasaba. Eso de que acudiese dos veces en el día daba mala espina. El chico se consumía a ojos vistos, deliraba. Había que esperar para ver la evolución de la enfermedad. El miércoles la gravedad era ya un hecho incontrovertible. Ni bajaba la fiebre ni desaparecía el delirio, y todos los síntomas demostraban una alarmante disminución de las funciones vitales. Patri estaba grave y en “La Residencia” todos lo sabían, menos don José, que seguía bregando en busca de la extraña enfermedad. El jueves, el pobre chico, parecía más, allá en el otro mundo que en éste. Por fin, don José, ante la magnitud de la situación y no dando con el diagnóstico, solicitó cooperación de un colega, nada más y nada menos que el eminente doctor don Plácido Builla.

—¡Pero hombre! esto era una simple pulmonía. Ya no hay nada que hacer; este enfermo no pasa de esta noche.

Don José quedó aterrado ¿Cómo fue posible que ni siquiera hubiese sospechado? Quizá se debía a la preocupación que arrastraba, motivada por el dolor de estó-

magos que le atormentaba continuamente. Le habían operado no ha mucho y como si nada, el malestar aumentaba día a día. Empezaba a sospechar que no se trataba simplemente de úlcera, sino de algo mucho más grave. Estaba terriblemente preocupado. Hacía años que venía padeciendo aquel dichoso mal. Hasta que no hubo otro remedio, fue aguantando y eludiendo la intervención quirúrgica. Quizá los colegas no le decían crudamente la verdad. Don José estaba siempre excesivamente preocupado, la adustez y su mirada entristecida, se debían a inevitables presentimientos. Si no fuese por el continuo malestar, hubiese podido ser un excelente médico; dedicarse plenamente a la profesión. Talento no le faltaba, incluso la presencia física le favorecía: alto y delgado, bien parecido, gallardo. Tenía eso que se llama personalidad. No se explicaba como había fallado en cosa tan simple. Una buena dosis de antibióticos y santas pascuas. Ya no había remedio. Estaba sinceramente apenado, pero qué se le iba a hacer; en la vida ocurren estas cosas, no se es infalible, también los médicos se equivocan; tienen derecho a equivocarse como todo ser humano. ¡Pobre chico! Sentía tanta lástima de sí mismo como del moribundo.

A las cuatro de la mañana del viernes, irrumpió en los dormitorios la terrible noticia del fallecimiento de Patri.

“¡Ya murió Patri!”

“¿Ya murió Patri?” —repitieron con incredulidad los acogidos en “La Residencia”. No querían creerlo.

“¡Patri...!”

“¡Patri...!”

Parecía increíble, precisamente él, el mejor, el amigo, el fenómeno; un joven lleno de vida y de posibilidades.

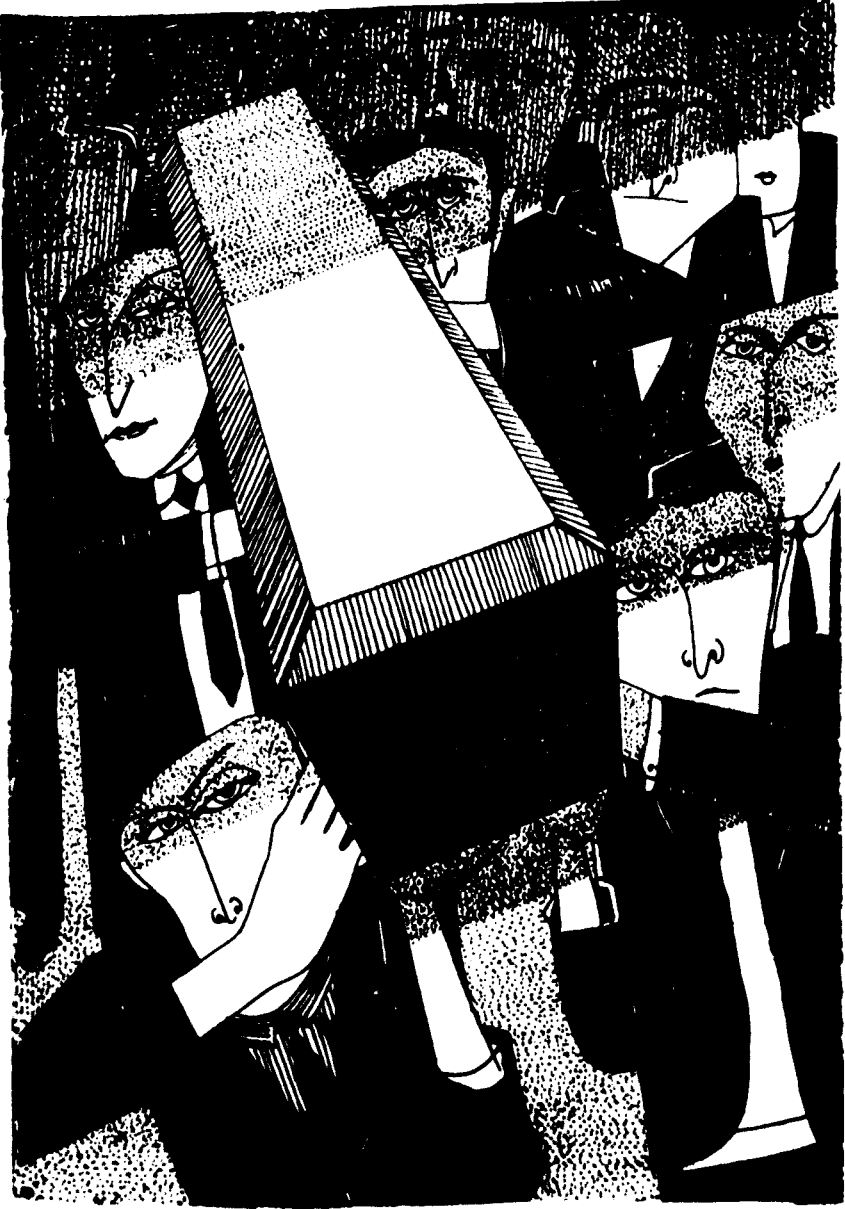
“¡Patri...!”

Todos quisieron verle inmediatamente.

“¡Que nadie se mueva de la cama!”

Había que obedecer, lo exigía la eterna sacrosanta disciplina.

Metieron el cadáver en el local destinado a duchas



y retretes. Allí lo contemplaron sobrecogidos sus compañeros. Estaba consumido, estirado en la caja, amarillo. Producía espanto. Todos lloraban hacia adentro, tragándose el horror, la pena y las lágrimas. En "La Residencia" el llanto natural, espontáneo, no tenía sentido, no valía nada.

"¡Patri...! —musitaban.

"¡Qué poco has conocido la vida, hijo mío!" —había exclamado su madre en un arrebató de dolor.

Horas después trasladaron el cadáver a la biblioteca y lo instalaron sobre un catafalco. Allí estuvo cubierto de coronas y cintas con frases para la historia. En la casa moraba la muerte a sus anchas. Todo quietud, silencio y dolor. Desde la trágica muerte de Manolete, nada había conmovido tanto los espíritus. Además esto de ahora era más íntimamente doloroso; afectaba directamente a la "gran familia". A las cinco de la tarde salió la funeraria de la Diputación, camino del cementerio de San Lázaro. "La Residencia" acompañó a Patri en un silencio sobrecogedor. Al paso de la fúnebre comitiva callaba la ciudad en su ensordecedor ajeteo. Nunca un acompañamiento fúnebre, multitudinario, revistió tan solemne y sincero pesar.

Rosendo entraba al cuartel el cinco de abril e iba destinado a Valladolid. A tres días tan sólo de su marcha se le veía nervioso y preocupado, fumaba sin cesar, arrojando el cigarro a medio consumir y vuelta a encender otro. "¡Bah!, si esto es peor que el cuartel". Sentía miedo ante lo desconocido y quería disimular, como siempre. Dejar definitivamente "La Residencia", le asustaba; aunque él era el menos indicado. "Ché, qué bárbaro!, tiene treinta mil ahorradas". Parecía natural sentir incertidumbre ante lo inesperado, ante la vida de afuera. "Más allá de aquí, hambres y miserias". Había muchos ejemplos que lo

corroboraban, claro que en toda regla hay excepciones. Precisamente él era la excepción. Treinta mil pesetas no es moco de pavo. Un señor capitalista. Pero estaba nervioso y reía tontamente, sin motivo, mientras iba introduciendo algunas de sus pertenencias en la tosca maleta de madera. Nada de valor, lo indispensable nada más. Había que tener mucho cuidado con las novatadas y con los aprovechados. Lo que le preocupaba de verdad eran sus hermanas. "Que se echen un querido". No toleraba groseras bromas. "¡Cuidado!, son mis hermanas". Sentía debilidad por ellas. Quien sabía lo que iba a ser de las pobres. El cuartel debía ser cosa seria; había que andar con pies de plomo. Allí no existían "Trostkis" ni "Manolones". Se acabaron las burlas explosivas. Para algo se era mayor de edad. Los veteranos se las traían en lata, pero a buena parte iban a parar con él. "Cuando seas padre, comerás pan". Después de trece años en "La Residencia" se las sabía todas. "Esto es peor que el cuartel". Tenía miedo. Cuando acabó de meter las pertenencias, cerró bien la maleta con un grueso candado y la ató fuertemente con una soga dándole varias vueltas. "Por si las moscas". Parecía que iba a la Conchinchina. El último día quiso reírse de "el Peu", fue por la mañana temprano.

—¡Peu... po...po!

Estalló la carcajada general en el dormitorio de mayores, pero el vejado "mandamás" no se dio por enterado y continuó apremiando a los perezosos, de cama en cama.

—¡Peu...po...po!

Pero nada, "el Peu" que si quieres arroz Catalina y dio la vuelta y vino de frente hacia Rosendo.

—Qué, con un pie ya en el estribo, ¿no? —le dijo amigablemente, sonriendo con amplitud.

—¡Qué remedio!

—Eso es bueno, en "la mili" te harás un hombre de provecho.

Salió del dormitorio como si tal cosa, sin haberse enterado de la burla.

En "La Residencia" después de remontada la infan-

cia con sabor a eternidad, y la interminable adolescencia, quedaba una marca indeleble: marcaba para toda la vida con un modo de ser distinto y peculiar. Algo indefinido que iba impreso hasta en la manera de mirar o caminar. Y trece años era mucho tiempo para empezar a vivir una nueva vida. Era como echarse a volar de pronto por primera vez, lanzándose al vacío con vértigo y aprehensiones de inevitable caída. “Ahora tenéis el potaje seguro, pero el día de mañana...”. A Rosendo todavía le quedaba el servicio militar por medio, casi dos años comiendo la sopa boba, pero no era igual. El cuartel era punto y aparte; esto no. Dijérase lo que se dijera, este inmenso tiempo transcurrido en “La Residencia” no podía olvidarse por las buenas. Demasiadas vivencias, demasiados recuerdos, unos buenos y otros malos, para, al final, todos idealizados, acabar en añoranza. Por eso Rosendo estaba nervioso y sentía ya sabor de nostalgia trayendo el pasado al presente. La noche anterior de la marcha, tumbado en la cama a medio desnudar, en el silencio de las doce, repasando su vida, vino a caer en que no había sido tan mala, que aún podía haber sido peor; pudo acabar como la de Patri, o discurrir tan tristemente como la de Basilio, Agapito, Ramiro o la de otros muchos. Consolado con el mal ajeno se durmió profundamente hasta que Manolón, “el sereno”, le despertó. Había llegado la hora. Su tiempo en “La Residencia” estaba agotado. Cinco de abril de 1953, seis de la mañana. En el dormitorio de mayores todavía quedaba media hora de sueño. A las seis y cuarto, ya aseado, agarró la tosca y fea maleta de madera y bajó apresurado la húmeda escalera que conducía al patio Lorenzana, atravesó con lentitud el campo de varones, acariciado por el frescor de la mañana abrialeña.

—¡Adiós Rosendo! ¡Suerte! —le gritaron algunos madrugadores compañeros, asomados a las ventanas del dormitorio de mayores.

Salió por la portería y ya en la calle Gil de Jaz, hizo alto en la acera y permaneció unos instantes mirando con pena la enormidad del caserón. Trece años era mucho

tiempo para dejarlo todo así, de pronto, para siempre. Rociendo sintió que un nudo le atenazaba la garganta y, por primera vez, fuera ya de los altos muros, lloró con naturalidad.

Pedro, el pintor ex-maestro de Agapito, interno en "Los Tres Chalets" de Pola de Gordón, hizo viaje a Oviedo. Solía ir por añoranza y por sentirse durante unos días libre y fuera del monótono y opresivo ambiente del sanatorio. Llevaba ya cinco o seis años penando, esperando siempre la libertad, la cura de sus pulmones averiados. En este viaje, visitó a Ramiro en su estudio de "La Residencia", inducido por Agapito, que tenía interés en que viera las obras del novel artista.

—No está mal —dijo con desgana, echando un jarro de agua fría a las ilusionadas esperanzas de Ramiro.

—Y tú... ¿por qué pintas? —preguntó volviéndose de pronto al desilusionado artista principiante.

—Pues...no...sé, nunca lo he pensado, me gusta, es mi vocación —dijo éste, sorprendido por la insólita pregunta.

—¡Eso es una bobada!

—¿La vocación?

—¡Claro hombre, claro!

—No sé...quizá sea así... —balbuceó Ramiro sin saber qué decir a favor o en contra.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Hacer...? Bueno...quiero estudiar Bellas Artes.

—¿Y para qué?

—¡Anda! no sé...quiero ser pintor.

Pedro metía en un brete a Ramiro, le sometía a un esfuerzo mental inusitado en él, con aquellas incisivas preguntas que nunca se había planteado. Siempre había actuado más por instinto que por razonamiento en cuestiones de arte.

—Nada hombre, eso es un romanticismo tonto y una equivocación morrocotuda. Lo importante en la vida es la salud y el dinero y pintando no se gana ni lo uno ni lo otro, ¡si lo sabré yo! —aseguró el entristecido pintor, con grave entonación.

—Sin embargo, hay pintores que viven de su trabajo —dijo Ramiro sin saberlo a ciencia cierta.

—¡Porras! ¿Sabes tú de alguien?

—Hombre... así... en este momento...

¡Que no, hombre, que no! ¡De eso, ni hablar! Los que sí viven y bien, por cierto, son los que negocian con el Arte; los pintores y escultores son todos unos muertos de hambre.

—A pesar de todo, yo deseo ser pintor —aseguró Ramiro, con inaudita tozudez, poniendo de mal humor a su interlocutor.

—¡Allá tú! yo te aseguro que si me concedieran un puesto de oficinista, o incluso de conserje, en cualquier organismo oficial, tiraba los pinceles a la basura —dijo con desgarrada convicción.

Aquel día Ramiro fue presa de incomprensible desasosiego. Por una parte sentía grandes dudas e inseguridad; por otra, un afianzamiento en sus ilusiones de artista. Estuvo varios días martirizándose el cerebro, dándole vueltas a la conversación mantenida con el desalentado pintor, por quien, ateniéndose a las referencias de Agapito, había sentido desmedida admiración. Ahora su entusiasmo por él daba paso a una sorprendida desilusión. No comprendía por no ahondar en las causas que daban origen a tanta desesperanza. Vivía inmerso en el correr del tiempo, excesivamente dolido en su intimidad para entrar, además, en oscuras profundidades. Por falta de contraste no resultaba fácil ver la frustración y el fracaso que reinaba en la nación.

Ramiro estaba decepcionado. Pasaba el tiempo y siempre lo mismo: mira y remira las nerviosas y ágiles manos del mago. Se aburría soberanamente. La pesada situación le estaba resultando irresistible y acabó por no cumplir con el horario de la imprenta. Alfonso no decía

nada; comprendía y callaba. Qué podía hacer él, se lo habían puesto allí y eso era todo. Desde luego parecía bastante raro aquel chico, siempre con aire de enfadada disconformidad. Llegaba incluso a hacerse molesto.

En junio visitaron la casa varios gestores de la Diputación y "El Director" quiso, como curioso y pintoresco motivo, enseñarles las obras pictóricas de Ramiro. Cuando éste recibió el insólito aviso, le sobrevino una acariciadora incertidumbre. Quizá, por fin, se iba a solucionar su problema. Hacía tiempo que lo estaba presintiendo. Seleccionó las obras que a su juicio poseían mayor interés y con ellas en volandas, se trasladó al lugar que se le había indicado, a pleno sol, en el campo de varones. Nada más llegar y al primer golpe de vista, comprendió que los mencionados gestores no tenían interés alguno en ver sus obras. Había sido simplemente un alarde político de "El Director" que, de este modo, creía subir enteros ante ellos.

—¡Formidable! Este muchacho no debe ser contaminado por escolasticismos, es conveniente que siga así, pintando por intuición sin nefastas direcciones de nadie.

El perspicaz muchacho, en completo desacuerdo con los atrevidos gestores, hacía grandes esfuerzos para contener la ira. Sabía que aquellos aventurados conceptos, significaban la muerte de sus ilusiones; los sabía además fruto de erróneas y trasnochadas ideas sobre el arte. "El artista nace, no se hace". Sintiose tratado como un bicho raro, algo pintoresco; un mono de feria.

—Sí, no está mal, pero estos colores son un poco violentos y torpes —dijo "El Director" para no ser menos y demostrar así sus amplios conocimientos plásticos.

Ramiro entró en cólera de súbito y con inaudita insensatez, juntando violentamente los cuadros, exclamó fuera de sí:

—¡Si alguien me enseñara, lo haría mejor!

Los presentes, paralizados por la sorpresa, enmudecieron y miraron al enfurecido chico con prevención.

—¡Adiós! —les dijo éste con ira y notorio despre-

cio y antes de que reaccionaran ya se había alejado.

Minutos más tarde, en la imprenta, matando el tiempo, doblando el Boletín Oficial de la Provincia, rumiaba el asustado adolescente su incontrolada acción. No se explicaba cómo había sucedido. Pese a su carácter aparentemente sumiso, más bien tímido que otra cosa, tenía propensión a esta clase de arrebatos, de los que pronto se arrepentía. Ahora estaba tembloroso, temiendo lo peor. De pronto, entró "El Director". Estaba claro a lo que venía. Ramiro sintió que el mundo se le venía encima. Trató de pasar desapercibido y continuó trabajando nerviosamente, de espaldas.

—¡Usted, pollo! ¡Haga el favor de saludar!

—Perdone... no lo había visto —se disculpó el asustado chico, mintiendo.

—Tu acción de antes ha sido incalificable. ¿Qué pretendías? ¡Eh! ¡Vamos, habla claro!

—Lo siento... me dejé llevar por los nervios. Es que yo... a mí no me gusta esto... Quisiera estudiar arte, usted ya lo sabe... Yo tengo aspiraciones.

—¿Aspiraciones? ¡Vaya, hombre! Bueno... eso no está mal, ya hablaremos de ese asunto y haz el favor de dominar tus impulsos, ¡eh! —finalizó "El Director" dejando en el aire una remota esperanza.

Cuando se marchó, sintió Ramiro alivio y desmesurada alegría. Intuía que, al fin, su vida iba a dar un giro favorable.

Cándida y Amna fueron despedidas del bar donde trabajaban, al siguiente día del altercado entre Ramiro y el dueño. Con el poco dinero cobrado, alquilaron una habitación en una vieja casa de la calle Foncalada y durante varios días patearon por la ciudad en busca de trabajo. El aspecto patético de Cándida le quitaba todas las posibilidades; no así el de Amna, que pronto encontró empleo de

pincha de cocina en casa de una acomodada familia. Así, por avatares de la suerte madre e hija tuvieron que separarse. Aunque podían verse los jueves y los domingos, por la tarde, significó un duro golpe para Cándida, que se veía de pronto sola, sin saber qué solución dar a su apurada circunstancia. Por fin, cuando ya estaba al borde de la desesperación, logró un puesto de niñera por horas, que paliaba en parte sus apuros. Ella podía vivir con el mínimo imaginado, podía ir tirando en la miseria, soñando quimeras y compadeciéndose. Empezó a vérselo por el Campo San Francisco, vigilando y atendiendo a cuatro traviosos niños, que la llevaban de senda en senda, de alameda en alameda, sin descanso. Su ridículo y patético aspecto causaba estupor. Teñido de rubio y lleno de buclés el cabello, adornada la ajada frente con ensortijados caracolillos y negra y anticuada vestimenta, contrastando vivamente con la cara empolvada. Por su desmedido afán de atosigar con sus múltiples penalidades, los conocidos le huían sin contemplaciones, pero ella parecía no darse por enterada, metida como estaba en su inmensa tristeza. Los domingos, en compañía de Amna, visitaba a sus hijos en “La Residencia” y durante dos largas horas les desgranaba una larga letanía de pesares. Ellos permanecían callados, ensombrecidos ante tanto pesimismo, sufriendo un auténtico martirio. Cuando se despedía, sentían enorme alivio, como si hubiesen despertado de una mala pesadilla.

Amna empezaba a dar muestras de un extraño comportamiento que podía calificarse de gamberrismo. Se divertía accionando los timbres de las viviendas y desapareciendo luego. Salía corriendo desternillándose de risa. Estaba increíblemente flaca, esquelética. No podía estarse quieta ni un instante; gesticulaba, reía y hablaba sin cesar. Se mordía las uñas y todo en ella denotaba un agudo desarreglo nervioso. Hablaba con manifiesta grosería, sin el menor recato, divirtiéndose con la sorpresa y el sonrojo ajeno. No parecía sentir afición por el sexo masculino, de quien hacía mofa. Ramiro estaba asombrado, no se expli-

caba el proceder de su hermana. Se avergonzaba de sus destemplanzas.

César desapareció un día de "La Residencia" sin advertírselo a nadie. Se marchó por su cuenta y riesgo, sin tan siquiera firmar la emancipación. Se lanzó sin pensarlo dos veces, con increíble insensatez, al torbellino existente fuera de los altos muros.

"¡Estoy harto"—había dicho el día anterior, con desesperación y una loca decisión en la mirada.

Desde su regreso del reformatorio, sentíase vigilado por todas partes. En cuanto ocurría algún robo en la casa, suceso frecuente, parecía que todo el mundo lo miraba acusadoramente. Su extremada susceptibilidad le tenía atormentado.

Cuando Cándida se enteró de la desdichada decisión de su hijo gimió desconsolada.

—¡Pobre hijo mío...! —dijo simplemente, con inmenso dolor.

Se supo algún tiempo después que trabajaba en Gijón, en una tejera, haciendo las más penosas faenas. Al fin, apareció fugazmente por "La Residencia" para firmar la emancipación.

—Chacho, ¿tú sabes bien lo que haces? —le preguntó don Orlando, como reproche.

César no contestó, se limitó a mirarle con desprecio y resentimiento y dándole la espalda con descortesía, salió de la oficina para siempre.

Por fin, el sueño dorado de Ramiro se hacía realidad. No cabía en sí de gozo. Sentíase completamente feliz y daba por bien empleado tanto fracaso y fallidas ilusiones. Le parecía mentira. A Cándida se le llenó la cara de júbilo cuando lo supo.

—¡Hijo, qué suerte! —dijo con satisfacción y orgullo.

En la Diputación, a la hora de concederle la beca, lo que más pesó a su favor fue la falsificación de las entradas de fútbol.

“¡Es un artista!” —exclamaron después de explicados los pormenores del delito.

Los auténticos promotores de aquel sueño hecho realidad, habían sido “El Director”, Alfonso y el bueno de Cañedo, administrador de “La Residencia” y derrochador de francas sonrisas y afabilidad.

“¡Ramiro va a Madrid como está mandado!” —había dicho con firmeza antes de la reunión deliberadora.

Hacia algún tiempo que venía protegiendo al extraño artista novel, en la medida que el escaso presupuesto lo permitía.

—Esta es... la factura... —dijo Ramiro, tímidamente.

—¡Arsa!... ¡doscientas pesetas! —exclamó don Orlando, alarmado ante lo que él consideraba una cifra astronómica.

—No importa. ¡Dele el dinero, hombre! Hay que ayudar al chico en lo que se pueda. —Ordenó Cañedo, contradiciendo al ilustre hombre de los mil cometidos que, ofendido, se retiró a su mesa de trabajo, haciendo gestos desaprobatorios y como diciendo: “Yo me lavo las manos”.

—Esto es una simple ayuda para un único curso, para que vayas a Madrid a estudiar decoración. ¿Está claro? Ya lo sabes: decoración, ¡eh! —recalcó “El Director”, que tenía un pobre concepto del Arte.

No importaba. Ramiro aceptó sin manifestar sus intenciones. Lo esencial estaba conseguido. Seguiría fielmente los dictados de su irrevocable vocación. Sería pintor por encima de todo. La decoración no le importaba en absoluto.

En un plazo de pocos días, a lo sumo quince, Ramiro emprendería viaje a Madrid, el sueño tan esperado. Pero estaba nervioso y un poco sobrecogido. Sentía miedo de lanzarse al torbellino de su nueva existencia. Padecía el sentimiento común y tradicional de "La Residencia", el mismo que padecieran otros antes que él. Estaba aturdido, precisamente cuando debiera estar despierto y jubiloso. Últimamente no se encontraba demasiado bien. Solía dolerle la cabeza al atardecer y parecía febril. Estaba desgano y excesivamente demacrado y flaco. Su aspecto físico producía mala espina, agravado por la seca y pertinaz tosecilla que no le dejaba ni de día ni de noche. Tuvo que guardar cama y como las décimas no desaparecían, don José, el médico, decidió que le hicieran una exploración de tórax. En el Hospital Provincial, certificaron infiltrado pulmonar bilateral. "El Enfermero", que le acompañaba en esta ocasión, no quería decirle la verdad.

—Nada hombre, no es nada de particular. Estate tranquilo, que de ésta aún no la "palmas"

Cuando supo la cruel verdad, entera, desnuda, sintió lástima de sí mismo y lloró hacia adentro, como se hacía en "La Residencia", sin lágrimas, sin manifestar el excesivo dolor que le producía la desgracia de su fatal sino.

El día quince de octubre, al atardecer, en compañía de "El Enfermero" emprendió viaje a Pola de Gordón, para ser internado en "Los Tres Chalets".

A "Los Tres Chalets", situados en lo alto, por encima del pueblo, cerca y a la misma altura que la "Casa Infantil Covadonga", se les había conocido antiguamente por el menos eufónico nombre de "Las Tres Casas". A raíz de haber hecho en ellos substanciales cambios arquitectónicos, se les empezó a conocer por la denominación actual. En esencia, seguían siendo tres vulgares casas sin nada sobresaliente que justificara la pretenciosa nueva

denominación. Raspando por atrás, se estaba finalizando la carretera que, en su día, desviaría el tráfico que pasaba por el centro del pueblo. Por el frente se alzaba, igual que en la vecina Casa Infantil Covadonga, pero mucho menos airosa e imponente, una amplia terraza, sombreada por diversidad de árboles frutales. Se unían las edificaciones por una estrecha galería, especie de embudo, paso de la zona destinada a mujeres, a la de hombres. De todos modos, en este sentido de sexos, no existía la rigidez disciplinaria empleada en otros centros sanatoriales. Antes de la construcción de la carretera, existía plena libertad, y más que sanatorio, parecía un albergue de vacaciones; pero el asiduo trato de las enfermas con los obreros de la carretera, había dado lugar a justificados y duros comentarios. Se cortó por lo sano, prohibiendo la salida a las mujeres, con lo que pagaban justos por pecadores. Una especie de pecado original que pagarían también, sin comerlo ni beberlo, las ingresadas posteriormente al delito cometido. Así y todo, seguía existiendo promiscuidad de sexos entre los enfermos.

"Los Tres Chalets" pertenecían a la Diputación de Oviedo, que los destinaba para sus funcionarios y familiares enfermos de tuberculosis, beneficiándose también los acogidos en "La Residencia". Los regentaba la Comunidad de Hermanas de la Caridad de la Casa Infantil Covadonga, que destinaba periódicamente por turnos a una de sus miembros. En la actualidad, a finales de este año 1953, estaba encargada sor Dolores, andaluza por los cuatro costados, oriunda del Puerto Santa María; alegre, cascabeletera y de manga ancha para las cosas de este pícaro mundo, con lo que daba fe y hacía honor a la tierra de María Santísima que la vio nacer.

El día quince de octubre, cuando Ramiro llegó en compañía de "El Emfermero", Pola de Gordón se ocultaba bajo una espesa capa de nieve. Se había anticipado el mal tiempo, azotando sin piedad la agreste comarca. En la estación les esperaba "el Tuerto", interno en "Los Tres Chalets", ya curado desde hacía tiempo, pero que seguía

allí, comiendo la sopa boba y haciendo toda clase de trabajos, en especial de jardinería, en lo que era un consumado experto. Ramiro le había conocido en el año 44. Por aquel entonces, "el Tuerto" era un grandullón a punto de emanciparse de "La Residencia". No le había vuelto a ver en todos estos años transcurridos, pero la imagen que de él guardaba respondía exactamente al aspecto físico actual: alto y corpulento, tuerto y coloradote, de edad indefinida. Lo reconoció al instante, estático en medio del solitario andén, encogido por efecto del frío, las manos metidas en los bolsillos de la zamarra, la cara enterrada entre el cuello levantado y cubierta la cabeza con enorme boina.

—¡Anda!...¿pero...me conoces? —interrogó sorprendido cuando Ramiro lo saludó con evidente confianza.

Encamináronse hacia la Casa Infantil Covadonga, donde "El Enfermero" haría noche. Así lo habían acordado en Oviedo. Se negó a pernoctar en "Los Tres Chalets", por escrúpulos. Sentía irreprimible prevención ante los tuberculosos. Ramiro presumía de no sentir fatiga y avanzaba alegremente, enterrándose hasta las rodillas en la nieve. Estaba contento. Estos parajes le influían favorablemente en el ánimo. Regresaba al ayer feliz. "El Tuerto" le seguía la corriente con cierta compasiva ironía.

—¡Jolín! Tú estás más sano que yo. ¡Vaya modo de avanzar! No vas a estar aquí ni dos meses —le decía mintiendo y riéndose para sus adentros.

Había expectación en los enfermos de "Los Tres Chalets", en particular entre el género femenino, que provocaba en el recién llegado un gozoso sentimiento de orgullo, sin saber que este revuelo ocurría siempre que había un ingreso.

Aquella noche, ya acostado, sentía que era una de las más felices de su vida. A través de los amplios ventanales de la sala, divisaba la masa borrosa e imponente de las montañas, bañadas por la tenue luz de la luna. La gélida brisa nocturna movía las cañas de los árboles de la raza, precipitando masas de nieve que caían sordamente

en el suelo blando. Se experimentaba una paz infinita, sólo interrumpida, de cuando en cuando, por la tos frenética de algún enfermo o por el lejano pitido de los trenes que pasaban raudos, sin hacer alto. De cara a la fría inmensidad de la noche, abrigado, en la tibieza de la cama, le parecía borroso e irreal su triste pasado. Increíblemente, no sentía pena alguna por su frustrado viaje a Madrid. Hubiera parado el tiempo para eternizar esta felicidad que experimentaba, sólo turbada por la certeza de su finitud. Vivía en estos momentos una especie de dulce muerte, presa de tibio cansancio de vida. Habían sido demasiadas ansias acumuladas; demasiada intensidad para cuerpo tan débil y espíritu tan anhelante.

Cuando al día siguiente don Fabián revisó a Ramiro por rayos X, su diagnóstico fue claro y rotundo: siembra en el pulmón izquierdo, infiltrado en el vértice superior del derecho. Tratamiento: exteptomicina, hidrácida y reposo absoluto hasta una nueva exploración.

Había que resignarse a la inacción, olvidar las horas; permanecer acostado sin pedir más a la vida. Cuestión simplemente de esperar. Saber esperar. Reposo absoluto era eso: estarse quieto esperando con sosiego, sin pena en el alma, pacientemente. A Ramiro le parecía un martirio chino. No creía poder aguantar y sin embargo no había otro remedio. Se acostó de cara a las inmensas montañas. Ya no sentía la dulce laxitud de la noche anterior. Se le habían alertado los sentidos y volvía a lo tenso de la realidad. Le dolía su estado actual de ineptitud. Nunca tuvo suficiente resignación para estarse quieto vegetando. Y lo difícil de esta enfermedad era el tiempo y la falta de dolor físico. Engañaba e impelía a la mente a crear fantasías increíbles, disparatadas. Se hacían insoportables los anhelos y la impaciencia quemaba. Sentía charlar animadamente a los enfermos en la terraza, pisando sobre la

nieve, acariciados por el sol juguetón de aquella mañana otoñal. ¡Qué ansias de vivir la vida le entraban! Don Fabián había sido tajante, preciso: “He dicho reposo absoluto”. Un minuto significaba ya mucho tiempo, demasiado para estarse allí, conteniendo las ansias. El simple hecho de ponerse los pantalones hubiese sido un placer. A veces las cosas más insignificantes adquieren un valor inmenso; depende de las circunstancias. Ahora reparaba con angustioso interés en los pantalones, camisa y alpargatas, que a fuerza de ponérselos a diario maquinalmente, habían llegado a ser cosas nada importantes. Allí estaban a la vista, pantalón, chaqueta y camisa, colgados en una percha a la cabecera de la cama; las alpargatas, junto a la mesita de noche, blancas, limpias, con estreno de unas pocas horas. El rayado pijama le producía molestias. Todavía estaba crespado, algo almidonado; sonaba en la cama con el roce de los movimientos. Olía a nuevo y a naftalina. Le traía melancólicos recuerdos del pabellón núm. 8 del Hospital Provincial de Oviedo. Todos los tuberculosos usaban allí pijama a rayas. No había caído antes en ese detalle. ¿Por qué usaban todos los tuberculosos pijama a rayas? No existía contestación. Lo usaban y eso era todo. Pero no dejaba de ser extraño. Solamente a rayas azules y blancas, eso mismo. Ni rojas, ni marrones o negras o de otro color cualquiera. Parecía un distintivo de tuberculoso. Quizá los tonos alegres como un rosado o un amarillo no fuesen apropiados para tuberculosos. Entraba gélida brisa en la sala, pese al día soleado; enrojecía la nariz. Si no fuese por la inquietud, se estaría bien en el lecho. Las moscas revoloteaban al sol, posándose en los cristales de los ventanales. Moscas que parecían revividas. Se ayuntaban con frenesí, con ferocidad, aprovechando el breve tiempo que les quedaba de sol milagroso. Quizá presentían la muerte y por eso aquella rapidez y desnudo en sus actos vitales. El orinal estaba descascarillado y amarillento verdoso por el fondo. Le producía asco introducirlo en la cama, y afuera sonaba con extrépito metálico el chorro al mear. Le desagradaría verse sorprendido. Seguía tenien-

do un exceso de pudor. Si en aquel momento entrara alguien en la sala, se le derramarían inevitablemente los orines en la cama. Aún no sabía comportarse como enfermo. El pudor en los hospitales muere por necesidad. Los tuberculosos en estos tristes lugares, orinan, tosen y escupen con la misma naturalidad que comen o duermen. Es inevitable. Las seis camas de hierro pintadas de blanco le daban frío. El blanco siempre le producía esa extraña sensación. Se le ponía carne de gallina. No acababa de explicarse el motivo de que en los hospitales se empleara únicamente el blanco. Claro que un centro hospitalario todo de color rosa o amarillo, hubiese sido escandaloso; quizá pintado de azul no sucediera lo mismo; en efecto, el azul iba mejor. Los tonos cálidos no parecían ser adecuados para estos lugares de dolor. Tampoco el piso de madera, parecía adecuado para una sala de tuberculosos. La baldosa es más aséptica, fría y prosaica. La madera crea intimidad, conserva el calor y el polvo viejo de los años. Las cinco camas vacías llevaban tiempo echadas hacia atrás, con la huella de haber gravitado el cuerpo muchas horas en ellas. La limpiadora sacudió con desgana los colchones, uno a uno, llenando la sala de polvo; echó después los orines depositados en las bacinillas, en una sola y la dejó con descaro, rebosando, en medio del recinto. Hizo las camas lentamente, con hábil mano y luego sacó el repleto orinal y arrojó el contenido, con extrépito de catarata, al retrete. Barrió el suelo repartiendo desiguales escobazos por el viejo piso de tablas; recogió la basura amontonada y salió sin haber dicho palabra, sin tan siquiera mirar una sola vez al nuevo enfermo. En la sala dejó olor a perfume barato y mucho polvo en suspensión.

Fueron pasando las horas de la mañana, aunque tenía la impresión de que habían quedado paradas. Después del copioso almuerzo, los enfermos regresaron a la sala para hacer las dos horas de reposo prescritas por el médico.

—¿Qué tal hombre! ¿Cómo van esos ánimos? —le preguntó Cenera, compañero que ocupaba la cama de al lado.

Cenera tosía sin pudor, desgarradamente hasta reventar. Aferraba la bacinilla convulsamente, con las dos manos, sentado en la cama; metía la cabeza allá y expectoraba con furor y cuando lograba arrancar las mucosidades, caía vencido hacia atrás, desfallecido del esfuerzo, con la respiración alterada y dificultosa. Hacía algunos meses que le habían operado. Nueve costillas al garete. Una toraco-plastia total, sin demasiado resultado positivo. Disimulaba el enorme hoyo, poniendo una almohadilla en la chaqueta, pero el hombro derecho caía visiblemente más bajo que el otro, delatando el quebrantado esqueleto. Caminaba torcido, con propensión a irse a tierra toda su altura de exjugador de baloncesto. Contemporáneo en "La Residencia" de "el Tuerto", por lo que Ramiro le recordaba también. En aquel entonces, joven, alto y garboso, destacado jugador de baloncesto ponía muy arriba el pabellón de su equipo. Aquí estaba la ruina de lo que había sido.

Por la tarde cambió el tiempo. Llegaron espesas nubes que ocultaron las gigantescas y empequeñecedoras montañas, que besaban el cielo allá enfrente. Quedó el valle obscurecido, helado, preñado de augurios. A las cinco nevaba de nuevo con intensidad, en silencio apretado.

Finalizado el tiempo de reposo, los enfermos continuaban metidos en la cama; sentían pereza ante la helada tarde. El primero en romper el fuego fue Alperi, que sacó las piernas de entre las sábanas con reparo. Aunque la calefacción estaba bastante alta, el nevado paisaje que se divisaba, producía frío. Se vistió tiritando.

—¡Qué, echamos la partida. o no! —dijo a los perezosos compañeros.

Cenera echó sábana y mantas hacia atrás, con brusquedad y en su inopinada decisión, gritó:

—¡Burrrr...fuera!

Los otros compañeros saltaron de la cama también resoplando y abrigándose con premura. Sólo Miaja continuó enterrado en la cama, tapado hasta media cara, con la mirada perdida en la lejanía helada. Era el más viejo

de la sala. Casi no hablaba y tenía siempre gesto de amargura. Decía, con orgullo, ser hermano de un famoso general de izquierdas, ya muerto.

Pasadas las seis de la tarde, Ramiro tuvo la agradable e inesperada visita de tres jóvenes internas en el centro. Entreabrieron la puerta y estuvieron unos instantes indecisas, entre cuchicheos y risitas nerviosas.

—¡Venga!, parecemos tontas —dijo una de ellas y entraron con fiesta en el semblante.

—¡Hola! —saludaron jugando con la mirada.

Le conocían de vista. Eran de “La Residencia” como él. Estaban ya curadas y pronto les darían de alta, en particular a Angelina y a Cira. Rosi dependía de lo que don Fabián dijera en la próxima exploración.

Angelina, muchacha gruesa y achaparrada, vestía un apretado jersey negro que marcaba con descaro su ampuloso busto y que contrastaba ostensiblemente con la mortal palidez de su cara. De Cira ya Ramiro había oído hablar en “La Residencia”. Famosa en la zona de varones, donde tenía infinidad de rendidos adoradores de “a salto de mata” y “agujero de cerradura”. Rondadores nocturnos de la “huerta lactancia”. No era guapa, pero tenía eso que se llama “sexí”, simpatía, “gancho”. Enamoraba. Novia formal de Manolín Requejo. Se conocieron y se hicieron novios allí, estando él también interno. Hacía ya varios meses que había marchado dado de alta, pero venía a visitarla con frecuencia. Dio la casualidad que al poco tiempo de ser dado de alta, ingresó su padre, provocando en Cira agudos celos por creerse vigilada.

Rosi tenía diecisiete años. Rubia y dulce en el hablar. En sus almendrados y negrísimos ojos, conservaba aún candor de niña. Su linda cara, de perfecto óvalo, se teñía con frecuencia de rubor. Vestía de color rosa, añadiendo más su encantadora figura de muñeca.

Jugaron al parchís hasta la hora de la cena. Cuando se ausentaron, Ramiro sintió súbito pesar. La fría soledad de la sala le afectaba crudamente. Sentía, además,

inexplicable y nueva emoción que le trastornaba el espíritu. Se le había clavado en la mente la encantadora imagen de Rosi, reduciendo y convergiendo todos sus pensamientos en ella. El cosquilleante desasosiego parecía un rotundo flechazo. Había entrado con ímpetu el amor a su dolida alma, sin miramientos de ninguna clase; allí precisamente, en el lecho del dolor. Sus diecinueve años de inhibición y falta de trato femenino se revelaban, reventaban a la primera ocasión. Había llegado el amor a su vida sin pedir permiso.

Rosi estaba comprometida, tenía novio. Se lo hizo constar a Ramiro, cuando éste se le declaró impetuosamente, en presencia de Cira y de Angelina. Se llamaba Paciano, trabajaba en la carretera y tenía veintisiete años. Desde el día en que les prohibieran la salida, no le había vuelto a ver, pero ella le guardaba la ausencia, esperando que apareciera un día u otro.

Ramiro sintió que la desolación tomaba cuerpo en su alma como nunca. La vida sin Rosi le parecía imposible. Sintió unos celos irreprimibles y dijo con furor:

—¡Es un viejo!

—Pero es bueno y me quiere mucho —replicó Rosi, con dulzura, seriedad y agradecimiento.

Cuando salió de la sala en compañía de sus amigas, al desolado enfermo le pareció su vida absolutamente insoportable. La humillación y el sufrimiento le tenían anadado. Nunca, pese a las incontables contrariedades de su vida, había experimentado tan cruel amargura. En su arrastrarse por la existencia, había ido contemporiando y acostumbándose en cierto modo al dolor. Ese dolor cotidiano y pertinaz que, poco a poco, va minando el espíritu; hacedor de misántropos e hipocondríacos. Ahora su espíritu se retorció y gritaba desesperado, despertado violentamente del sopor de los años. Aquel era un amor al

que, de pronto, se le abrían las puertas de la cárcel de la inhibición. Como todo apasionado y bien enamorado, polarizaba su amor en una sola mujer, en este caso, la dulce Rosi. Ya para él no existía otra.

“El Tuerto” sabía mucho de ese sarampión llamado amor.

—¡Ajá!, malo, eso no se cura ni con estreptomycinina —le dijo sonriendo con sorna a medida que se desnudaba, mirándole de hito en hito con el ojo sano.

—No le des demasiada importancia; las mujeres son volubles y en ellas nunca hay nada definitivo en cuestiones de amor. Tómallo con calma, no demuestres pesar ni interés y ya verás cómo cambian las cosas. Hazme caso. ¡Si no las conociera yo! —le dijo Cenera, con seriedad, comprensivo ante el dolor del enfermo enamorado.

Pero no hizo falta poner en práctica los sabios consejos de Cenera. Rosi al día siguiente, apareció ruborosa y sonriente, en compañía de sus dos inseparables amigas.

—¡Venga, díselo! —le apremió Cira, mirándola con picardía.

—¡Mujer...! —exclamó Rosi, escondiendo avergonzada, su linda cara entre las manos.

—¿Lo digo yo por tí? —inquirió amenazadora la pícaro amiga.

—¡Chica...no seas así!

—Mira, está arreglado lo que habéis hablado ayer. Acepta ser tu novia —dijo Cira resueltamente.

Rosi ladeó la cabeza, para ocultar la confusión. Su enamorado, lleno de gozo, le asió las regordetas manos y las apretó con infinita unción, disfrutando por primera vez en su vida del calor femenino. No se dijeron nada en todo el tiempo que permanecieron juntos; bastaban las miradas de amor.

Cumplido un mes, a Ramiro se le conmutó la pena del reposo absoluto. Ya estaba mejoradísimo de la tuberculosis; había engordado casi cinco kilos y su aspecto era óptimo. Parecía otro. El clima de la comarca y el amor, habían hecho el milagro. Hacía días que no nevaba. Hoy lucía el sol en todo su esplendor y más que avanzado otoño, parecía primavera. La nieve seguía arriba cubriendo las montañas, deslumbrando con su extrema blancura y contrastando con los oscuros del valle y del río Vernesga, que pasaba negro y crecido. El camino bordeado de álamos y de castaños de indias, que subía desde el pueblo pasando a la vera de "Los Tres Chalets" y que iba a perderse en estrechas sendas por las montañas, estaba enlodado con múltiples huellas y excrementos de los rebaños de ovejas, que salían de nuevo aprovechando esta bendición de tiempo, en busca de pastos. Soplaba helada brisa que venía río arriba, por el valle, purificando el ambiente. Hoy se oía con estridencia el griterío feliz de los niños residentes en la Casa Infantil Covadonga, que jugaban gozosos al sol. En este inusitado día de noviembre, Ramiro sentía una gran plenitud espiritual. Caminaba por las cercañas, ávido de ver y recordar, viviendo intensamente los instantes; experimentando diversas emociones ya casi olvidadas que habían permanecido agazapadas en la sensibilidad. Regresó casi al mediodía, con añoranza de Rosi, el bello amor que había cambiado su pesimismo por un dulce sosiego. Los enfermos paseaban o permanecían sentados en los bancos de cemento, obra del eximio exmaestro de Rosendo. Alzó la mirada en varias ocasiones hacia la alta terraza del pabellón de mujeres, pero Rosi no aparecía.

—¡Avísale! —rogó a Cira con nerviosismo.

La joven, pareció despertar de un profundo ensimismamiento, le miró como si no comprendiera, se encogió de hombros y le dijo al fin enigmáticamente:

—¡Va!, para qué.

Ramiro quedó perplejo y sorprendido.

—Por favor... avísale —rogó de nuevo con angustia.

Cira dudó unos instantes, hizo un mohín de resignación y entró para regresar casi inmediatamente con gesto adusto e impenetrable.

—No quiere salir.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué pasa?

—¡Cosas...! Ya hablaremos.

Al infeliz enamorado, el misterio con que su amiga le hablaba le producía sobresalto y negros presentimientos. Algo extraño ocurría para que Rosi se comportara de modo tan anormal y descortés.

—Mira, ayer vino a verla Paciano y ya comprenderás... —le dijo Cira a última hora de la tarde, vencida por el apremio del angustiado enamorado.

Ramiro quedó petrificado, con la mirada desorbitada puesta en la joven amiga.

—Lo siento... Estas cosas son así. Tómallo con calma —le dijo piadosamente.

El desairado, se alejó sintiéndose terriblemente deprimido y humillado. Sentía la imperiosa necesidad de contar su pena a alguien, de descargar el peso atroz de su alma y pensó en el comprensivo y experto Cenera.

—No seas bobo. ¿Un artista como tú va a compararse con un peón? Disimula como si nada hubiese ocurrido, si no se arreglan las cosas, siempre te quedará el consuelo de no haber perdido la dignidad.

Aquella noche la pasó el dolido enamorado presa de insomnio, en vigilia indescriptible y delirante. Escuchó el canto de los gallos de media noche y el ladrido lastimero de los canes que parecían sollozar a la luna que en cuarto menguante alumbraba el helado paisaje. Cenera roncaba estrepitosamente, con intermitencias. Al poco, Miaja entró en el concierto, despertó Alperi y molesto ante tan singular música, hizo extraños chasquidos con la boca, como si estuviera espantando canes, Miaja dio una brusca vuelta en la cama y dejó que su compañero de orquesta continuara de solista. El cuarto de luna había entrado de rondón en el dormitorio, reflejando su pálida y menguada faz en los cristales de las abiertas ventanas. Ya de madru-

gada, el enamorado triste, exhausto, al fin, entró en profundo sueño. Empezaban las aves sus trinos entre las tejas y en las desnudas cañas de los árboles cercanos. Pasó un expreso a gran velocidad, dejando en el cerrado ámbito del valle helado, ecos y fugaces resonancias. A las cinco, como siempre, se oyó el abrir y cerrar de puertas y, después, apresuradas pisadas por la grava de la terraza. Sor Dolores se iba a los rezos matutinos que la comunidad de la Casa Infantil Covadonga celebraba a esa temprana hora. Un nuevo día asomaba tras los altos y nevados picachos.

Que Cenera conocía a fondo a las mujeres, resultaba una verdad incontrovertible. No solamente lo demostraba con sabios consejos, sino también con hechos clarísimos y contundentes. En cuestión de faldas era un lince. Tenía novia en Valencia, a la que conocía por fotografías. Novios por correspondencia, desde hacía tiempo. Se retrataba siempre al lado de lujosos automóviles y señoriales mansiones. La tenía engañada haciéndose pasar por un potentado. Se hacía ilusiones fabricando fantasías. La dirección actual proporcionaba credibilidad a la fenomenal mentira. "Los Tres Chalets", dirección eufónica y equívoca se prestaba al engaño. Sabía que su noviazgo nunca tendría final feliz y que sólo era un modo de engañarse a sí mismo. Al fin y al cabo, dado que su existencia se arrastraba sin horizontes, resultaba mejor embarcarse en sueños imposibles, evadirse de la cruda realidad cotidiana, monótona y desesperanzada. En la cantina de la estación de Pola de Gordón se hacía pasar por "El Ruiseñor de Asturias". Un cantante de asturianadas. "El día que yo cante se acabó el cuento". Los asiduos "parroquianos" sentíanse honrados con la amistad de tan importante ídolo de la canción. La cantina no parecía lugar apropiado para la gran categoría de su voz. Todos lo compren-



dían y le pagaban, sin admitir negativas, las continuas consumiciones. Tenía mucho aguante en cuestión de alcohol; bebía y bebía y como si nada. Podía desafiar a cualquiera con la seguridad de salir victorioso. Con la baraja era un consumado tahir. Formando pareja con “el Tuer-to”, pronto su fama recorrió la comarca. Cenara daba el tipo exacto de tahir: alto, delgado, elegante; ojos avizores y burlones; fino bigotillo y ágiles y largas manos. La estampa del tópico. Ganaba dinero con el juego, en particular a los incrédulos, valentones e ingenuos. Si no fuera por el dichoso hombro caído, sería también el prototipo de galán cinematográfico. Tenía prestancia; parecía un señor de categoría con sus estudiados ademanes de elegancia y distinción. A Elvira la tenía en el bote; estaba la pobre lo que se dice “chalada” por él. Era un enamoramiento fatal, de locura. La trataba con despego, dándole y quitándole esperanzas, en un tira y afloja atormentador. Había algo terrible en el ambiente de “Los Tres Chalets” que incitaba al amor. Amor insensato y mortal, de tuberculoso. Amor apasionado, para el que solamente existía el presente; el futuro era demasiado problemático para atreverse a pensar en él.

—Con las mujeres hay que ser duro —le dijo a Ramiro con firmeza y sabiduría de hombre práctico.

Practicaba su propia filosofía al pie de la letra, para lo que se necesitaba valor y dominio de sí mismo:

“Las mujeres desprecian a los hombres pobres de espíritu”.

“Las mujeres te aceptan, sobre todo, por lo que aparentas y no por lo que eres”.

“En la mujer puede más el instinto que la inteligencia”.

“Para la mujer, macho es sinónimo de bruto y cuanto más bruto mejor”.

“Las mujeres jamás se enamoran de un hombre por su inteligencia”.

“A la mujer mucho amor le empalaga”.

“La inseguridad es sostén y alimento del amor”.

Entraron en la cantina de la estación.

—¿Quién es ése? —preguntó discretamente un individuo a otro, refiriéndose a Cenera.

—¿Ese?, un tuberculoso de allá arriba.

—¡Ah!

Y salieron del local apresuradamente.

Al atardecer, la táctica preconizada por Cenera, daba sorprendente resultado: Rosi lloraba desconsolada.

—¡Es por tu culpa! —le dijo Angelina con censura

—¿Mía...? —exclamó Ramiro asombrado.

—¡Claro!

—Pero...no entiendo absolutamente nada.

—¡Pareces bobo!

En ausencia de sor Dolores, pasaron largo tiempo abrazados, prometiéndose amor eterno. Ahora estaba segura. Había sido una lamentable confusión de los sentimientos.

Cenera, Alperi y “el Tuerto” querían ver el partido de fútbol que la Cultural Leonesa y el Real Oviedo disputarían el próximo domingo, pero entre viaje, comida y entradas, les costaría un ojo de la cara. Después de mucho darle vueltas al peliagudo asunto, decidieron recurrir a la ya legendaria habilidad de Ramiro para la falsificación; pero éste, en principio, se negó rotundamente a complacerles. Consideraba que no merecía la pena un riesgo tan grande, por ahorrarse unas pesetas, además ya no sentía por aquel trabajo la atracción que había sentido años atrás. Pero al fin, ante los encarecidos ruegos y promesas de infinita discrección, cedió a regañadientes. Le proporcionaron cuantos materiales fueron necesarios y dio comienzo a la faena. En dos días de misterioso encierro en el cuarto que sor Dolores le había cedido para estudio, finalizó satisfactoriamente el delictivo trabajo.

—¡Qué bárbaro...! —exclamó “el Tuerto”, comparando las entradas falsas con la auténtica.

—A ver quién es el guapo que repara en la diferencia —dijo Cenera con divertido asombro.

—¡Leche! —pronunció Alperi, con incredulidad.

El domingo día del partido de fútbol partieron los tres aficionados hacia León. El falsificador reincidente vio con aprehensión, desde la terraza de “Los Tres Chalets”, alejarse el tren mixto, con su característico traqueteo, valle adelante, bordeando las altas montañas. Se dolía de su falta de carácter, pero ya no había remedio. El delito estaba consumado y las consecuencias gravitando sobre su desgraciada vida. Simplemente unas horas y el cambio podía ser fatal. Ellos habían salido con una tranquilidad pasmosa y divertidos por el fraude.

—¡Además les vamos a ganar el partido! —decía Alperi carcajeándose con cínico regodeo.

“La vanidad se disfraza fácilmente; bastan algunos subterfugios y parece incluso humildad” —pensaba Ramiro autocensurándose. No cabía duda que había estado ahído de suficiencia y orgullo. Por eso mismo cedió y no por generosidad, como quiso dar a entender. Había sido un puro alarde, un deseo insensato de notabilidad.

Por la tarde comenzó a llover con intensidad y quedó la comarca azotada por la ventisca y alumbrada simplemente por una luz opaca, grisácea, con atisbos de noche húmeda, que entristecía el alma. Unos enfermos permanecían en el interior de los dormitorios, matando el tiempo con juegos de azar; otros guardando el calor en la cama, y algunos, como Ramiro, atisbaban tras los cristales, taladrando en el borroso paisaje, a vueltas con los pensamientos.

—¡Menuda mojadura estarán “papando” esos locos! —se decía entre los enfermos, censurando a los compañeros que habían ido al fútbol.

Producía frío sólo de pensar en salir y cruzar entre las heladas ráfagas de lluvia. Sor Dolores, inevitablemente, debía cruzar todos los días varias veces la distancia en-

tre “Los Tres Chalets” y la Casa Infantil Covadonga. En estos días desapacibles se envolvía en un chal negro y tapada con un viejo y precario paraguas hacía frente con denuedo y estoicismo al temporal. En esta mojada tarde había salido como de costumbre, pisando con premura sobre la grava de la terraza, enterrando luego los toscos zapatos en el enlodado camino. Llegaba el momento propicio para el mariposeo entre los enfermos de ambos sexos; para el amor en ventana o rincón. Elvira podía facilitar el contacto de los anhelantes cuerpos. Tenía las llaves de las puertas que separaban los pabellones. Ramiro, en este día de tristes presagios, sintió más que nunca la necesidad de la compañía de Rosi. Se citaron en el cuarto donde él pintaba. Estuvieron abrazados largo tiempo, a oscuras; envueltos en abrasadora pasión. Eran aún inexpertos y temerosos y se conformaban con besos apretados y contactos íntimos. Si él quisiera y pudiera, hubiese sido inevitable la consumación del acto sexual; la ocasión se presentaba demasiado propicia, pero algún cerrado resorte de su cerebro, vetaba la posibilidad. Todo un problema de educación traumatizante, un grave problema mental que le inhibía pese al ímpetu avasallador de las ansias sexuales. Acariciaba y amasaba con manos crispadas, los juveniles senos, sintiendo el otro cuerpo anhelante, desfallecido, pegado al suyo. Iba creciendo el deseo, sin posible retroceso. Permanecían con los labios unidos, en una sola respiración, diente con diente. Fue creciendo el ardor, haciéndose irresistible; apretó contra la pared el juvenil y bello cuerpo femenino, con salvaje ferocidad, presa de bestial frenesí. Y quedó desfallecido, sintiendo el semen caliente que empapaba el calzoncillo y que bajaba mansamente muslos abajo. Era la primera vez que experimentaba la violenta sensación. Encendió la luz, adoleciendo de súbita vergüenza, arrepentimiento y temor religioso. Rosi sonreía dulcemente, enrojecido el rostro, desorbitadas las pupilas, la respiración alterada, vendida, a merced de quien quisiera tomarla. Después de algunos titubeos, se despidió con un fuerte y desesperado

abrazo. Se deslizó con felina agilidad, entre las sombras de la galería que unía el pabellón de hombres con el de mujeres.

Noche cerrada ya, regresaron los tres aficionados al fútbol. Traían mojadura de horas y caras largas. El falsificador corrió a su encuentro, reflejando angustia e incertidumbre.

—¿Qué ha pasado? —inquirió con voz temblorosa.

—¡Nada! ¡Hemos perdido! ¡Son unos maulas!

—Me refiero a... las entradas.

—¡Ah! Nada, hombre, todo fue bien —le dijeron sin dar ni la mínima importancia al delicado asunto.

—¡Esos mangantes no suben a primera división ni aunque los empujen! —aseguraban mientras se quitaban la mojadura de encima.

En el corto espacio de un mes, hubo tres nuevos ingresos en "Los Tres Chalets". Primero llegó Floro, muchacho de catorce años de edad y que procedía de "La Residencia"; días después lo hizo Alvaro, hijo de funcionario de la Diputación. En las postrimerías de enero, llegó Loli, que procedía también de "La Residencia".

La pequeña sala del pabellón de hombres, con los dos nuevos enfermos quedó completa. Si se verificaban nuevos ingresos habría que habilitar el pabellón destinado a rayos X y botiquín. Entre hombres y mujeres, en la actualidad, hacían un número de veinte, cantidad que ponía a tope las posibilidades del pequeño sanatorio. Don Fabián, en las últimas exploraciones efectuadas, había mostrado disgusto, en vista de la evolución negativa experimentada por algunos enfermos. Negó el alta a varios, por considerarla prematura. Entre los afectados se encontraban Angelina y Cira. La dulce Rosi, había tenido un evidente retroceso en la enfermedad, motivando que comenzara el tratamiento. Ese día lo pasó metida en la ca-

ma, sin querer hablar con nadie, lloriqueando desconsolada. Sor Dolores, que en un principio había hecho la vista gorda al que consideraba romántico noviazgo, ahora parecía arrepentida de su excesiva comprensión y manga ancha, además sor Lucía, la superiora de la comunidad, que en cuestión de amores entre tuberculosos, no transigía, la azuzaba sin cesar, acusándola de poca rectitud. “Nunca, por suerte, un noviazgo entre tuberculosos ha llegado a buen puerto” —decía y aseguraba con firmeza y conocimiento de causa. Sor Lucía hablaba por los codos; comenzaba sus inacabables peroratas y podía estar horas dale que te pego, atormentando a sus interlocutores. Tenía también su propia manera de pensar adquirida en la experiencia que da la vida. Durante la guerra del 36, había sido superiora en un hospital perteneciente a zona roja. “Allí me trataron con todo respeto y agradecimiento”. Pero en el fondo, lo que buscaba en los conceptos era una autodefensa, contra su propia sentimentalidad. Se temía más a sí misma que a las circunstancias. Sabía que por su condición de superiora, debía ir de lugar en lugar, siempre en períodos de cuatro a cinco años a lo sumo. “A Dios lo tengo siempre a mi lado”. Las personas, eran sólo sombras fugaces en su vida, pese a estar ella a su entero servicio. “Hoy aquí, mañana donde me manden”. Estaba a punto de consumir su tiempo en Pola de Gordón. “Me iré sin lágrimas, sin despedidas tontas ni aspavientos. Las hermanas de la caridad, somos simplemente servidoras del prójimo por amor a Dios”. Había una gran dosis de heroicidad en su manera de pensar y vivir. Parecía dura cuando la pura verdad era lo contrario.

Estaba más que demostrado que a Ramiro el amor correspondido le ayudaba a sanar. La siembra del pulmón izquierdo había desaparecido por completo y el infiltrado del derecho, estaba casi cicatrizado. Parecía rebosante de salud y satisfacción. Su montaraz vivir al sol y al aire puro le había transformado hasta de aspecto físico. Ascendía a las cumbres de las montañas, caminaba horas por el valle, contemplando la negrura del Bernesga; se metía

por tortuosos vericuetos y parajes de soledad impresionante; siempre en busca de la sorpresa y del tema soñado para ser trasladado al lienzo o al papel. Vivía una salvaje vida, semejante a la experimentada en Sobrerriba, la inverosímil y perdida aldea asturiana de su primera infancia.

“El Tuerto”, que estaba felizmente curado, seguía en “Los Tres Chalets” por no tener mejor lugar a donde ir y gracias a esta circunstancia, las más bellas e indescribibles flores de la comarca se daban allí. Había transformado en un bello jardín la escueta y amplia dimensión de la terraza. Por todas partes geranios, begonias y petunias; las rosas más exóticas y de colorido insólito. Hortensias y claveles y dalias. Enredaderas que ascendían por entramado de hierros o descendían muro abajo hasta el mismo camino. Jardín de jardinero enamorado. “El Tuerto” amante de flores, colores y aromas, penaba en desolada soltería por culpa del ojo tuerto y de las circunstancias adversas. Avanzaba por la treintena sin demasiadas esperanzas, envidiando noviazgos y derritiéndose ante mocedades de exuberante femeneidad. Le gustaban las gorditas y rellenas y no hacía ascos de las flacas ni de las altas ni de las bajas, perdonaba a las feas y le volvían loco las hermosas. Cuando les echaba el ojo sano encima, le bailaba la pupila, con alegría maliciosa. De Pascua a Ramos, iba a León a echar una cana al aire y regresaba sosegado para una corta temporada, después volvía a desear inútilmente y a padecer el martirio de la abstinencia obligada.

Alvaro, joven de 24 años, delgado, lánguido, afectado y locutor de profesión, había estudiado, sin embargo, para practicante. En cuanto se instaló se caracterizó como enfermo desconforme e hizo lo imposible para demostrar su talento y talante intelectual. Discrepaba de los tratamientos médicos empleados allí. La dieta alimenticia le resultaba bárbara, indigesta y peor condimentada. Aseguró que su dolencia era cosa leve y que con dos meses de aire puro estaría totalmente recuperado. Lo que de verdad le entusiasmó desde el momento mismo de pisar en

“Los Tres Chalets” fue la joven y “sexy” Cira, a la que requerebraba sin disimulos, con descaro, motivo éste que a Requejo, futuro suegro de la bella, le sentaba fatal.

“Esa chica tiene duende” —decía el joven lánguido y afectado.

“Lo que esa tiene sé yo lo que es...” —aseguraba “el Tuerto” maliciosamente.

“Lo que tiene es cara de cemento” —afirmaba Requejo con ira.

Requejo estaba anonadado e indignadísimo por el cariz que iban tomando las relaciones entre Cira y Alvaro. Ya ni tan siquiera disimulaban su enamoramiento, que provocaba escándalo y severas críticas. Hasta sor Dolores se mostraba en desacuerdo.

—¡Eso está muy mal hecho! Manolín Requejo no se lo merece.

—¡Es una...puta! —decía entre dientes Requejo.

Cira estaba deslumbrada por las dotes intelectuales de su nuevo enamorado y hacía caso omiso de críticas y consejos. Había sido un flechazo irresistible, fulminante, enfermedad a la que estaba bastante propensa.

—¡Yo qué voy a hacer, si soy así...! —decía con resignación, buscando disculpa a su proceder.

Manolín Requejo llegó un domingo, ya advertido y aleccionado por su padre. Traía dolor y asombro en la descolorida cara. Se le escapaba inevitablemente la bondadosa mirada hacia lo alto de la terraza del pabellón de mujeres, en busca de la aún amada. Sonreía forzosamente, intentando disimular el terrible desengaño.

—¡No quiero ni verla! —repetía sin convencer a nadie.

Cira permanecía escondida, avergonzada, lamentando en el fondo que las cosas hubiesen sucedido así, sin ella poder remediarlo. Era todo sentimiento y volubilidad.

Alvaro, en este día, se ausentó por resultarle embarazosa la presencia del dolido exnovio. También él lamentaba esta enojosa situación, pero simplemente por considerar que no debiera ser así.

—Cira tiene derecho a elegir al hombre que le dé la real gana ¡Estaría bueno!.

Manolín Requejo, amigo de infancia de Ramiro, tenía a la sazón diecinueve años y excesiva gordura. Gordura blanda, fofa y enfermiza que embotaba sus juveniles rasgos. Era bondadoso, dulce e inocente, con aspecto de niño grande. Producía lástima y afecto por su resignada mansedumbre ante la adversidad. Su padre experimentaba toda la indignación que él era incapaz de sentir.

Marzo avanzaba pleno de sol y efluvios primaverales. Ya no quedaba blancura de nieve en las cumbres y las flores silvestres matizaban de infinitas tonalidades el joven paisaje. Se apareaban las aves y comenzaban el feliz acarreo para la confección de los nidos. Los árboles frutales de “Los “Tres Chalets” florecían en rosas pálidos y blancos purísimos. Volvía pujante la naturaleza a mostrar, una vez más, la fuerza de la vida. Llegaba el esplendor de la primavera para quienes quisieran o pudieran tomarla; para unos y para otros, generosa: para los felices y para los que sufrían.

Alperi no reparaba ni en flores ni en aromas ni en sol de primavera. Vivía deprimido en estos soleados y esperanzadores días, mirándose hacia adentro con retorcido masoquismo. Había recibido carta de su novia en la que con escuetas y crueles frases, le comunicaba la firme decisión de romper el largo noviazgo. “Es un bien para los dos, lo mejor y más sensato que podemos hacer, en vista de las circunstancias”. Al pobre enamorado le costaba creerlo; releía la carta y analizaba frase por frase, haciendo altos, buscando matices e intenciones ocultas; esperando una interpretación consoladora.

—Se viene a dar cuenta ahora, después de seis años —decía con desolación.

—Las mujeres van siempre directas a lo que creen más conveniente; son egoístas por naturaleza. Ahora no le convienes y te manda a paseo, aunque con ello te cause daño irreparable ¡Son todas iguales! —dijo Cenera con ira, generalizando como de costumbre en esta cuestión.

La fatal propensión al amor que existía en “Los Tres Chalets” rebasaba todos los límites permisibles, y con la primavera se exaltaba hasta el paroxismo.

“La ociosidad es madre de todos los vicios” —recordaba sor Lucía con preocupación.

Lo malo de la tuberculosis es el tiempo, esas horas y días eternos de inactividad forzosa, con el pensamiento listo y el cuerpo excitado por medicamentos y sobrealimentaciones. Pero allí, en aquel amable pasar, aún resultaba peor, todo incitaba a amar con frenesí; allí el espíritu quedaba encarcelado, sólo dispuesto para la esperanza de la precaria ocasión. Siempre avizor en espera del contacto íntimo de los cuerpos desesperados. Hasta Loli y Floro, los dos niños no ha mucho ingresados, aprendían anatomía jugando al amor a escondidas. También Cenera, pese a su prosopopeya y experiencia, iba cediendo a los amantes requerimientos de Elvira. Su dureza se ablandaba en las sonrisas, en las frases picantes de doble filo y en las miradas inequívocamente deseosas. Se entendían por discretos gestos. Una tarde de finales de marzo les sorprendió Ramiro en uno de los extraños conciliábulos. Simples movimientos de ojos, lenguaje del alma, incomprensible para quienes andaban lejos del amor. Cenera, después esperó unos instantes tumbado en la cama, ojeando nerviosamente una revista y, al fin, salió de la sala. Eran las tres y diez. Regresó a las cuatro menos cuarto con olor a perfume femenino. Cuando poco después entró Ramiro en el retrete, percibió con nitidez el mismo aroma y sospechó con asombro lo ocurrido allí. No hacía falta ser un sabueso, estaba clarísimo. Ante el desagradable descubrimiento, incomprensiblemente, se le esfumó la simpatía y admiración que sentía por Cenera. Su idealizado concepto del amor puro y platónico recibió un duro golpe.

El cuadro clínico de Elvira, nada o muy poco tenía que ver con el de los tuberculosos de pulmón. El bacilo que le roía las entrañas, picarón y cabrón él, le habían tomado por “el pito sereno” y se albergaba en su blanca y blanda barriga. Elvira padecía tuberculosis intestinal, ad-

quirida por esos infectos mundos quién sabía cómo y de qué. Exponía el exiguo vientre al sol para robar vitamina D. y fugaz morenez. Y con todo y ser un alfeñique de mujer, tenía cierta gracia ambigua y retozona que a determinado tipo de hombres les hacía mella. Como enferma distinta y paradójica, disfrutaba de codiciadas prerrogativas y prebendas, que le permitían autonomía para desplazamientos extras al pabellón de varones, motivo que le hacía imprescindible y envidiada.

—El mal que padece Elvira sé yo cómo se cura —aseguró Cenera con ironía.

—¡Esa es una “calentona”! Un buen “mango” es lo que le hace falta —dijo “el Tuerto”, groseramente.

El día anterior a la exploración médica, se organizaba en el pabellón de mujeres inusitado movimiento. Corría generosa el agua caliente en el cuarto de baño, aparecían prendas íntimas colgadas al sol y al aire, la plancha no daba abasto a tanto pingo que alisar, la aguja recosía y fijaba botones. Todo prisas, gritos y risas nerviosas. Todas querían acudir limpias y perfumadas. Y nadie diría que tanto ajeteo, propio de vispera de fiesta, fuese para ir simplemente a poco más de treinta metros de distancia: al pabellón de rayos X. Llegado el día y próxima la hora, un acongojante silencio con presagios de tragedia, se cernía sobre el pabellón, en contraste con el jaleo vivido. Más tarde, ya finalizada la revisión, subían al cielo los llantos y las risas alborozadas. Al día siguiente volvía la calma a la vida y el discurrir seguía por cauces habituales.

A los dos meses justos de su estancia en “Los Tres Chalets”, Alvaro recogió sus pertenencias y, sin casi pensarlo, decidió marcharse, haciendo caso omiso de las serias advertencias de don Fabián.

—¡Es una locura! No estás aún curado —le advirtió con su habitual parquedad.

“Exageraciones de médico de pueblo. Me encuentro perfectamente, mejor que nunca. Es una bobada seguir enterrado aquí, entre montañas, añorando la ciudad, el asfalto, el alegre bullicio. Esta inmensa paz me crispa los nervios” —aseguraba Alvaro, con inaudita insensatez.

Marchó un martes por la mañana, a principios de abril. Cira lo despidió llorosa, desde la alta terraza del pabellón de mujeres, presintiendo el final de su breve noviazgo.

Poco tiempo después de la marcha de Alvaro se verificaron casi simultáneamente otros tres nuevos ingresos en “Los Tres Chalets”: Agapito, “el Cuatro Oreas” y “Poca Pena”. Llegaron con pesadumbre y el cuerpo enfermo, agobiados por su historia repleta de fracasadas ilusiones.

—¿Aquí de nuevo Agapito? —le dijo sor Dolores, a modo de saludo, con piedad.

—¡Ya ve...! —contestó él con gesto desesperanzado.

—Paciencia hijo. Los designios de Dios muchas veces son incomprensibles e inescrutables.

—¡Claro...! —asintió Agapito, sin convicción y con ira.

El nuevo trance de su desgraciada vida, mirado someramente, podía parecer desesperado, pero no, Agapito tenía tal ansia de lucha y de vivir, que el nuevo y peligroso revés de la suerte no conseguía minar sus ambiciones. Le movía un acicate infalible: el Amor. Sí, amor con mayúscula, porque él amaba de verdad, con toda la fuerza de su torturada alma a Lucinda, la bella hospiciana; noviazgo ya reconocido y aceptado oficialmente en “La Residencia”.

Agapito quería casarse y ser un hombre como los demás; quería conseguir por oposición plaza de consumero dependiente de la Diputación de Oviedo. Al día siguiente de su reingreso en “Los Tres Chalets” emprendió la tarea

de memorizar artículos y aprender enrevesadas cuestiones. Estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. Cuestión de vida o muerte.

A “el Cuatro Orejas se le había quebrado la voz. Todo comenzó con una copiosa hemorragia que, en principio, se creyó hemoptisis. Luego vinieron las observaciones médicas, diversidad de diagnósticos, dudas y más hemorragias. Después de un triste calvario, fue trasladado a la clínica de la Concepción de Madrid para ser intervenido quirúrgicamente. Allí, no creyeron oportuna la operación y, finalmente, llegó a “Los Tres Chalets”, con la remota esperanza de que su cuerpo recobrarla la salud.

—No, desde luego, de pulmón no tienes absolutamente nada. Ya veremos si con reposo y tranquilidad se consigue alguna mejoría. Claro que tu caso no es para tratarlo aquí —le dijo don Fabián, hecha ya una concienzuda observación por la pantalla de rayos X.

—No sé... a mí me mandaron para acá... ¡Yo qué voy a hacer!

—¡No, hombre no! Si está bien que pases una temporada de reposo, pero lo que yo quiero darte a entender es que con eso sólo no vas a curar, lo único que se conseguirá será retrasar nuevas hemorragias.

—O sea, que soy inútil total, ¿no? —dijo “el Cuatro Orejas” con desgarro.

—Yo no he dicho eso, simplemente que quienes te mandaron aquí, están equivocados o han querido quitarse un peso de encima.

—¡Ya...! —musitó el enfermo con desolado acento.

“Poca Pena”, aquel niño modoso, de hablar torpe, con el tiempo se había convertido en un joven callado, introvertido y solitario. Tocaba la flauta en la banda de música de “La Residencia” y aprendía pacientemente el oficio de impresor. Había enfermado de tuberculosis por olvido de las necesidades vitales, por mucho soplar y poco alimentarse. Padecía un extenso infiltrado pulmonar que

le invalidaba para la flauta y que le retendría en reposo absoluto por tiempo indefinido.

“Poca Pena” no se resignaba; esta contrariedad de su vida le sumía en la desesperación. Eso de tener que dejar la flauta para siempre, después de tanto esfuerzo para alcanzar dominio y conocimiento, le producía un sabor de fracaso inaguantable.

—No te desespere hombre, puedes tocar otro instrumento —le dijo Agapito, con ánimo de alentarlo.

—¡Cuál!

—Hombre... pues... los de percusión.

—¡Va! Tú sabes bien que no es igual; además, a mí lo que me interesa es la flauta.

—Claro... comprendo —finalizó Agapito, fracasado en su noble intento.

A “Poca Pena” le había sucedido un caso parecido al de Agapito, en lo referente a sus padres. Un día apareció por “La Residencia” un anciano preguntando por él. Aseguraba ser su abuelo. “Poca Pena” permaneció callado, como ausente, sin mirar al anciano, que le hablaba con inmensa tristeza.

—Tu madre, la pobre, era una niña cuando te tuvo. Había que tapar la cosa como fuera, la gente es muy mala. Ya comprenderás... Luego se casó con un buen hombre y ya no podía descubrir nada. Ella te quiere, pero no se atreve todavía a confesar la verdad, quién sabe cómo reaccionarían los otros hijos.

—Bueno, tengo que irme —díjole “Poca Pena”, con suma frialdad y dejó al anciano gimoteando, sumido en profunda consternación.

En “Los Tres Chalets” cayó la noticia como una bomba, aterrando a todos: Elvira estaba encinta. A pesar de que llevaba algún tiempo con vómitos y una rara morbilidad, nadie parecía haber sospechado nada. En vista de

ja, confesó ella misma la verdad, provocando la consiguiente alarma. Ahora nadie sabía qué iba a pasar. Don Fabián estaba indignadísimo y sor Dolores anonadada. Sólo sor Lucía conservaba la calma e hizo lo posible para lo adelantado de la gestación, atemorizada y llena de congoque no trascendiera el desagradable suceso. Mientras todos permanecían paralizados por la sorpresa, ella, con valor y serenidad, zanjó drásticamente el asunto por la vía rápida. Cuando al día siguiente se levantaron los enfermos, Elvira ya no estaba en "Los Tres Chalets". Había sido sacada de allí sigilosamente, en plena noche y trasladada a algún oculto lugar de la geografía nacional. Alguien creía haber oído a media noche lastimeros llantos y el ruido del motor de un automóvil.

Las consecuencias de tan escandaloso suceso no se hicieron esperar: en la Diputación de Oviedo se pedían responsabilidades y en "La Residencia", ejemplares castigos.

"Aquella casa es un prostíbulo" —decían con indignación.

A Cenera se le concedieron 24 horas para hacer la maleta y largarse. Sor Dolores fue substituída inmediatamente y las enfermas, confinadas con todo rigor en los escasos metros de sala y terraza.

Sobre "Los Tres Chalets" parecía haber caído una losa de cementerio. El que más o el que menos sentía la opresión del nuevo vivir, en particular aquellos que tenían relación con el amor. Para Ramiro comenzaba un largo calvario. Pasaba las noches en vigilia torturadora, en sobresalto continuo, alerta al menor ruido producido en la noche, presintiendo también la desaparición de Rosi, a quien ya casi no veía por la estrecha vigilancia a que se le tenía sometida.

A finales de mayo, presionado por las circunstancias, don Fabián dio de alta a Rosi, a Cira, a Angelina y a Loli. Marcharon un viernes por la tarde en el tren mixto. Ramiro quedó en la estación, desolado, viendo alejarse el tren.

—No sé si nos volveremos a ver. Yo nunca te olvi-

daré —le había dicho Rosi como despedida, con dramatismo.

Emprendió el camino de vuelta metido en un sufrimiento insoportable. El pueblo y el agreste paisaje le parecían horriblemente entristecedores.

Algunos días después de su cumpleaños, Ramiro recibió la orden de ir a tallarse para el servicio militar. Partió de madrugada, con un bocadillo y un certificado médico, en el tren expreso y llegó a León tres cuartos de hora más tarde. Salió de la estación como un autómatas, atravesó el puente sobre el Bernesga y se adentró por Ordoño II, sin saber a ciencia cierta cual dirección tomar. Era la primera vez que visitaba la bella ciudad. Preguntando llegó al fin al lugar indicado, donde le tallaron y exploraron. Altura: 1,59 m. Peso: 54 kilos. Tórax: 86 cm. Cuatro cruces en el gráfico de los pulmones. Veredicto: servicios auxiliares.

Regresó a Pola de Gordón a última hora de la tarde. Requejo se le acercó sonriente, con gesto de picardía.

—¿A que no sabes lo que tengo aquí atrás? —le preguntó festivamente, escondiendo un sobre blanco. Carta de Rosi, dirigida a nombre de don Manuel Requejo. Ramiro la abrió con premura, agitado; con manos temblorosas.

"Queridísimo Ramiro: ¿Cómo estás? ¡Te echo tanto de menos!"

No sabía qué iban a hacer con ella, a juzgar por lo que le decían no tardaría en ingresar en las Adoratrices. No podía volver a escribir ni él debía contestar. La carta no llegaría a su poder. Estaba incomunicada. Le quería más que nunca.

A mediados de junio, con la marcha de Requejo y otros dos enfermos, que habían sido dados de alta, Ramiro ya no resistió más y solicitó también abandonar "Los Tres Chalets". Don Fabián puso algunos reparos, pero com-

prendiendo el estado de ansiedad del enamorado pensó que sería inútil y nocivo retenerle por la fuerza. Sería peor el remedio que la enfermedad. Podía considerarse curado, si bien en el infiltrado quedaban señales residuales. Si se cuidaba todo iría bien, de lo contrario no podía garantizarle nada.

Abandonó “Los Tres Chalets”, sintiendo una agradable sensación de libertad.

En “La Residencia” habían sucedido algunos cambios que evidenciaban la crisis que desde hacía tiempo venía minando sus estructuras tradicionales. Los “comisarios” habían sido substituidos por titulados: dos abogados y dos maestros de escuela, que figuraban en nómina como educadores y que, pese a títulos y zarandajas, continuaban los usos, ademanes y métodos de sus antecesores. La intención, en principio, parecía loable. Se pensaba que con universitarios (aunque no supieran ni la A de pedagogía y psicología) estaba resuelto el problema de la educación de los acogidos. Pero no, los flamantes educadores, bien por falta de vocación o porque para educar no basta con un título universitario, no hacían nada que respondiera a su nombramiento. Se limitaban estrictamente a la vigilancia, usando el palo como medio coactivo y convincente. Bien es verdad que practicaban un trato más directo y personal que sus antecesores, pero siempre impregnado de superioridad, burla y desprecio, fácilmente captable por los susceptibles asilados. Para desmentir a quienes habían tenido la feliz idea del cambio de “comisarios” por “educadores”, uno de estos últimos se manifestó pronto, como borracho de profesión, arrogante y penden-ciero por afición. Bebía y escandalizaba. No cumplía con el servicio. Llegaba tarde y mal; llegaba dando tumbos y diciendo incongruencias. Se le rescindió el contrato cuando ya estaba hecho el daño. Quedaron tres. Vegetaban por

no tener otra cosa mejor. Eran malos tiempos para andar eligiendo. Se resignaban con aquel trabajo como algo provisional en su vida. En el fondo, anhelaban otra realidad. Era cuestión de tiempo, de saber esperar con paciencia. Claro que, a veces, sentían desaliento y reventaban.

“¡Estos hospicianos...!”

Para algo tenían cultura y un título universitario. Su destino en la vida debía ser, en justicia, mucho más brillante.

Cuando Ramiro volvió a “La Residencia” cargado con su tortura, en lo que menos reparó fue en el cambio de funcionarios. Lo que sí captó fue algo indefinido, pero real y poderoso que olía a desmoronamiento. Todo era mucho más confuso y eterogéneo. La característica y monolítica filosofía hospiciana estaba enferma de eclecticismo; moría confundida y combatida por la fuerza de las circunstancias que provocaban los nuevos tiempos. Moría de vejez.

También habían marchado algunas de las más antiguas hermanas de la caridad y llegado otras para relevarlas, suceso tan sintomático de disolución como el cambio de “comisarios” por “educadores”, si se tiene en cuenta que jamás en el largo historial de la pétreo institución había ocurrido esto. Allí se instalaban de novicias, profesaban, envejecían y morían. Allí, las hermanas de la caridad fueron siempre de plantilla, inamovibles; tenían un puesto vitalicio. Acababan siendo individualmente una poderosa institución.

Otro síntoma destacable lo constituía la liquidación de la biblioteca. En “La Residencia” ya no existía biblioteca. En su lugar instalaron la imprenta, botada de su anterior emplazamiento en la aneja y eterna obra en construcción. Ahora, este esqueleto de edificio, al cabo de doce años o más, iba a rematarse. Sería la Escuela de Ingenieros Agrónomos. La eterna obra, con un lamentable historial de desventuras sin cuento, pasó incluso por los tribunales. Hubo bastantes complicados en el feo asunto. Fue un sonado proceso, en especial dentro de los altos mu-

ros de “La Residencia”. Allí, se esperaba que cayeran algunos “peces gordos”, pero no, pagaron los más débiles y menos culpables.

“¡Esto es una putada!” —se decía en “La Residencia”.

El delito se descubrió tarde y a destiempo. Entraban los materiales de construcción y se esfumaban como por arte de magia. Así durante años. Los habitantes de “La Residencia” conocían el secreto desde el principio, pero no tenían voz ni voto. No se les permitía hablar. Eran hospicianos. “Estos hospicianos son carne de cañón”. Además tenían un férreo código del honor y su primer artículo era: “NO CHIVARAS”.

El triunfante club de fútbol San Fernando, ya no existía. Sus componentes estaban cumpliendo el servicio militar o andaban ganándose el pan por esos mundos de Dios. Nadie había tomado el relevo.

En “La Residencia” habían ocurrido importantes cambios, pero ninguno que beneficiara de verdad a los asilados. Ellos seguían igual o peor: con la soga al cuello, presas de la confusión, la espada de la inseguridad amenazando sus pobres vidas.

Ramiro necesitaba ver a Rosi. Era la suya una loca necesidad, imperiosa y perentoria. Le dolía el alma demasiado. Necesitaba verla a toda costa. Y se vieron en la iglesia. Milagritos, la sacristana, les proporcionó la anhelada y precaria ocasión. Fue a las tres de la tarde, la hora propicia. Las monjas estaban de retiro. Atravesó con pánico por el centro del vacío templo, entre los bancos. Podía abrirse de pronto alguna de las puertas. Sentía una especie de vértigo. Milagritos sonreía, pese a estar jugando-se media vida. Era un gran favor. Ella también conocía la tortura del amor hospiciano. Tenía novio y le veía de susto en susto. Rosi esperaba en la sacristía. Se miraron



casi sin verse, presas de la emoción. Les parecía un sueño. Su amor se había acrecentado en el dolor. Se amaban con locura, con desesperación. Entrelazaron las manos en un apretón angustiado.

—Me van a llevar a las Adoratrices —le dijo Rosi, con dramatismo en las palabras y el gesto.

Ramiro escuchó aterrado.

—Me quieren quitar de la cabeza que te quiera, pero no lo conseguirán.

Se apretaron las manos más fuertemente hasta hacerse daño.

—Dicen que estás muy enfermo, que no llegarás ni a los treinta.

Ramiro sintió inmensa amargura y lúgubres presentimientos.

—¡Vamos, despedíos ya!, pueden venir... —apremió Milagritos, mirando con temor en derredor del recinto sagrado.

—¡No me olvides! —le rogó Rosi dulcemente, con los ojos llorosos.

—¡Nunca! —aseguró Ramiro con firmeza.

Salió a toda prisa del solitario templo, huyendo con pánico y experimentando un peso de tragedia.

A Ramiro, la posibilidad de que Rosi fuese llevada a las Adoratrices le atormentaba. Vivía obsesionado por la cruel idea, metido en una exaltación próxima a la locura, a mordiscos con las horas. Buscaba desesperadamente una solución para evitar lo que consideraba una tragedia en su vida. Y dándole vueltas al torturado cerebro, vino a tomar una resolución que andando el tiempo habría de lamentar. Decidió por su cuenta ir a visitar a Julián, hermano de Rosi, al que sólo conocía por referencias.

—Soy el novio de Rosi.

—¿Novio...? —contestaron al alimón Julián y su mujer, con extrañeza y desconfianza.

Ramiro se sintió violento ante la fría acogida.

—Vengo a hablarles de su hermana —les dijo tímidamente.

La mujer insinuó una sonrisa burlona y su marido, hombre de rasgos vulgares, tosco y de mirar torvo, enducreció el gesto.

—¿Qué pasa!, ¿está enferma?

—Van a internarla en las Adoratrices.

—¿Y eso dónde está? —inquirió Julián denotando enorme ignorancia en la cuestión.

—Es un correccional.

—¡Recoño!, pero... ¿qué hizo?

—¡Nada!

—¿Entonces por qué demonios la meten allí?

—Las monjas no la pueden ver.

—¡Esas brujas...! ¿Qué puedo hacer yo?

—Sacarla de "La Residencia" cuanto antes —dijo Ramiro con nerviosismo.

Julián y su mujer experimentaron sorpresa. Permanecieron callados mirándose incomprensiblemente y reflexionando.

—¿Tan mal están allí? —preguntó la mujer con celos.

—Allí sólo van las chicas de mal comportamiento. ¡Es un reformatorio!

—¿Mi hermana no es una fulana! ¿O, acaso, sí lo es? —inquirió Julián acusadoramente al asustado novio.

—¡Claro que no! —se apresuró a responder éste.

—Entonces... ¿por qué carajo la van a llevar allí?

—Ya se lo he dicho.

Enmudeció el tosco hombre, apretó los labios en dura mueca y se levantó del asiento. Permaneció de espaldas al interior, oteando a través de una ventana que daba a la hosca trasera de un viejo y ennegrecido edificio. Se hallaba la mísera vivienda donde Julián y su mujer vivían, entre el barrio de la Argañosa y Buenavista, en

medio de eriales, basureros y descampados. Por aquella zona se desparramaba la pobreza de la ciudad como hu-yendo del empuje de los nuevos tiempos. Iban surgiendo casuchas, sin ningún plan urbanístico, provocando confuso amontonamiento y fealdad.

—Somos pobres... y con lo poco que gana mi marido como albañil no da para nada —dijo Ignacia, la esposa, con melancolía.

El furioso ladrido de un can y el lejano e inconfundible sonido de una máquina aserradora, ponían una nota discordante en el silencio embarazoso.

—Bueno pues... si las cosas están así, no habrá más remedio que traerla a casa —decidió Julián reflejando amargura y contrariedad. Donde come uno, comen dos —añadió, repitiendo una frase popular.

Cuando Ramiro se alejaba de aquella casa, sentía la pesada sensación de haber cometido un delito.

Rosi fue sacada de “La Residencia” a finales de julio, pocos días después de la conversación sostenida entre su hermano y Ramiro.

Laureano se había asociado de nuevo, esta vez con su cuñado Ramón, que tenía un amplio local en Buena-vista. La flamante sociedad se dio a conocer con el eufónico nombre de “Talleres Almar”. En la parte delantera del local montaron todo lo concerniente a rotulación y, detrás, en un patio, pusieron los recipientes que contenían el ácido para el mateado en vidrio. Vivían esperanzados y en perfecta armonía, Ramón, hombre afable, dinámico e inteligente, parecía ser el socio ideal. Laureano exultaba satisfacción. Ahora que lo del mateado en vidrio estaba montado a base de bien, iba a proporcionarle, por fin, el éxito soñado. La piedra filosofal le daría la merecida riqueza. “Esto es una mina sin explotar”. Cuando Ramiro se ofreció por una temporada a trabajar con ellos se alegraron sin-

ceramente y se lo demostraron con sonrisas, palmadas en la espalda, afables palabras y un sueldo de veinticinco pesetas diarias, que colmarían las aspiraciones económicas de cualquier aprendiz adelantado.

Así, en este verano de 1954, Ramiro empezó a trabajar con los dos socios, sin demasiado entusiasmo, simplemente por ganarse unas pesetas. Tenía que emplear su tiempo en algo fructífero. Alfonso ya no ocupaba su puesto en la litografía de la Diputación. Se había ido para Madrid, abandonando su comodidad y prestigio provincianos, ansioso de nuevas vivencias y caminos que recorrer. De todos modos, Ramiro no hubiese vuelto a ocupar su aburrido puesto en la mesa de los milagros. Había sido una experiencia demasiado pesada y estéril. Esperaba como algo remoto su aplazada ida a Madrid, absorbido como estaba por la desastrosa situación de su vida amorosa. Vivía alelado, excesivamente introvertido, ausente de todo lo que no fuera su atormentado mundo interior.

“¡Viva el amor!” —le decía Ramón festivamente, burlándose de su ensimismamiento.

Julián no le perdonaba el haberle impelido a sacar a Rosi de “La Residencia”.

—¡No quiero verte más por aquí! —le dijo castañeteando los dientes con irrefrenable ira.

Tuvieron que empezar a verse a escondidas, con la complicidad de Ignacia, que sentía compasión de la dramática situación de la joven pareja.

—Tened cuidado que Julián no os sorprenda juntos, tiene muy mal genio y es capaz de cometer una barbaridad —les previno reflejando temor.

Ignacia temía a su marido, hombre rudo y huraño, que parecía estar siempre amargado por alguna secreta frustración. Se comportaba con él como si fuera su esclava, con dulzura y mansedumbre, con gesto de dolido resignación. Tenía veintiséis años y aparentaba cuarenta, en parte por abandono del cuidado de su persona. Sus tres pequeños hijos, andaban tirados por los suelos, des-

nudos y sucios; faltos de racional y suficiente alimentación.

Ramiro en su tremenda ofuscación, no reparaba en la triste miseria de aquella casa, pero sí Rosi, que empezaba a arrepentirse de su marcha de "La Residencia".

—Allí estaba mejor —le dijo lloriqueando y con acento de reproche.

—¡A estas horas estarías ya en las Adoratrices —le recordó Ramiro, sorprendido dolorosamente por el velado reproche.

—¡Era preferible a esto! —afirmó Rosi, con desesperación, mirando en derredor con desprecio y asco.

Requejo y Julián se conocían de antiguo por vecinos y asiduos del mismo bar.

—Tiene un magnífico porvenir ese chico —dijo Requejo alabando a Ramiro.

—¡A mí, como si llega a ministro! ¡A ese chisgarabís de los cojones no lo quiero yo para mi hermana! —replicó Julián, sin dar opción a continuar la conversación.

Requejo sentía lástima del pobre enamorado y le servía pacientemente de pañuelo de lágrimas.

Y llegó un momento en que la situación se hizo insoportable: aquel día Julián llegó a casa de improviso, antes de tiempo y sorprendió en las cercanías a la pareja en su feliz plática. Les miró con afilada mirada, palideció y agarrando del suelo un grueso palo, presa de terrible agitación, comenzó a asestarlo con infinito odio sobre Ramiro, que no reaccionaba paralizado por la sorpresa.

—¡Déjalo! —gritó Rosi, sollozando.

El agresor dominó su furor a duras penas y todavía amenazando con el palo en alto, gritó fuera de sí, con voz alterada:

—¡Lárgate de aquí y no vuelvas, porque te mato!

El apaleado novio, pese al dolor físico y a la confusión del momento, pudo leer en la aviesa mirada siniestras intenciones. No tenía miedo, sólo compasión de sí mismo, vergüenza de su cobardía que le impedía defenderse del agresor. Por otra parte le inhibían demasiadas considera-

ciones, en especial por tratarse del hermano de su amor. Se alejó doliéndose más de la humillación y del fracaso que de los golpes recibidos. Anduvo por la ciudad, como sonámbulo, deambulando de calle en calle, sollozando hacia adentro, con el rostro impenetrable y rota el alma.

Desde los "Talleres Almar" se veía la casa donde vivía Julián y familia, disminuía en la distancia, allá abajo, confundida con otras de similar hechura y pobreza. Ramiro pasaba las horas de labor, con la mirada prendida allí, como hechizado. No había osado volver. Sería inútil y perjudicial otra tentativa. Se resignaba a duras penas a lo inevitable, a cargar con la amargura del fracaso. Buscaba precario consuelo en hipótesis y fantasías. Soñaba con un noviazgo como los demás. Poder cogerse de la mano e ir por las calles pregonando su amor, sin miedos ni vergonzosas ocultaciones, tal y como veía hacer a diario a tantas y tantas parejas que pasaban a su lado, dichas en su enamoramiento. Dolíase de su fatalidad que hasta en el amor le hacía tan distinto y dramático.

El trece de agosto, al atardecer, observó en casa de Julián, un inusual ir y venir de gente que le produjo preocupación e intriga. ¿A qué se debería aquel ajeteo? De pronto, sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡Sí, algo le había ocurrido a Rosi! ¡Estaba seguro! Salió inopinadamente del taller, atenazado por sofocante agitación, atravesó la calle sin ninguna precaución y como atraído por una fuerza irresistible, echó a correr por atajos, prados y vericuetos, saltando seves y toda clase de obstáculos, como un poseso; con la mirada fija en un sólo punto: en el lugar donde estaba su amor. Llegó al fin con resolución suicida y evidencia de tragedia. No le importaba Julián, ni el altercado y prohibición aún reciente. Estaba la puerta abierta de par en par en manifiesto acontecimiento. Entró sin preámbulos ni inhibidos reparos. Allí estaba

sentada Rosi, entre otras enlutadas personas, encogida igual que animal atemorizado. Se le quedó mirando, como si no le viera, con dolorosa impasibilidad en el pálido y bello rostro.

—¡Ha muerto! —le dijo con sonambulismo y asombro.

Ignacia estaba muerta, estirada sobre la cama de matrimonio, con la piel ennegrecida, cianótica, vestida con la sucia y raída ropa de siempre.

—¡Se ha matado! —musitó Rosi, entre suspiros y temeroso mirar.

Había muerto por accidente, por aborto provocado. Asustaba el reflejo de sufrimiento que aún quedaba en su cadavérico y contraído rostro. Muerta por aborto provocado de cualquier manera, empleando procedimientos caseros de bruja de barrio, por evitar una boca más que alimentar. Veintiséis años simplemente es poco tiempo de vida para morir y demasiado para vivir en la amargura de la pobreza en que vivía Ignacia. Se había quitado de este mundo sin advertírsele a nadie, ni tan siquiera a su marido, que porfiaba queriendo demostrar su comprometida inocencia.

Carmen, hermana mayor de Rosi, llevó aparte a Ramiro con misteriosa amabilidad y le rogó que se fuera.

—No es momento propicio para que estés tú aquí. Vete que ya hablaremos.

Y le dio su dirección. Vivía en una casita a la vera de la carretera de San Claudio.

Ramiro salió de aquella casa para siempre, con certidumbre de ser fuente de desgracias; con peso de pájaro de mal agüero. Era el mismo sino que había destruído a su familia y contra el que nada valía rebelarse. Caminó por la ciudad al albur, como siempre que le ocurría algún desagradable percance, con la terrible certeza de ser una especie de trágico taumaturgo, causante involuntario de desdichas humanas.

La trágica muerte de Ignacia precipitó los acontecimientos arrastrando a Rosi hasta caer fatalmente en las Adoratrices, lugar temido y finalmente deseado, a pesar de su terrible leyenda. Carmen no quiso dejarla con Julián; no parecía tener suficiente confianza en él, por otra parte ella alegó no estar en condiciones económicas para tenerla consigo; su marido ganaba simplemente para ir tirando de mala manera. El mismo día del entierro habló con las monjas de "La Residencia" que pusieron remedio al asunto internando en el correccional a la desventurada joven.

Ramiro supo la resolución tomada, por boca de Carmen, en la visita que hizo a su casa de la carretera de San Claudio. Recibió la noticia con resignada pena. Al fin estaba vencido. Ahora, después de las horas laborables, rondaba como fantasma alrededor de las altas tapias del aherrrojado correccional, presintiendo cerca y dolorosamente lejos a su amor. En su ofuscación, creía oír la conocida dulce voz y se paraba a escuchar esperanzado, y sólo el viento con sus afilados quejidos, soplabá en el desolado paraje. Un día, en su desesperación, le escribió una carta con tratamiento de hermana, esperando que ella comprendiera el estratégico plan, pero pasó el tiempo sin recibir noticias. En vista del fallido intento, adoptó una decisión atrevida, casi heroica: un domingo por la mañana llamó a la hermética puerta de las Adoratrices. Estaba nervioso pero decidido. Sonaron los cerrojos al abrir, con extridencias metálicas en el silencio grave del solitario paraje.

—¿Qué desea? —le preguntó una monja, abriendo levemente la hoja de la rechinante puerta.

—Vengo a visitar a mi hermana —contestó Ramiro, sintiendo azoramiento.

Lo miró la monja con desconfianza, dudó unos instantes, pero al fin le permitió entrar.

—Siéntese ahí... ¿Quién es su hermana?

Cuando le dijo la identidad de la interna, la desconfiada monja lo miró nerviosamente hizo un gesto incom-

previsible y salió apresuradamente de la sala de visitas.

Pasaban los minutos y Rosi no llegaba. Ramiro empezó a sentir zozobra. ¿También fracasaría en este intento? Lo de hacerse pasar por hermano le parecía una brillante idea. Al cabo de media hora de incertidumbre, tenía ya los nervios de punta. Un sudor frío y pegajoso le brotaba por todo el cuerpo. Empezaba a sentir temor del posible fracaso. Sería terrible. Era la última oportunidad. No habría otra si le descubrían. El reloj de la entrada dio las doce. Doce campanadas amedrentadoras que sonaban en lo aséptico del recinto con solemnidad lúgubre. Tres cuartos de hora esperando en aquel estado de angustia, significaba una eternidad insoportable. Se levantó del asiento y empezó a caminar de pared a pared, con desesperación y certeza de algún indefinido mal. Sintió miedo. Todo era silencio, solamente el tic-tac monótono del reloj de pared, marcando los segundos.

—¿Usted, quién es? —oyó que le preguntaban con melíflua voz a su espalda.

—¿Yo...? —exclamó sorprendido y volviéndose bruscamente.

—¡Sí, claro! —afirmó con ironía la etérea monja que había llegado tan sigilosamente.

—Yo...soy hermano de Rosi.

—¿Sí? ¡No me diga! La interna a quien usted se refiere tiene un único hermano varón y nos consta que no es usted.

No hubo posibilidad de mantener la farsa y tuvo que confesar la verdad.

—Lo siento señor. ¡Haga el favor de salir! —le dijo la monja con firmeza, pero sin demostrar enojo, compadeciéndose del pobre enamorado.

Salió avergonzado y sintiendo todo el peso del nuevo fracaso. Era inútil luchar, una maldición parecía cebarse en él: no tenía derecho al amor.

El tren expreso rodaba a gran velocidad, bajo la inmensa bóveda estrellada de aquella fría noche de octubre.

Ramiro se marchaba definitivamente. Había tomado esta decisión a última hora, en un arrebató incontenible. El alejarse de allí llegó a ser, para él, una irresistible necesidad. Subió con prisa a aquel tren, como si temiera quedar en tierra; en la tierra de sus desdichas y amor imposible. Huía de sí mismo y de su poderoso y terrible pasado.

FIN



FE DE ERRATAS

		<u>Donde dice</u>	<u>Debe leerse</u>
Página	28, línea	8	puramente
"	31,	" 30	puramente
"	45,	" 25	excantrense
"	65,	" 17	vajina
"	65,	" 18	Cancerbero
"	79,	" 9	Cancerbero
"	79,	" 8	bramar
"	98,	" 24	embrabecido
"	107,	" 25	cabe
"	112,	" 6	moíno
"	116,	" 26	reúsa
"	145,	" 12	eterogéneo
"	150,	" 9	zona
"	164,	" 2	criva
"	165,	" 5	dichosos
"	208,	" 20	dichosas
"	211,	" 3	categorias
"	211,	" 25	categorias
"	233,	" 7	inamovible
"	246,	" 12	inamovible
"	247,	" 8	seminarios
"	296,	" 21	álito
"	299,	" 36	heterogéneo
"	307,	" 14	heterogéneo

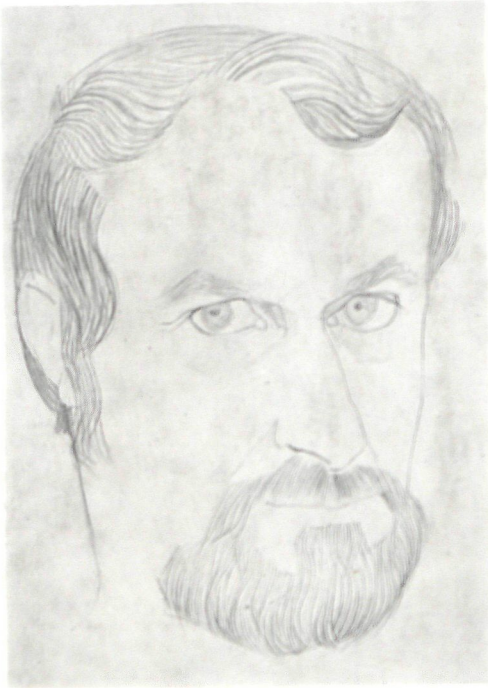
En las cinco primeras líneas de la página 304 hay un trastrueque de líneas por lo que el párrafo debe entenderse así: "lo adelantado de la gestación, atemorizada y llena de congoja, confesó ella misma la verdad, provocando la consiguiente alarma. Ahora nadie sabía qué iba a pasar. Don Fabián estaba indignadísimo y sor Dolores anonadada. Sólo sor Lucía conservaba la calma e hizo lo posible para"

ULPGC. Biblioteca Universitaria



633328

BIG 860-3 VEL mur



Rubén Darío Velázquez Juarros, es profesor de la asignatura de Dibujo en el Instituto Nacional de Bachillerato "Isabel de España", de Las Palmas de Gran Canaria; pero su actividad principal ha sido siempre la pintura. Ha expuesto su obra pictórica en Estocolmo y en diversas capitales españolas.

Sus obras han sido adquiridas por Museos, organismos oficiales y coleccionistas de España y de otros países.